





Serie Ensayo

---

LITERATURA CHILENA DEL SIGLO XIX:  
ENTRE PÚBLICOS LECTORES Y FIGURAS AUTORIALES



JUAN POBLETE

LITERATURA CHILENA DEL SIGLO  
XIX: ENTRE PÚBLICOS LECTORES  
Y FIGURAS AUTORIALES



EDITORIAL CUARTO PROPIO

LITERATURA CHILENA DEL SIGLO XIX:  
ENTRE PÚBLICOS LECTORES Y FIGURAS AUTORIALES

© Juan Poblete

Inscripción N° 122.003

I.S.B.N. 956-260-224-9

Editorial Cuarto Propio

Keller 1175, Providencia, Santiago

Fono: (56-2) 2047645 / Fax: (56-2) 2047622

E-mail: [cuartopropio@cuartopropio.cl](mailto:cuartopropio@cuartopropio.cl)

Composición: Producciones E.M.T. S.A.

Impresión:

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

1ª edición, julio del 2002

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile  
y en el exterior sin autorización previa de la Editorial.

# ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción	11
Capítulo 1	
La construcción social de la lectura y la novela nacional	19
Capítulo 2	
Lectura de la sociabilidad y sociabilidad de la lectura: la novela y las costumbres nacionales	65
Capítulo 3	
Nuevos lectores y nuevos discursos	97
Capítulo 4	
Rosario Orrego y Carlos Lathrop: la cultura de los autores y lectores femeninos y populares	143
Capítulo 5	
El Castellano: la nueva disciplina nacional	211
Conclusión	269
Bibliografía citada	281





## AGRADECIMIENTOS

Este trabajo fue empezado hace ya más años de los que quiero recordar. A lo largo de este tiempo he tenido la oportunidad y el privilegio de conversar y discutir en innumerables ocasiones con dos grupos de colegas ‘norteamericanos’ embarcados en la tarea de pensar el presente y el pasado cultural de América Latina. Ellos son, por un lado, Walter Mignolo, Alberto Moreiras, Gabriela Nouzeilles, Ariel Dorfman y el resto del invaluable grupo de estudios “Nation and State in Latin America” auspiciado por el Duke University-University of North Carolina Latin American Studies Program. Walter y Alberto se merecen mucho más, pero les ofrezco esto como una primera cuota de agradecimiento. Por otro lado, el grupo de mis colegas en la Universidad de California en Santa Cruz. Entre estos últimos, el apoyo de Sonia Alvarez, Manuel Pastor y Norma Klahn ha sido fundamental. UCSC me ha proporcionado además, a través de sus becas de investigación (Committee on Academic Research, Institute for Humanities Research y Chicano/Latino Research Center) la ayuda financiera que ha hecho posible tanto el contenido como la forma de este libro. Gracias.

A lo largo del tiempo, muchos bibliotecarios me han ayudado de muy diversas maneras. Creo que puedo agradecerles a todos en la figura de varios de sus mejores colegas: Deborah Jakubs, a la sazón Bibliotecaria para el área iberoamericana de Perkins Library en Duke University, Linda Purnell de la Interlibrary Loan Office de Duke University, Gladys Sanhueza Vergara de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile, Alfonso Calderón, a la sazón Subdirector de la Biblioteca Nacional. Juan Camilo y Justo Alarcón en la misma Biblioteca Nacional han ofrecido siempre la ayuda y el consejo eficaz. Sin sus respectivos apoyos, este libro habría sido imposible. Nelly Richard, Marisol Vera y Rosana Espino de Editorial Cuarto Propio aceptaron y publicaron con entusiasmo este libro. Gracias a todos.

Horacio Legrás ha compartido a lo largo de los años sus inves-

tigaciones sobre el siglo XIX, así como apartamentos en Washington y Santiago, tenis, varios paneles en LASA y su invaluable amistad. Beatriz Gonzalez Stephan, George Yúdice, Mabel Moraña, Susana Rotker y Graciela Montaldo han hecho lo propio de muy diversas maneras. Gracias.

Mis padres, Juan Poblete y Clara Garrido, y mis hermanos, Haifa, Clara, Fernando y Juan Claudio me han dado una familia maravillosa. No tengo que insistir en mis agradecimientos. Ellos saben. Verónica Feliu, Miguel Poblete Feliu y Natalia Poblete Feliu han hecho posible una parte del proyecto que más importa. Micah Perks me ha traído la otra. Este libro es para ellos.

## INTRODUCCIÓN

En las páginas que siguen se busca siempre –desde diferentes ángulos y con diversos objetos textuales y, tal vez, con diversa suerte– describir lo que podríamos llamar la experiencia de lo nacional que la literatura o, para ser más precisos, su producción, circulación y consumo, hacen posible en el Chile de la segunda mitad del siglo XIX. Esta experiencia y este proceso se manifiestan, en la perspectiva usada en este libro, como partes de una moderada revolución lectora que se desarrolló a la sazón en los centros urbanos del país, en general, y, en particular, en Santiago y Valparaíso. Investigo para ello tanto figuras de autor y autoría como de lectores, lectoras y consumo. Me concentro en buena parte de este libro –o para ser más precisos en los capítulos I y III– en tres autores dispares que me permiten explorar una cierta variedad de posiciones autoriales y públicos posibles y reales en esta época en Chile. Por la vía de analizar la producción de Alberto Blest Gana, Rosario Orrego de Uribe y Carlos Segundo Lathrop me propongo simultáneamente entonces, iluminar tanto los mecanismos que autorizan la escritura como aquellos que posibilitan las lecturas. Aunque la que cuento no alcanza nunca a ser historia social quiere siempre mirar el trabajo productivo de autores individuales, y los textos así elaborados, desde la perspectiva de los lectores y públicos que en muchos más de un sentido los hacen viables como proyectos narrativos nacionales.

La otra parte de este libro –los capítulos II, IV y V– se dedican a pensar esa misma experiencia de lo nacional desde tres ángulos diferentes: la sociabilidad que las letras y, en particular, la literatura promovían o podían promover; los novedosos formatos y géneros que los públicos emergentes de la clase media y, en especial, de las mujeres y artesanos a la vez demandaban y hacían posibles; y, finalmente, la manera en que en el último tercio y especialmente hacia el fin de siglo, el lenguaje de la cotidianidad y sus formas de vida, ingresaron al espacio de la gubernamentalidad, es decir al de la

administración estatal de poblaciones masivas, por la vía de la educación de hombres y mujeres de los sectores medios y populares y del paso, en la educación general, del Latín al llamado “Castellano” como centro de la educación escolar humanista en su versión proto-nacionalizada.

En la historia cultural chilena del siglo XIX hay, por lo menos, tres grandes sectores/actores sociales: el Estado, la Iglesia y los diversos públicos ciudadanos. Cada uno de ellos desarrolló en diferentes momentos y de diversas formas sus propias prácticas y discursos en el empeño por constituir, participar y re/dirigir la esfera cultural nacional. La Iglesia y el Estado elaboraron diferentes políticas culturales y reaccionaron de maneras más o menos sistemáticas frente al discurso del otro y de los públicos de ciudadanos y fieles que buscaban mantener o conquistar. Estos últimos, por supuesto, respondieron también de maneras variadas frente a tales esfuerzos y, sobre todo, colocaron *en tanto públicos* nuevas demandas y formas de actividad y producción cultural en la agenda de *lo público*. Este largo proceso de reorganización societal, que podemos concebir entonces como de *formación de públicos nacionales* y de *formación de lo público nacional*, suele designarse con el nombre de secularización y modernización progresiva de las sociedades latinoamericanas. Como proceso social implicó, entre otras cosas, discursos y prácticas cruciales en la formación de las subjetividades de esos ciudadanos y fieles. Involucró también, una larga lucha discursiva manifiesta sobre todo en incontables artículos y textos aparecidos en publicaciones periódicas tales como revistas, periódicos, diarios, hojas sueltas, etc.

Si el desarrollo, entonces, de lo que en la época se llamó una sociabilidad apropiada supuso un largo proceso de formación de la subjetividad ciudadana, fundado en una rígida economía de lo social, involucró también en su reverso, el acceso de los nuevos sujetos sociales a objetos, discursos y prácticas culturales también nuevos. Para los poderes gubernamentales y pastorales del Estado y la Iglesia, la regimentación y codificación de estas emergentes dinámicas de circulación cultural resultaron mucho más arduas y menos efectivas que antaño, en la medida en que cambiaban los espacios (ya no sólo las aulas y los confesionarios, sino el mercado mismo, los

espacios al aire libre, las funciones de teatro y ópera, la calle y las modas, las bibliotecas populares, etc), los actores (ya no sólo la juventud masculina de la élite sino las mujeres y los artesanos) y, finalmente, los objetos ( ya no sólo el ocasional libro francés sino gran cantidad y variedad de todo tipo de impresos y objetos textuales que incluían las hojas sueltas, las novelas, los folletines, los periódicos, las revistas, los almanaques, etc.)

El contexto general de este libro es, de este modo, el proceso de interacción de la Iglesia y el Estado como macroagentes en la conformación de una literatura y cultura nacionales y los discursos que ellos elaboraron en la constitución de públicos nacionales. En este marco y a partir de un interés más específico centrado en las prácticas de lectura y escritura, mi investigación trata, sobre todo, de valorar y rescatar algunas de las formas en que la voluntad de aquellos heterogéneos públicos se manifiesta en el siglo XIX chileno determinando tanto las formas de autoría posibles como las propias figuras de lectores y lectoras. A través de prácticas que giran, entre otras cosas, en torno a nuevos tipos de textos, orales o escritos, y a sus interpretaciones, ésta es una historia (parcial y fragmentaria) de codificaciones y decodificaciones, inscripciones y resemantizaciones, ideologías y usos. Al escribirla he intentado tener siempre en cuenta la ambivalencia de los procesos reseñados, la pluralidad de actores y de respuestas y, finalmente la plurisemia de los objetos textuales que en ellos participan. Esta transformación histórica constituye una revolución lectora relativa o moderada de no pocas consecuencias para el futuro cultural de la nación. Como había ocurrido antes en las revoluciones del libro y la lectura en el contexto europeo, en el chileno, el aumento considerable del número y la calidad de las lecturas y los lectores, por una parte, y los cambios epocales que la urbanización protomasiva de la vida social trajo consigo, se imbriron y retroalimentaron de maneras complejas y difícilmente separables.<sup>1</sup>

El primer capítulo, “La Construcción social de la lectura y la

---

<sup>1</sup> Véase la Introducción de Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier (editores), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus, 1998.

novela nacional”, estudia la generificación (la asignación de un género sexual) de los elementos del debate sobre la novela nacional en el siglo XIX chileno. Analizando el caso canónico de Alberto Blest Gana, sostengo que la novela nacional se propuso como una intermediación entre dos polos. Por un lado, la lectura por placer era socialmente percibida como femenina. La lectura de los textos clásicos era, por otro, masculina porque suponía un trabajo y una dificultad que hacía que el retorno recibido de la inversión de tiempo y de dinero en la actividad fuera productivo, es decir, legítimo. En este contexto, la novela nacional y su lectura se construyeron en Chile como formas de mediación de estas polaridades que organizaban y constituían la cultura nacional. Entre el espacio abierto del mercado editorial y lector en el cual siempre quiso triunfar y el discurso culturalista y nacional que desde su localización universitaria y estatal elaboró, Alberto Blest Gana permite apreciar la participación de nuevos sujetos lectores en la conformación de la cultura nacional que el Estado chileno y la Iglesia habían empezado a disputarse.

El segundo capítulo, “Lectura de la sociabilidad y sociabilidad de la lectura”, que insiste en la obra de Blest Gana, propone la noción de sociabilidad como una categoría analítica útil a la hora de pensar las relaciones de mediación entre la subjetivación y la educación concebidas como procesos simultáneamente individuales y sociales. Entre la sociabilidad informal de las costumbres y la sociabilidad formal que el aparato educativo propugnaba, la lectura y, en particular, la lectura de novelas apareció como un lugar y una práctica que, al ser nacionalizados, producían o podían producir sujetos nacionales que hubiesen incorporado, hecho carne y corazón, los discursos que la inteligencia liberal les proponía.

El tercer capítulo, “Nuevos lectores y nuevos discursos”, busca describir el proceso de secularización y mediación cultural en la sociedad nacional chilena del siglo XIX desde la perspectiva de los nuevos o refuncionalizados formatos y objetos textuales que a partir de la segunda mitad de la centuria comienzan a circular cada vez más intensamente en el naciente mercado de bienes culturales nacionales. Estudio para ello, primero, los Almanagues pues tal vez sea

en ellos en donde mejor se perciba ese cambio epocal de secularización o desencantamiento del mundo. El periódico por su parte, ofrece la oportunidad de acceder a la visión y reacción de la cultura católica y conservadora frente a la circulación social y tendencialmente ilimitada e irrestricta de textos y discursos. Estas nuevas maneras y ritmos de publicación implicaban, también, nuevas formas y ritmos de lectura a cuya demanda respondían, lecturas realizadas por públicos nuevos que traían consigo su propio bagaje de intereses y expectativas al mundo de lo escrito. Los vehículos de esta transformación general de lo cultural fueron los almanaques, los álbumes, los periódicos, las revistas y las novelas; los nuevos sujetos, las mujeres y los sectores medios del artesanado.

Un texto de Fanor Velasco nos proporcionará la oportunidad de comprender el periódico más desde adentro, desde más cerca de su propia materialidad. En el texto de Velasco y en el periódico, la crónica periodística tiene un lugar destacado. Este nuevo y popular género, tenía como clave narrativa, precisamente, la mediación cultural: tanto entre tipos diferentes de lectores cuanto entre espacios extranjeros y locales. En este sentido, se contaron entre los desafíos específicos de la narratividad cronística el mediar entre la falta de relevancia de lo foráneo y la excesiva familiaridad de lo conocido, desfamiliarizar lo familiar para –sin volverlo irreconocible– tornarlo atractivo para *todo* tipo de lectores, recrear con estilo lo real sin distorsionarlo, etc.

Considero también brevemente, en el mismo capítulo tercero, las revistas en tanto éstas intentan recortar un espacio de mediación entre la nueva cultura del diarismo y sus ritmos rápidos de lectura y consumo cultural (la contingencia cotidiana) y la cultura letrada tradicional que, centrada en los clásicos y la poesía cívica, propugnaba ritmos mucho más reposados y productos más escasos (la trascendencia de lo arduo, escaso y selecto).

El capítulo cuarto, “Rosario Orrego y Carlos Segundo Lathrop: la cultura de lectores femeninos y populares” quiere, a través de dos ejemplos concretos, ilustrar fenómenos más amplios que incorporan a la dinámica cultural nacional a las mujeres y a los artesanos y trabajadores urbanos. Se exploran allí otras dos formas históricas

emergentes de la autoría nacional. Formas que buscan fundar su autoridad enunciativa en pactos productivos entre autor/texto/lector que, aunque se cruzan frecuentemente con la trayectoria de Alberto Blest Gana, difieren de ella de maneras importantes.

El último capítulo, “El Castellano: la nueva disciplina nacional”, intenta sugerir la forma en que la cultura nacional mesocrática, que caracterizará como objetivo los esfuerzos estatales de los dos primeros tercios del siglo XX, encuentra su origen decimonónico en la modernización finisecular del aparato escolar y el discurso pedagógico y literario chileno. A través de la obra de Rudolf Lenz, destacado filólogo y educador alemán de larga residencia en Chile, se reseña el proceso de resemantización y normalización que el Estado y su aparato escolar realizan sobre la cotidianidad de la vida y el lenguaje populares. Para ello reviso la construcción y emergencia de una disciplina, el “Castellano” que surge de la combinación de algunas de las funciones y usos del Latín escolar, de la naciente psicología pedagógica y de la administración burocrática.

De este modo se cierra un recorrido que en la práctica significó seguir el curso emergente de la cultura nacional chilena como formación cultural tendencialmente mesocrática, indagando allí donde la constitución/construcción de lo público nacional se cruza con los públicos reales y las publicaciones que estos leyeron, allí donde lo público, lo textual y lo social se entrecruzan. Por ello, los tropos que definieron este estudio tienen que ver con las múltiples mediaciones, la hibridación de discursos y esferas de legitimación, la heterogeneidad de las formas semióticas que buscan tender un puente entre las orillas femenina y masculina, por un lado, y elitaria y popular, por el otro, del cauce cada vez más ancho de la discursividad nacional.

En este proceso, he intentado escapar de varios problemas de enfoque que afectan todavía, de muy diversas maneras, los estudios decimonónicos latinoamericanos: el predominio de una perspectiva centrada en “el libro”, la anacrónica y exclusiva concentración y búsqueda de novelas nacionales que permitan al investigador ‘fundar’ la literatura nacional en la acción patriótica de algún autor-padre, masculino y singular; la correspondiente ceguera hacia otras



formas discursivas y la anulación de la participación activa de múltiples públicos lectores (masculinos y femeninos, elitarios y populares) y de autores menores cuya labor, aunque no alcanzara muchas veces los honores del libro, tuvo en su acumulación colectiva, amplia circulación e impacto social. He evitado también, cualquier solución simplista a la tensión efectiva e históricamente verificable entre concebir la novela y el periódico, por dar dos ejemplos, bien como instrumentos de control o bien como espacios de liberación. En vez de alternativas irreconciliables, éstas me parecen los dos polos de un fenómeno que es, en realidad, un continuo con diferentes énfasis según el caso concreto. Así, por ejemplo, si bien el periódico, en un cierto sentido, *integra* la formación cultural nacional por la vía de proponer un espacio cultural común a públicos de otra forma diferenciados y segmentados; *heterogeniza*, en otro sentido, lo nacional discursivo abriéndolo a la variedad de voces y registros realmente existentes en la sociedad, ampliando el espectro de la letra y la publicidad y de lo que puede ser por ellas registrado.

En el caso de la novela chilena este reduccionismo suele manifestarse, repetimos, como un énfasis exclusivo en el teleologismo de la novela nacional llevada a cabo por *un autor*, masculino y singular, en desmedro de la multiplicidad de voces, registros y actores que participan realmente en su elaboración. Se oscurecen, asimismo, aquellas condiciones sociales (alfabetización o *literacy* extendida, prácticas heterogéneas de lectura, etc) que hacen posible esa producción autorial en el mercado cultural chileno.

En este esfuerzo he tratado de activar un materialismo cultural renovado que me ha parecido fructífero en la obra histórico-teórica de autores tales como Beatriz Sarlo, Angel Rama, Jesús Martín Barbero, Michel Foucault, Michel de Certeau y Tony Bennett. Este último ha establecido lo que no es sino una propiedad de todo texto: su pertenencia a una esfera pública o política dominada por determinadas formaciones discursivas y lectoras que contribuyen, de manera decisiva, a la producción de sus sentidos. La idea de formación lectora recoge el aporte de Michel Foucault sobre las formaciones discursivas. Foucault define esta última como una cierta regularidad de relaciones entre discursos que coagulan en un momento y en un

espacio históricos determinados para ofrecer la imagen ilusoria (pero legitimada) de la totalidad de los discursos sociales.<sup>2</sup> Por formación lectora, por su parte, Bennett entiende “ a set of discursive and intertextual determinations which organise and animate the practice of reading, connecting texts and readers in specific relations to one another in constituting readers as readings subjects of particular types and texts as objects-to-be-read in particular ways.”<sup>3</sup> Conviene destacar aquí, que esta definición presupone que tanto el texto como la lectura son construidos social e históricamente. Es decir, que tanto textos como lecturas varían de maneras similares y como producto de una actualización, en un aquí y ahora, de sus relaciones oposicionales con otros textos (formación discursiva) y otras prácticas de lectura (formación lectora.)

Todo ello implica que la literatura no se liga, o por o menos no principalmente, a las formas de poder social a través de una relación de tipo representacional-ideológico, como quería el marxismo tradicional. La literatura no es, entonces, *simple y directamente* una ideología cuya función principal sería la producción de sujetos receptivos de sus mensajes pacificadores. Son, en cambio, los mecanismos sociales e institucionales a través de los cuales *se producen, se usan y se despliegan socialmente* determinados textos, los que constituyen a la literatura en sus formas concretas y variables de existencia social.

A esa historia y desde esa perspectiva ha querido contribuir este libro.

---

<sup>2</sup> Foucault, Michel. *Archeology of Knowledge*, New York: Harper Colophon, 1972.

<sup>3</sup> Bennett, Tony. “Texts in History: the determinations of readings and their texts” en Derek Attridge et al (editores), *Post-structuralism and the Question of History*, Cambridge: Cambridge University Press, 1987, p.70. Véase también su *Outside Literature*, London: Routledge, 1990.

## CAPÍTULO 1

### LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA LECTURA Y

### LA NOVELA NACIONAL

Quiero destacar aquí la importancia de las prácticas de lectura en la determinación de las formas concretas de existencia histórica de la literatura. De este modo, espero sentar las bases metodológicas sobre las que se apoyarán los capítulos siguientes. Intentaré caracterizar una parte de la concreción histórica e institucional de la literatura en Chile en la segunda mitad del siglo XIX a partir de la interacción entre prácticas autoriales y lectoras, en un caso en particular: el del novelista Alberto Blest Gana (1831-1920) y sus lectores. Mi hipótesis es, por una parte, que el discurso y la práctica novelesca de Blest Gana intentan des-marcar, des-estigmatizar socialmente la novela, su escritura y su lectura por la vía de su nacionalización productiva; y, por otra, que ello es, al menos en parte, el resultado de la estructura de la demanda lectora. Esto supondrá, centralmente, discutir la generificación (asignación de un género sexual) de los términos del discurso cultural. Veremos así cómo se puede leer el discurso literario chileno del siglo XIX ya no desde la simple posición textual y autorial tradicional sino, por lo menos, desde su oposición a la posición y acciones paralelas de los públicos lectores y, por ello, productores de literatura.

Ya en 1841, en su artículo “La Publicación de libros en Chile”, Domingo Faustino Sarmiento decía:

“¿Quereis que la prensa ejerza su influjo sobre los ánimos del mayor número posible? Preparad lectores: porque sin ellos la prensa será un arma sin filos, un grito para sordos. Preciso es formar la razón pública; i esta es la tarea de las discusiones parlamentarias, de la prensa i de las opiniones individuales.”<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Sarmiento, Domingo Faustino. *Obras Completas*, Buenos Aires: Moreno, 1887-1900, Tomo I, p. 71.

Un poco antes, en el mismo artículo, había insinuado —y es todo lo que se atrevió a hacer en el clima letrado del momento— que dentro de lo poco que se leía, los jóvenes leían sobre todo novelas. Con el correr del tiempo, Sarmiento se decidiría a desarrollar más esta insinuación sobre la importancia social y nacional de la novela y su posible impacto positivo en la sociabilidad chilena.<sup>2</sup> Veinte años después, Alberto Blest Gana recogería el llamado sarmientino, adaptándolo a las nuevas circunstancias. La propuesta de Blest Gana fue la creación de una novela nacional que, aprovechando la estructura de la demanda lectora que empezaba a desarrollarse, es decir, aprovechando las prácticas lectoras realmente existentes, pudiera reencauzarla por las vías de la construcción de la nacionalidad. El análisis de esta apuesta estratégica de legitimación del productor y del lector nacional quiere moverse en un campo amplio que denomino de la lectura social y de lo social en la lectura. Antes de pasar a Blest Gana y a la percepción de sus lectores, convendría sin embargo, hacer un breve recuento crítico sobre el área general de los llamados estudios de la recepción.

La preocupación teórica sobre “el lector” (el género y el número no son casuales) tiene una ya larga trayectoria crítica. En ésta sería conveniente, por lo menos, mencionar los trabajos teóricos de Wolfgang Iser y hermenéutico-históricos de Hans Robert Jauss.<sup>3</sup> Recuperando la tradición fenomenológica de teóricos como Roman Ingarden, Iser se propuso investigar cómo se produce la significación de un texto literario en la interacción entre el texto y su receptor. Con la noción de “lector implícito”, buscó darle un fundamento textual a su convicción de que la semiosis textual es no sólo el resultado de la actividad del autor sino, en un grado muy importante, el producto de la incorporación de la figura del lector en la estructura del texto. Una variante semiótica de gran difusión en el mundo hispanohablante, ha sido la obra de Umberto Eco, en espe-

---

<sup>2</sup> Véase más abajo.

<sup>3</sup> Véase Iser, Wolfgang. *The Implied Reader*, Baltimore and London: John Hopkins University Press, 1974 y Jauss, Hans Robert. *Towards an Aesthetic of Reception*, Minneapolis: University of Minnesota Press.1982.

cial su libro *Lector in fabula*.<sup>4</sup> En este contexto se suele investigar las formas (supuestas) de procesamiento lector: cómo se construye la consistencia/ inconsistencia de un texto, su carácter semántico determinado/indeterminado, la enciclopedia o diccionario de referencias culturales necesarias para su decodificación, las hipótesis de interpretación, el rol modélico de los géneros literarios apelados y reconocidos, etc.

En la obra de Hans Robert Jauss, por otro lado, se aprecia una mayor cercanía a la historia, aunque guiada aquí por un acercamiento hermenéutico que intenta esclarecer la validez de nociones como “percepción estética”, “horizonte de expectativas” dentro de un campo más general llamado “estética de la recepción.” Finalmente, en el importante trabajo de Stanley Fish, los estudios sobre recepción se abren a la naturaleza política de las comunidades literarias y de las convenciones que gobiernan sus interpretaciones.<sup>5</sup>

La noción de “autor”, por su parte, ha sido analizada en los conocidos trabajos de Roland Barthes y Michel Foucault sobre el tema.<sup>6</sup> El ensayo de este último, es fundamental para entender lo que más arriba denominamos “posición textual y autorial”, en tanto esclarece los efectos (posibilidades y limitaciones) de sentido producidos por un cierto concepto histórico de autor.

Hoy es posible proponer que tanto las formas de lectura como las de escritura deben ser comprendidas históricamente en su variabilidad y dependencia en relación a contextos históricos específicos.

---

<sup>4</sup> Eco, Umberto. *Lector in fabula: la cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Barcelona: Lumen, 1981.

<sup>5</sup> Véase Fish, Stanley. *Is There a Text in this Class? The Authority of Interpretative Communities*, Cambridge: Harvard University Press, 1980. Para un excelente panorama de la llamada “teoría de la recepción”, véase Holub, Robert C. *Reception Theory. A Critical introduction*, London and New York: Routledge, 1984. Véase también Tompkins, Jane P. (editor). *Reader-Response Criticism. From Formalism to Post-Structuralism*, Baltimore and London: The John Hopkins University Press, 1980.

<sup>6</sup> Barthes, Roland. “The Death of the Author” en Roland Barthes, *The Rustle of Language*, Oxford: Blackwell, 1986 y Foucault, Michel. “What is an Author” en *The Foucault Reader*, Paul Rabinow (editor). New York: Pantheon Books, 1984.

Esto supone reconocer la multiplicidad de agentes sociales que intervienen en cada situación, es decir, pasar de “la recepción” a las varias “recepciones”, del “lector” a los y las lectoras, de la inteligibilidad de los textos a sus maneras de apropiación históricas.<sup>7</sup> Los grados de regimentación variarán, en el primer caso, desde la “lectura” oída por quien escucha la recitación de un texto improvisado hasta la que hace el estudiante del ciclo terminal de la educación formal, pasando por la de quien sólo sabe leer pero no escribir. El grado de formalización va, en este decurso, en continuo aumento hasta culminar hacia el fin del siglo XIX en lo que podríamos llamar tecnologías de lectura. Estos estilos institucionales de la lectura apuntarán hacia algo que hoy resulta fácil apreciar: que el texto es un espacio que se construye socialmente y que, al menos en el caso chileno del fin de siglo, es siempre un espacio normativo en que se produce la subjetividad nacional disciplinada y disciplinaria. Ello requería una domesticación de las prácticas de lectura.<sup>8</sup> Con Blest Gana veremos, por otra parte, que las prácticas escriturarias son también el resultado de una cierta formación discursiva, es decir de un espacio de producción, circulación y consumo de textos, que hace posible determinadas posiciones autoriales y no otras.

Este primer capítulo destaca, entonces, las formas sociales de

---

<sup>7</sup> En este sentido mi trabajo busca acercarse al de teóricos como Tony Bennett. *Outside Literature*, London: Routledge, 1990; y Michel de Certeau. *The Practice of Everyday Life*, Berkeley: University of California Press, 1984; y al de investigadores como Roger Chartier. *The Cultural Use of Print in Early Modern France*, Princeton: Princeton University Press, 1987; Robert Darnton. *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, New York: Basic Books, 1984; Janice Radway. *Reading the Romance: Women, Patriarchy and Popular Culture*, London: Verso, 1987; Cathy N. Davidson (editor). *Reading in America*, Baltimore and London: The John Hopkins University Press, 1989, etc. Siguiendo a Michel de Certeau, Roger Chartier señala: “The historian’s task is thus to reconstruct the variations that differentiate the *spaces lisibles*—that is, the texts in their discursive and material forms— and those that govern the circumstances of their *effectuation*—that is, the readings, understood as concrete practices and as procedures of interpretation”, en Chartier, Robert. *The Order of Books*, Stanford: Stanford University Press, 1994, p. 2.

<sup>8</sup> Sobre la subjetividad nacional y el fin de siglo chileno, véase el capítulo 5.

legitimación del decir y del leer y emplea una perspectiva crítica de las limitaciones en permanente proceso de institucionalización que afectan, por un lado, lo que se escribe, publica, circula, preserva y enseña; y, por otro, las formas en que se determina la legibilidad de esos textos y sus maneras apropiadas de apropiación.

Estudiar dichas prácticas de lectura supone desfamiliarizar nuestras certidumbres y confianzas respecto a la lectura como práctica.<sup>9</sup> Para ello hay varios caminos posibles. Dado el escaso desarrollo de la investigación sobre el tema en la crítica sobre el Chile décimonónico, no parece prudente ahora intentar hacer una suerte de historia de la lectura en Chile.<sup>10</sup> En esta coyuntura crítica, un paso importante sería esclarecer algunas de las percepciones que en un momento determinado la sociedad chilena pareció tener de la lectura, de sus funciones, usos y peligros, de las formas de control y administración que le pareció necesario ejercer sobre ella; y de al menos algunas de las formas prácticas en que los lectores, especialmente las mujeres, determinaron dichos intentos.<sup>11</sup>

Quiero explorar así una de las dimensiones de los procesos de construcción del orden nacional en el contexto del paso de ciertas formas de sensibilidad que caracterizan lo que puede ser descrito como la sociedad patricia a otras que definen la llamada sociedad burguesa.<sup>12</sup> Estudiar entonces —en el marco de ese campo mayor que integran la construcción del orden nacional y el desarrollo de

---

<sup>9</sup> Véase Chartier, Roger. *Pratiques de la Lecture*, Paris: Petite Bibliotheque Payot, 1993; especialmente “La Lecture: une pratique culturelle. Debat entre Pierre Bourdieu et Roger Chartier”.

<sup>10</sup> Las únicas excepciones que conozco son algunas excelentes páginas de Bernardo Subercaseaux y de Gina Cánepa. Véase Subercaseaux, Bernardo. *Historia del libro en Chile*, Santiago, Editorial Andrés Bello. 1993; y Cánepa, Gina. “Folletines históricos del Chile independiente y su articulación con la novela naturalista”, *Hispanamérica*, 50, 1988. En el ámbito latinoamericano son esenciales los trabajos pioneros del Seminario de historia de la educación en México del Colegio de México. *Historia de la lectura en México*, México: Colegio de México y Ediciones del Ermitaño, 1988.

<sup>11</sup> Para la justificación del énfasis en las mujeres véase más abajo.

<sup>12</sup> Véase Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México: Siglo XXI, 1976.

las formas de apropiación cultural— el problema de la lectura efectiva y de la lectura deseable en el emergente discurso literario nacionalista o de orientación nacional. Para ello nada parece más apropiado, y por lo tanto cuestionable, que la producción discursiva de Alberto Blest Gana.<sup>13</sup>

La opinión de Arturo Torres Rioseco resume muy bien el consenso crítico tradicional respecto a la obra de Blest Gana: “Blest Gana es el novelista chileno por antonomasia, el pintor del campo y de la ciudad, del pueblo, de la clase media y de la aristocracia.”<sup>14</sup> Raúl Silva Castro, por su parte, habla de la justeza del título de “padre de la novela chilena” con que la tradición crítica ha consagrado al novelista.<sup>15</sup> En este contexto, cabe muy bien preguntarse ¿habrá habido una madre de la novela nacional en Chile? La respuesta a esta interrogante constituirá, en parte, el desarrollo de este trabajo.

Francine Masiello ha propuesto una hipótesis general para el siglo XIX latinoamericano que mi propia investigación ha confirmado, al menos para el caso chileno del medio siglo: “...when the state finds itself in transition from one form of government to ano-

---

<sup>13</sup> Blest Gana nació en Santiago en 1831 y murió en París en 1920. Fue autor de numerosas novelas entre las que destacan *La Aritmética en el amor* (1860), *Martín Rivas* (1862), *El Ideal de un calavera* (1863), *Durante la Reconquista* (1897), *Los Trasplantados* (1904) y *El Loco Estero* (1909). Tras estudiar en el Instituto Nacional pasó a la Escuela Militar. Becado por el gobierno chileno hizo estudios de ingeniería militar en Francia entre 1847 y 1851. A su retorno fue profesor de topografía militar y jefe de sección en el Ministerio de Guerra y Marina. En 1855 se retiró del Ejército. En 1864 fue nombrado Intendente de Colchagua, en 1870 fue elegido diputado del Congreso Nacional. Desde 1871 hasta que se retiró del servicio diplomático en 1887 fue sucesivamente Ministro Plenipotenciario en Washington, Londres y París. En la diplomacia “ha sido (...) acaso el más eminente de los grandes servidores que la nación ha tenido en esa carrera”, Huneeus Gana, Jorge. *Cuadro Histórico de la producción intelectual de Chile*, Santiago: Biblioteca de Escritores de Chile, 1910, p. 733.

<sup>14</sup> Citado por Alone (Hernán Díaz Arrieta). *Don Alberto Blest Gana. Biografía y crítica*, Santiago: Editorial Nascimento, 1940, p. 316.

<sup>15</sup> Silva Castro, Raúl. *Evolución de las letras chilenas. 1810-1960*, Santiago: Editorial Andrés Bello, 1960, p. 58.



ther, or from a period of traditionalism to a more modernizing program, we find an alteration in the representation of gender.”<sup>16</sup>

A partir de esta tesis, Masiello sostiene que en la historia cultural argentina en general y, en particular, en la discusión decimonónica sobre la nación deseada, la representación de los roles masculinos y femeninos —realizada tanto por hombres como por mujeres— es una de las variables que estructura con mayor fuerza los discursos sociales en áreas aparentemente tan distintas como la política, la educación, la familia, las relaciones entre las “razas”, el matrimonio, etc. Algunos intelectuales argentinos (tanto hombres como mujeres) recibieron, usaron y produjeron una imagen de la mujer como mediadora entre ámbitos que la política masculina o masculinizada dominante parecía concebir como polaridades irreconciliables: civilización y barbarie, Europa y América, blancos e indios, etc. Para ello, las mujeres letradas redefinieron la domesticidad, el matrimonio y la familia como espacios de mediación social y se crearon, de este modo, un lugar en el proyecto de construcción de la nación.

Doris Sommer, por su parte, ha desarrollado el que tal vez sea uno de los argumentos más consistentes hasta ahora sobre la posición de la novela nacional decimonónica latinoamericana como una forma de resolución de conflictos que atraviesan la comunidad nacional.<sup>17</sup> En su lectura, ciertas novelas sirven como una transacción imaginaria que resuelve conflictos sociales (genéricos, raciales y de clase) a través de una anécdota que configura un romance. Por romance entiende un texto dotado de un nivel alegórico doble que apunta tanto a las incidencias de una acción particular que se desenvuelve sobre todo en el ámbito privado, como al curso de la macroacción social-nacional en que aquella se inscribe. Para Sommer, Blest Gana sería el principal autor literario de un liberalismo chileno triunfante gracias a su alianza con algunos sectores conservadores. En su

---

<sup>16</sup> Masiello, Francine. *Between Civilization and Barbarism. Women, Nation and Literary Culture in Modern Argentina*, Lincoln: University of Nebraska Press, 1992, p. 8.

<sup>17</sup> Sommer, Doris. *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*, Berkeley: University of California Press, 1991.

análisis de *Martín Rivas*, Sommer destaca al protagonista como el burgués exitoso que logra conciliar la posición hegemónica de la nueva burguesía chilena con los intereses de la aristocracia representada en la novela por Leonor, en un matrimonio conseguido con la ayuda de los sectores populares que encarna Edelmira. Moral y dinero nacional resultan así reconciliados sin aparentes contradicciones.

*Martín Rivas*, dice Sommer, no es simplemente una historia de amor, pero no lo es precisamente porque en parte lo es. Es un romance, o sea un híbrido entre erótica y política, en donde las “maneras sociales” importan mucho a la hora del análisis político-ideológico. Por ello, sugiere Sommer, la lectura de la novela debe ser político-social, política y social al mismo tiempo.<sup>18</sup> Lo que quiero hacer ahora es pasar de la lectura teórica de la novela a las lecturas de la novela en la práctica o, mejor, a la indirecta lectura de las prácticas de lectura tal cual éstas pueden ser apreciadas en el discurso social que en torno a ellas se elabora. Más que enfatizar el carácter relativamente andrógino del héroe Martín Rivas, como muy bien hace Sommer, me importará destacar el carácter genéricamente transaccional de la lectura misma de la novela de costumbres nacionales que Blest Gana se propuso escribir. No tanto, entonces, la interioridad textual, como las formas de legitimación discursiva (propio/impropio; inclusión/exclusión) que le dan sentido a la distinción entre interioridad/exterioridad de la novela nacional en el contexto del mercado nacional e internacional.

Las ideas de Masiello y Sommer me interesan, pues, especialmente en cuanto aluden indirectamente a la generificación (la asignación de un género sexual) de los elementos del debate sobre la novela nacional. Como veremos, también a propósito de Blest Gana, la novela nacional misma se propone como una intermediación entre dos polos, lo masculino y lo femenino, que organizan y constituyen la cultura nacional.<sup>19</sup> En este contexto la lectura de novelas, es

---

<sup>18</sup> Véase Sommer, *Foundational Fictions*, p. 213.

<sup>19</sup> Jaime Concha se refiere irónicamente a lo que aquí llamamos el carácter transaccional, conciliador de polaridades culturales, políticas y literarias, del

decir, la lectura por placer, es femenina. La lectura de los textos clásicos es, por otro lado, masculina porque supone un trabajo y una dificultad que hacen que el retorno recibido de la inversión de tiempo y dinero en la actividad sea productivo, es decir, legítimo.<sup>20</sup>

Esta asignación de géneros a las potencias o capacidades del ser humano se correspondía fuertemente con el discurso religioso que a la sazón la Iglesia enarbolaba en la defensa de sus prerrogativas al interior de un estado constitucionalmente católico:

“Si imprudentemente i antes de despertar las potencias intelectuales de los jóvenes, se les introduce en el risueño templo de las musas, se hace cobrar alas a su imaginación i sensibilidad, recreando de continuo su oído con suaves melodías i representando a su vista sin discreción los seductores cuadros de la pintura i la poesía, *se formará una juventud muelle, afeminada, incapaz de los arduos trabajos de la intelijencia*”<sup>21</sup>

Hay que entender, entonces, que esta división de capacidades corresponde a formas de percepción cultural que, si por un lado marcan genéricamente la lectura según sea el tipo de material y de

---

discurso de Blest Gana: “¿Punto de vista superior, objetividad de novelista? Más bien, creemos, arte del equilibrio, de la mesura y de las medidas prudentes. ¿Táctica de diplomático más que táctica de narrador!” Concha, Jaime. “Prólogo” a Alberto Blest Gana, *Martín Rivas*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977, p. XIV.

<sup>20</sup> Este tipo de conceptualización ha demostrado tener una gran resistencia al paso del tiempo. Se lo puede hallar, por ejemplo, dominando nuestras formas de comprensión de la literatura “moderna”, en donde la idea de dificultad de la lectura es parte integral de la experiencia estética. Es, por otro lado, el mismo criterio que se utiliza todavía para distinguir entre obras de alta literatura y aquellas que pertenecen al ámbito de la cultura masiva y/o popular. Sobre esta generalización de los términos, recuérdese, por ejemplo, la distinción de Julio Cortázar entre “lectores cómplices” y lectores hembras”, en Cortázar, Julio. *Rayuela*, edición crítica de Julio Ortega y Saúl Yurkievich, Madrid: Colección Archivos, 1991, capítulos 79 y 99.

<sup>21</sup> *La Revista Católica*, 20 de noviembre de 1869, número 1081, p. 354. Citado en Krebs, Ricardo et al. *Catolicismo y laicismo. Seis estudios*, Santiago: Ediciones Nueva Universidad, 1981, p. 40. El subrayado es mío.

sujeto lector; ligan, por otro y de manera más general, los movimientos impredecibles y la inestabilidad del mercado a las formas de la subjetividad femenina. Para una sensibilidad tradicional, en efecto, el mercado era un espacio, a la vez atractivo y peligroso, que de alguna manera subvertía las categorías jerarquizadoras fundamentales del “modo de ser aristocrático” en Chile.<sup>22</sup> Quien hoy era un simple minero o pequeño inversionista podía mañana transformarse repentinamente en un acaudalado nuevo rico. Quien en un determinado momento parecía un excelente partido para casar a la hija y consolidar la posición social de la familia, podía, por efecto de los mismos mecanismos de mercado, devenir, con la misma rapidez, un don nadie. Ambos procesos se encuentran, no por casualidad, retratados en *Martín Rivas*. Este vértigo que ponía de manifiesto la relatividad y variabilidad de la subjetividad del ciudadano nacional *propiamente dicho*, no podía sino tener un impacto sobre el tiempo lento del mundo todavía parcialmente aristocrático o aristocráticamente organizado de la sociabilidad chilena de principios de la segunda mitad del siglo XIX.

De hecho, la lectura de periódicos y las lecturas hechas en periódicos ocuparían un lugar intermedio que acabaría mediando la distancia entre aquellas formas de lectura socialmente construidas como “masculinas” y “femeninas”.

En 1861 en su discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, titulado “La Literatura chilena. Algunas consideraciones sobre ella”,<sup>23</sup> Alberto Blest Gana desarrolló ampliamente su visión de la literatura y, en particular, de la novela nacional. Al estado, parece pensar Blest Gana, o por lo menos al novelista nacional con él identificado, le corresponde trans-

---

<sup>22</sup> La expresión corresponde a Barros Lezaeta, Luis y Ximena Vergara Johnson. *El Modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*, Santiago: Ediciones Aconcagua, 1978.

<sup>23</sup> El discurso fue pronunciado el 3 de enero de 1861 y publicado en los Anales de la Universidad de Chile. José Promis, de cuyo texto cito de aquí en más, lo reproduce íntegro en Promis, José. *Testimonios y documentos de la literatura chilena*, Santiago: Editorial Nascimento, 1977, p. 108-128.

formar esto que parece ser simplemente una pérdida de tiempo, o sea una actividad que se niega a sí misma en su propia intransitividad, en su falta de productividad, o en la producción pura y simple, y por lo tanto injustificable, de placer. La racionalización de la lectura, que como práctica sancionada metropolitanamente ya había empezado a tener un impacto sobre la surgente clase media chilena, será, en efecto, una de las tareas a que más afanosamente dedicará sus esfuerzos pioneros Alberto Blest Gana.

La lectura debía ser racionalizada por varias razones. Ante todo se trataba de corregir una conducta que se consideraba a veces indeseable y reprehensible, otras simplemente inocua e improductiva. En cualquier caso, la reacción de fondo era transformar un patrón conductual, o más latamente, un hábito adquirido por el público que se iba poco a poco constituyendo en tal. En tanto público en el mercado, una parte de la población estaba haciendo valer sus derechos de consumo en la práctica, precisamente, de un tipo de consumo específico: las novelas y folletines europeos que la desarrollada industria editorial del viejo continente ponía, cada vez a precios más accesibles, a su alcance.<sup>24</sup> El problema era entonces, desde la perspectiva de la gubernamentalidad, corregir dos errores de género que de alguna forma aparecían como interrelacionados. No sólo había que cambiar el género de lo que se leía —los folletines, las novelas en general o, al menos en el caso de Blest Gana, el tipo de novelas— sino

---

<sup>24</sup> Zorobabel Rodríguez en 1876, destaca el punto macroeconómico más general cuando resume las quejas voceadas en una reunión de artesanos e industriales (pequeños artesanos y obreros): “Los consumos han disminuido y los consumidores manifiestan cada día una tendencia más marcada a comprar a quien les venda más barato lo que necesitan, sin tomar en cuenta la nacionalidad del fabricante ni del vendedor. El remedio de este grave mal [dicen los obreros] debe buscarse en el alza del impuesto aduanero”, en “La Cuestión obrera I” reproducido en Grez Toso, Sergio (editor). *La Cuestión social en Chile. Ideas y debates precursores*, Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. 1995, p. 256. Ante la ineficacia o incluso ausencia de la lógica nacional en los incipientes mercado y público chilenos, los artesanos hablaban de proteccionismo. Por su parte, la solución liberal transaccional de Blest Gana ante el mismo fenómeno, ahora en el campo del consumo cultural, será, como veremos, reconceptualizar el producto “novela”.

también hacer que las mujeres leyera algo que fuese correcto para su género y que no conspirara con las sagradas funciones que la patria les encomendaba en la forma de hijos y esposos.

En 1877 Rodolfo Vergara Antúnez vaticinaba que la educación femenina en liceos del Estado, aprobada ese año por decreto oficial:

“...perjudicará grandemente el cumplimiento de los deberes domésticos que pesan sobre ella como una carga anexa a su misión natural. Lo primero [la educación de carácter estatal] lo hemos combatido por pernicioso para las creencias religiosas de la mujer; lo segundo [la educación profesional], como pernicioso para los intereses del hogar.”<sup>25</sup>

Algunos de los argumentos liberales intentaban apropiarse —ya por convicción, ya por conveniencia— de la defensa conservadora del hogar “bien constituido”, para proponer que, precisamente porque la mujer tenía a su cargo las labores de reproducción social, desde el parto a la educación de sus hijos, pasando por el cuidado de su esposo, es que era imperativo educarla en profundidad.<sup>26</sup> En 1864 el autor de un artículo titulado “Observaciones sobre la educación del bello sexo” razonaba:

“Educad a la jeneración presente para que no tengais que educar a las jeneraciones futuras” repiten nuestros sabios; educad a las mujeres, agregamos nosotros, i vuestros hijos serán virtuosos, moderados e instruidos; —educad a las mujeres i vuestra felicidad será completa porque tan solamente de las madres, de las

<sup>25</sup> En *El Estándarte*, 15 de febrero de 1877. Citado por Labarca, Amanda. *Historia de la enseñanza en Chile*, Santiago, 1939, p. 163.

<sup>26</sup> El ministro que dictó el decreto que autorizó la creación de liceos femeninos, Miguel Luis Amunátegui, consignaba en su Memoria Ministerial de 1877 entre los motivos para impulsar el decreto: “La desigualdad intelectual entre el hombre y la mujer [que] significa la desmoralización más completa del hogar doméstico.” Citado en Hernández Ponce, Roberto. “Bachillerato y títulos profesionales para mujeres. Ideas y pasiones de hace cien años.” *Revista de Educación*, no. 63, julio-agosto, 1977, p. 30.

esposas i de las buenas hijas depende el bienestar de las naciones.”<sup>27</sup>

Importante para comprender la visión conservadora respecto a la lectura de novelas en general –aunque ya menos cruda que las simples condenas religiosas en tanto se basa ahora en una recuperación funcional de la “literacy” clásica<sup>28</sup>– es la opinión en 1873 del influyente crítico Enrique Nercasseau Morán:

“Según es común decir, el entusiasmo por los estudios literarios crece en Chile, de algún tiempo a esta parte con asombrosa rapidez. (...) Ese entusiasmo, a nuestro juicio, es perjudicial a la verdadera literatura. (...) Hemos dicho que el entusiasmo que en Chile se hace sentir es perjudicial, pero no el verdadero entusiasmo por la verdadera literatura. No damos este nombre a la afición más o menos nociva a la lectura de novelas o de obras dramáticas; tampoco a esa manía, fácil de arraigarse en los jóvenes, de escribir para publicar: lo uno para nosotros no pasa de ser un medio de diversión como cualquiera, i que, muchas veces, por desgracia, causa efectos mui funestos; lo segundo no es sino una vanidad, i una detestable vanidad cuando es llevada al exceso.”<sup>29</sup>

Nercasseau explicita aquí muy bien las dos ansiedades fundamentales de la sensibilidad patricia frente al desarrollo cultural chileno: la ampliación incontrolada de los discursos socialmente circulantes así como del género de sujetos que ellos alcanzaban; y la constitución de un mercado económico cada vez más extenso como espacio para dicha circulación.

La educación sin (el mismo grado de la antigua) discriminación de género y la expansión de la lectura de novelas significaban

<sup>27</sup> En *El Correo literario*, 27 de noviembre de 1864, p. 239. El autor firma “J.A.S.”

<sup>28</sup> He decidido conservar, a lo largo de este trabajo, la palabra inglesa “literacy” para aludir así simultáneamente no sólo a la “alfabetización” que normalmente la traduce en español, sino también a los aspectos de competencia cultural socialmente establecida y variable que integran asimismo el campo semántico de la expresión inglesa.

<sup>29</sup> En *La Estrella de Chile*, firmado el 29 de enero de 1873, p. 297.

pues, para la óptica tradicional, desarrollos indeseados y consecuencias inevitables de la progresiva ampliación de la cobertura estatal en materias de instrucción. La educación y la lectura estaban literalmente irrumpiendo en los hogares chilenos, antes esfera exclusiva de la sociedad civil católica chilena. En 1873, Vicente Aguirre V. en su artículo “Literatura perniciosa” reclamaba:

“Muchas veces se ha dicho que un padre, una madre de familia no consentirían jamás que un bandido, un criminal terrible fuera el preceptor de sus hijos. Eso cualquiera lo comprenderá. Pero lo que muchos padres i madres de familia consienten, es que varios bandidos i criminales con nombres i figuras de novela, sean los que den frecuentes lecciones a su familia. Esto no todos lo comprenden.”<sup>30</sup>

Desde la posición intermedia, entre la élite de la esfera del gobierno y la esfera privada de la élite profesional, que como diplomático, intelectual y productor (potencial) en el mercado ocupaba Blest Gana, el problema de la novela nacional sería, para él, corregir las desviaciones de la lectura aprovechando lo que fuere aprovechable de sus orientaciones y formas de funcionamiento. Es decir, para Blest Gana, no se trataba simplemente de disciplinar a una población, o a un sector de ella, que lentamente aparecía bajo la forma específica de consumidor nacional y ya no meramente de objeto de las políticas gubernamentales, sino de aprovechar el estado y las inclinaciones de esa masa de connacionales para conseguir un efecto que beneficiara tanto al productor como al consumidor y así, a la nación.

Aunque situada en un plano diferente, la deseada intervención de Blest Gana no está, sin embargo, libre de múltiples puntos de contacto con la gubernamentalidad estatal. Entre otras cosas, porque todavía las esferas de legitimación del incipiente campo cultural se concentran en buena parte alrededor de las instituciones del estado, en particular de la Universidad de Chile. No se trata, pues, de una posición ajena a los intereses de las otras apuestas estratégicas,

---

<sup>30</sup> En *La Estrella de Chile*, 3 de abril de 1873, p. 438.



las del Estado y la Iglesia, que configuran el campo de fuerzas en que la discusión sobre el discurso literario se lleva a cabo.

En 1884 describiendo el proceso de los años previos, el Vicario Capítular ante la Primera Asamblea General Católica, Joaquín Larraín Gandarillas, señalaba:

“la mala semilla ha germinado, por desgracia en el suelo de la patria. Maleada se encuentra la educación de la juventud... Relajáanse de día en día los lazos de familia, con menoscabo de la sagrada autoridad paternal. *La literatura malsana entra libremente en numerosos hogares, causando deplorables estragos en los corazones puros.* El periodismo irreligioso hace tranquilamente su propaganda destructora, aún con el apoyo de no poco católicos. El lujo, la sed de placeres i de riquezas acarrear lamentables desórdenes en las clases acomodadas. La pasión política tiraniza las almas; (...) Decaen visiblemente la entereza de los caracteres i el nivel moral e intelectual de este noble país.”<sup>31</sup>

La pelea era claramente sobre los corazones de los lectores nacionales. Así lo confirma, también en el ámbito religioso, José Hipólito Salas en 1843: “las leyes no contienen sino el brazo; la religión arregla el corazón; las leyes no se refieren sino al ciudadano, la religión se apodera del hombre.”<sup>32</sup>

La literatura, para Blest Gana, sería una suerte de religión laica más apropiada para los tiempos modernos y conciliatorios del liberalismo burgués y a la vez aristocrático que en 1861 comenzaría a gobernar oficialmente en Chile.<sup>33</sup> Si había que conquistar el cora-

<sup>31</sup> Citado en Krebs, *Seis estudios*, p. 17. El subrayado es mio.

<sup>32</sup> Citado en Serrano, Sol. *Universidad y Nación. Chile en el siglo XIX*, Santiago: Editorial Universitaria, 1994, p. 90.

<sup>33</sup> En tono condenatorio el historiador conservador Alberto Edwards, se refiere al liberalismo chileno en los siguientes términos: “El liberalismo o, para hablar con más propiedad, el espíritu del siglo, no es en el fondo y principalmente una doctrina política, sino una revolución espiritual, una creencia, una filosofía, que si tiene sus teólogos y sus doctores, también penetra en forma instintiva hasta lo más profundo de las masas. (...) Es, pues, una religión, negativa si se quiere, cuyo dogma fundamental es la esperanza en el progreso. (...) Este carácter real del liberalismo explica, a la vez, su enorme popularidad

zón del ciudadano, era preciso entender primero que los había de dos géneros y que la práctica y los hábitos concretos de lectura de estos sectores de mujeres y hombres chilenos, requerían a su vez, un cambio de género, ahora literario. Para ganar la batalla sobre los corazones nacionales había que crear un nuevo género transaccional: la novela de costumbres nacionales. Sólo así sería posible apoderarse ya no sólo del hombre sino también de la mujer. Blest Gana es muy explícito respecto a las bondades de este tipo de novelas:

“Más al lado de ésta [se refiere a “la gente de esmerada educación”] vive y se agita, así en el nuestro como en todo país civilizado, una parte de población infinitamente mayor que esa otra, que necesita de la lectura para descansar del trabajo, que muchas veces recibe en sus gustos y pasiones muy directa influencia de esa lectura y que ha menester para nutrir su espíritu de un alimento más sencillo del que aquellos preciosos modelos del arte le presentan. (...) Para llenar las condiciones que enunciarnos, sin disputa la novela de costumbres es la más apropiada.”<sup>34</sup>

En este contexto parece también muy apropiado que la entrada “oficial” de Blest Gana en el firmamento de la literatura nacional chilena, se produzca en un concurso auspiciado por la Universidad

---

y su escasa eficiencia como elemento constructivo y como disciplina de gobierno.” en Edwards, Alberto. *La Fronda aristocrática*, Santiago: Editorial Universitaria, 1989, p. 146. Blest Gana, por su parte, veía esta capacidad de penetración popular del liberalismo con otros ojos. En su discurso de incorporación señalaba: “Debemos ante todo, establecer con satisfacción el hecho de que Chile puede tener una literatura propia, que corresponda a los progresos en cuya vía se encuentra lanzado y que contribuirá poderosamente a impulsarlo en esa senda de lisonjeros adelantos” en Promis, *Testimonios*, p. 114. El carácter transaccional y conciliatorio del liberalismo chileno —que analizaré aquí en el caso de Alberto Blest Gana— se halla muy bien descrito, para el período de los comienzos de la República, en Jocelyn-Holt, Alfredo. *La Independencia de Chile*, Madrid: MAPFRE. 1992.

<sup>34</sup> En Promis, *Testimonios*, p. 122. Luego, Blest Gana añade: “Estudiando pues nuestras costumbres tales como son, comparándolas en las diversas esferas sociales, (...) la novela no puede dejar de ser esencialmente nacional según el mayor o menor esfuerzo de los que a ella consagren sus esfuerzos.”, en Promis, *Testimonios*, p. 124.

de Chile en 1860, con una obra muy oportunamente titulada *La Aritmética en el amor*.<sup>35</sup> Con este esfuerzo calculado por intervenir en el curso literario nacional, Blest Gana se impone a un autor anónimo y a una mujer, Rosario Orrego de Uribe, quien firmó su texto, “una madre.”<sup>36</sup> La movida resulta perfecta y rinde a su autor no sólo los frutos del premio del concurso (doscientos pesos), sino también algunos beneficios adicionales. El dos de noviembre de 1860 se falló la competencia que consagró ganador a Blest Gana. El seis de diciembre del mismo año la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile acordó nombrarlo para ocupar el cargo de miembro de número. Pocos días después, Blest Gana lee su discurso de ingreso, que es su texto teórico principal sobre la novela nacional. En sólo unos pocos meses, Blest Gana gana. De funcionario público y simple autor de folletines pasa a académico de la Facultad de Andrés Bello y a autor nacional por excelencia, puesto en el que la posteridad de los currículums de educación literaria nacionales lo ha conservado hasta hoy.

Parte de la clave de su éxito literario y social radica en que había sabido escuchar y transformar las necesidades y requerimientos de varios de los actores involucrados en la emergencia de la literatura nacional: la Iglesia, el Estado y por lo menos algunos de los lectores. Esta es la transacción que inaugura el discurso de Blest Gana.<sup>37</sup>

<sup>35</sup> Bernardo Subercaseaux señala: “Entre 1850 y 1860, a juzgar por los discursos de incorporación a la Universidad de Chile, la literatura pasa a tener la misma importancia que había tenido la historia en la década anterior. Al esfuerzo de aquel decenio [1840-1850] por promover una historia de Chile corresponde el de éste [1850-1860] por orientar y darle solidez a una tradición literaria.” en Subercaseaux, Bernardo. *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria, ideología y literatura*, Santiago: Editorial Aconcagua, 1981, p. 175. Los antecedentes de este nuevo rol de la literatura (nacional) en la segunda mitad del siglo XIX chileno, se hallan en el llamado Movimiento Literario de 1842 y en particular en el “Discurso Inaugural de la Sociedad Literaria” de José Victorino Lastarria, reproducido en Promis, *Testimonios*, p. 73-97. Sobre el tema, véase Subercaseaux, *Cultura y sociedad*, p. 55-122.

<sup>36</sup> Rosario Orrego de Uribe (1834-1879) desarrolló una extensa labor cultural y literaria sobre la cual volveré en el capítulo cuatro.

<sup>37</sup> Para un trabajo pionero de sistematización del inmenso corpus teórico-literario liberal hispanoamericano que proporciona un contexto continental para

La Iglesia, como ya se apuntó, lamentaba la introducción de novelas y de literatura en los hogares chilenos por lo que muy correctamente percibía como una intervención que podría apoderarse de los corazones nacionales que hasta ese entonces habían sido si no su dominio exclusivo, al menos, su dominio compartido con un Estado católico.

En 1853 la *Revista Católica* señalaba:

“...los romances han corrompido a la Francia, ha dicho en alta voz y en ocasión solemne, un célebre orador y escritor francés. ¡Quiera Dios que andando el tiempo no pueda decirse otro tanto de nuestra amada patria! (...) Es a la verdad sensible que el Museo, periódico destinado al cultivo de la amena literatura y a propagar el buen gusto literario, ensucie sus páginas con semejantes producciones. *¿Qué efectos podrán producir en la inocente juventud y en las castas doncellas que leen ese periódico?* Ah! ojalá que pasaran desapercibidos los inmundos conceptos con que plumas venenosas pretenden recrear sus imaginación, *por no decir extraviar su inteligencia y corromper su corazón.*”<sup>38</sup>

Debe destacarse que se trata específicamente de una reseña escrita para lamentar la publicación de la primera novela de Blest Gana, *Una Escena social* publicada como folletín en la revista El Museo:

“...hoy nos cabe el sentimiento de denunciar a las gentes sensatas dos composiciones en prosa que han visto la luz pública en las columnas del Museo y que son en nuestro concepto una verdadera lección de inmoralidad. *Una Escena social* se titula la una, *novela original* escrita por don Alberto Blest Gana, **infestada de fatalismo, preñada de incidentes amorosos, de lances provoca-**

---

sitar a Blest Gana, véase González Stephan, Beatriz. *La Historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, La Habana: Casa de las Américas, 1987. Sobre algunos de los problemas de las nacientes literaturas nacionales, véase especialmente p. 158 y ss. Convendría rectificar de paso que en la “Bibliografía Consultada” del libro de González se le atribuyen erróneamente a Alberto Blest Gana, dos artículos de su hermano Joaquín Blest Gana.

<sup>38</sup> Artículo de *La Revista Católica*, número 330, 21 de octubre de 1853. Reproducido como apéndice en Silva Castro, Raúl. *Alberto Blest Gana*, Santiago: Imprenta Universitaria, 1941, p. 237.

tivos, de **impúdicas pinturas** muy a propósito para **exaltar la fantasía** y despertar en el corazón de la inexperta juventud **la pasión más peligrosa y seductora** que en él puede albergarse.<sup>39</sup>

Los subrayados hablan con claridad el lenguaje predilecto en la Hispanoamérica décimonónica. Junto al temor a la infección que sería —sobre todo en la década de 1870— uno de los aspectos más destacados de los intentos por controlar la expansión de Santiago a raíz de la migración popular del campo a la metrópoli, sobresale el vocabulario genérico-sexual que ilustra una imaginiería igualmente poderosa. Se trataba ahora de regimentar otras formas de contacto que desde la moda a los paseos, pasando por la lectura de novelas, no parecían augurar más que todo tipo de *embarazos* socialmente indeseados.

El Estado, por su parte, había sido el impulsor del concurso en que Blest Gana triunfó con su *La Aritmética en el amor*. En efecto, en 1859 los Anales de la Universidad de Chile publicaron el llamado a concurso en que se pedía: “una novela en prosa, histórica o de costumbres, al arbitrio del autor, pero cuyo asunto fuese precisamente chileno”<sup>40</sup>

Los lectores, por último, habían comenzado a crecer en número. Aunque el aumento más significativo en la tasa de alfabetización chilena se produzca hacia el fin de siglo es indudable que la tendencia a su aumento era sostenida y fruto de varias décadas de crecimiento. Las estadísticas muestran un avance importante en dicha tasa.<sup>41</sup> En 1854 sólo el 13,5% de la población nacional era o podía

<sup>39</sup> En Silva Castro, *Alberto Blest Gana*, p. 237. Las itálicas son del original, las negritas mías.

<sup>40</sup> Así lo declaran los miembros del jurado, José Victorino Lastarria y Miguel Luis Amunátegui, “Literatura Chilena”, *Anales de la Universidad de Chile*, noviembre 1860, p. 999-1006. La cita en página 1001. De aquí en más usaré la sigla AUCH para referirme a esta publicación.

<sup>41</sup> Una indicación indirecta de este crecimiento es el aumento considerable de las cantidades de papel importado. Todo el papel que se usaba para imprimir en Chile hasta la década de 1870 era importado. De 23.306 resmas de papel para la década de 1840-1850 se pasa a 77.225 resmas para el período 1860-1870. Véase Subercaseaux, *Historia del libro*, p. 68.

considerarse letrada.<sup>42</sup> En 1865 ese porcentaje ha subido al 17%, en 1875 al 22,9% y, en 1885 al 28,9%. Más importante para mi argumento aquí es la correlación entre este grado de crecimiento general y su desglose por sexos. Si en 1854 el 17,3 de los hombres son letrados por oposición al 9,7% de las mujeres; en 1865 la distancia entre hombres y mujeres se ha acortado al 20,2 y 13,8% respectivamente. Desde 1875 a 1895 la brecha continua angostándose, hasta que en ese último año llega a una diferencia mucho menos notoria: 34,3% de hombres letrados versus 29,2% de mujeres letradas.<sup>43</sup> De este modo, se marca una tendencia evidente ya para los contemporáneos de Blest Gana respecto al aumento de la “literacy” femenina y a su incorporación efectiva al ámbito antes casi exclusivamente masculino de la lectura.

Los folletines publicados en periódicos (y, a veces, luego en libros) son un signo y a la vez un motor importante de este desarrollo. Raúl Silva Castro en su autorizado *Panorama de la novela chilena* se ve obligado a reconocer que aunque considere a los folletines nacionales simples “imitaciones” y productos de “esta infección de mal gusto” que sobre todo los folletinistas franceses nos habían contagiado, “Nadie puede dudar de que estas obras tuvieron abundantes lectores en Chile”.<sup>44</sup> Gina Cánepa da en su estudio sobre el folletín histórico en Chile, algunos datos de circulación y edición que hablan de la importancia del género en autores como Liborio E. Brieba (1841-1897) y Ramón Pacheco (1845-1888).<sup>45</sup> Como veremos, ya en 1849 Sarmiento habla, aunque con evidente exageración, de “millones” de ejemplares de folletines publicados y vendidos en Chile. En 1884, por su parte, Carlos Lathrop, sobre quien volveremos en el capítulo cuatro, podía afirmar:

<sup>42</sup> Un problema adicional sobre el cual las fuentes a las que he tenido acceso no proporcionan información es, por supuesto, cómo se definía el carácter “letrado” o “iletrado” de la población.

<sup>43</sup> Los datos en Mamalakis, Markos J. *Historical Statistics of Chile*, Wetsport: Greenwood Press, volumen I, *Demography and Labor Force*. 1980, p. 142.

<sup>44</sup> Silva Castro, Raúl. *Panorama de la novela chilena (1843-1954)*, México: Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 43.

<sup>45</sup> Cánepa, “Folletines históricos”, pp. 29-31.

“Todos los grandes diarios, o mejor dicho todos los diarios grandes de Chile acostumbran publicar folletines; los suscritores están habituados a su lectura, i para gran parte de ellos, especialmente para las damas, es a veces el folletín el único atractivo de esas grandes sábanas impresas.”<sup>46</sup>

Rolf Engelsing ha propuesto considerar, como una hipótesis de periodización de la lectura europea, el paso de una forma de lectura intensiva a otra extensiva.<sup>47</sup> Por intensiva entiende Engelsing la lectura reiterada de muy pocos textos religiosos que se leían con gran cuidado, detención y respeto. El modelo es la lectura protestante de la Biblia, pero también podría serlo en el Chile de la primera mitad del XIX el uso de los catecismos y libros de oración que habían sido de hecho los primeros best-sellers nacionales. Este tipo de lectura habría predominado en Europa desde la Edad Media hasta fines del siglo XVIII. En ese momento, de acuerdo a Engelsing, se habría producido un cambio en el número de libros y escritos disponibles y, como consecuencia de ello, una transformación de los hábitos y formas de lectura. La lectura extensiva es, en efecto, más rápida y se hace sobre muchos y diferentes textos circulantes en el mercado editorial en desarrollo. Sarmiento, por su parte, había ya entendido este lugar de la Biblia en la cultura protestante y se preguntaba cuál era el libro que podría haber ocupado un lugar similar en la cultura católica. Su respuesta compara la práctica intensiva y constante que caracteriza la lectura de la Biblia en los países protestantes con la lectura extensiva de las novelas.

---

<sup>46</sup> Lathrop, Carlos. “La verdadera protección literaria”, *El Americano*, setiembre 26 de 1884, p. 1.

<sup>47</sup> Engelsing, Rolf. *Der Bürger als Leser: Lesergeschichte in Deutschland 1500-1800*, Stuttgart, 1974. Mi información sobre la tesis de Engelsing proviene de su detallada discusión en Robert Darnton, “What is the history of books”, y “First steps towards a history of reading” capítulos 7 y 9 respectivamente, de Darnton, Robert. *The Kiss of Lamourette: reflections in cultural history*, New York: Norton ; y en Chartier, Roger. *The Order of Books*, Stanford: Stanford University Press, 1994, p. 17 y ss.

“Para ser católico es necesario ante todo tener fe. El catolicismo lo dice. Para ser protestante es preciso *saber leer* para leer la Biblia. (...) ¿Cuál es el libro del católico? (...) ¡Nombradlo! (...) un libro enciclopedia, (...) un libro que sea cuento que interese, fantasía que exalte el espíritu, enigma que aguze la inteligencia, poesía que remonte la imaginación (...) Mostradme ese libro. —No existe. la Biblia existe así.”<sup>48</sup>

Lo que Sarmiento en 1856 se atrevía a explicitar en Argentina sin los cuidados con que había tenido que formular sus ideas en Chile en 1841, era la función educacional y de progreso que cumplían tanto la lectura intensiva de la Biblia como la lectura extensiva de novelas y folletines: “Las novelas han educado a la mayoría de las naciones, y en los países católicos ha[n] hecho la misma revolución que en los protestantes la Biblia.”<sup>49</sup>

Alfredo Ovalle V. en su interesante artículo sobre “los Libros y los lectores” propone en 1876 un regreso a las formas intensivas de la lectura de uno o dos libros esenciales y el abandono de la superficial lectura extensiva:

“La creencia tan común de que para considerarse hombre instruido una persona le basta con haber leído, *de cualquier modo que sea, muchos libros* es tan equivocada como la de cierta escuela política (...) Por eso es tan cierto el proverbio *Timeo hominum libri* En efecto: ¿quién sería más sabio que aquel que verdaderamente poseyera la Sagrada Biblia ni quien mejor lengüista que aquel que más hubiera conversado con Cervantes?”<sup>50</sup>

Armado de su poderoso liberalismo transaccional, Blest Gana, por su parte, pareciera estar proponiéndole a su público nacional que en vez de aceptar el consumismo barato y fácil que la industria masiva editorial y literaria francesa le ofrecía, se decida a leer un

<sup>48</sup> “Las Novelas” en Sarmiento, *Obras Completas*, tomo 45-46, pp. 159-160.

<sup>49</sup> Sarmiento, *Obras Completas*, tomo 45-46, p. 159.

<sup>50</sup> En el periódico *La Estrella de Chile*, firmado el 18 de noviembre de 1876, p. 264. El subrayado es mio.



nuevo tipo de texto nacional que dotado de una densidad no prohibitiva ni discriminadora por estar basada en formas comunes de vida y en realidades por todos apreciadas, le permitirá y le demandará una lectura más cuidadosa pero, a la vez, más provechosa y finalmente más entretenida. Le está proponiendo en suma, un retorno transformado a la lectura semi-intensiva, ahora nacionalizada<sup>51</sup>:

“A menos de ser un libro cuya comprensión *demande conocimientos previos y especiales*, las producciones de *amena literatura* encuentran en nuestros círculos ilustrados una acogida benévola y cordial”<sup>52</sup>

La novela nacional se cuidará muy bien de no exigir nada más que lo que todo chileno de la sociedad respetable ya poseía por el mero hecho de pertenecer a ella. La poesía, en cambio, requería de una preparación especial que la ponía fuera del alcance de muchos de esos mismos ciudadanos y ciudadanas:

“La novela, con efecto, cuenta entre la generalidad de los lectores, con un número mucho mayor de aficionados que la poesía, porque la primera está al alcance de todos, mientras que para gustar de la segunda, se ha menester de un espíritu más connaturalizado con los preceptos del arte. (...) Mientras que la poesía conserva siempre para el vulgo la apariencia de los antiguos ídolos cuyo lenguaje era comprensible únicamente a los sacerdotes del culto pagano, la novela, por el contrario, tiene un especial encanto para toda clase de inteligencias, habla el lenguaje de todos, pinta cuadros que cada cual puede a su manera comprender y aplicar y lleva la civilización hasta las clases menos cultas

---

<sup>51</sup> Tanto Darnton (*The Kiss of Lamourette*) como Chartier (*The Order of Books*) critican parcialmente la tesis de periodización de Engelsing, señalando que la lectura intensiva no sólo no desapareció sino que aumentó en su frecuencia. Por otro lado, ambos autores reconocen que la fuerza de la hipótesis de Engelsing radica en que apunta efectivamente a una mayor variedad de textos al alcance del lector y, por ende, a una mayor variedad de formas de lectura.

<sup>52</sup> Blest Gana, “De los Trabajos literarios en Chile”, en *La Semana*, junio 11 de 1859, p. 51.

de la sociedad, por el atractivo de escenas de la vida ordinaria contadas con un lenguaje fácil y sencillo.”<sup>53</sup>

Blest Gana responde aquí a un cambio parcial y todavía en proceso de la “literacy” chilena que había de culminar en el primer intento de proto-nacionalización del currículum literario hacia el fin de siglo. La novela nacional quería ser la forma textual que recogiera las demandas de las nuevas formas de sensibilidad y de legitimación cultural que el aburguesamiento de la (alta y media) sociedad chilena en la segunda mitad del siglo XIX estaba imponiendo. Describiendo a este nuevo público, Blest Gana apuntaba:

“El estudioso y el que no lo es, el viejo y el joven, la madre de familia y la niña que se halla por su edad bajo el dulce y absoluto imperio de las ilusiones, todas las clases sociales, todos los gustos, cada uno de los peculiares estados en que las vicisitudes de la vida colocan al hombre, encontrarán en la novela un grato solaz, un descanso a las diarias tareas, un alimento a la expansión del pecho, algo, en fin, que contente el espíritu, halague el corazón o alivie el ánimo de sus afanosas preocupaciones.”<sup>54</sup>

En la composición de este público merece destacarse la inclusión de “la madre de familia y la niña” y la de “todas las clases sociales”, puesto que la del “estudioso”, y la del “viejo y el joven” habían formado siempre parte del radio de alcance de la “literacy” tradicional. La incorporación de las mujeres y de todos los sectores sociales —aún, cuando haya que descontar el factor retórico, o, tal vez, precisamente porque dicho factor se halla presente en el discurso— nos habla de un afán omnicompreensivo y homogenizador que caracteriza muy acabadamente el espacio discursivo de lo nacional en su forma burguesa.

Aquella forma de trabajo lector que permitía su combinación

---

<sup>53</sup> Blest Gana, “Literatura chilena. Algunas consideraciones sobre ella.” *Promis, Testimonios*, p. 119.

<sup>54</sup> Blest Gana, “Literatura chilena”, p. 119.

con el placer lector, lo que arriba llamamos la lectura semi-intensiva, este híbrido de novela histórica y de novela de costumbres que quiere rescatar y contar la historia de la nación, es, pues, por su propia aspiración y configuración histórica, una jugada transaccional. En dicha transacción se legitiman varias cosas. De una parte, la historia y la vida nacional cotidianas como elementos dignos de entrar al campo de la letra y de ocupar el tiempo y las mentes de ciudadanos respetables. Un paso, entonces, hacia la ficción desde lo que antes sólo se escribía y leía en el periódico, y, en particular, en su sección de Crónica. De otra, la lectura de un género cuyas características socialmente construidas parecían haberlo reservado hasta ahí para cierto género sexual y social de personas. En tercer lugar, la lectura misma como actividad, y, con ella, el placer y la exploración de la sentimentalidad. Por esta vía, resultaba también parcialmente redimido el ocio público que tantos esfuerzos de control había parecido demandar.

La lectura semi-intensiva de la novela nacional, vale la pena repetirlo, significó o quiso representar un cambio epocal importante. De la lectura, sino intensiva, al menos repetida y ceremonial de los devocionarios y variados libros de catecismo, los lectores chilenos habían pasado paulatinamente a la lectura extensiva de todo tipo de escritos para cuya inteligencia ya no era necesaria la intermediación del sacerdote-intérprete. Reconociendo el desafío que estas prácticas lectoras representaban para su posición como dadores del sentido de la realidad social, los intérpretes profesionales, es decir, los sacerdotes y la Iglesia como institución, se dedicaron a lamentarlas, condenarlas y perseguirlas. El reto era particularmente atrevido y peligroso por cuanto implicaba a sectores que hasta ese entonces habían permanecido, más que ningún otro, al amparo y vigilancia de la cosmovisión católica. Me refiero a las mujeres y a los sectores populares ascendentes. La seducción novelesca de las mujeres chilenas, su acceso a formas discursivas no controladas por el sacerdote, era especialmente preocupante para la Iglesia nacional pues, como declaraba el muy católico periódico *La Estrella de Chile* en 1862:

“La relijión cuenta con dos apoyos principales y absolutamente necesarios, y son el sacerdote y la mujer. Sin sacerdote no hay relijión (...) Viene en seguida la mujer, que como madre, hermana o esposa, es el foco de la fe y la piedad en las familias...”<sup>55</sup>

La novela parecía brindar la oportunidad de comprender el mundo desde el espacio recientemente descubierto de una subjetividad laicizada y personal fundada en la experiencia del cuerpo propio y en el contacto con otras subjetividades igualmente constituidas.<sup>56</sup> Su efecto liberador o desestabilizador sobre las conciencias femeninas que se suponían singularmente seducibles, podía ser radical. El Estado, por otro lado, impulsado por su propia agenda de intereses, vio aquí una oportunidad de moralización laica y nacional que valía la pena promover con concursos y premios.

En este empeño, la novela nacional no hacía pues más que intentar redirigir o reencauzar el curso de los desarrollos sociales propios de la naciente modernidad urbana chilena. El tiempo libre, los paseos en carruaje, el alumbrado público, la ópera, los bailes de la alta sociedad, etc, imponían todos tendencialmente un régimen de la visibilidad, un dominio de lo visual, del ver y ser vistos que ya parecían indesmentibles aún para los sectores que más lamentaban su advenimiento.<sup>57</sup> Dicha visibilidad, por su parte, significaba el análisis y el comentario de la sociabilidad imperante como una for-

---

<sup>55</sup> “Sesión Municipal”, crónica sin firma, en *La Estrella de Chile*, Sábado 26 de diciembre de 1862, p. 1.

<sup>56</sup> Sarmiento percibió muy bien este rol de las novelas en la formación de una subjetividad moderna: “El alma y los sentimientos necesitan pulimentos, y no es apto el hombre para pensar y sentir sin un largo ejercicio de las facultades. El estudio en los colegios hace lo primero, no importa la materia estudiada; el teatro, la poesía y la novela hacen lo segundo.” Y concluye: “El principal argumento contra las novelas es que exaltan las pasiones. La verdad es que educan la facultad de sentir por lo general embotada.”, “Las Novelas”, en Sarmiento, *Obras Completas*, tomos 45-46, pp. 161-162.

<sup>57</sup> Sobre este proceso de transformación de la cultura urbana en Chile, véase Villalobos, Sergio et al. *Historia de Chile*, Santiago: Editorial Universitaria, 1993, p. 497-512; y de Ramón, Armando. *Santiago de Chile (1541-1992) Historia de una sociedad urbana*, Madrid: Editorial MAPFRE, 1992, p. 182 y ss.

ma de espectáculo para narrar y saborear, un tejido social para gozar y sufrir. El paradigma, escandaloso para la mentalidad conservadora, eran las formas de exhibición del cuerpo que parecían presidir los devaneos de las jóvenes enamoradas o en busca del amor.<sup>58</sup>

Por lo demás, no sólo en Chile se asociaría esta modernidad urbana con la figura de la mujer. La feminización de la percepción de la cultura de masas es un fenómeno ya bien reconocido por la crítica americana y europea.<sup>59</sup>

Expuesto a la doble temporalidad (europeo-americana) que caracteriza la modernidad de nuestros públicos latinoamericanos, Blest Gana quiere convencer al chileno de las ventajas comparativas de sus productos nacionales. Para ello intentará aprovechar ciertas características de lo que los economistas llaman hoy estructura de la demanda: interés por el placer de la lectura, por lo nacional y por la ficción entretenida y sentimental. Pero en el mismo movimiento, Blest Gana hará de la novela nacional algo que por su productividad para la economía cultural del país, resultaba para él plenamente justificable. Será una suerte de desarrollismo literario, la culminación de un proceso de independencia, afirmada ahora en el plano cultural. Los intereses del público mismo en su forma nacional, son, en definitiva, los que legitiman productos que en otros espacios no

---

<sup>58</sup> En este contexto no deja de ser significativo que Blest Gana establezca en 1859 una analogía entre sus propias ansias de visibilidad social y las modas femeninas: "Tengo en la cabeza mil proyectos literarios, pensando ya hacer alguna obra, para mirarme empastado en un volumen, *placer que en nuestra especie debe asemejarse al de las mujeres cuando levantan moño*, y por ahora contribuiré a *La Semana* con algunos artículos." Carta a José Antonio Donoso, en Fernández Larraín, Sergio (editor). *Epistolario. Alberto Blest Gana, 1856-1903*, Santiago: Editorial Universitaria, 1991, p. 49. Los subrayados son míos.

<sup>59</sup> Véase, por ejemplo, Masiello, *Between Civilization*, p. 139 y ss y Huyssen, Andreas, *After the Great Divide*, Bloomington: Indiana University Press, 1986, especialmente el capítulo 3 "Mass Culture as Woman: Modernism's Other." No quiero decir con esto que dicha cultura de masas se hallara ya objetivamente presente en el Chile de la segunda mitad del XIX, pero sí que el sector dirigente y la alta sociedad del país percibieron el crecimiento urbano paulatino de Santiago y la inmigración rural hacia la capital, como una suerte de invasión de las masas de bárbaros sobre las murallas de la metrópoli.

encontrarían demanda alguna. No se trata de competir con los escritores europeos en la expresión de una sentimentalidad folletinesca en la cual ellos tienen todas las de ganar por el grado de desarrollo de su industria editorial; ni de intentar superarlos escribiendo las grandes novelas de la condición humana.<sup>60</sup> Más bien se trata de aprovechar la coyuntura y necesidades nacionales:

“El espíritu de los pueblos jóvenes se alimenta con más sencillas producciones que el ya gastado de las naciones que han vivido mucho de la vida intelectual; entre nosotros puede ser nuevo lo que sólo arrancaría al refinamiento de aquellos pueblos una fría mirada de compasiva indiferencia. En América, pues, suelo pobre aún de notabilidades literarias, puede reclamarse mejor que en cualquiera punto de Europa la consideración i el apoyo para los talentos secundarios.”<sup>61</sup>

Si se considera que el texto citado es de 1859, fecha a la cual la producción publicada de Blest Gana era muy escasa, se comprende que está realizando dos operaciones justificatorias, y, sin embargo, algo contradictorias: de una parte está pidiendo y exigiendo la comprensión del público nacional lo que supone en éste una capacidad

---

<sup>60</sup> En su informe sobre el concurso que consagró ganadora a *La Aritmética en el amor*, Lastarria y Miguel Luis Amunátegui afirman sobre *Judith*, otra de las novelas en concurso: “El objeto de la novela *Judith* es la pintura de una joven de dieciseis años, bella de cuerpo i de alma, que por desgracia se ha casado con un hombre vulgar (...) Desde luego se advierte que la materia escogida por el autor de *Judith* es la misma que han espuesto, en una innumerable variedad de formas i con un brillo deslumbrador i una riqueza de fantasía portentosa, algunos de los ingenios más sobresalientes de Francia. Nuestro joven novelista provoca, pues, sin quererlo una comparación que había de serle más desfavorable.” en Lastarria, José Victorino. *Obras Completas*, Santiago: Imprenta Barcelona, 1906, tomo XI, p. 72.

<sup>61</sup> La lucidez casi cruel de su diagnóstico, no le impide a Blest Gana entrever su propia salvación. Inmediatamente después agrega: “de ese modesto círculo bien podría más tarde adelantarse el hombre en cuya frente el dedo de Dios hubiese estampado el sello resplandeciente del jénio” en Blest Gana, “De los Trabajos literarios” p. 52. El epígrafe de Eujenio Pelletan que encabeza el artículo de Blest Gana reza: “Tiempo es ya de establecer en este mundo la dignidad de los talentos secundarios”

de juicio por lo menos amenazante; de otra, y más importante aquí, está legitimando lo que comparativamente aparece como la calidad deficitaria de los productos nacionales, con el recurso a la conocida metáfora digestiva que operaba frecuentemente en relación a la sociabilidad popular.<sup>62</sup> El menú ofrecido era precisamente el adecuado para el grado de desarrollo de los sistemas nacionales de procesamiento (al nivel autorial) y digestión cultural (al nivel lector), o, para decirlo de otra manera, el alimento justo que el cuerpo social chileno requería; y, a la vez, lo único que la cocina literaria nacional podía ofrecer. La tensión se explica, en parte, por la inseguridad que afecta al productor que además de nuevo en el mercado nacional, tiene la suerte y la desgracia de conocer muy bien lo que el francés ofrecía. Pero por otro lado, alude también al grado de corrección que será necesario emplear para redirigir el gusto activamente manifestado por los consumidores literarios en ese nuevo espacio de subjetivación en que se había transformado el mercado.

Es significativo que Blest no hable de novela o de literatura nacional en este escrito titulado muy apropiadamente “De los trabajos literarios en Chile” No hay aquí ni la sombra de una alusión a la inspiración. Toda la empresa de la literatura en Chile parece depender del grado de esfuerzo, dedicación y trabajo que los “cultivadores” pongan en su empeño. Sólo dos años más tarde, pero habiendo ganado ya algo del reconocimiento popular y mucho del oficial, Blest Gana habrá adquirido la confianza suficiente para referirse a la novela nacional, ofrecer su programa y adjudicar con toda seguri-

---

<sup>62</sup> En 1858 Daniel Barros Grez lo expresa muy bien, en lo que podríamos llamar la “teoría del pueblo a dieta”:

“... la educación del pueblo no debe ser a medias; ella debe naturalmente empezar por aquellos conocimientos necesarios e indispensables al individuo, según sea la posición que ocupe en la sociedad, sin adelantarle verdades que pueden trastornar a la sociedad misma, verdades que, mal comprendidas por la mayor parte, sólo sirven para introducir el desorden y la anarquía en la ilustración. Se debe hacer a imitación del médico, que observa atentamente el estado del estómago de su enfermo para darle la clase de alimento que necesita, apartando de su vista aquellos que pueden serle nocivos.” “Observaciones sobre nuestro sistema de enseñanza” en *Revista del Pacífico*, tomo 1, 1858, p. 129.

dad el nivel de sus producciones a las condiciones del público y ya no a sus propias limitaciones. Es que el discurso de la novela nacional supone al mismo tiempo un grado de iluminismo nacionalizado, la certeza de una tarea civilizatoria y de formación y la aceptación de las concesiones a las características del educando que harán posible la tarea.

Sobre la genealogía ilustrada del programa de la novela nacional en el Cono Sur, son ilustrativas estas palabras de Juan Bautista Alberdi publicadas en Buenos Aires en el periódico *La Moda* en 1837, unos pocos años antes de trasladarse a su exilio chileno:

*“La Moda, desde su origen, no ha sido establecida con mira de un lucro pecuniario. (...) Muy distinto y opuesto interés le ha dado origen. Tal vez no ha nacido una publicación más pura, del interés del bien público. La frivolidad de sus primeros números pudo presentar visos de seducción mercantil. Es cierto que se intentó seducir lectores, pero no para sacarles su dinero, sino para hacerles aceptar nuestras ideas. Ha seguido y seguirá empleando formas semejantes. Es una desgracia requerida por la condición todavía juvenil de nuestra sociedad.”*

Y para redondear el aspecto o la función patriótica de su labor, añade:

*“Que las niñas, que los jóvenes, que las señoras, que las personas todas de mundo nos lean con frecuencia, y el día menos pensado se verán con la inteligencia de las ideas y las hábitos más propios de este siglo: es todo nuestro intento: —instruir instruyéndonos nosotros mismos, los unos leyendo los otros escribiendo: de todos es el deber: los lectores no están menos obligados a llenarle que nosotros.”*<sup>63</sup>

Hay varios elementos que conviene destacar en el programa de Alberdi. Aunque se coloca en el mercado y espera conseguir abun-

<sup>63</sup> Alberdi, Juan Bautista. *Obras Completas*, Buenos Aires: Imprenta de “La Tribuna Nacional.”, 1886, tomo I, 324.



dantes lectores, la racionalidad que preside a la publicación no es ni exclusiva ni principalmente la del mercado. Las concesiones a la “seducción mercantil” quieren conquistar el corazón de los lectores (“seducir”) con un propósito de edificación nacional muy específico.<sup>64</sup> En esta empresa, la labor del lector es por lo menos tan importante como la del autor. La producción de la sociabilidad que más conviene a la patria (“la inteligencia de las ideas y las hábitos más propias de este siglo”) resultará sólo de la interacción entre unos y otros. La lectura, entonces, importa no tanto, o por lo menos no simplemente, en cuanto vehículo neutro de las ideas así transmitidas. Mucho más relevante es la adquisición de las costumbres (las formas de sociabilidad) que se requieren para desarrollar el país. Instruir, como siempre han sospechado los pedagogos, no es puramente el informar sino sobre todo el acostumbrar. Es la adquisición de la información en tanto formación, in-formación o re-forma del carácter. La materialidad misma del acto de leer aparece aquí como una de las formas y a la vez uno de los objetivos, de lo que se pretende alcanzar con la publicación. En este esquema, publicar o hacer público quiere decir y ser literalmente eso.<sup>65</sup>

---

<sup>64</sup> Por supuesto este mecanismo de ‘seducción justificada’ podía ser utilizado con fines supuestamente más radicales, como señalaba el “prólogo” de la edición chilena de *Los Misterios de París* de Eugenio Sue: “Uno de los medios pacíficos que pueden emplearse con este objeto [“la regeneración moral”], es la circulación de libros tan impresivos como el de Mr. Sue; libros superficiales en la apariencia y que no se buscan sino para llenar agradablemente los ratos de ocio; pero que dejan en el ánimo de los lectores una semilla fecunda de verdades morales, y que forman, sin sentirlo, una conciencia social” Citado en Garrels, Elizabeth. “El Facundo como folletín”, *Revista Iberoamericana*, Número especial dedicado a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), LIV, no. 143 (abril-junio), 1988, p. 437, nota. Formar su conciencia social sin que el sujeto formado lo sienta, podría ser de hecho, una buena formulación de algunos de los mecanismos de subjetivación lectora a los que este trabajo intenta apuntar.

<sup>65</sup> Ya en 1812, lleno de espíritu patriótico, Camilo Henríquez, importante ilustrado chileno, había dicho: “¿De qué sirve escribir, si la barbarie es tan grande que no hay quien lea? (...) La ilustración debe hacerse popular...”, “De la influencia de los escritos luminosos sobre la suerte de la humanidad”, en Promis, *Testimonios*, p. 71.

Este se podría considerar, al menos en parte, el programa que en 1861 Blest Gana se ve a sí mismo desarrollando con su novela nacional. Las razones son todavía parecidas a las de Alberdi en 1837:

“Si por largos años y en casi todos los países, las letras han sobrellevado el epíteto de *frívolas*, el ilustrado espíritu del siglo las ha lavado de afrenta tan injusta (...) Las letras deben por consiguiente llevar con escrupulosidad su tarea civilizadora y *esmerarse por revestir de sus galas seductoras* las verdades que puedan fructificar con provecho de la humanidad.”<sup>66</sup>

Aún más importante es que ambos apunten directamente al componente genérico y generacional de la masa efectiva de lectores que de hecho se alcanza o se intenta alcanzar. Por su composición (“las niñas, los jóvenes, las señoras” había dicho Alberdi, “la madre de familia y la niña” dice Blest Gana), este público requiere de la elaboración de un nuevo género literario que sea capaz de resolver los problemas que el género del lector le planteaba a este emergente intelectual nacional moderno.

El desafío estribaba en deshacer la antinomia que Alfredo Ovalle V. establecería en 1876:

“La afición por la buena lectura no es una afición común ni un gusto mui jeneral; se necesita para tenerla, de un carácter especial, de una constancia marcada i más que todo de cierto desprecio por las frivolidades, los paseos i los otros pasatiempos, que son los mayores enemigos de la ilustración i, por consiguiente, también los mayores fomentadores de la ociosidad. Aquí cabía mui bien una sátira al bello sexo, pero perdonémoslo por lo que se le perdonan todos los males de que es causa: por bello.”<sup>67</sup>

<sup>66</sup> Blest Gana, “Literatura chilena”, p. 116-117. Los subrayados son míos.

<sup>67</sup> “Los libros i los lectores”, p. 264. Debe anotarse que aunque Ovalle “perdone” todavía en 1876 a las mujeres por bellas, no es menos cierto que se ve forzado a contener la tentación de usar el lugar común tradicional, muy posiblemente por respeto y consideración de la importancia y peso de su propio público lector femenino.

Un enfoque nacional moderno del problema de los géneros (sexuales y literarios) sabría muy bien disolver esta contraposición clásica entre el estudio y el ocio, entre el estudio y la mujer, entre la lectura intensiva y la extensiva, entre la visibilidad social del corazón que se exhibe y la reclusión del espíritu que aprende, es decir, entre la lectura como placer intransitivo y la lectura como tarea productiva. La genialidad de Blest Gana en el contexto chileno reside en haber enfrentado un problema de género político (la construcción y homogenización de la nación) con una respuesta de género literario (el folletín y la novela de costumbres nacionales) que se hacía cargo del ingreso oficial a la historia chilena de un nuevo género de lectores (las mujeres y los sectores medios).

Andreas Huyssen apunta que una de las movidas estratégicas claves del escritor moderno (europeo), paradigmáticamente representado por Flaubert, es identificarse con la mujer: “Madame Bovary c’est moi” Pero no para compartir su suerte o solidarizar con la dominación de que ella es objeto sino para preservar su propia masculina posición de productor activo en el mercado.<sup>68</sup> Según Huyssen se trata de una doble identificación, contradictoria pero muy efectiva. Por un lado, con el lugar relativamente marginal que la literatura y el arte empezaban a adquirir en una sociedad (moderna europea) cada vez más dominada por la ideología masculina de la productividad, la acción, el espíritu empresarial manifestados en el ámbito de los negocios, la industria, la ciencia y la ley.<sup>69</sup> Por otro, el escritor se identificaba con la femineidad como una forma compensatoria de ilustrar su oposición a la sociedad burguesa. Blest Gana hará en Chile lo propio, es decir, lo que parecía apropiable en las

---

<sup>68</sup> Huyssen, *After the Great Divide*.

<sup>69</sup> Esta asociación tradicional entre nuevos medios de comunicación y nuevos productos textuales por un lado y las mujeres como su público supuestamente mayoritario que vemos aquí operando para el caso de las novelas, habría de manifestarse nuevamente, al menos en Estados Unidos, en relación al cine. Este último aparecería también como una forma de textualidad y como una práctica femenina, es decir, “débil” en comparación con las formas y prácticas canónicas de la alta literatura. Véase, Hayward, Susan. *Key Concepts in Cinema Studies*, “Melodrama and women’s films”, London: Routledge, 1996.

circunstancias nacionales. Para él, sin embargo, el modelo no fue Flaubert, sino su antecesor, Balzac.<sup>70</sup> Aún así, es evidente que Blest Gana recoge todos los beneficios de su autopoicionamiento como productor de un discurso relativamente neutral entre las demandas de la cultura tradicional que excluían de lleno a la mujer de la participación y el consumo cultural socialmente relevante; y la realidad de un público lector integrado en el cual las mujeres (y los sectores medios) habían adquirido o empezaban a adquirir gran peso comercial.<sup>71</sup>

Describiendo el éxito de su novela en carta a un amigo el propio Blest Gana diría:

“Martín Rivas. Sensación en el público, coro de felicitaciones, artículos lisonjeros, *quejas de las mujeres cuando se interrumpe su publicación*, cartas de elogios, todo llueve sobre el autor como una lluvia de flores.”<sup>72</sup>

Al considerar debidamente a su público femenino, Blest Gana no hacía sino seguir los consejos de su hermano Joaquín, quien en un texto excepcional aparecido en 1848, “Causas de la poca originalidad de la literatura chilena”, las reducía, entre otras, a las siguientes: la carencia de un espíritu nacional, la hegemonía cultural de lo europeo, un cierto desprecio hacia lo chileno y la ausencia de un concepto nacional de la historia y la tradición patrias. Al finalizar su

<sup>70</sup> “...desde un día en que leyendo a Balzac hice un auto de fe en mi chimenea, condenando a las llamas las impresiones rimadas de mi adolescencia, juré ser novelista, y abandonar el campo literario si las fuerzas no me alcanzaban para hacer algo que no fuesen triviales y pasajeras composiciones.” Carta de Blest Gana a Benjamín Vicuña Mackenna del 7 de enero de 1864, reproducida en Fernández Larraín, *Epistolario. Alberto Blest Gana*, p. 55. Blest Gana, sin embargo, se permitiría, como veremos, rectificar a Balzac en un par de aspectos.

<sup>71</sup> Esta tensión entre el control patriarcal de la esfera pública y el desarrollo de la capacidad lectora y argumentativa de las mujeres de, al menos, la alta sociedad chilena está ejemplificada en *Martín Rivas* en el personaje de doña Francisca. Los hábitos femeninos de lectura son además caracterizados por Edelmira. Véase el capítulo siguiente.

<sup>72</sup> Carta a José Antonio Donoso, en Fernández Larraín, *Epistolario. Alberto Blest Gana*, p. 47-48. Los subrayados son míos.

escrito, Joaquín Blest Gana agregaba como un último factor de ese retraso, el predominio de la condición tradicional de total sumisión de la mujer. El punto parece en el texto, a primera vista, un tanto enigmático y ambiguo. La condición social retrasada de la educación de la mujer, dice el autor, ha afectado nuestra literatura en tanto ella ha sido la fuente de inspiración de tanto mal poeta romanticoide.

Pero acto seguido, Joaquín Blest Gana sugiere otra forma de enfocar el problema:

“Hánse empeñado [nuestros poetas] en consagrar a la mujer casi todas las notas de su lira; de manera que, doblegándose al gusto superficial que ésta tiene, nuestra poesía, con algunas cortas i honrosas excepciones, ha vegetado hasta ahora en un insípido i eterno yo te amo, reproducido en diferentes metros.”<sup>73</sup>

Aunque acusa a la mujer de “gusto superficial”, no debe creerse que ésta no sea más que otra de esas opiniones denigratorias de la inteligencia femenina a la sazón todavía comunes. Un poco antes, J. Blest Gana había dicho:

“No es extraño que la España, que estrechó el dominio intelectual del hombre Americano a tan mezquinos lindes, circunscribiese la instrucción de la mujer a una página del Año Cristiano, a los no mui poéticos trámites del Arte culinario. Las erróneas ideas que sobre el carácter social de la mujer profesaron nuestros abuelos, no se han del todo estirpado (...) Nuestras madres, temiendo que el perfecto desarrollo de la intelijencia de sus hijas llenase nuestros salones de estiradas *blue stockings*\*, han limitado el imperio de la mujer al reducido mundo de los trajes, teatros i bailes. Esto es lastimoso, por cierto: nuestra literatura toda i principalmente la poesía se resienten de la menguada condición del bello sexo chileno.”<sup>74</sup>

<sup>73</sup> “Causas de la poca orijinalidad de la literatura chilena” en *Revista de Santiago*, tomo II, 1848, p. 71.

<sup>74</sup> “Causas de la poca orijinalidad de la literatura chilena”. \* La expresión inglesa remite en Blest Gana a una nota al pie de página en donde se aclara: “Medias

Es decir, que si las mujeres tenían según Joaquín Blest Gana, un “gusto superficial” esto no se debía a alguna cualidad esencial de su naturaleza, sino que era el producto concreto de una práctica e ideas sociales muy específicamente localizadas en el tiempo y en el espacio. En tanto histórica, esa condición podía, pues, ser cambiada. En este cambio, las lecturas adecuadas debían jugar no pequeño papel. El problema, concluía Blest Gana, era educacional:

“La civilización moderna, rehabilitando al sexo débil, apoya sobre él una gran parte del edificio que construye, e inscribiendo a la mujer en la cifra de los racionales libres, la marca una misión importante, *no ya de inútil pasividad, sino de un efecto inmediato en la manera de ser de las sociedades.* (...)La educación i carácter de la mujer debe pues influir poderosamente en la esfera literaria de los pueblos actuales.”<sup>75</sup>

Joaquín Blest Gana estaba reconociendo así algo que su hermano recogería muy bien unos años más tarde: que la mujer participaba de diversas maneras en la configuración social de la literatura y, sobre todo, que tanto ella como los sectores medios en general podían hacerlo todavía más activamente si, de algún modo, se consideraban sus gustos.

A todo ello se sumó en la década de 1860 el temprano interés del estado por alcanzar a esa masa (potencial y real) de lectores con narraciones en que lo nacional fuera el elemento aglutinador. Alberto Blest Gana descubrió así, trece años más tarde, que era posible levantar una plataforma de legitimación del escritor nacional sobre la base de una “literacy” nacionalizada que respondiera mejor que la tradicional a las circunstancias contemporáneas. Se podía entonces cortejar el apoyo de las lectoras con personajes como doña Francisca en *Martín Rivas* y aprovechar el interés de las mujeres y de los hombres de la clase media emergente por la crónica de lo cotidiano nacional.

---

azules, que equivalen a nuestras *litteratas* o *doctoras*.” Los subrayados son de Blest Gana.

<sup>75</sup> “Causas de la poca orijinalidad de la literatura chilena” p. 70. Los subrayados son míos.

Sarmiento había escrito, en 1849, que en Chile circulaban cuatro o cinco tipos de libros: “los tratados elementales de educación”, “las novelas que se colectan de los folletines, de las cuales circulan ya en el país millones de ejemplares<sup>76</sup>”, “las obras serias que se imprimen bajo la protección del gobierno y que pocos leen, y uno que otro libro original”. El quinto tipo era el de “los que trae el comercio europeo.”<sup>77</sup>

El programa de Blest Gana demostrará ser, en la práctica, un intento de fusionar todas estas categorías en un sólo tipo de texto. La novela nacional, en efecto, intentará ser simultáneamente una obra popular como los folletines, una obra moderna y seductora como las novelas europeas, una obra seria como las que merecen el apoyo del gobierno, una obra original en su apropiación textual de las costumbres nacionales; y, por último, una obra de educación de aquellos que la favorezcan con su lectura.

Sacando partido del estado de la circulación y producción social de discursos en Chile, Blest Gana proponía (re)nacionalizar la lectura privada que, en su colectiva simultaneidad, permitiría el afianzamiento generalizado de un tiempo y un espacio homogenizados por un mismo, único y extendido imaginario nacional. La lectura privada de novelas se transformaba así, en una práctica social clave en el proceso de consolidación de la nación.<sup>78</sup>

Había todavía un problema que era necesario enfrentar para asegurar la viabilidad social, es decir, las posibilidades de aceptación y de legitimidad, de la novela nacional. Este último escollo era la moralidad de la lectura de novelas. Como ya hemos visto, la opinión –muy influyente todavía– de la Iglesia tradicional sobre el consumo de literatura era bastante negativa. Blest Gana acepta el reto, sopesa el argumento y propone su solución:

---

<sup>76</sup> Como apuntan Cánepa, “Folletines históricos”, p. 25 y Subercaseaux, *Historia del libro en Chile*, 1993, p. 56; la referencia a millones de ejemplares de los folletines es sólo una exageración retórica destinada a enfatizar su efectiva popularidad.

<sup>77</sup> “Biblioteca Americana. Su necesidad en Chile” Sarmiento, *Obras Completas*, tomo II, p. 335.

“Existe sí, un obstáculo más serio (...) para el novelista de costumbres que debe particularmente despertar el interés del lector con hechos de vida ordinaria. Este consiste en el respeto a la moralidad que ningún escritor puede olvidar. (...) El deber del novelista en este caso [pintar la sociedad como realmente es] no creemos que consista en evitar la mención de esos extravíos, sino en retratarlos de modo que no hieran a la moral. (...) *La novela encerrada en los límites que acabamos de trazar*, lejos de ser un disolvente de las buenas costumbres, puede dar muy ventajosas lecciones a esos espíritus inexpertos...”<sup>79</sup>

Aunque no debe descartarse el efecto del público académico, compuesto en su mayoría por letrados tradicionales, al cual Blest Gana dirige su Discurso, la descripción de “la novela encerrada” hace justicia a la naturaleza conciliatoria de su proyecto de novela nacional. Sus novelas ofrecerán así el cuadro vivo y colorido pero domesticado y tamizado de las pasiones nacionales. Serán pasión pero pasiones nacionalizadas. Sólo así podrían cumplir su propósito de construcción nacional, sólo de este modo se aumentaría la productividad nacional.<sup>80</sup>

De este modo, Blest Gana rectificaba a Balzac y al realismo francés en general, en por lo menos un par de aspectos.<sup>81</sup> Doris

<sup>78</sup> Al intentar así aprovechar la estructura de la demanda lectora junto con las posibilidades que el llamado “print-capitalism” le ofrecía, Blest Gana estaba llevando a cabo una operación triangular que fundamenta, según Benedict Anderson, el funcionamiento real del nacionalismo. Véase Anderson, Benedict. *Imagined Communities*, London: Verso, 1990.

<sup>79</sup> Blest Gana, “Literatura chilena”, p. 125. Los subrayados son míos.

<sup>80</sup> Joaquín Blest Gana había ya anunciado este programa de conciliación en 1848 en su artículo “Tendencia del romance contemporáneo i estado de esta composición en Chile.”, en *Revista de Santiago*, tomo I, 1848. Allí señala defendiendo el “romance contemporáneo porque es eminentemente rejenerador”: “Lanzemos en buena hora un orden de proscripción en contra del romance que se presente en el palenque literario, acaudillando o sosteniendo un principio manifiestamente inmoral o subversivo a lo establecido, en lo que no puede tentarse reforma alguna. (...) Pero no hagamos universal el anatema, no involvamos en él producciones inocentes, que están bien lejos de herir en parte alguna a la moral o a la religión.” op. cit. p. 248.

<sup>81</sup> Ya Francisco Bilbao había advertido desde su exilio en Buenos Aires: “Querer



Sommer ha apuntado uno de ellos al señalar que en *Martín Rivas*, se concilian dos elementos polarizados en las novelas de Balzac: la moral y el dinero.<sup>82</sup> En este mismo sentido, es posible sostener ahora que la novela nacional de Blest Gana esperaba también reconciliar moral y dinero en el espacio concreto de la ficción en venta en el mercado nacional. Aunque nunca llegó, ni mucho menos, a hacerse rico con los dineros producidos por la venta de sus novelas, Blest alcanzó a apreciar la diferencia que el éxito comercial podía significar en términos pecuniarios, sin tener que sacrificar ninguno de sus objetivos de moralización nacional.<sup>83</sup>

Es muy posible que Blest Gana haya por lo menos soñado hasta 1863<sup>84</sup> con transformarse en un escritor profesional como los que había leído en París. Alguien que, merced a su esfuerzo, capacidad de percepción de las necesidades de la realidad circundante y trabajo sobre la lengua, pudiera realizar el deseo a la vez aristocrático y burgués de tornar el trabajo en placer. En 1863 recién aparecida su novela *El Ideal de un calavera* le escribe a José Antonio Donoso en una carta cuyo propósito es solicitarle un artículo crítico “que [él, Blest Gana] haría publicar en El Mercurio o en La Patria”:

---

reproducir a Balzac (...) es querer aplicar el bisturí que destroza el cadáver del corazón de la vieja Europa a nuestras sociedades infantiles. El escepticismo y la indiferencia es un espectáculo horrible en Europa, pero en América es ridículo.” Blest Gana recoge la advertencia pero desecha al menos parte del resto del programa de Bilbao, quien proponía: “Los elementos del drama en América están en el pueblo, están en la lucha de la religión de la Edad Media con la filosofía y, más que todo, están en las aspiraciones de la inmortal juventud que busca el camino de la verdad.” Ambas citas en Francisco Bilbao, “Un Angel y un demonio” artículo publicado en Buenos Aires en 1857 y reproducido en Promis, *Testimonios*, p. 102-108. Las dos citas en p. 103.

<sup>82</sup> Sommer, *Foundational Fictions*, p. 209.

<sup>83</sup> En 1864 en carta a Benjamín Vicuña Mackenna, Blest Gana le dice: “El secreto de mi constancia está en que escribo, no por culto a la gloria, que no existe ni aún con oropeles entre nosotros; no por ambición pecuniaria, porque sólo últimamente mis trabajos *empiezan* a producirme algún dinero, sino por necesidad del alma...” en Fernández Larraín, *Epistolario. Alberto Blest Gana*, p. 55. El subrayado es mío.

<sup>84</sup> La fecha, como hemos subrayado, corresponde a la publicación de *El Ideal de un calavera* y antecede el comienzo de la carrera política y diplomática del autor y el largo hiato literario que va hasta 1897.

“Tú, que también has tenido como dice Charles Nodier *Le triste métier de conteur de fabioles*, me harás justicia al apreciar lo que te pido: busco lectores y aspiro a que mis novelas salven los límites de la patria y hagan conocer mi nombre en el resto de América. Que los que me hayan leído me juzguen.”<sup>85</sup>

Para ello todo lo que parecía necesario realizar era transformar el placer (de la producción autorial y de los lectores) en trabajo (profesional). En otra carta al mismo Donoso, Blest Gana le dice en 1859, es decir dos años antes de su primer éxito realmente significativo:

“Por lo que hace a mí, apartado ahora completamente del mundo, aprovecho mi tiempo en estudios profesionales y en amenas lecturas, no olvidándome de echar de cuando en cuando mi plumada como el único goce de mi estéril existencia. Si este año no me hago sabio será porque en mí no hay molde en que quepa; pero en pocos como en éste he podido dedicarme con más contracción al estudio y a la lectura.”<sup>86</sup>

El éxito parecía depender así de una adecuada combinación de lectura, trabajo y estudio. El reto era ser capaz de conciliar las “amenas lecturas”, tanto las propias como las ajenas, con los “estudios profesionales.” Con este objetivo, en vez de insistir en su discurso programático en la protección arancelaria frente a las importaciones

---

<sup>85</sup> En Fernández Larraín, *Epistolario. Alberto Blest Gana*, p. 51. No sólo es ésta una carta en que Blest Gana parece empezar a manejar los principios modernos de la autopromoción del escritor profesional, sino que concluye contrastando la pereza de su amigo –escritor aficionado– a su propia actividad escrituraria. Compárese este optimismo de 1863 con la visión que en 1858 Blest Gana le comunicaba al mismo Donoso: “La Revista del Pacífico concluirá, según creo, con el próximo número. Esto lo había yo previsto hace largo tiempo. Es imposible en Chile, donde la literatura es un pasatiempo para los que la cultivan, sostener un periódico por algunos meses: la falta de materiales es un obstáculo insuperable.”, en Fernández Larraín, *Epistolario. Alberto Blest Gana*, p. 48.

<sup>86</sup> Carta ya citada a José Antonio Donoso. En Fernández Larraín, *Epistolario. Alberto Blest Gana*, p. 49.

como un paso previo a la producción nacional (el argumento proteccionista), Blest Gana tomará literalmente el aviso que en 1876 enunciaría Zorobabel Rodríguez respecto a la forma legítima de competir en el mercado: produciendo mejor lo que el mercado a la vez exige y permite.<sup>87</sup> En el caso del autor de *Martín Rivas*, la novela nacional. Para hacerlo, Blest Gana aprovechará el mismo mecanismo que según Fanor Velasco, como veremos luego, movía el interés público que la sección “crónica” del diario despertaba: conocer y explorar mejor y con placer lo conocido.<sup>88</sup>

El peligro que había que evitar era el de convertirse simplemente en un “traductor o redactor de tijera”<sup>89</sup>, es decir, en el apresurado y deficiente traductor de los discursos elaborados por otros en Europa. En cambio, como quería Velasco para el redactor chileno de noticias, había que adaptar aquel discurso viendo las realidades con ojos nacionalizados, acostumbrados a darle el color y sabor local que sólo el conocimiento y familiaridad con la historia y la sociedad chilena podía dar.<sup>90</sup>

En Chile, sostenía Blest Gana en 1861, hay pocos novelistas. Su diagnóstico era el siguiente: “reconocemos como causa principal de este fenómeno... el natural desaliento que infunde la idea de luchar con la muchedumbre de novelas europeas puestas a tan bajo precio por la industria moderna en manos de los lectores”.<sup>91</sup>

Pero si esto había sido hasta ese momento un obstáculo, podría ser en realidad un estímulo y una posibilidad pues confirmaba que se había ya desarrollado un público lector, una opinión pública. Con todo lo dudosos, decía Blest Gana, que han sido los folletines europeos de los diarios “la afición a la lectura ha ganado inmenso terreno en Chile” Entonces una importación que ha producido una demo-

<sup>87</sup> Zorobabel Rodríguez, “La Cuestión obrera I” en *El Independiente*, Santiago 13 de diciembre de 1876, reproducido en Grez Toso, *La Cuestión social*, pp. 255-257.

<sup>88</sup> Véase el capítulo 3.

<sup>89</sup> Velasco, Fanor. “La Prensa diaria. Lo que es i lo que debiera ser”, *Revista de Santiago*, tomo III, 1873, p. 475.

<sup>90</sup> Sobre este texto de Velasco y la crónica en general, véase el capítulo 3.

<sup>91</sup> Blest Gana, “Literatura chilena”, p. 120.

cratización de ciertas prácticas culturales demanda una sustitución de importaciones. Hay que sacarle partido a “un público que si en parte ha viciado su gusto... posee no obstante, un criterio ejercitado por la lectura y un gusto contraído de antemano por tan saludable pasatiempo.”<sup>92</sup> Había pues un mercado y convenía a todos aprovecharlo.

La tarea no era fácil ya que, como muy bien vió Blest Gana, requería de un cierto cambio de la sensibilidad lectora que ya en 1864 parecía arraigada en el público. Ante la propuesta de Juan Viña quien en carta de ese año le sugiere que escribiese una novela del campo chileno, Blest Gana le responde:

“...el público, viciado su gusto por novelas de estupenda trama, como las francesas recién desprestigiadas y las españolas en voga, naturalizado con el diálogo y costumbre de personajes europeos, empieza apenas a admitir que le presenten escenas y personajes chilenos, y cerraría el libro que quisiese hacer asistir al desarrollo de su intriga cuyos actores principales deberían ser huasos incultos y codiciosos hacendados, condenando además al autor de tal propósito.”<sup>93</sup>

Esta carta demuestra no sólo que Blest Gana tenía plena conciencia de la existencia de un mercado y una demanda lectora que podía ser aprovechada, sino de que percibía también que éstos tenían límites y posibilidades que había que explorar con mucha precaución. La sensibilidad lectora moderna en el Chile de la época parecía exigir ambientes y personajes urbanos, además de intrigas, pasiones y ritmo narrativo a la altura de tal escenario.

Desde otro punto de vista, los conservadores veían también lo que su perspectiva descubría como los muchos peligros del mercado. L. Barros Méndez señalaba en 1889: “El aura popular, el aplauso del vulgo necio y la alabanza de la gacetilla de los diarios son

---

<sup>92</sup> Blest Gana, “Literatura chilena”, 121.

<sup>93</sup> En Fernández Larraín, *Epistolario. Alberto Blest Gana*, p. 61.

cosas igualmente malsanas para un joven que empieza a hacer pinitos en literatura”<sup>94</sup>

Esta, como ya hemos señalado, era la reacción conservadora de la cultura aristocrática y letrada tradicional, que no podía ver con buenos ojos que en vez de heredarse de respetable padre a respetuoso hijo, las reputaciones públicas, y con ellas las literarias, se transaran ya no exclusivamente en el ámbito semi-privado del salón y dentro de un solo género (sexual, literario, y social o de clase) sino también en el mercado.<sup>95</sup> Es que el mercado significaba el acceso al consumo y a la producción —y con ellos a una cierta forma de poder social— de sectores tendencialmente cada vez más amplios de la clase media o de lo que entonces se llamaba el “medio pelo.”<sup>96</sup>

Aquella percepción conservadora de que algo parecía estar irremediablemente cambiando, y no para bien, se manifiesta en la serie de factores con que irónicamente Pedro N. Cruz describe en 1878 el progreso nacional:

“Volamos por el sendero del progreso. Véase si no.

La plebe comete toda clase de crímenes i en tan gran número como en los países más adelantados. (...) Los artesanos se nos han vuelto artistas. Tienen clubes i sociedades filarmónicas. Algunos ya principian a abrir los ojos i a no creer en Dios, señal inequívoca de civilización.

Las mujeres han hecho sus tentativas de emancipación literaria, lo cual han conseguido plenamente por la razón de que nadie las tenía sujetas. A Dios gracias, ya se les acabó el alboroto.

<sup>94</sup> L. Barros Méndez, “Proyecto de hospital literario”, en *Revista de Artes y Letras*, tomo XVI, 1889, p. 819.

<sup>95</sup> Todavía en 1910, Jorge Huneeus Gana señalaba: “La novela por entregas: he ahí el género desgraciado en que se han malogrado casi todos los ingenios chilenos que, estimulados tal vez por la gloria de Blest Gana, pero *seducidos por espejismos de lucro editorial*, se consagraron a la novela.” Huneeus Gana, *Cuadro Histórico*, p. 743.

<sup>96</sup> En sólo unos pocos años más, hacia el fin de siglo, se consolidaría además una cierta presencia de los sectores populares en el mercado de lo escrito. Véase Subercaseaux, *Fin de siglo. La Época de Balmaceda. Modernización y cultura en Chile*, Santiago: Editorial Aconcagua, p. 279 y ss.

Nuestra hacienda pública tiene un déficit que nos honra i que va en aumento...”<sup>97</sup>

Se percibe asimismo en la cita, por una parte, que las conquistas sociales de las mujeres se asociaban en el espíritu conservador muy directamente con los logros de la incipiente clase trabajadora; por otra, que la racionalidad laica o gubernamentalidad estatal había ya empezado a separarse nítidamente de la racionalidad católica; y, por último, que los avances educacionales y la transformación paulatina de la “literacy” chilena impulsados por el Estado al mismo tiempo que significaban procesos de sujeción del sujeto a algo (formas de control del ciudadano nacional), eran formas de subjetivación *de* alguien (formas pues de potenciación).

Si recogemos ahora los dos hilos con que he estado tramando este capítulo, se percibirá mejor otro aspecto importante de la (re)generificación del discurso sobre la novela nacional que Blest Gana llevó a cabo. Hablé primero de una identificación social de la lectura de folletines con las mujeres que supuestamente constituían su público mayoritario. Destaqué, asimismo, cómo en dicha identificación se le adjudicaban a los folletines una serie de valores socialmente feminizados como el placer, la sensualidad, la facilidad, el cambio repentino, la negación de la ‘verdadera’ productividad, la moda, etc. Lo que me interesa subrayar ahora es que la propuesta transaccional de la novela nacional a manos de Blest Gana, sólo es posible a partir de una masculinización relativa de la posición autorial ‘femenina’ o ‘subalterna’ que como percepción de sí mismo tenía el autor de *Martín Rivas* en el mercado nacional e internacional. El desplazamiento hacia la novela de costumbres fue muy claramente una respuesta a lo que llamamos la estructura de la demanda lectora, pero no fue solamente eso. Respondía también, como vimos, por un lado a la posición de Blest Gana con respecto a la “literacy” clásica y conservadora todavía importante en los círculos letrados

---

<sup>97</sup> Rodríguez, Zorobabel. “Los jóvenes ilustrados” en *La Estrella de Chile*, año XI, setiembre 29 de 1878, número 573, p. 1001.

chilenos; y, por otro, al lugar que Blest Gana se veía a sí mismo ocupando al compararse con los autores franceses que había leído en París (Balzac, Stendhal). Es este segundo aspecto de la identificación blestganiana con los “talentos secundarios” el que es preciso destacar ahora. En ella se cruzan, en efecto, aquellas dos hebras textuales que organizaron este capítulo y habrán de estructurar los siguientes: letras y folletines, ‘cultura nacional deseada’ y prácticas culturales dirigidas por la lógica del mercado, hombres y mujeres, elite y ‘medio pelo’, literatura nacional e internacional. Más allá de su efectiva inspiración burguesa y de su justificación nacionalista, la conciencia que Blest Gana tenía de pertenecer al ámbito de los que producen sobre todo con laboriosidad y dedicación (los “talentos secundarios” más que los genios inspirados), le colocaba objetivamente en una posición (posible) de identificación subjetiva con la subalternidad cultural femenina y popular. La existencia de esas nuevas masas de lectores, menos preparadas para digerir y menos dispuestas a consumir la alta cultura, lo reclamaba como autor de ficciones especialmente diseñadas para satisfacer y ennoblecer nacionalmente tal demanda (una posición de relativa superioridad); pero, al mismo tiempo, lo justificaba como “talento secundario” frente a la dolorosa conciencia de la inferioridad relativa (o así percibida) con respecto a los grandes *hombres* de la literatura francesa de la época. En tanto autor nacional moderno, Blest Gana, entonces, utilizó en más de un sentido las posibilidades de un autopoicionamiento estratégico. Una identificación parcial (y sublimada por lo nacional) con la feminidad de su público –tanto el de las mismas mujeres como el de “medio pelo”– le brindó, al interior del campo cultural chileno, la oportunidad de encontrar y satisfacer a *sus* lectores y, con el mismo gesto, (auto)legitimarse como autor-productor. Blest Gana produjo así, como ha sostenido la crítica tradicional, el desarrollo de la novela en Chile. Pero, al mismo tiempo fue producido por la evolución y características de un público lector y por su propia transformación de lecturas (europeas) en productos textuales legítimos y apropiados para y en el ámbito nacional.

Si es cierto entonces que Blest Gana fue el padre de la novela chilena, no lo es menos que las numerosas ‘madres’ y lectoras (y los

lectores subalternos emergentes en general) le crearon el espacio y la oportunidad en el que su propia producción y figura autorial nacional resultó posible. En los capítulos tres y cuatro volveré ampliamente sobre esos lectores y lectoras, mientras que en el próximo me ocuparé de la sociabilidad y sus formas. Entre ellas, de la lectura.



## CAPÍTULO 2

### LECTURA DE LA SOCIABILIDAD Y SOCIABILIDAD DE LA LECTURA: LA NOVELA Y LAS COSTUMBRES NACIONALES

“su protagonista ofrece el tipo, digno de imitarse, de los que consagran un culto inalterable a las nobles virtudes del corazón.”

“Oyeme pues –le dijo–. No es una historia estupenda lo que voy a contarte. Es la historia de mi corazón.”<sup>1</sup>

El acceso simultáneo a por lo menos dos temporalidades históricas diferentes (la europea y la americana) que caracteriza la vida de nuestras élites en el siglo XIX, es uno de los factores que explicaría, al menos en parte, la superabundancia de planes que intentan, uno tras otro, cambiarlo todo, desde las costumbres hasta los regímenes políticos, pasando entre otras cosas, por los sistemas y textos de educación. Este afán de renovación total sería una manifestación más de lo que la historiografía hispanoamericana reconoce como la precedencia del Estado sobre la nación, que caracterizaría a muchos

---

<sup>1</sup> La primera cita corresponde a la Dedicatoria que Alberto Blest Gana hace a Manuel Antonio Matta en la primera edición francesa (1875) de *Martín Rivas*, en Blest Gana, Alberto. *Martín Rivas*. Edición de Guillermo Araya, Madrid: Cátedra, 1983, p. 59; la segunda cita en p. 143. Todas las citas de *Martín Rivas* serán, de aquí en más, de esta edición.

<sup>2</sup> Para el caso chileno véase, Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Editorial Universitaria, 1986; y Jocelyn-Holt Letelier, Alfredo. *La Independencia de Chile*. Madrid: MAPFRE, 1992. La extensión de la tesis de la precedencia del estado sobre la nación se hace con gran fuerza en Gellner, Ernst. *Nations and Nationalism*. Ithaca: Cornell University Press, 1983. Una visión diferente que intenta inscribir esa precedencia en otro contexto, en Kossock, Manfred. “Revolución Estado y nación en la Independencia” en Inge Buisson et al. (editores), *Problemas de la formación del estado y de la nación en Hispanoamérica*, Köln: Böhlau Verlag, 1984.

países del subcontinente.<sup>2</sup> En términos concretos la idea de que el estado precede a la nación significa que para los intelectuales y autoridades contemporáneas a la definición de este proceso, todo debía empezarse casi desde cero. Ello implicaba crear el tejido de lo social o, si se quiere, instaurar lo social en tanto tejido. Crear, en otras palabras, la sociabilidad. Para ello nada parecía mas apropiado, y por lo tanto apropiable, que los múltiples modelos que las sociedades euronorteamericanas ofrecían. La mimesis creativa o la imitación dependiente de estos paradigmas de sociedades exitosas fue así, desde un comienzo, parte integral del concepto de sociabilidad. En este capítulo intentaré, primero, explicar la categoría de sociabilidad a partir de su uso en textos de Juan Bautista Alberdi, Francisco Bilbao y Domingo Faustino Sarmiento. Pasaré luego al análisis de la sociabilidad como principio mimético operante en el proyecto novelístico nacional chileno de Alberto Blest Gana que acabamos de reseñar. En último término, el propósito central es calar más hondo en el lugar que les corresponda a la educación y a la literatura (y con ellas, a la escritura y, sobre todo, a la lectura) en el proceso de formación cultural nacional.

Para la élite letrada hispanoamericana del siglo XIX, entonces, nada podía quedar librado al azar, porque como en los jardines descuidados, la maleza parecía estar permanentemente al acecho, dispuesta siempre a volver a reconquistar sus fueros antiguos y propicios al crecimiento salvaje. Esta fecundidad proliferante, que sería también, en el reverso, la garantía de la promesa del desarrollo explotador, es la que debía ser controlada pues se extendía tanto a las pasiones sexuales como a las políticas, a la risa como a las celebraciones públicas, al placer como a la (falta de) moral. De este modo, a las llamadas a la explotación racional de la naturaleza americana en las famosas silvas de Andrés Bello, sucederían los de Juan Bautista Alberdi a gobernar poblando y domesticando la pampa. Se trataba en ambos casos, de dotar a la naturaleza geográfica y humana de la patria de una eticidad que la transformara en paisaje (alambrar la pampa y el campo o crear bellas granjas a la alemana o a la inglesa) y la constituyera en nación (educar al soberano.) Gobernar, para Alberdi, era construir el país aunque esto significara, en el extremo,

repoblarlo con la clase adecuada de personas. Todavía en 1900 José Enrique Rodó creería acertado y legítimo hablar de “el vacío moral del desierto.”<sup>3</sup> La expresión alberdiana de Rodó resumía muy bien la ideológica alianza de geografía y antropología que había dominado la descripción del continente en el XIX. De ella derivaban tanto la posibilidad de concebir un paisaje moral de las naciones cuanto la de desprender una moral del paisaje.

El objetivo de este empeño fue lo que aquí llamaremos “sociabilidad.”<sup>4</sup> La noción de una sociabilidad deseada es tal vez uno de los puntos nodales en torno al cual se pueden organizar los variados discursos (sociales, políticos, educacionales, religiosos) del siglo XIX latinoamericano y chileno en particular. La ‘sociabilidad’ es, por una parte, un concepto utilizado ampliamente en los discursos del siglo XIX tanto en Chile como en el resto de América. Es decir, es una categoría analítica operante en la autocomprensión de los procesos sociales que, especialmente, los sectores de élite, pero también los subalternos, utilizan en la época. Por otra parte, aún aludiendo a las formas voluntarias de asociación que caracterizan conceptos análogos como el de ‘sociedad civil’ o “esfera pública” en la literatura europea<sup>5</sup>, el de sociabilidad alude a formas no exclusivamente burguesas (se puede hablar de sociabilidad popular, por ejemplo), permite distinguir entre sociabilidades formales e informales y tiene un énfasis semántico particular en el carácter de ‘competencia’ o ‘habilidad’ adquirible en la práctica de la vida cotidiana. Por último, una de las formas claves de la sociabilidad chilena e hispanoamericana de la segunda mitad del siglo XIX será, precisamente, la desarrollada

<sup>3</sup> Rodó, José Enrique. *Ariel*. México: Editorial Porrúa, 1983, p. 26.

<sup>4</sup> El concepto es usado de diversas maneras por la historiografía francesa, española e italiana contemporánea, y, en menor medida, por la hispanoamericana. Véanse Canall i Morell, Jordi. “El Concepto de sociabilidad en la historiografía contemporánea (Francia, Italia y España.)” *Siglo XIX, nueva época*, 13, enero-junio, 1993; y Agulhon, Maurice et al. *Formas de Sociabilidad en Chile 1840-1940*. Santiago: Editorial Vivaria, 1992.

<sup>5</sup> Véase Habermas, Jürgen. *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Bourgeois Life*. Cambridge: The MIT Press, 1989; y Cohen, Jean L. y Andrew Arato. *Civil Society and Political Theory*. Cambridge: The MIT Press, 1992.

en torno a la escritura y lectura de cartas poemas, dedicatorias, periódicos, folletines, novelas. Todo ello, como veremos, le da al concepto su contundente potencia explicativa.

## La Sociabilidad en sus contextos

Sin ninguna pretensión de exhaustividad quisiera señalar algunos de los contextos reales de uso de la palabra sociabilidad para rescatar de ellos los sentidos con que el concepto se irá llenando a lo largo de su ancha carrera discursiva decimonónica.<sup>6</sup>

Podemos comenzar con Juan Bautista Alberdi, autor de un artículo titulado “Sociabilidad”. En él se expresa muy bien el doble y, hasta cierto punto, contradictorio carácter construido (asimilado e incorporado) y por construir (proyectual) de la sociabilidad hispanoamericana:

“Luego que la lucha de nuestra emancipación peninsular fue coronada, nuestra patria no debió escribir el orden nuevo que quería abrazar, en las páginas de una constitución escrita, sino en la vida consuetudinal de la nación. La libertad como el despotismo vive en las costumbres. (...) La libertad no es el parto de un decreto, de una convención. Es una facultad, una costumbre que se desenvuelve por la educación. Así, el verdadero modo de cambiar la constitución de un pueblo, es cambiar sus costumbres: el modo de cambiarlo es darle costumbres”<sup>7</sup>

Como se sabe, la propuesta de Alberdi será una mezcla de decretos ejecutivos con una visión más gradual de cambio por la educación y la imitación de la sociabilidad europea de los inmigrantes que con tanto ahinco proponía llevar a la Argentina. La cita expresa muy bien, creo, la dialéctica entre la letra (la educación) y la práctica

---

<sup>6</sup> Carrera discursiva que culminará con el siglo, en el *Ariel* de Rodó, con un contraste entre la sociabilidad latina y la norteamericana. De esta última dirá: “ellos han modelado su sociabilidad en un conjunto imaginario de ejemplares de Robinson” Rodó, *Ariel*, p. 9.

<sup>7</sup> Alberdi, Juan Bautista. “Sociabilidad” en *Obras Completas*, Buenos Aires: 1886, Tomo I, p. 393

social (la costumbre) que la sociabilidad implicaba. En efecto, se trataba de “escribir el orden nuevo (...) en la vida consuetudinal de la nación.” Sin embargo, lo que comienza como una crítica de aquel dirigismo planificador y de su carácter puramente teórico que tantas Constituciones y tabulas rasas terminó por producir en el continente, acaba proponiendo que, si las costumbres son la base de la sociabilidad, entonces hay que darle al pueblo nuevas costumbres, para así corregir su sociabilidad. En este argumento circular, los únicos capaces de decidir qué costumbres son las realmente adecuadas, apropiables y apropiadas, son los letrados. A ellos les corresponde, por la vía de la educación formal, la reforma o la regeneración de las costumbres populares. Pero la información no era suficiente para ese objetivo. Había que escribir las costumbres ya no sólo en la pizarra o en las páginas del cuaderno escolar, sino en los cuerpos de los futuros ciudadanos:

“Constituir un soberano, esto es, un pueblo, no es acumular ideas y virtudes, sino acumular cuerpos; porque la soberanía es cosa material y no inteligente. (...) Las masas son santas, porque son el cuerpo del pueblo, digámoslo así; ellas mueven también, sostienen, edifican, siguen, pero no legislan, no inician, no presiden. No deben ser consultadas directamente en altas materias, porque carecen de la conciencia de sus altas necesidades. Sería preguntar a un adolescente, que necesita ser instruido, qué cosas le son convenientes. Enseñarle estas cosas en tanto que tales nos parecieren, es lo que importa y nos está impuesto”<sup>8</sup>

El pueblo aparece aquí con características contradictorias: es absolutamente esencial para la soberanía nacional pero debe ser cambiado radicalmente. La retórica (“Sería preguntar a un adolescente...”) evidencia una concepción paternalista del pueblo según la cual éste aparece, por un lado, en crecimiento desde una fase infantil (presente) a una de maduración y definición de los sujetos (futuro); y exige, por otro, tutelaje, formación y educación para que el

---

<sup>8</sup> Alberdi, en *Obras Completas*, Buenos Aires: 1886, Tomo I, p. 331.

proceso, que podemos llamar la práctica de producción de sujetos moralmente apropiados, cumpla sus objetivos.

“Sociabilidad” establece primero la necesidad de un centro ideológico que dirija la reforma de las costumbres:

“El primer paso pues a la organización de un orden constitucional cualquiera es la armonía, la uniformidad, la comunidad de costumbres. Y para que esta armonía, esta uniformidad de costumbres exista, es menester designar el principio y el fin político de la asociación.

El principio y el fin de nuestra sociedad es la democracia, la igualdad de clases.”<sup>9</sup>

Como se ve el concepto de sociabilidad tiende a enfatizar la necesidad de una homogeneidad del público nacional (uniformidad, democracia, igualdad de clases) mientras simultáneamente requiere una clase de patriotas ilustrados que proporcionen y elijan los modelos a seguir. El artículo pasa luego a señalar la existencia de una actividad sociomimética de funestos resultados para aquella uniformidad de las costumbres:

“Todos los días nos quejamos de que no tenemos costumbres, de que nuestra sociedad no tiene carácter, de que es un caos (...) Es probable que jamás salgamos de ese estado si cada uno toma por su lado, si cada uno adopta lo que quiere; si uno imita a los ingleses, otro a los franceses, otro a los españoles, otro a los italianos.”

[De allí concluye:]

“Si pues la democracia, es decir, el gobierno del pueblo, reside en las costumbres del pueblo, es necesario que el pueblo que ha de dar democráticos, es decir, gobernantes, se eduque, aprenda antes a serlo. ¿Qué hace nuestro joven pueblo? ¿de qué se ocupa? ¿qué aprende? ¿qué costumbres adquiere?”<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Alberdi, “Sociabilidad”, p. 393.

<sup>10</sup> Alberdi, “Sociabilidad”, p. 394-395.

Su diagnóstico va de la situación de labradores y campesinos (“Hay mucho campo que pide arado, hay muchos arados que piden brazos. Y por qué no los hallan? Se tiene asco al arado”) a la de los tenderos y de allí a la de las mujeres. El paso por los tenderos es necesario, diría yo, en tanto establece el nexo lógico entre los hombres de trabajo y las mujeres supuestamente ocupadas de la moda, del lujo y en general, del consumo (especialmente de productos extranjeros):

“Del continuo trato con las mugeres, se puede sacar la cabeza caliente, no sólo de amor sino de celos y de chismes, un caudal de afectación, de finura femenil, de frivolidad, de vaciedad, pero jamás una tendencia alta y noble. (...) Algún día [las mujeres] escapan de la abyección en que las ha dejado la tiranía española. (...) Es preciso prepararlas su libertad por medio de un sistema de educación adecuado y sabio. Una emancipación súbita y brusca las precipitaría en la licencia. Es preciso elevar esa mitad del pueblo, cuya degradación tiende a introducirse en nuestros pechos, bajo las alas del amor y de las gracias”<sup>11</sup>

La educación de las mujeres parecía aquí especialmente importante en tanto su labor de reproducción social escapaba al control de los aparatos estatales destinados a la producción de sujetos pedagógicos y ciudadanos y disputaba con la Iglesia la formación de sujetos morales, es decir, de sujetos dotados de costumbres operantes en la vida cotidiana. El riesgo era aún mayor dada la efectividad de la labor de las madres, esposas, criadas y hermanas (“esa mitad del pueblo, cuya degradación tiende a introducirse en nuestros pechos, bajo las alas del amor y de las gracias.”) en la formación de las subjetividades ciudadanas masculinas. Sobre estas últimas asociaciones volveremos luego. Las mujeres y el pueblo compartían así la necesidad de una reforma gradual de sus costumbres por la vía de una educación sabiamente administrada por los letrados (hombres).

Alberdi, entonces, dota al concepto de sociabilidad de un énfase

---

<sup>11</sup> Alberdi, “Sociabilidad”, pp. 396-397.

sis en la doble naturaleza de la costumbre (resultado de la educación intelectual así como del hábito incorporado en la vida cotidiana), de un carácter imitativo respecto a los modelos extranjeros y, para el caso de la sociabilidad hispanoamericana dominante, de una herencia hispánica decisiva por cuanto predominaba en ella el desprecio al trabajo ('se tiene asco al arado') y la preferencia por el ocio improductivo ("finura femenil, frivolidad, vaciedad") Como veremos ahora, ese legado español será el centro de otros dos textos claves en el desarrollo del campo semántico de la sociabilidad como categoría analítica.

*Sociabilidad Chilena* de Francisco Bilbao es uno de los textos más famosos del siglo XIX chileno. Publicado en 1844, suele ser considerado importante no tanto por su contenido (descrito con frecuencia como caótico) cuanto por el el impacto que la publicación, condena, quema y censura del texto, junto con el exilio forzado del autor, tuvieron en la época. En su escrito, Bilbao desarrolla las consecuencias que el legado de la sociabilidad española ha producido en la sociedad chilena en varios niveles: el social y el religioso (catolicismo y costumbres retrógradas), el económico (estructura feudal de la propiedad) y el político (autoritarismo personalista.) Su tesis principal es el origen común de todos estos males (el pasado español) y su carácter interconectado o mutuamente dependiente. Su diagnóstico concluye con una única posible solución:

"La inmortalidad de un gobierno en la historia de un pueblo consiste en comprender la idea culminante que el siglo le presenta para su realización y realizarla. Entre nosotros la idea culminante como herederos de la revolución [de la Independencia] es completarla. Completar la revolución es apoyar la democracia en el espíritu y la tierra, en la educación y la propiedad. Esta obra es la destrucción de la síntesis autoritaria del pasado..."<sup>12</sup>

La acusación del fiscal en el juicio en contra de Bilbao deja muy en claro que era la denuncia del carácter sistémico de la "sínte-

<sup>12</sup> Bilbao, Francisco. "Sociabilidad chilena" (1844): en Grez Toso, *Cuestión social*, pp. 85-86.



sis autoritaria” lo que parecía mas subversivo al Gobierno. Se le imputaban “las infamantes notas de blasfemo [por atacar a la Iglesia y la religión católicas], inmoral [por atacar el matrimonio] y sedicioso [por atacar la Constitución]”<sup>13</sup> Sin embargo, lo realmente peligroso para el status quo era la conexión establecida entre las raíces de la vida diaria y las de la política:

“La autoridad y tradición se debilitan con las novedades: de aquí la aversión a lo nuevo, a la moda y el odio a lo que la promueve (..) Aislamiento misantrópico. La puerta de calle se cierra temprano y a la hora de comer. A la tarde se reza el rosario. La visita, la comunicación debe desecharse a no ser con personas muy conocidas; no hay sociabilidad, no se admite gente nueva ni extranjera. (...) Como hombres de la familia política llamada sociedad, son lo que son en la familia. La autoridad es la fuerza y la fuerza es la autoridad. (...) Dios lo quiso, ‘hágase tu voluntad’, es el tapaboca a la interrogación de la libertad. Luego no hay ciudadanos ni pueblo. Hay esclavos y rebaños.”<sup>14</sup>

La percepción teórica fundamental de Bilbao respecto a la sociabilidad chilena fue la que ligó las formas de la cultura de la cotidianidad y aquellas que animaban la cultura política. Una sola forma de estructuración formal del poder, la jerárquica y autoritaria, informaba tanto la vida de la joven al interior del hogar como las relaciones de los gobernantes con los gobernados, pasando por las múltiples instancias de la vida religiosa. Se podía, pues, pasar en el análisis de un nivel al otro, ir de las costumbres a las leyes y de las leyes a las costumbres, del cuerpo y la conciencia de los ciudadanos a los discursos autorizados y autoritarios que los constituían como individuos y como grupo.

Entre otros muchos puntos de interés, Bilbao desarrolló asi-

---

<sup>13</sup> Acusación Fiscal contra la Sociabilidad Chilena, firmada por Maximo Mujica el 17 de junio de 1844. Texto reproducido en Sepúlveda Rondanelli, Julio. *Francisco Bilbao. Precursor del socialismo. Bosquejo de su vida, de sus obras y de su tiempo*. Buenos Aires: Ediciones Boccanegra, 1971.

<sup>14</sup> Bilbao, “Sociabilidad chilena”, pp. 70-71.

mismo dos más que merecen destacarse en nuestro contexto. En primer lugar, la insistencia en la educación como una de las claves del cambio: “la educación (...) es el modo de revolucionar y completar las revoluciones.” En segundo lugar, la conexión entre paisaje geográfico y formas de sociabilidad contrarias al carácter democrático que él buscaba para la sociedad chilena:

“La influencia del caballo en el carácter de la vida de los pueblos es notable. (...) Estas influencias de la localidad producen resultados morales.(...) El huaso sepultado entre los montes se encuentra separado de la comunicación moral; es solitario, selvático. El aislamiento enorgullece. Siempre ve y ha visto lo mismo. No sabe sino lo que sus padres le enseñaron y esto es para él el punto final de su trabajo intelectual. Lo demás lo rechaza. (...) De aquí se ve salir el espíritu tradicional de los hombres del caballo que pasan su vida vagando o dando vuelta alrededor de un círculo. Las creencias de nuestros huasos son católicas y españolas”<sup>15</sup>

Bilbao mezcla aquí y con gran fuerza, dos de los elementos con que un año después, Domingo Faustino Sarmiento haría su aporte a la definición del concepto de sociabilidad: el tipo de sujeto moral producido, respectivamente, por la educación católica y por la alianza entre un paisaje geográfico (la pampa) y los hábitos del jinete ganadero (el gaucho.)

Publicado en 1845 en Chile, *Facundo* desarrollará en sendos capítulos (“Asociación” y “Sociabilidad”) aspectos claves del concepto. En el primer caso, se trata de explorar las formas de sociabilidad que han producido a la Argentina bárbara de la pampa y en particular al gaucho, “este salvaje de color blanco”. Sarmiento como Bilbao, cree fundamental la relación del caballo con el hombre dedicado a la ganadería : ella le permite al gaucho, o más bien lo fuerza a una relación centrífuga con el hogar:

“...los ganados, cuanto más numerosos son, menos brazos ocu-

<sup>15</sup> Bilbao, “Sociabilidad chilena”, p. 81.

pan; la mujer se encarga de todas las faenas domésticas y fabriles; el hombre queda desocupado, sin goces, sin ideas, sin atenciones forzozas; el hogar doméstico le fastidia, lo expele, digamoslo así. Hay necesidad, pues, de una sociedad ficticia para remediar esta desasociación normal. El hábito contraído desde la infancia, de andar a caballo es un nuevo estímulo para dejar la casa.”<sup>16</sup>

Aquel espacio alternativo lo proporciona, como es sabido, la pulpería:

“En esta vida tan sin emociones, el juego sacude los espíritus enervados, el licor enciende las imaginaciones adormecidas. Esta asociación accidental de todos los días viene, por su repetición, a formar una sociedad más estrecha (...) y en esta asamblea sin objeto público, sin interés social, empiezan a echarse los rudimentos de las reputaciones...”<sup>17</sup>

Sarmiento se las arregla para presentar la pulpería —en donde a poco andar se suceden las borracheras, los cuchillos y los duelos— como un espacio normal y anormal a la vez. De una parte todo su análisis se esfuerza por mostrar cómo la pulpería es el resultado natural de una serie de costumbres o hábitos incorporados a la rutina diaria del gaucho. La “desasociación *normal*” es la que produce la pulpería. Por otra parte, ésta, que es la única sociedad real, es llamada una “sociedad ficticia” lo que supone que exista una sociedad imaginable que resulte esencialmente más real. Para el letrado, la realidad aparece como una ficción en tanto no se conforma con la ficción de realidad que la razón imagina. Si la desasociación normal produce naturalmente una sociabilidad aberrante, lo que habría que intentar hacer, parece concluir Sarmiento, sería imponer una asociación cotidiana que redunde, también naturalmente, en una sociabilidad deseable.

---

<sup>16</sup> Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo. Civilización y barbarie*, Madrid: Alianza Editorial, 1988, p. 99.

<sup>17</sup> Sarmiento, *Facundo*, p. 101.

El capítulo “Sociabilidad” del *Facundo* se ocupa, por otro lado, del contraste entre las diferentes formas de asociación ya no en el paisaje rural sino en la Argentina urbana de la época. La oposición es conocida: se trata de las sociabilidades de Córdoba y Buenos Aires descritas, respectivamente, como baluartes de la civilización escolástica española y de la civilización moderna y libertaria europea. Oigamos la brillante prosa de Sarmiento:

“El espíritu de Córdoba hasta 1829 es monacal y escolástico. (...) la ciudad es un claustro encerrado entre barrancas; (...) cada manzana tiene un claustro de monjas o de frailes; los colegios son claustros; la legislación que se enseña, la Teología; toda la ciencia escolástica de la Edad Media es un claustro en que se encierra y parapeta la inteligencia, contra todo lo que salga del texto y del comentario.”<sup>18</sup>

Buenos Aires es, por otro lado, el lugar donde los ríos del interior confluyen y con ello el comercio de los productos y de las ideas que las provincias puedan establecer con el exterior. Todos dependen de la capital. Como núcleo de esta “organización del suelo (...) central y unitaria” (61), Buenos Aires (“todo novedad, todo revolución y movimiento” (177) se ha dedicado siempre al intercambio con Europa y aún a la imitación de los modelos europeos. De la crítica a este último rasgo se deriva otro de los aportes fundamentales de Sarmiento a la categoría analítica que trabajamos.

En efecto, según Sarmiento, la sociabilidad española de una ciudad como Córdoba pecaba, sobre todo, de un aislado y orgulloso ensimismamiento cuya representación material eran las prácticas de lectura que usaban sus letrados tradicionales: muy pocos textos refiriendo siempre a la misma autoridad (Dios por la vía de Aristóteles y la escolástica: “un claustro en que se encierra y parapeta la inteligencia, contra todo lo que salga del texto y del comentario.”) Estos hábitos mentales sólo podían generar conformismo y sumisión. Bilbao lo había dicho con gran elocuencia:

<sup>18</sup> Sarmiento, *Facundo*, p. 167.

“Esa sociedad organizada bajo el credo católico reinaba. Su vida era uniforme, su marcha sistemada. Sabía de donde salía, sabía donde estaba, sabía donde iba. (...) Toda duda, todo problema estaban satisfechos. Acudid al texto con la fe en los ojos y veréis [la] verdad. Si tenéis dolores el sacerdote os consuela. Todo el despotismo de familia, todo el despotismo político y religioso es nada. El mundo es de miserias, la voluntad de Dios hágase en la tierra como en el cielo.”<sup>19</sup>

O en la retórica igualmente eficaz de Sarmiento:

“¿Qué asidero encontrarían las ideas revolucionarias (...) en aquellas cabezas disciplinadas por el peripato para hacer frente a toda idea nueva; en aquellas inteligencias que como su paseo, tenían una idea inmóvil en el centro, rodeada de un lago de aguas muertas, que estorbaba penetrar hasta ellas”<sup>20</sup>

La sociabilidad urbana y española de Córdoba conducía, inevitablemente, a la constante reafirmación y repetición de una tradición estancada y cerrada al progreso. Habiendo un único sociotexto central sólo restaba comentarlo ad infinitum. De manera análoga, sin embargo, la apertura mimética de la inteligencia porteña del proyecto unitario que Bernardino Rivadavia había llevado a cabo en la desespañolización y europeización de Buenos Aires, adolecía de un defecto parecido al escolástico: su carácter esencialmente teórico, abstracto e imitativo, su falta de contacto con las vidas reales de la gente en la Argentina, su incapacidad para distinguir entre varios textos europeos y su impotencia para postular un sociotexto verdaderamente nacional.

“Buenos Aires confesaba y creía todo lo que el mundo sabio de Europa creía y confesaba. (...) Es imposible imaginarse una generación más razonadora, más deductiva, más emprendedora y que haya carecido en más alto grado de sentido práctico.”<sup>21</sup>

---

<sup>19</sup> Bilbao, “Sociabilidad”, p. 73.

<sup>20</sup> Sarmiento, *Facundo*, p. 168.

<sup>21</sup> Sarmiento, *Facundo*, pp. 174-176.

Sarmiento descubriría así, en la crítica de lo que podríamos llamar las inteligencias textuales dominantes, uno de los ejes articulatorios más importantes del concepto de sociabilidad: el sentido práctico, que conecta la acción corporal y moral con las ideologías dominantes. En palabras de Pierre Bourdieu:

“Practical sense is a quasi-bodily involvement in the world (...) It is an immanence in the world through which the world imposes its imminence, things to be done or said, which directly govern speech and action. It orients ‘choices’ which, though not deliberate, are no less systematic, and which without being ordered and organized in relation to an end, are none the less charged with a kind of retrospective finality. (...) Bodily hexis is political mythology realized, embodied, turned into a permanent disposition, a durable way of standing, speaking, walking, and thereby of feeling and thinking.”<sup>22</sup>

Si la sociabilidad cordobesa producía el dominio de la costumbre y el hábito adquirido, si en ella predominaba el sujeto moralmente constituido, es decir el aspecto formativo de la sujeción; la sociabilidad porteña generaba sujetos de educación puramente intelectual en los que la información no dejaba espacio a la incorporación del conocimiento en el cuerpo de los ciudadanos:

“El [periódico] *Republicano* decía el otro día que ‘la autoridad no es más que un convenio entre gobernantes y gobernados’ ¡Aquí hay muchos unitarios [excesivamente intelectuales] todavía! *La autoridad se funda en el asentimiento indeliberado que una nación da a un hecho permanente*”<sup>23</sup>

Ninguna de aquellas dos formas de sociabilidad (cordobesa o porteña), entonces, podía satisfacer las ansias civilizatorias de la sociabilidad deseada por Sarmiento: aquella en que la ley se ha hecho carne y la carne no es más que la ley materializada *en un asentimien-*

<sup>22</sup> Bourdieu, Pierre. *The Logic of Practice*, Stanford: Stanford University Press, 1990, pp. 66-70.

<sup>23</sup> Sarmiento, *Facundo*, p. 178.

*to indeliberado*. La práctica de la razón letrada nacional y su crítica a las inteligencias textuales conservadoras o ultraliberales conducía, de este modo, al ideal de una sociabilidad ciudadana traspasada de razón práctica. La soberanía, como había dicho Alberdi, era finalmente cuestión de cuerpos, pero de cuerpos atravesados por la razón de la Patria.

Los dilemas constitutivos de la sociabilidad decimonónica hispanoamericana implicaban, así, tensiones no resueltas pero al fin históricamente productivas entre: la aspiración a una fuerte homogeneidad de lo público y del público a la vez que la operación de una dialéctica sujetos letrados/ sujetos ciudadanos sobre la base de modelos (locales o foráneos) selectos y apropiables; un decidido apoyo a la educación (sociabilidad formal) a la vez que el reconocimiento de que la información sólo valía cuando se tornaba parte de la costumbre y del cuerpo de los ciudadanos (sociabilidad informal.) En definitiva, se trataba de conseguir el reemplazo de la “síntesis autoritaria” por lo que podríamos llamar la “síntesis democrática”, aquella en que la eticidad del Estado y de la Nación ( con su exigencia del predominio de *lo público* y de *un público*) se extendiera uniformemente desde las instituciones sociales, políticas y religiosas a los cuerpos y las mentes de los ciudadanos y ciudadanas. La práctica de la razón conducía aquí a una sociabilidad naturalmente animada de razón práctica.

Esta razón práctica necesitaba de superficies y de acciones en las cuales desplegarse. La vida cotidiana del pueblo y de la élite, sus cuerpos trabajadores u ociosos, sus costumbres y maneras y sus mentes, todas ellas nacionalizables, requerían de espacios sociales en los que adquirir y ejercitar esta razón devenida materialidad permanente.

Para comprender este esfuerzo hay que percibir que el problema de su propia legitimidad fue uno de los más serios que enfrentó la élite gobernante en la Hispanoamérica postcolonial. Legitimidad ante sí, frente al mundo y España y ante las masas que lucharon las guerras de Independencia. Como una forma de responder parcialmente al apoyo popular recibido y como consecuencia directa del discurso republicano y liberal prontamente asumido —aunque no

sin contradicciones— se declaró, tarde o temprano según los casos, la vigencia de una serie de nuevos derechos, entre los cuales el que constituía más centralmente a la comunidad era el derecho de que gozaban los individuos de ver representada su voluntad política en la administración del poder estatal. Paralelamente, sin embargo, se especificaron una serie de condiciones necesarias para el goce de aquel derecho. Estas condiciones para la apropiación de tal franquicia, establecían, en la práctica, que la nueva forma de subjetividad nacional que llamamos ciudadanía, aunque regía en sus aspectos normativos (deberes) para todos los que se hallaban dentro del territorio sobre el cual el estado intentaba ejercer el monopolio del poder y del uso de la fuerza; radicaba para la gran mayoría de la población nacional, en sus aspectos facultadores y habilitadores (derechos), en un futuro al cual había que acceder.<sup>24</sup> Dicha subjetividad potencial suponía un proceso de transformación que culminaría en lo que todavía estaba por construirse: el ciudadano nacional plenamente autorizado. La distancia entre el insuficiente ciudadano real y el deseado ciudadano potencial, sería cubierta por el desarrollo de la sociabilidad nacional. En ella, la nacionalización de la lectura y de las

---

<sup>24</sup> Sobre la importancia de la dialéctica derechos y deberes en el pensamiento de la época (1850) en Chile, léase el siguiente párrafo de un artículo en que El Ferrocarril, periódico progresista, le contesta al conservador La Tribuna: “Repleta La Tribuna de vigor febril (...) nos espeta el siguiente período: ‘¿Qué, el ciudadano no tiene más que derechos que reclamar? ¿No tiene igualmente obligaciones que cumplir? ¿Por qué no los ilustra en esos deberes que empiezan por las obligaciones de padre, de hijo, de hermano, y que acaban por las de ciudadano?’ [Nótese de paso, además del orden, cómo la moral privada fundamenta la política]

¿Quién le ha dicho al redactor de La Tribuna que en la Sociedad de la Igualdad sólo se habla a los ciudadanos de derechos? Los ciudadanos que se encuentran en aptitud de trabajar por la educación del pueblo no sienten por el capítulo de derechos la preferencia que La Tribuna muestra por el de deberes. Ambos nos parecen correlativos, ambos son las dos grandes fases bajo que se desenvuelve la vida humana, y muy torpe necesitaría ser el profesor que para dar ideas sobre el uno no se apoyara en el otro. Es una cuestión de derechos y deberes.” “Editorial de El Progreso, 18 de octubre de 1850”, reproducido en Grez Toso, Sergio. (editor) *La Cuestión social en Chile. Ideas y debates precursoras*. Santiago: Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, 1995, p. 119.



novelas sería, en el caso chileno, crucial. La ficción de la razón se encarnaría en la vivencia lectora de la realidad *como* ficción.

El consenso elitario, entonces, era la necesidad de moralizar a las masas antes de darles participación política alguna.<sup>25</sup> Se trataba, tanto para conservadores como para liberales, de producir una subjetividad que hubiese internalizado la sociabilidad que se estimaba adecuada; producir, en suma, lo que podríamos llamar el sujeto-ciudadano nacional estéticamente constituido, aquel en donde la ley funciona internamente y sin coerción, aquel en que lo nacional funciona análogamente al objeto estético: una ley hecha carne, que operara no por coerción directa sino como ley sin ley.<sup>26</sup>

Me interesa, entonces, pasar ahora al análisis de *Martín Rivas*, basándome en el proyecto de novela nacional de Alberto Blest Gana que ella ejemplifica y que consideramos en el capítulo anterior, descubrir instancias específicas de la operación de la sociabilidad en espacios concretos

### *Martín Rivas* y la sociabilidad nacional

La plena libertad de la obediencia, el *asentimiento indeliberado* con que había soñado Sarmiento, se manifestará en el caso de Alberto Blest Gana, tanto en una estetización de lo social (la concepción de la sociedad como un todo semióticamente analizable) cuanto en un uso social de la estética (el rol educativo práctico e ideológico de la lectura de la novela nacional.)

<sup>25</sup> Andrés Bello había ya dicho en 1842: "...y a vista de catastrofes o ejemplos terribles del desenfreno popular experimentados en varias naciones americanas, y aún entre las más civilizadas del mundo, siempre que la parte menos educada ha ejercido el poder de hecho ... no podemos menos que concluir que un trabajo preparatorio es indispensable ahora entre nosotros ... para que, mejorada por medio de él, la condición moral y social del pueblo, se halle este en estado de disfrutar de la verdadera igualdad legal..." El Araucano, número 613, 20 de mayo de 1842. Citado en Ruiz, Carlos. "Escuela, política y democracia. El caso de Chile en el siglo XIX." Realidad Universitaria, Santiago, 7, 1989, p. 5.

<sup>26</sup> Sobre el sujeto político estéticamente constituido, véase Eagleton, Terry. *The Ideology of the Aesthetic*. London: Basil and Blackwell, 1991.

En el capítulo anterior estudié en detalle la producción discursiva de Blest Gana y su propuesta de creación de una novela nacional que, aprovechando la estructura de la demanda lectora que empezaba a desarrollarse en el Chile del medio siglo, es decir, las prácticas lectoras realmente existentes, pudiera reencauzarla por las vías de la construcción de la nacionalidad. Me limitaré pues aquí a repetir lo esencial para el análisis de *Martín Rivas*.

Blest Gana captó tempranamente que, si uno de los problemas de la formación nacional era cómo conquistar el corazón del ciudadano, era preciso entender primero que los había de dos géneros y que la práctica y los hábitos concretos de lectura de estos sectores de mujeres y hombres chilenos, requerían a su vez, un cambio de género, ahora literario. Para ganar la batalla sobre los corazones nacionales había que crear un nuevo género transaccional: la novela de costumbres nacionales. Sólo así sería posible apoderarse ya no sólo del hombre sino también de la mujer. Blest Gana como vimos en una cita que repetimos ahora, fue muy explícito respecto a las bondades de este tipo de novelas:

“Más al lado de ésta [se refiere a “la gente de esmerada educación”] vive y se agita, así en el nuestro como en todo país civilizado, una parte de población infinitamente mayor que esa otra, que necesita de la lectura para descansar del trabajo, que muchas veces recibe en sus gustos y pasiones muy directa influencia de esa lectura y que ha menester para nutrir su espíritu de un alimento más sencillo del que aquellos preciosos modelos del arte le presentan. (...) Para llenar las condiciones que enunciarnos, sin disputa la novela de costumbres es la más apropiada.”<sup>27</sup>

Este empeño de la novela nacional de Blest Gana —que intentaba conseguir a través de su lectura una *muy directa influencia* sobre los *gustos y pasiones* de la mayoría— concedía a la práctica de la lectura, es decir, a la lectura como práctica, el carácter de moral encarnada, de disposición hecha cuerpo, de que nos hablaban Bourdieu y

---

<sup>27</sup> Blest Gana, “Literatura chilena”, p. 122.

Sarmiento. Las teorías y los discursos, las prácticas y las costumbres se podían conjugar en un discurso que tomara como objeto la representación discursiva de esas costumbres y se diera como objetivo, su transformación. El dilema entre la inteligencia textual cordobesa (el comentario dependiente de un modelo) y su contraparte porteña (la imitación acrítica de varios) podía ser superado por una nueva inteligencia textual. En ella, los textos europeos (Balzac y Stendhal en Blest Gana, pero también el liberalismo político francés) y la sociedad nacional como sociotexto, se transformaban en las condiciones generativas de una operación mimética (es decir, poética y productiva) nacional. Su lectura materializaba el sentido práctico, en tanto era el ejercicio de una disposición que aseguraba las condiciones de reproducción de la lectura misma, de la novela nacional (que la lectura hacía posible y en la cual se basaba) y de la ideología literaria y política que la alimentaba. No es así casual que la lectura se halle, en varios sentidos, en el centro estructurante de *Martín Rivas*.

El texto, como es sabido, cuenta la historia de un provinciano que sin más fortuna que su honradez y algunos contactos llega a la capital decidido, primero, a hacerse de una posición que le permita ayudar a su madre y hermana, y muy pronto, a conquistar la voluntad de su rico anfitrión (Don Dámaso Encina) y a la hija de éste (Leonor.) Tras participar en varias formas de acumulación de capital (cultural, en el Instituto Nacional; simbólico, en las asesorías financieras a su anfitrión; social, en las múltiples relaciones que establece; y experiencial, en lo político y amoroso), Martín Rivas logra cumplir sus varios objetivos. Tras esta trama que implica una lectura correctora del realismo francés de Balzac y Stendhal que Blest Gana había conocido de primera mano en Francia, se esconden otras varias referencias a la lectura que se transforma así en un punto nodal del texto. Dos de ellas me interesan ahora.

En primer lugar, la lectura de la sociedad como texto. Por la vía de su representación mimética, la novela nacional no haría más que intentar redirigir o reencauzar el curso de los desarrollos sociales propios de la naciente modernidad urbana chilena, de los cuales el aumento del público lector (especialmente el femenino) era un aspecto. Las clases emergentes, sus respectivas vestimentas o modas, el

ocio, los paseos en carruaje, los salones, las fiestas, el alumbrado público, el teatro lírico, los bailes populares y de elegantes, etc, traían consigo un dominio de lo visual, del ver y ser vistos. Esa visibilidad, por su parte, exigía y hacía posible el análisis y el comentario de la sociabilidad dominante como una forma de espectáculo narrativizable y, sobre todo, como una forma nacional para aprender, adquirir, inculcar y transformar las costumbres nacionales.<sup>28</sup>

### La lectura del espacio

Para el análisis de estos momentos de visibilidad social, la novela *Martín Rivas* puede ser organizada en torno a espacios básicos de representación. Hay cuatro que son espacios físicos. Dos de ellos son privados y (en principio) exclusivos: el picholeo o fiesta en la casa de medio pelo y la vida en el salón familiar de los Encina. Los otros dos son públicos e inclusivos: la insurrección popular-liberal alimentada por la Sociedad de la Igualdad por un lado, y, por otro, los paseos por la Alameda y los de las Fiestas Patrias. Hay también, por otra parte, espacios simbólicos sobre los que volveremos luego. La representación de un sociotexto nacional, de sus espacios (privados y públicos, físicos y simbólicos), de sus actores sociales característicos, y del mecanismo mimético que preside sus interrelaciones se transforma en todos estos casos en núcleo narrativo. En *Martín Rivas* esto se manifiesta a menudo en la forma de una estructura bipartita mediada por las percepciones y la misma posicionalidad del personaje central. Así por ejemplo, entre la burguesía adinerada y capitalista y todas las demás clases sociales, se encuentra Martín, quien no por casualidad vive en una suerte de anexo, de suplemento a la casa de los Encina. La mediación que más me interesa ahora, sin embargo, es aquella entre las tertulias y salones de la alta burguesía y el picholeo y las fiestas del medio pelo. Es decir, la mediación que Martín realiza entre espacios privados exclusivos (y en principio excluyentes) que concentran públicos nacionales diferentes.

---

<sup>28</sup> Volveré sobre estos temas en los capítulos siguientes.

Rafael San Luis, amigo de Martín, le lleva a la casa de medio pelo de los Molina. El propósito: que Martín olvide su amor imposible por la rica Leonor reemplazándolo por una relación mas informal, menos comprometedora y más carnal con las hermanas Molina (Adelaida y Edelmira) o con alguna de sus amigas. Lo que me importa destacar es la sobredeterminación de lo mimético a partir de una cita bastante larga:

“Continuaron entonces las libaciones, aumentando el entusiasmo de los concurrentes, que lanzaban amanerados requiebros a las bellas y bromas de problemática moralidad a los galanes. Al estiramiento con que al principio se habían mostrado para copiar los usos de la sociedad de gran tono, sucedía esa mezcla de confianza y alambicada urbanidad que da un colorido peculiar a esta clase de reuniones. Colocada la gente que llamamos de *medio pelo*, entre la democracia que desprecia, y las *buenas familias*, a las que ordinariamente envidia y quiere copiar, sus costumbres presentan una amalgama curiosa, en las que se ven adulteradas con la presunción las costumbres populares y hasta cierto punto en caricatura las de la primera jerarquía, que oculta sus ridiculeces bajo el oropel de la riqueza y de las buenas maneras.”<sup>29</sup>

El medio pelo se define aquí por esta dependencia imitativa formal (en tanto reconoce un modelo) e informal (en cuanto su práctica más común reproduce otro anti-modelo) respecto a las dos clases que supuestamente la delimitan. Pero también, como veremos luego, es definitiva su capacidad para actuar como mecanismo deconstructor de la sociabilidad alta de las *buenas familias*. Su originalidad es precisamente la falta de ella. Cuando Martín y Rafael ingresaron a la casa de los Molina: “El bullicio que reinaba en aquella reunión (...) cesó repentinamente” (126) Los dos caballeros traían consigo un tiempo más lento, más controlado y reprimido en el que sus contertulios populares se creen momentáneamente obligados a moverse. Todos empiezan a reproducir las maneras cuidadas que,

<sup>29</sup> Blest Gana, *Martín Rivas*, p. 132.

imaginan, utilizan los señores y las damas de sociedad. Poco a poco, la fiesta recupera su tono popular y su desorden “que desesperaba a los jóvenes y a las niñas que pretendían dar a la reunión el aspecto de una tertulia de buen tono.” (128-129) El entusiasmo aumenta y al final la batahola es tal que “los que al principio se mostraban callados y circunspectos, desplegaron poco a poco una locuacidad (...) [sólo entorpecida] por el licor.” (137) Doña Bernarda Molina, aunque ya demasiado tarde para evitar la embriaguez general, se cree obligada a exclamar “¡Adiós, ya se volvió merienda de negros!” (137) señalando así el límite que marca la frontera inferior de la sociabilidad del medio pelo.

Toda la escena del picholeo (la fiesta popular) ha sido precedida por este comentario:

“Rafael dio fuertes golpes a la puerta [de la casa de los Molina], hasta que una criada vino a abrirla. Dar una idea de aquella criada, tipo de la sirvienta de casa pobre, con su traje sucio y raído y su fuerte olor a cocina, sería martirizar la atención del lector. Hay figuras que la pluma se resiste a pintar, prefiriendo dejar su producción al pincel de algún artista” (124-125)

Del mismo modo que en la breve referencia a la fiesta de negros, hay aquí ciertos límites insalvables a lo que la mimesis de las costumbres nacionales puede o quiere hacer. Es como si Blest Gana percibiera, repentinamente, la irrepresentabilidad radical de los estratos populares para su máquina mimética. El medio pelo marcaría el límite (interno y externo a la vez) de lo que la estética nacional podía abarcar. A Martín le ocurre algo parecido. Durante todo el proceso, su posición es la de espectador y observador. Como el narrador, él no puede participar y debe limitarse a mirar, a pensar y a describir. Este espacio narrativo intermedio entre el pueblo y la aristocracia, entre la acción y el discurso, transforma el discurso de la novela en la acción mediadora de aquellas sociabilidades. El espacio narrativo desde el cual habla, piensa, describe y actúa el personaje central —espacio constituido por la estructuración de la sociabilidad entre modelos y antimodelos, moral encarnada y educación formal—

se constituye así en *Martín Rivas*, en el corazón del imaginario burgués chileno. La ficción de la clase media nos habla de la clase media como ficción.<sup>30</sup>

Un lugar estructuralmente parecido ocupa Martín en la casa de los Encina. Allí, los elegantes transforman habermasianamente las discusiones literarias en políticas y viceversa, en el espacio privilegiado de la sociedad civil: el salón de la casa burguesa.<sup>31</sup> A medio camino entre la sociabilidad informal de la casa y la formal de las reuniones públicas, la interacción social en el salón, no deja a Martín inicialmente mucho más espacio que el de la observación. Su performance allí depende de su capacidad para recurrir simultáneamente a la realización práctica del capital moral que su educación familiar representa (sano orgullo y rectitud) y al modelo de comportamiento verbal y corporal que la sociedad alta le proporciona.

El ejemplo de Martín se opone al puramente imitativo del siútico y afrancesado Agustín que, no por casualidad, es casi el único otro personaje que se mueve entre los dos espacios de las sociabilidades altas y de medio pelo. Si descartamos entonces tanto la caricatura del modelo francés que Agustín realiza diariamente como su bochornosa copia de los hábitos danzantes y alcohólicos del medio pelo, la labor mimética de Martín, entre Buenos Aires y la pulpería para recordar los términos de Alberdi y Sarmiento, se caracteriza por su creativo y cuidado balance entre la mimesis-imitación y la mimesis-performance de los modelos formales e informales objetivamente a su disposición (educación) y ya encarnados en sus propias disposiciones (costumbres).<sup>32</sup>

---

<sup>30</sup> Sobre este espacio imaginario de mediación, Blest Gana añade en su discurso: "Estudiando pues nuestras costumbres tales como son, comparándolas en las diversas esferas sociales, (...) la novela no puede dejar de ser esencialmente nacional según el mayor o menor esfuerzo de los que a ella consagren sus esfuerzos.", Blest Gana, "Literatura chilena", p. 124.

<sup>31</sup> Véase Habermas, *The Structural Transformation*, pp. 27-56.

<sup>32</sup> En rigor hay otro personaje que actúa esta misma mediación pero con resultados trágicos: Rafael San Luis. En varios sentidos la acción de San Luis está a medio camino entre el siútico Agustín (que sólo busca una relación sexual con Adelaida Molina) y el honorable Martín que sólo desarrolla una relación pu-

Es sabido que uno de los episodios culminantes de la novela es el Motín del 20 de abril de 1851. En él participan los miembros de la Sociedad de la Igualdad (Martín Rivas y Rafael San Luis en la ficción, Francisco Bilbao y Santiago Arcos por el lado de la historia.)<sup>33</sup> Surgida en febrero de 1850 en el contexto político de la división del partido conservador a propósito de la sucesión presidencial, la Sociedad de la Igualdad respondió a la iniciativa política de algunos intelectuales liberales aliados a un pequeño grupo de artesanos que eran “jefes de taller” o sea “obreros” según la terminología de la época.<sup>34</sup> En su breve pero productiva vida, la Sociedad pasó de pequeñas reuniones de dos o tres decenas de personas a mitines multitudinarios para esos tiempos. Desde febrero de 1850 al 7 de noviembre del mismo año, en que fue disuelta por orden gubernamental, la Sociedad de la Igualdad desarrolló una activa labor de re-politización de la vida diaria y de la opinión pública popular. Para nuestros efectos es importante destacar, sobre todo, la confianza de los igualitarios en la capacidad de la educación para producir cambios significativos en el escenario político chileno. Dicha confianza se fundaba en dos postulados: de una parte, se esperaba que como resultado de una serie de clases tales como economía política, filosofía y política, se lograra una mayor conciencia política que redundara en un uso más activo y ciudadano del todavía restringido

---

ramente espiritual con Edelmira. Rafael en cambio, paga con su vida el haber cruzado los límites que la decencia y el honor le imponían a su clase (ya fuera en la versión que de dichos límites encarna Agustín o en la que representa Martín).

<sup>33</sup> Sobre la Sociedad de la Igualdad, véanse Ramírez Necochea, Hernán. *Historia del movimiento obrero en Chile. Siglo XIX*. Santiago: 1956; Romero, Luis Alberto. *La Sociedad de la Igualdad. Los artesanos de Santiago de Chile y sus primeras experiencias políticas, 1820-1851*, Buenos Aires: Instituto Torcuato di Tella, 1978 y Grez Toso, Sergio. *De la “Regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago: Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, 1997.

<sup>34</sup> La lista de los intelectuales incluye a Francisco Bilbao, Santiago Arcos, Benjamín Vicuña Mackenna y Eusebio Lillo. Los artesanos eran “cuatro sastres, un zapatero, un sombrerero, un talabartero, un carpintero, un tipógrafo y un músico.” Romero, *La Sociedad de la Igualdad*, p. 50 y ss.



derecho a votar y en la posibilidad de producir cambios en la esfera pública chilena.<sup>35</sup> Por otro lado, se creía que del contacto con las formas de sociabilidad de los caballeros, los artesanos resultarían claramente beneficiados y así, también el pueblo chileno en general. La educación política formal se daba aquí la mano con la regeneración práctica de las costumbres.<sup>36</sup> Esa confianza en el núcleo mimético de la sociabilidad, y no un simple populismo de los intelectuales involucrados, es la que explica la inclusión además de lecturas y discusiones, de clases de música (a cargo de José Zapiola) y de baile en el programa de las actividades de la Sociedad.<sup>37</sup> En todas ellas, el contenido intelectual de la actividad era potenciado por su capacidad para manifestarse simultáneamente como un entrenamiento performativo del cuerpo. De la sociabilidad de las maneras sociales apropiadas sólo cabía esperar una conducta cívica acorde.<sup>38</sup> Este sen-

---

<sup>35</sup> El “Acta solemne de la Sociedad de la Igualdad” redactada por Santiago Arcos y publicada en “los periódicos amigos”, señalaba: “1. Nos reunimos en sociedad usando del derecho que tienen los hombres libres para asociarse, para todo objeto que no esté prohibido por las leyes. 2. Nos reunimos para formar la conciencia pública, es decir para ilustrarnos en los derechos que nos conceden las leyes i en los deberes que nos imponen (...) Queremos convencer, no queremos imponer nuestras ideas. La santa palabra IGUALDAD es la que nos sirve de bandera. Rechazamos toda opresión toda tiranía, la tiranía del capricho popular, como la tiranía del mandatario apoyada en la fuerza” en Zapiola, José. *La Sociedad de la Igualdad i sus enemigos*, Santiago: Guillermo E. Miranda editor, 1902, pp. 20-22.

<sup>36</sup> Sergio Grez Toso describe la Sociedad de la Igualdad en los siguientes términos: “A medio camino entre el partido político y las sociedades de educación y ‘regeneración’ popular...” Grez Toso, *De la “Regeneración del pueblo”*, p. 323.

<sup>37</sup> Además se impartieron clases de “lectura, escritura, primeras operaciones de aritmética, elementos de gramática castellana y jeografía” junto con lecciones de “historia sagrada, historia de Chile, dibujo lineal, francés, inglés..”, Zapiola, *La Sociedad de la Igualdad*, p. 28.

<sup>38</sup> Para un tratamiento interesante de las maneras sociales véase Beatriz Gonzalez Stephan “Escritura y modernización: la domesticación de la barbarie” donde se analiza el famoso Manual de [Manuel Antonio]Carreño (1854). Allí, Gonzalez Stephan apunta:”Dentro del proyecto nacional ocupó un espacio importante y no menos decisivo la proliferación de un género menor de prácticas discursivas orientadas a atender el comportamiento que debían asumir los habitantes de la ciudad: se trata de los “manuales de urbanidad”, o con

tido de politización radical de la vida diaria, de énfasis continuo de los significados y alcances políticos de las prácticas de la cotidianidad, es lo que me ha parecido más importante perseguir en el concepto de sociabilidad. En una operación siempre reversible, el orden social se fundaba en su politización radical del mismo modo en que el orden político se establecía sobre la base de una profunda socialización de sus normas y procedimientos.

La Sociedad de la Igualdad –en donde los intelectuales de élite imitaban las formas de asociación y conducta política de los revolucionarios franceses,<sup>39</sup> mientras los artesanos imitaban la sociabilidad elegante y ordenada de los patricios– representa en la novela el momento de fusión de los liberales y el pueblo en un espacio físico y político por la vía de un paternalismo dirigista que las acciones de Martín y Rafael, a la cabeza de sus respectivos piquetes de revolucionarios populares, ejemplifican muy bien. Jaime Concha, de hecho, ha leído la novela como una suerte de apología del ideario del Partido Radical que proponía precisamente esta alianza estratégica.<sup>40</sup>

El motín, sin embargo, es sofocado y con él el espacio de fusión que representaba. Junto al fracaso de esta coalición política es preciso entonces referirse a otros espacios de integración de lo popular y elitario, que resultan en la novela, mucho más exitosos.

---

otros encabezados, las “lecciones de buena crianza de moral de mundo”, los “catecismos de urbanidad civil y cristiana”, los “manuales de buenas maneras”, Gonzalez Stephan, Beatriz. “Escritura y modernización: la domesticación de la barbarie” en Revista Iberoamericana, número 166-167, enero-junio de 1994, p. 110.

<sup>39</sup> Cada uno de ellos, bajo la influencia de 1848, se asignó un nombre de algún revolucionario francés. Véase Grez Toso, *De la “Regeneración del pueblo”*, p. 316.

<sup>40</sup> El fracaso de esta prematura coalición política en la novela prelude y desencadena la exitosa resolución del conflicto amoroso central: Martín le declara (por carta) su amor a Leonor, ésta lo acepta y corresponde. La prisión del amotinado Martín se resuelve mediante la colaboración abnegada de una aliada popular (Edelmira). Martín y Leonor se casan. La novela como romance mezcla así estructuralmente la resolución de los conflictos políticos y amorosos. Véanse Concha, Jaime. “Prólogo” a Alberto Blest Gana, *Martín Rivas*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977; y Sommer, *Foundational Fictions*.

Las fiestas de celebración de la Independencia (las Fiestas Patrias por excelencia) generan en el texto las condiciones para la ulterior resolución de la trama que el motín ya anuncia. En detalladas páginas, que incluyen su participación conjunta en las celebraciones de la Plaza de Armas (el día 18 de septiembre) y la asistencia a la Placilla (el día 19) los personajes de élite y los del medio pelo desarrollan un diálogo y unas performances altamente coreografiadas en las que se exhiben ante los ojos de los otros. La sociedad (las dos familias, Molina y Encina) y las dos heroínas (Leonor y Edelmira) en claro paralelo y contraste, se miden, se observan y calculan sus fuerzas respectivas. El campo de Marte de los ejercicios militares en que la acción del día 19 tiene lugar, no hace más que recordarnos la naturaleza tensionada del encuentro. La resolución pacífica viene por la vía fáctica del carácter de ceremonia inclusiva que toda la representación tiene. Esta debe contrastarse con la autoexhibición orgullosa, exclusiva y vana que la élite, en opinión de Blest Gana, realiza en el mismo espacio físico en los meses que anteceden a las Fiestas Patrias. Estas últimas, en cambio, se cuentan entre las pocas costumbres capaces de transformar, con su carácter de fiesta integradora, un espacio físico en un espacio moral nacionalizado. Allí es posible que “todas las clases sociales” reconozcan, en la práctica del ceremonial y del tiempo solemne del rito nacional, su pertenencia a una única “familia chilena”<sup>41</sup> Reunidos así en un mismo espacio mimético, los personajes del pueblo y de la élite pueden convivir y entrecruzar deseos, temores y aspiraciones. A partir de aquí, y descartando prontamente la unión comunitaria de la revuelta política, la novela nacional podrá finalmente proponer (lo que estimará) un adecuado balance para la solución pacífica de los conflictos. Es decir

---

<sup>41</sup> Así por ejemplo, este ambiente nacional genera conductas similares en todas las clases: “En todas las clases sociales de Chile es una ley que nadie quiere infringir la de comprar nuevos trajes para los días de la patria” Blest Gana, *Martín Rivas*, p. 229. Esto debe contrastarse con el fallido intento igualitario de lograr una fusión similar por la vía de la revuelta política que es descrito por el narrador como un asunto que “traía divididas a todas las clases de la familia chilena.” Blest Gana, *Martín Rivas*, p. 375.

una solución o superación estética que sólo se producirá en el espacio así nacionalizado de la lectura como ceremonia colectiva.<sup>42</sup>

### Los espacios de la lectura

La otra forma de costumbre con efectos integradores de lo nacional realizada en espacios y prácticas físicas transformados en espacios y prácticas simbólicas es, como hemos señalado ya varias veces, la lectura. Los espacios simbólicos ligados a la lectura van en la novela desde los espacios públicos (el texto mismo de la novela que leemos que encarna el proyecto de literatura nacional de Blest Gana), hasta los espacios privados de la lectura de cartas y álbumes, pasando por espacios simbólicos que mediatizan lo público y lo privado (el consumo apasionado de novelas de folletín que realizan tanto Edelmira como Doña Francisca.)

Las alusiones indirectas a la lectura en la novela, se manifiestan con frecuencia en expresiones figuradas: “Leonor leería en su corazón el amor que la [le] profesaba” (110); “después de hablar miró a Rivas para leer en su semblante la impresión que había recibido.” (111) “se figuraba que doña Bernarda iba a leer en sus ojos y adivinar su amor a Martín” (307) Hay también abundantes lecturas de periódicos. Todavía más recurrente es la lectura de cartas que mu-

---

<sup>42</sup> Mi pensamiento sobre la lectura como práctica constructora del espacio nacional debe, indudablemente, mucho a las ideas de Benedict Anderson. Sin embargo, aunque Anderson le asigna a la concreción de la lectura como práctica, a su mecánica misma, un rol importante en la formación de un imaginario nacional. parece suponer que se trata de una actividad históricamente fija o neutra. Véase Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, London: Verso, segunda edición, 1991. Mi trabajo, en cambio, ha buscado mostrar cómo a la nacionalización de la lectura de folletines y novelas en Blest Gana, seguirán hacia el fin de siglo los esfuerzos estatales por regimenter la facultad general de la producción de sentido por parte de los ciudadanos. Surgiría así una tecnología para la elaboración de sentidos nacionales, es decir un set articulado de prácticas, que buscaría alcanzar una mayor especificidad en la producción de sujetos nacionales. Me refiero a la disciplina escolar llamada Castellano que regirá la escritura y la lectura según veremos en el último capítulo.

chos de los personajes realizan: Martín se presenta con una carta de su padre fallecido, Rafael le escribe a su amigo, Martín a su hermana, Matilde a Rafael, etc. De particular interés es el intenso intercambio epistolar entre Edelmira y Martín. Incluso antes de esta correspondencia efectiva, y antes de saber que la correspondencia *afectiva* de Martín le está vedada, Edelmira escribe cartas que no envía:

“Escribía cartas a Martín, que jamás enviaba, pero que poderosamente contribuían a alimentar su ilusión. En esas cartas brillaban celajes de pasión en medio de las nubes de una fraseología imitada de los folletines más románticos que habían dejado profundos recuerdos en su imaginación” (291)

La lectura más frecuente, como muchas de las citas indican, es aquella que explora la sentimentalidad, el corazón. En ellas, se evidencia uno de los aspectos de la lectura en cuanto práctica, que más poderosamente atrajeron la atención de Blest Gana. En tanto práctica de la vida cotidiana, la lectura parecía tener la capacidad de modelar ya no sólo la afectividad de los lectores y, especialmente de las lectoras, sino también, como lo demostrará Edelmira, sus conductas sociales. Este rico potencial, sin embargo, era a juicio de Blest Gana, desperdiciado a menudo en una lectura que producía escaso retorno a la inversión de tiempo, energías y dinero que ella significaba. En los folletines que, con tanta avidez, leen en la novela Doña Francisca y Edelmira se practicaba –en la opinión de Blest Gana y de su narrador– una espiritualidad más compleja que la de aquellos que no leían, pero al mismo tiempo se estimulaba, a veces, un exagerado (y subversivo) espíritu romántico: ( “Cuando te ibas a casar, ¿sentías por Adriano ese amor de que hablan las novelas? continuó su prima [Leonor]. No –contestó ésta [Matilde].” (87)) En otras ocasiones, el resultado era una intromisión de la mujer en la política: “Francisca –contestó exaltado don Fidel [su marido]– ¿hasta cuando te repetiré hija que las mujeres no entienden de política? Me parece que la de Chile no es tan oscura para que no pueda entenderla –replicó la señora.” (150) En ambos casos la mediación entre el

espacio público y el privado que la lectura de los textos producía, podía ser mejorada por una corrección en el tipo de novelas leídas. De cualquier forma, parece sostener Blest Gana, tanto Edelmira como doña Francisca estaban mucho mejor preparadas que muchas de sus contemporáneas:

“la nueva faz en que por grados iba penetrando su alma [se refiere a Leonor], esclava hasta entonces de las frívolas ocupaciones de la vida maquinaal en que la mayor parte de las mujeres chilenas dejan pasar los más floridos años de su existencia. (...) Leonor como casi todas ellas, sin más ilustración que la adquirida en los colegios, había encontrado que la principal preocupación de las de su sexo versaba sobre las prendas del traje y las estrechas miras de una vida casera y de círculo.” (281)

Para evitar, entonces, cualquiera de estos extremos, las disposiciones básicas ya estaban creadas en al menos dos de los personajes y en las muchas lectoras reales que ellas representaban:

“Edelmira es una niña suave y romántica como una heroína de algunas novelas de las que ha leído en folletines de periódicos que la presta un tendero aficionado a las letras.” (123) “un contraste demasiado notable para su poética imaginación [se refiere a doña Francisca], que, como ordinariamente acontece a las de su sexo, abrazaba con vehemencia intolerante las ideas de su autor favorito” (269)

Puesto que las novelas de folletín tenían un gran impacto sobre la vida cotidiana y la conducta de las lectoras, lo único que se requería para cambiarle el signo a esta afición era una nacionalización de los folletines. Dice el narrador: “al cabo de corto tiempo la Sociedad [de la Igualdad] contaba con más de ochocientos miembros y ponía en discusión graves cuestiones de sociabilidad y política.” (114) Ya hemos visto como esta posible fusión de las élites liberales con el pueblo fracasaba rotundamente en la novela. La otra forma de encarar estas “graves cuestiones de sociabilidad y política”, era aprovechar esa disposición mimética de la sociabilidad de las mujeres que

leían, hacer uso de esa “vehemencia intolerante” en la suscripción de “las ideas de su autor favorito” para modelizar las costumbres y las mentes de todas las mujeres de “vida maquina.” La lectura de novelas de costumbres nacionales, en tanto práctica intelectual y formación de las costumbres aparecía así como un arma asaz poderosa para la constitución de ese sentido práctico nacional con que soñaban Alberdi y Sarmiento. El perfecto “asentimiento indeliberado” podía ser conseguido por vías más pacíficas que la coerción y menos peligrosas que las revolucionarias. La lectura nacionalizada podía cumplir así, el ideal de Alberdi de una elevación gradual del intelecto y la moralidad femenina y popular. Este consumo intenso de información y de hábitos, era la versión nacional del ciudadano y la ciudadana estéticamente constituidos. La sociabilidad chilena debía manifestarse en un tipo de novela, que, representando miméticamente sus avatares, podría transformar dicha sociabilidad, generando los patrones miméticos apropiados para las costumbres e inteligencias nacionales. La lectura era así una gran forma de ceremonia nacional. Las Fiestas Patrias podían repetirse interminablemente en la intimidad de los hogares conectando el micro y el macro nivel de la sociabilidad individual y colectiva en la lectura de novelas de costumbres nacionales.

En el curioso desear la sociabilidad del Otro, se producía una imaginación (un activo imaginar) de lo nacional que Blest Gana aprovechó muy bien para conectar en su razón práctica novelística, los afectos y las razones. Entre la identificación y el deseo, la lectura de la novela de costumbres nacionales realizaba así un inmediato control del cuerpo, una sublimación de las pasiones y una representación selectiva y dirigida de la realidad social. La narración de ese corazón mimético de las diferentes sociabilidades nacionales permitía, de este modo, el desarrollo del imaginario nacional por la vía de su constante reimaginación literaria en el circuito productivo que unía a autores y lectores.

Pero la novela, como lo demuestra la obra temprana del propio Blest Gana, era sólo uno de los géneros emergentes en el Chile de la segunda mitad del siglo XIX. Igual o tal vez más importantes aun,

eran otros discursos y objetos de amplia circulación social en el nuevo espacio del mercado cultural nacional. Sobre algunos de ellos versan las siguientes páginas.



## CAPÍTULO 3

### NUEVOS LECTORES Y NUEVOS DISCURSOS

El debate sobre la novela nacional supuso, según vimos, una generificación de sus términos. La novela nacional misma resultó ser una intermediación entre dos polos, lo masculino y lo femenino, que constituían la cultura nacional. La lectura de novelas, es decir, la lectura por placer, aparecía como femenina mientras que la lectura de los textos clásicos, supuestamente más ardua y selecta, era masculinizada.

Esta división de capacidades correspondía a formas de percepción cultural que efectuaban dos operaciones fundamentales. Por un lado, marcaban genérica y socialmente la lectura según la naturaleza del material y del sujeto lector: había así lecturas populares y lecturas de élite, lecturas para hombres y lecturas de mujeres, legítimas o ilegítimas, productivas o improductivas. Ligaban por otro, y de manera más general, la producción cultural y más específicamente, la producción textual nacional a un nuevo espacio de circulación de discursos: el mercado. En éste, todo lo que antaño había parecido sólido, si no se desvanecía en el aire, recibía al menos el impacto transformador de una nueva economía discursiva y social que afectaba los tiempos lentos y más estables de la antigua organización aristocrática chilena.

La lectura de periódicos, las lecturas hechas en periódicos (folletines, poemas, alabanzas, homenajes, necrologías, artículos, etc) y nuevas o recicladas formas de discursividad impresa vinieron a ocupar progresivamente un lugar intermedio que terminaría por mediar la distancia entre aquellas formas de lectura socialmente construidas como “masculinas” y “femeninas”. Por una serie de factores —entre los que cabe mencionar: su facilidad de acceso y de compra, la facilidad correlativa de su lectura, la relativa brevedad del tiempo necesario para dar cuenta de la entrega del día, etc— el periódico, y el folletín que aquel incluía, sería una de las formas textuales que ha-

rían posible la transición entre lo que se concebía socialmente como una lectura de estudio, masculina y sometida a la racionalidad de la inversión económica; y la lectura de placer, femenina y gobernada por la economía libidinal. Junto al folletín y el diario, aparecieron o se refuncionalizaron otros vehículos de la palabra escrita, como la revista, el album y el almanaque; y otras formas discursivas, como la poesía, la crónica social, el comentario de modas o de teatro y música, los consejos culinarios o de etiqueta, etc. Todos ellos fueron otros tantos espacios de escritura y lectura en que se libró la lucha por legitimar una cultura de tendencias mesocráticas que incorporara de manera decisiva a las mujeres y a los artesanos.

Estas nuevas formas de lecturas mediadoras representaban la existencia de un renovado contrato cultural nacional que aceptaba la necesidad y la existencia de públicos también nuevos y, sobre todo, heterogeneos. Esto supuso no tanto largas batallas como innumerables escaramuzas discursivas en que las nuevas formas que los intereses y estilos de vida de los públicos emergentes exigían, fueron poco a poco ocupando un espacio en las páginas y en los universos de lectura e interpretación de chilenos y chilenas.

Folletín, crónica, comentario de modas, crítica cultural, cartas, es decir las formas textuales que constituyen el universo semántico de la *revista* y del *periódico* serán, entonces, lugares de mediación cultural entre los ahora diversos públicos, variados géneros (sexuales y discursivos) y múltiples textos y tempi que constituían la cultura nacional y urbana. En lo que sigue, me ocupo primero de los almanaques, luego de las revistas y, finalmente de los diarios y de las crónicas en ellos incluidos. En el capítulo siguiente analizaré formas genéricas y formatos discursivos tales como el album, la carta, la poesía íntima y el libro misceláneo.

## Los Almanagues

Tal vez sea en los almanaques en donde mejor se perciba el cambio epocal que hacia la segunda mitad del siglo XIX comenzó a producirse en las sociedades latinoamericanas en general y en la chilena, en particular. Se trataba en lo esencial del comienzo de un

proceso que con Max Weber hemos aprendido a llamar de la secularización o desencantamiento del mundo. La cosmovisión religiosa había explicado hasta allí el mundo social y espiritual para la sociedad en su conjunto y muy especialmente para aquellos sectores que sólo accedían al discurso formal a través de su intermediación por la vía de ritos, ceremonias, prédicas y sermones, es decir, las mujeres y los sectores populares. Como ya señalamos, esta hegemonía –en lo que José Pedro Barrán llamaba el paso hacia 1860 de la “cultura bárbara” a la “cultura civilizada” y que José Luis Romero prefería situar hacia 1880 bajo el nombre de transición desde la “ciudad patricia” a la “ciudad burguesa”– cedía su lugar al predominio de una racionalidad secular burguesa que, no casualmente, se transformaría en el tema obsesivo de muchas de las novelas de la época, incluyendo claro, las de Blest Gana y las de su menos conocida contemporánea, Rosario Orrego.<sup>1</sup>

Para la Iglesia como institución y para los sacerdotes como sujetos cuasiexclusivos de la producción de sentido a partir de textos, este nuevo acceso a la productividad semiótica escrita e impresa por parte de las mujeres y los estratos bajos, representaba una amenaza de graves consecuencias potenciales. El fenómeno no era completamente nuevo ni era, como suele pensarse, exclusivo de la Iglesia católica o de la América Hispana. Contrariamente a la opinión más común, si se nos permite un aparte, y contrariamente a la versión sarmientina de la supuesta revolución luterana sobre la lectura de la Biblia citada en el capítulo primero, también Martín Lutero había comprendido rápidamente –en concreto, inmediatamente después de los levantamientos campesinos alemanes– que los lectores populares no podían ser dejados a su libre arbitrio interpretativo y lector sin que ello dejara de afectar los cimientos mismos de la autoridad religiosa protestante.<sup>2</sup> Tampoco sorprende el énfasis diferencial en mujeres y artesanos. Hacia 1543 Enrique VIII de Inglaterra, por

---

<sup>1</sup> Véase el siguiente capítulo.

<sup>2</sup> Jean François Gilmont, “Reformas protestantes y lectura” en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (editores), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus, 1998.

ejemplo, quien había resistido durante mucho tiempo toda difusión de la Biblia en inglés, terminó por acceder a ella, pero bajo las siguientes condiciones:

“Distinguía entre tres categorías de personas y de lecturas. Los nobles y los hidalgos podían no sólo leer, sino mandar leer en voz alta las Escrituras en inglés para sí y para todos los que vivían bajo su techo. Bastaba con la presencia de un miembro de la nobleza para autorizar el libre acceso a las Escrituras. Y en el otro extremo de la escala social, estaba totalmente prohibida la lectura de la Biblia en inglés a ‘mujeres, artesanos, aprendices y oficiales al servicio de personas de un rango igual o inferior al de los pequeños propietarios, los agricultores o los peones’. Quienes se situaban entre ambas categorías —de hecho los burgueses— así como las mujeres nobles, ‘podían leer para sí y para nadie más todo texto de la Biblia y del Nuevo Testamento’ O sea que esa categoría intermedia tenía la suficiente competencia como para no descarriarse, pero carecía de autoridad para imponerse a sus allegados”<sup>3</sup>

Como hemos visto y veremos luego, la Iglesia chilena insistiría una y otra vez en esta responsabilidad que los poderosos, especialmente los ricos y entre ellos, los padres de familia— tenían para con aquellos a quienes la supuesta voluntad de Dios había puesto bajo su tutela. Sólo esta serie de autorizaciones y de lecturas tuteladas podía garantizar lecturas apropiadas. Es decir, lecturas en que tanto los objetos textuales como los sentidos producidos en su decodificación, perteneciesen al ámbito de lo aceptable para las autoridades eclesiásticas y civiles. Mi propia responsabilidad ahora, sin embargo, es volver a mi argumentación central.

Como productos textuales los almanaques no eran, por supuesto, nuevos en la época de Orrego y Blest Gana. Lo novedoso era su transformación tanto gráfica como semántica, las formas de su comercialización y el tipo de lectores implícitos en dicha renovación. Las siguientes páginas intentan describir este proceso.

---

<sup>3</sup> Jean François Gilmont, “Reformas protestantes y lectura”, p. 342.

Entre los almanaques chilenos más antiguos conservados en la Biblioteca Nacional de Chile se encuentra el *Almanak o Calendario y diario de cuartos de luna según el meridiano de Santiago de Chile para el año de 1815*. Compuesto por don José Camilo Gallardo y publicado durante el período de Reconquista del país (1813-18) por parte de los españoles, señala ya en su portada:

“Los días en que hay precepto de oír Misa y no trabajar tienen esta señal +. Los en que únicamente obligan el oír Misa se señalan con esta §”<sup>4</sup>

Ello, como se aprecia claramente en la cita, marca una estricta regulación del tiempo civil por la autoridad eclesiástica. El tiempo sacro, institucionalmente establecido, determina no sólo la asistencia de toda la comunidad al ceremonial que la constituye (Misa=Comunión) sino también los momentos de, por decirlo así, un ocio obligatorio (“no trabajar”).

El *Almanak u ordenación del año de 1825. Décimo sexto de nuestra libertad*, presenta ya dos variaciones significativas, apareciendo como lo hace siete años después de la batalla de Maipú que sella la Independencia de la República: constituye la comunidad (“nuestra libertad”) por la vía de un hito secular y patriótico (la declaración de Independencia en 1810) y mide el tiempo transcurrido desde esa fecha. El mojón cronológico de 1810 funciona simultáneamente para conformar la entidad del grupo social y para inaugurar su historia con un grado cero de la temporalidad a la manera en que lo habían hecho, décadas antes, los revolucionarios franceses. No debe creerse, sin embargo, que la ordenación cristiana haya sido aquí completamente desplazada por la secular. Se trata más bien de una coexistencia de temporalidades. Así en “Historia del Almanak” el que examinamos señala:

“Como esta palabra Almanak o Almanaque no significa otra

<sup>4</sup> *Almanak o Calendario y diario de cuartos de luna según el meridiano de Santiago de Chile para el año de 1815*. Compuesto por don José Camilo Gallardo, Santiago: Imprenta de Gobierno.

cosa según el diccionario castellano que: la distribución del año por meses y días con noticias de las fiestas, vigiliás, temporas, lunaciones y otras cosas para el gobierno eclesiástico y civil”<sup>5</sup>

Esta coexistencia de poderes se hace todavía más evidente en el *Almanak crítico y curioso para el año de 1832 XXXIII de nuestra libertad*, en donde antes del santoral religioso que pauta el año en los países católicos, se listan tanto los “Primeros Funcionarios de la República” encabezados por el Presidente, como las “Salidas de Correos” que tanta importancia tendrían para la vivencia experiencial de la comunidad nacional republicana.<sup>6</sup>

El *Almanak chileno útil y curioso. 1843. XXXIV de nuestra libertad*, advierte:

“Las fiestas de riguroso precepto impuestas por la Iglesia, se registran con letra cursiva, las cívicas que celebra la nación, sin el precepto de la misa, van en letra versalilla”<sup>7</sup>

A estos dos tiempos (eclesiástico y civil) se agrega, por supuesto, el tiempo de la naturaleza. Así, para cada mes se dan los “aspectos lunares” y la entrada y salida del sol, mientras que en mayúsculas se anuncian también los inicios de las estaciones. Al final del calendario hay dos secciones: “Gobierno político i civil” encabezado por el Presidente Manuel Bulnes y los ministros, jueces, etc. y “Gobierno eclesiástico” encabezado por el Arzobispo de Santiago, Manuel Vicuña, etc.

El *Almanaque Chileno para el año 1849*, trae junto a la lista de “Autoridades de la República de Chile” un “Resumen de lo que principalmente debe saber el cristiano sobre el ayuno, abstinencia, bulas

<sup>5</sup> El *Almanak u ordenación del año de 1825. Décimo sexto de nuestra libertad*, Santiago de Chile: Imprenta de Perez, p. 1.

<sup>6</sup> Véase Anderson, *Imagined*; y Bennington, Geoffrey. “Postal Politics and the Institution of the Nation”, en Bhabha, Homi (ed.): *Nation and Narration*, London: Routledge, 1990.

<sup>7</sup> *Almanak chileno útil y curioso. 1843. XXXIV de nuestra libertad*, Santiago: Imprenta Liberal, sin paginación.

y privilegios de la cruzada y carne.” El precepto número diez decreta:

“Todos los cristianos aunque sean pobres, si quieren gozar de los privilegios de las bulas han de dar las limosnas por ellos, si no quieren usarlos no se les obliga a dar la limosna; pero los pobres que quieren usar los privilegios de ellas deben dar la limosna de la bula de cruzada y en lugar de la limosna que debían dar por la de carne se les concede que recen un padre nuestro en el día que usan del privilegio de ayunar con carne”<sup>8</sup>

Para entender expresiones paradójicas como “el privilegio de ayunar con carne” hay que recordar que las bulas, en su origen medieval, respondieron, al menos supuestamente, a las necesidades económicas de la Iglesia en la organización de las campañas militares para la liberación de lo que en la época se llamó “Santos Lugares”. A través de ellas, los católicos podían adquirir, mediante el pago de una cantidad de dinero, el derecho a prescindir de las obligaciones que la Iglesia imponía en determinados momentos del calendario religioso. La persistencia de las bulas a mediados del siglo XIX en Chile nos habla de la continuidad multiseccular de una regimentación estricta y omnicompreensiva (“Todos los cristianos aunque sean pobres...”) del cuerpo y de la vida de los creyentes. Sin embargo, el hecho de que estas disposiciones tengan que ser explícitamente recordadas en el almanaque, indica un cierto cambio epocal sobre el que volveremos un poco más abajo.

El *Almanaque chileno*. 1855. Santiago, Imprenta de Julio Belin muestra junto a las informaciones típicas del almanaque tradicional, un evidente grado de complejización en la organización del espacio civil de la urbe y de la república por parte de las autoridades gubernamentales. Se listan así además de los diferentes distritos y subdelegaciones en que se organiza legalmente el reticulado urbano de Santiago (cada uno con su respectivo Inspector y subdelegado), y

---

<sup>8</sup> *Almanaque Chileno para el año 1849*, Santiago: Imprenta de la Sociedad, pp. 26-27.

junto a las usuales “Boticas”, “sangradores” y “matronas”, los oficiales del Ejército, los “Agentes Diplomáticos”, los “Buques mercantes de Chile”, etc. Hay además, una sección especial sobre Valparaíso y una lista de las provincias (y ciudades capitales) en que se divide el territorio nacional para efectos administrativos.

Se aprecia así el progresivo avance de una lógica de la gubernamentalidad civil que, si no disputa frontalmente a la gubernamentalidad religiosa, al menos le reclama, punto por punto, el derecho a organizar y regimentar la totalidad de la vida ciudadana en el continuo témporo-espacial. Dicho avance se manifiesta claramente, por ejemplo, en las siguientes “Máximas morales” que trae, para justificar su título, el *Almanaque Popular e Instructivo para el año de 1857*:

“5. La razón y no la pasión es la regla de las acciones.

6. Lo que no va fundado en Dios no tiene fundamento”<sup>9</sup>

La yuxtaposición de aforismos que responden a lógicas contradictorias y a universos de pensamiento basados antagónica y respectivamente en la racionalidad y en la fe, es decir en mundos desencantados y encantados, nos remite a aquel avance paulatino de la lógica civil. Expresivo resulta al respecto el *Almanaque arreglado según el calendario romano. Con apuntes útiles para todos los individuos i clases de la sociedad, para el año de 1862 por N.O.N.*, que junto a la lista habitual de santorales y festividades religiosas nos brinda además de una “Guía General” y otra “Guía de Santiago” (con los nombres de todas las autoridades respectivas), un “Extracto de la Constitución de 1833”. Textos, Cartas, palabras, discursos de operación hasta ese momento complementaria, aparecían de este modo, paulatinamente enfrentados en una lucha que, después de largos años de peleas entre conservadores y liberales, había de culminar en una explícita separación de esferas entre el Gobierno y la Iglesia católica.

El *Almanaque del curioso cristiano para el año de gracia de 1865*

<sup>9</sup> *Almanaque Popular e Instructivo para el año de 1857*, Santiago: Imprenta Nacional, p. 29.



*revisado por la autoridad eclesiástica*, propone en vez de la profusión de autoridades civiles la apelación a una (“la autoridad eclesiástica”), que, aunque manifiesta en varias “autoridades religiosas” cuya lista se incluye, destaca por su singularidad y unicidad de origen. Esta impresión es reforzada con una “Cronología de los Sumos Pontífices” y con una detallada descripción de cada celebración religiosa:

“La Ascensión del Señor [25 de noviembre]. Esta fiesta que es de institución apostólica, es llamada por San Gregorio de Nysa Episomena, esto es, día de salud. Tiene por objeto celebrar la entrada triunfal de Nuestro Señor Jesucristo al cielo. En la misa, a las palabras del evangelio *Asumptus in Coelium*, fue elevado al cielo, se apaga el cirio pascual, que como sabemos, representa a Jesucristo resucitado”<sup>10</sup>

Sin embargo, lo que me interesa destacar de esta minuciosa clarificación del significado e historia de celebraciones religiosas varias veces centenarias, es cómo la simple enumeración de su génesis y contenido revela la necesidad de explicitar el código histórico y discursivo que le da sentido. Esta operación metalingüística evidencia, en la propia ansiedad de su enunciación (“como sabemos”), la progresiva falta de consenso en el uso del código, la ausencia de una comunicación plenamente transparente, y la exigencia de una operación fática que verifique que los canales y los contenidos del diálogo son los esperados por la Iglesia. Este era uno de los resultados visibles de la multiplicación de discursos que se disputaban la memoria, los intereses y la atención de los fieles-ciudadanos.

A partir de este momento puede decirse con seguridad que los almanaques entran de lleno en esa *sui generis* modernidad chilena del siglo XIX. Ello se manifiesta en varios procesos discursivos de los cuales queremos destacar tres, dejando momentáneamente de lado un cuarto proceso que concierne más directamente a las mujeres. Me interesa entonces ahora, referirme primero a la irrupción de

---

<sup>10</sup> *Almanaque del curioso cristiano para el año de gracia de 1865 revisado por la autoridad eclesiástica*, p. 13-14.

un espacio social nuevo, el mercado, y a los lenguajes que con él se asocian. En segundo lugar, a la multiplicación de códigos para la interpretación del espacio urbano y de las experiencias que éste trae consigo. Finalmente, al proceso de literaturización del espacio-discurso Almanaque.

El *Almanaque chileno para el año 1875 publicado por Nicasio Ezquerria*, trae así dos innovaciones importantes: una franja de publicidad de la Librería Europea y su catálogo en muchas de sus páginas y una detallada descripción de “El Santa Lucía. Guía popular i breve descripción de este paseo para el uso de las personas que lo visiten”<sup>11</sup> Inaugurado el 17 de septiembre de 1874 por el Intendente Benjamín Vicuña Mackenna tras “dos años, cuatro meses i cuatro días” de trabajo, el paseo del cerro Santa Lucía marcó, en efecto, el comienzo de toda una época en la modernización urbana de Santiago.

La segunda edición de 1876 del Almanaque de Ezquerria fue aumentada con una lista de las “Novenas que se hallan en venta en la misma Librería Europea”. La adición, si bien revela el fuerte potencial comercial de las publicaciones religiosas y su atractivo para el público que las compraba, manifiesta también el predominio del espacio discursivo y social del mercado que terminaba por fagocitar así los tres tiempos del almanaque –religioso, civil y natural– de que hemos venido hablando.

Otro de los lenguajes que, aparejados al mercado, cambian en los almanaques es el gráfico. Famosas fueron las ilustraciones que, por primera vez en el país, introdujeron las publicaciones de Santos Tornero. Paradigmático es, en este sentido, su justamente célebre *Chile Ilustrado*. Para nuestros efectos aquí interesan más, sin embargo, sus almanaques. Refiriéndose a ellos y en directa disputa, Nicasio Ezquerria, importante editor de almanaques, señala:

“De algunos años a esta parte se había publicado un cuaderno con el título de *Almanaque Pintoresco* [de Tornero], cuaderno que ha llamado la atención del público por sus figuritas más no

---

<sup>11</sup> *Almanaque chileno para el año 1875 publicado por Nicasio Ezquerria*, Santiago: Librería Europea de Nicasio Ezquerria, 1874, p. 18.

por su contenido. Lejos de ser una cosa tan insustancial como hasta ahora, me he propuesto dedicar al ilustrado público de Valparaíso (...) un *Almanaque Ilustrado* que, al mismo tiempo de llenar el objeto que otros editores se habían propuesto, encierre algo más de interés general”<sup>12</sup>

Ezquerria defiende su propio interés comercial por la vía de denigrar el nuevo producto impreso que Tornero había producido (“cuaderno”, “figuritas”, “insustancial”), usando los criterios que la cultura tradicional ponía a su alcance (“ilustrado público” y no cuaderno ilustrado; “interés general” versus el interés “que otros editores se habían propuesto”) Lo hacía, por supuesto, desde el mismo espacio del mercado y de la competencia publicitaria en la búsqueda de una audiencia que, claramente, valoraba las “figuritas” que tanto Tornero como Ezquerria, al fin y al cabo, incluían. La respuesta de Tornero no se dejó esperar. En el *Almanaque Enciclopédico Pintoresco para 1861*, bajo el irónico título de “Literatura clásica”, Tornero reproduce la nota de Ezquerria y agrega:

“no es cierto que todo esto es mui chusco, mui desinteresado, mui noble i mui bien hablado. ¡Qué fecundia!, ¡qué estilo tan bello! ¡qué modestia! ¡qué palabras tan espirituales!”

El espíritu y las figuritas, la fecundia del estilo clásico y el cuaderno ilustrado, el interés general versus el interés comercial, todas estas antinomias, son el resultado de una transición evidente en las formas de producción, circulación y consumo de los objetos culturales impresos en el Chile de la segunda mitad del siglo XIX.

El *Almanaque popular chileno para el año bisiesto de 1880, arreglado y publicado por Federico T. Lathrop*, incluye, junto a unas instrucciones sobre el “Modo de magnetizar” (“Primero se colocan las manos sobre las sienas...”), “Varias resetas de confitería” Entre ellas vale la pena mencionar algunas como “Caricias de damas”, “Suspi-

<sup>12</sup> *Almanaque Chile Ilustrado para 1860*, Valparaíso: Nicasio Ezquerria, sin paginación.

ros” y “Suspiros de viuda”. “La Rueda del Adivino del Porvenir, Oráculo en verso” formula preguntas tales como: “¿Seré feliz en mi estado?, ¿Es mi amor correspondido?, ¿Hallaré con quien casarme? (...) ¿Como está mi amante? (...) ¿Qué debo hacer en la tertulia?”<sup>13</sup> Todas estas referencias con sus alusiones directas a la carnalidad del amor, a los placeres de la vida mundana y a las formas de creencias alternativas a la religión, habrían rayado, para una consideración católica tradicional, en la blasfemia y la brujería y habrían sido inadmisibles en el espacio de los almanaques de sólo unas pocas décadas previas.

El *Almanaque popular chileno para el año de 1881 arreglado i publicado por la Librería Americana* contiene como novedades un “Lenguaje de las flores y hojas de jardín y silvestres con sus significados para la conversación” Entre los ejemplos:

“Azafrán= no abuséis (...) Boca de dragón encarnada= reconciliación (...) Botón de plata= amor propio ofendido (...) Clavelina blanca= recordad vuestras promesas (...) margarita grande amarilla= ¿me amáis? Margarita pequeña amarilla= lo pensaré”<sup>14</sup>

Los jóvenes chilenos de ambos sexos se lanzaban así a la lidia amorosa en los espacios recientemente abiertos de la sociedad urbana santiaguina tanto pública como privada, contando con la ayuda de nuevos códigos lingüísticos y sociales y nuevos objetos textuales (publicaciones de todo tipo sobre varias de las cuales volveremos luego). Su uso y consumo abría las puertas de la semiosis que la ciudad moderna y la vida que en ella llevaba, hacía posible y requería. En las escenas iniciales de *Martín Rivas*, por ejemplo, el joven provinciano, recién llegado a la capital, sufriría muy directamente las consecuencias que en la polis implicaba el desconocimiento de los códigos de vestido, comportamiento y lenguaje que organizaban la vida cotidiana.

<sup>13</sup> *Almanaque popular chileno para el año bisiesto de 1880, arreglado y publicado por Federico T. Lathrop*, Valparaíso: Librería Americana.

<sup>14</sup> *Almanaque popular chileno para el año de 1881 arreglado i publicado por la Librería Americana*, Valparaíso: Librería Americana, pp. 15-19.

Paralela a esta multiplicación de los códigos y los lenguajes, se va produciendo un proceso en dirección opuesta, se va constituyendo un nuevo género cuyas características irán, poco a poco, afirmandose. Podemos referirnos al macroproceso hablando de una literaturización de los contenidos del almanaque. Desde otro punto de vista importa también añadir que se trata de una ficcionalización de la vida cotidiana, o mejor, del trazado de nuevos límites para la división realidad/ficción que caracteriza la estructuración de los géneros en una determinada formación discursiva.

Varios de los ejemplos ya aducidos, “suspiros de viuda”, “¿es mi amor correspondido? ¿me amáis?”, encerraban una fuerte dosis de narratividad potencial —en todos los cuales, la estrecha conexión entre narrativa y mujeres, merece destacarse—. Cada uno de ellos podía pensarse como el comienzo de una historia posible que los lectores, y sobre todo las lectoras, se encargarían de completar y producir de acuerdo a sus propias circunstancias y competencias, usando por ejemplo, los códigos de narrativización y ficcionalización que los folletines y demás publicaciones periódicas hacían cada vez más familiares a los lectores, pero recurriendo también a las múltiples experiencias que la modernidad urbana proporcionaba y sugería. El *Almanaque Divertido 1878*, nos proporciona tras el santoral o año religioso, una lista de aquellos nuevos códigos y formatos discursivos: “Lectura para todos los gustos. Cuentos, romances, pensamientos, epigramas, charadas, cantares, anécdotas, etc, etc”<sup>15</sup> El proceso de literaturización será, sin embargo, sólo una de las formas en que el almanaque se especialice discursivamente. Otras formas de singularización y especificidad tendrán que ver con la concentración y el descubrimiento/conformación de públicos más acotados. Es decir, en términos del marketing contemporáneo, dichas especializaciones responderán a la presencia de segmentos de consumidores mejor delineados y producirán, por tanto, productos textuales mejor orientados a su público consumidor específico.

Ejemplo de ello es la aparición de almanaques como el *Alma-*

<sup>15</sup> *Almanaque Divertido 1878*, Jacinto Nuñez, Santiago, p. 37.

*naque de la Compañía de Gas de Santiago para 1886. Prima a los consumidores*, Santiago, Oficina Central, 1885. Junto a las secciones que era dado esperar en un almanaque tradicional éste incluye, por ejemplo, una larga lista de los accionistas de la compañía. El tiempo social antaño organizado por tres categorías centrales, tiempo natural, civil y religioso, aparecía así finalmente conquistado por la parcelación y privatización de la experiencia social que el capitalismo como organización de la temporalidad productiva generaba. De este modo, en el *Almanaque de la Imprenta Gutemberg para 1887*, de un total de 256 páginas, las primeras 84 se hallan organizadas de la siguiente manera: la mitad son avisos comerciales que alternan página por medio con el santoral, el Proyecto de Lei de Régimen Interior, etc. Los anuncios publicitarios ocupan a veces toda la página y a menudo la parte superior e inferior de la plana, mientras que el centro lo llena una viñeta, un chiste, una anécdota literaria que actúa como el ‘gancho’ que dirige la mirada hacia la publicidad. A veces, mezclando procesos, el anuncio comercial se disfraza de literatura, como en este diálogo que aunque ingenuamente quiere pasar por literatura por la vía de seguir el formato gráfico empleado para esos textos, es claramente publicitario:

“Josefina: no hai que dudarlo que las tiendas que venden más barato son : el Bazar del Sol esquina del Puente i las Rosas, creo número 6, i el Bazar Americano.

Justo: Tiendas de Valdebenito Hermanos son esas i no ponen en dudas que son las que han vendido i venden más barato”<sup>16</sup>

Un ejemplo análogo de especialización por el mercado es el *Almanaque-Guía de obreros de Santiago para 1890 por Juan Crisóstomo Rojas*. En él, una “Nota al Público” destaca los aspectos novedosos del almanaque:

“Al efecto contendrá este Almanaque un Guía de Obreros de la

---

<sup>16</sup> *Almanaque de la Imprenta Gutemberg para 1887*, Santiago, 1886, p. 47. Para que no queden dudas de su importancia en la concepción y diagramado del Almanaque, éste incluye un índice de los “Avisos” comerciales.

capital de la República, con su respectiva anotación de profesión i domicilio de cada individuo. Parece que esto no carecerá de algún interés tanto para el obrero que necesita trabajar, cuanto para el que lo solicita”<sup>17</sup>

En cerca de 25 páginas, la guía lista alrededor de 43 obreros por página, ordenados alfabéticamente y con profesiones que van desde armero a zapatero, pasando por carpintero, cigarrero, comerciante, ebanista, herrero, pintor, sastre y tapicero. La categoría más abundante es la de tipógrafo, lo que nos da una fuerte indicación del grado de desarrollo que la industria de la impresión tenía ya en la ciudad de Santiago.

Junto a una breve “Guía de Obreras de Santiago” (dos páginas), se enumeran los “Directorios de algunas sociedades de esta capital”: Sociedad Unión de Tipógrafos, Sociedad Unión de Artesanos, Sociedad Filarmónica de Obreros, Sociedad de cigarreros “Benjamín Vicuña Mackenna”, Sociedad Colón de zapateros, Sociedad Filarmónica “José Miguel Infante”<sup>18</sup>

Como advertimos, esta renovación de lenguajes, formatos y lógicas textuales –junto a la especialización del discurso dirigido a un público mejor determinado– será particularmente evidente con respecto a los textos destinados a las mujeres. Primero, como público consumidor y, luego, como sujetos productores.

Ya el *Almanaque Chileno Ilustrado para 1860*, trae una anécdota indicativa. La mujer del laborioso abogado lo visita en su despacho:

“¿Tú por aquí mujer? ¿qué quieres?  
 Quisiera ser libro respondió ella.  
 ¿Para qué? le preguntó el marido.  
 –Para estar siempre contigo.  
 –Cierto repuso el abogado, yo también lo quisiera, con tal de que fueses almanaque.

<sup>17</sup> *Almanaque-Guía de obreros de Santiago para 1890 por Juan Crisóstomo Rojas*, Santiago: Imprenta del Progreso, 1889, p. 5.

<sup>18</sup> *Almanaque-Guía de obreros de Santiago para 1890*, pp. 194-197.

¿Y por qué?

—Porque se muda todos los años”<sup>19</sup>

En efecto, para la mentalidad conservadora de esta época de transición, la mujer se asociaba, como vimos en el capítulo primero, a la inestabilidad y constante mudanza de los objetos, los sujetos y las experiencias que la modernidad del espacio del mercado imponía. Lo que la anécdota intenta, es conquistar y mofarse de esta mujer nueva que sorprende al marido con una visita inesperada. El “¿Tú por aquí, mujer?” revela la ansiedad que este desplazamiento ‘indebido’ del espacio privado al público produce y que la anécdota trata, nerviosamente, de controlar por la vía de su humor machista. De cualquier modo, las relaciones entre marido y mujer aparecen aquí mediadas por las relaciones de mercado manifiestas en la forma de libros y almanaques. Frente a la exclusividad, escasez y excepcionalidad de los libros como objetos culturales que había caracterizado a la cultura nacional chilena hasta mediados del siglo, la creciente expansión del mercado de impresos proponía una cultura menos permanente, alojada en objetos más perecibles y baratos que, por eso mismo, democratizaban el acceso a su uso y goce. Frente a la sacralidad aurática del libro tradicional, la anécdota revela y explota la emergencia de un consumo más amplio y menos excluyente.

El *Almanaque Divertido, 1871*, insiste sobre el tema con un texto titulado, “La Moda”:

“...la moda i el gusto no son palabras sinónimas. El buen gusto es siempre uno i la moda varia i se disfraza i se contradice i se copia. La moda es la negación del gusto i el ideal del capricho”<sup>20</sup>

A través del contrapunto entre moda y buen gusto, se superponen algo contradictoriamente aquí dos temas clásicamente benjaminianos: la ansiedad frente a la pérdida del aura de los objetos culturales en la época de su reproducción masiva y eficiente. El dis-

<sup>19</sup> *Almanaque Chileno Ilustrado para 1860*, Librería Española de Nicasio Ezquerria, Valparaíso, p. 29

<sup>20</sup> *Almanaque Divertido, 1871*, publicado por Jacinto Nuñez, Santiago, p. 22.



fraz, la copia se oponen a la singularidad y unicidad del original, mientras que la permanencia y la coherencia interna son reemplazadas por sus cambiantes negaciones en la forma de objetos de moda. En segundo lugar, la experiencia misma del arte cambia como resultado de su democratización. La variedad y la multiplicación masiva que caracteriza a la moda como sistema de valores productivos, posee asimismo un potencial político igualitario y subversivo. Benjamin señala:

“quitarle su envoltura a cada objeto, triturar su aura, es la signatura de una percepción cuyo sentido para lo igual en el mundo ha crecido tanto que incluso por medio de la reproducción le gana el terreno a lo irrepetible”<sup>21</sup>

Digo que la superposición de estos temas (pérdida del aura en la reproducción y democratización de la experiencia estética) es contradictoria porque si bien el texto chileno se dirige ideológicamente al lamento de esos procesos culturales, lo hace en un texto que performativamente, por su inclusión en un *Almanaque Divertido*, contradice esa semántica y afirma lo que condena. En rigor, el comentario sobre “La Moda” revela una situación de transición entre dos modelos culturales. El tradicional, fundado en la exclusividad y rareza de la cultura clásica sólo accesible a ciertos hombres ilustrados y el modelo urbano burgués fundado en una esfera pública ampliada que incluye, cada vez más evidentemente, a otros sectores en las dinámicas del consumo cultural. Entre ellos destacan las mujeres y los artesanos y obreros que analizaremos en el próximo capítulo.

El *Almanaque Popular Chileno para el año bisiesto de 1880*, incluye varios textos breves de Carlos Segundo Lathrop sobre quien también volveremos. Entre ellos, convendría ahora citar el que lleva por título “Epigrama”:

“Luz i Pablo componen los maderos/  
de un nuevo matrimonio/  
Han corrido sus días placenteros/  
I ya llevan diez meses de casa-

<sup>21</sup> Walter Benjamin, *Discursos Interrumpidos*, volumen I, p. 24. Citado por Martín Barbero, *De los Medios*, p. 58.

dos/ ¿Diez meses dijo pues?/ I lectora no han sido mal empleados”<sup>22</sup>

Evidente en el texto es la narrativización efectiva y potencial de una situación probablemente ficticia pero que cada lector podía reconocer inmediatamente en su entorno. Clara también es la retórica de la ambigüedad sexual que alude simultáneamente al placer y a la curiosidad que éste despierta. Menos obvio, tal vez, es el pacto de cercanía o complicidad, la estética del contacto entre narrador y *lectora*. Ella se manifiesta en la duplicación de la figura de la lectora al interior del texto que interroga directamente al narrador y lo hace en un lenguaje coloquial que muy poco tenía que ver con el silencio respetuoso que las mujeres se suponía habían de observar en el espacio público.<sup>23</sup>

El ya citado *Almanaque Divertido, 1871*, se pregunta “¿Cuál es mejor?:

“Me gusta la mujer que en la lectura/ hora tras hora sin descanso emplea/ I me agrada también no siendo fea, si consagra su vida a la pintura/ Mucho me encanta la que casta i pura /En su adorno coqueta se recrea/ I la que en su coche su desden pasea/  
O el placer de la danza se procura/la que el fiero corcel facil domina/habla francés i al teatro es abonada/I con rubis i perlas adornada/ con su hermosura i esplendor fascina/ Pero es más alta i pura la belleza/ De la que surce i plancha, cose y reza”  
p. 50

Como muchos de estos textos, “¿Cuál es mejor?” contrapone dos modelos culturales de femineidad. De una parte, el de la mujer urbana moderna que pinta, pasea, baila, habla francés y asiste al teatro. Crucial para nosotros aquí es que entre estos rasgos de modernización se halle la lectura, en la cual las mujeres consumían no

<sup>22</sup> *Almanaque Popular Chileno para el año bisiesto de 1880*, Santiago i Valparaíso: Librería del Mercurio de Orestes L. Tornero, 1879, p. 29.

<sup>23</sup> Sobre este silencio, véase por supuesto, el temprano precedente de la “Respuesta a Sor Filotea” de Sor Juana Inés de la Cruz.

sólo sus horas sino también esos mismos modelos culturales aludidos. Por otra, el modelo de la mujer tradicional cuya belleza y galas más altas consisten en surcir, planchar y coser. De nuevo, decisivo resulta que el rezo sea parte de esta configuración más antigua. La lectura y todas aquellas actividades mencionadas en el primer caso coincidían en el empleo del tiempo para solaz del sujeto femenino individual, momentáneamente liberado de aquellas ataduras sociales que la convertían en hija, madre o esposa. Volvemos también al contradictorio juego entre la condena y la afirmación de estos paradigmas de comportamiento. Juego que ofrecía ambiguamente para la (auto)identificación de las mujeres al menos dos posiciones de sujeto-lector.

Por supuesto, entre ambas posiciones, se abría una combinatoria que, por ejemplo, los liberales usaron para proponer su modelo intermedio de mujer que rezaba y leía al mismo tiempo. En el *Almanaque literario de 'La Mujer' para el año 1899*, en la sección "Pensamientos traducidos para el *Almanaque de 'La Mujer'*" se señalaba:

"No hai temor de equivocarse al juzgar el grado de civilización de un país tomando por medida el rango que ocupan las mujeres con respecto a los hombres"<sup>24</sup>

El argumento liberal, como vimos, era que si las mujeres tienen como responsabilidad la educación de sus hijos, era crucial para el desarrollo del país que las mujeres fueran debidamente instruidas. El uruguayo Norberto Estrada, refiriéndose a la obra novelística de Lola Larraza de Arnaldo, agregaba:

"Pocas son las mujeres que en nuestro país se han dedicado a cultivar la inteligencia con sanas doctrinas, llevando al seno del hogar, el ejemplo honesto, enseñando la virtud en lecturas amenas i morales, pues la mujer de nuestros días, es más amiga del teatro, del paseo, de las kermeses, que de la enseñanza de la familia donde efectivamente está su misión verdadera."<sup>25</sup>

<sup>24</sup> *Almanaque literario de 'La Mujer' para el año 1899*, Curicó: Chile. Directora Propietaria Leonor Urzúa Cruzat, p. 72.

<sup>25</sup> *Almanaque literario de 'La Mujer' para el año 1899*, p. 65.

Mucho más importante que la postura liberal, que ya constituía un avance en términos del acceso a educación de las mujeres, eran otros dos hechos. El almanaque lo publicaba una mujer: Leonor Urzúa Cruzat, Directora Propietaria de la revista *La Mujer*. En segundo lugar, junto a las quince páginas del santoral característico del almanaque en su forma tradicional, hay ahora ochenta páginas de textos literarios escritos, entre otros autores, por cinco mujeres. El almanaque cerraba así uno de sus círculos evolutivos con lo que era, para todos los fines prácticos, una antología literaria dirigida por mujeres y para un público constituido en grado importante, por mujeres. En tanto forma discursiva bajo las presiones crecientes de una sociedad en rápido proceso de secularización y cambio, el almanaque había, de este modo, funcionado como un espacio de negociación, expresión y representación de modelos culturales de femineidad y había abierto la puerta de la semiótica impresa a un público de lectoras y escritoras antes difícilmente imaginable.

### La Revista, el periódico y sus lectores

La Revista Católica advertía tempranamente en 1843 que algo comenzaba a cambiar de manera notoria en la cantidad, calidad y formas de circulación de los textos impresos en Chile:

“Es sin duda laudable en gran manera la afición progresiva que muestra la juventud chilena a la lectura de los nuevos libros que cada día nos envía la Europa. Pero ésta así como otras inclinaciones de los jóvenes es preciso que sea bien dirigida para que pueda producir saludables resultados. No basta leer solamente: se necesita también de una especie de tino para elegir los libros que deben leerse, de lo contrario nos esponemos a gastar el tiempo sin provecho y quizás con grande perjuicio nuestro”<sup>26</sup>

Cabe advertir que estas palabras son también contemporáneas del despertar cultural chileno normalmente descrito bajo el nombre

---

<sup>26</sup> *Revista Católica*, número 2 del quince de abril de 1843, p. 14.

de Generación de 1842 que, entre otras cosas, había recientemente producido las primeras discusiones intelectuales fuertes entre Andrés Bello y José Victorino Lastarria, Bello y Jacinto Chacón, etc. En estas llamadas polémicas de 1842, ampliamente historiadas por la crítica chilena, interesa destacar ahora su carácter intergeneracional. Por vez primera en el país, o así lo parecía a sus actores al menos, los jóvenes se hallaban en posición de discutir no sólo los detalles sino los fundamentos y la in/ utilidad del tipo de conocimiento que les era transmitido por sus mayores. La legitimidad misma del saber autorizado era cuestionada. No pequeño papel tenía en ello, la relativa abundancia de nuevas fuentes de autoridad discursiva que el bullente mercado europeo de las ideas ofrecía en la forma de todo tipo de publicaciones (libros, periódicos, revistas)

La mayor abundancia de estos discursos requería, en opinión de la jerarquía católica, una reafirmación de la autoridad exclusiva de la Iglesia para controlar no sólo el flujo y circulación de estos impresos, sino su selección y decodificación apropiada. Como institución, ya desde los comienzos de la colonialidad española en América, la Iglesia se había arrogado el derecho y había estado encargada de dicha tarea censora.

Esta abundancia relativa marcaba un primer ataque sobre el principio de rareza y escasez que había determinado la existencia de lo escrito en el Chile tradicional. Un segundo principio que regía el espacio discursivo chileno y que también habría de ser sometido a cuestionamiento hacia mediados del siglo era el de la dificultad autoselectiva de lo escrito y publicado. Frente a su conculcación reaccionaba en 1879 Manuel del Campo:

“Ahora hai flujo de publicar.

Nuestros padres pasaban el primer tercio de su vida consagrados al estudio i la meditación, el segundo pensando i escribiendo, i tan sólo en el último, (...) entonces i nada más que entonces daban a la estampa sus trabajos intelectuales, frutos del estudio asídúo i profundo de toda la vida. (...)

Ahora por el contrario, el que sale del aula cree sabérselo todo i mostrar lo que sabe, i para ello escribe, cifrando su sueño dora-

do en poder decir al público al darle impreso bajo la forma de un libro sus escritos: yo sé; tengo ingenio i aquí teneis la muestra. Explícase pues así, el maremagnum de obras que nuestros principiantes en la carrera literaria han dado a la estampa, sobre todo en los últimos tiempos, en los que allende de mil vicios i defectos propios de quien no tiene dotes para las letras, traslúcese poco estudio, ninguna meditación i crasísima ignorancia”<sup>27</sup>

Lo que más hiere la sensibilidad de del Campo es el cambio de ritmo de las producciones que se dan a la publicidad. El cambio es generacional y distingue la ética del estudio clásico, duro, largo y difícil, del nuevo tipo de publicidad extensiva que modalizaba la producción literaria chilena de la segunda mitad del siglo XIX. Frente al ritmo lento y a la meditación prolongada que como ejercicio espiritual recién producía sus escasos pero, supuestamente, preciosos frutos hacia el final de la vida, los jóvenes autores rápidamente se autosituaban en el nuevo espacio del mercado editorial. Allí imponían nuevas formas de legitimidad, como las cifras y el interés de nuevos públicos lectores.

Merece la pena destacarse que las nuevas maneras y ritmos de publicación implicaban también nuevas formas y ritmos de lectura, realizadas por públicos nuevos que traían consigo su propio bagaje de intereses y expectativas al mundo de lo escrito. Los vehículos de esta transformación fueron, como anunciamos, los almanaques, los álbumes, los periódicos, las revistas y las novelas; los nuevos sujetos, las mujeres y los sectores medios del artesanado.

Los editores del Museo de Ambas Américas decían ya en 1842:

“Así es que notan los aficionados a la lectura, un vacío, cual es la escasez de publicaciones nacionales, que se ocupen de algo más que de noticias del día, de revistas que apoderándose de los preciosos tesoros del ingenio, se encarguen de distribuirlos entre nuestra sociedad, indicando concienzudamente lo que merece leerse, extractando lo que sea digno de conservarse, poniendo

<sup>27</sup> Manuel del Campo Y. “Las Letras i el señor Juan A. Barriga” en *Revista Chilena*, tomo XV, 1879, p. 292.

así al alcance de un gran número de personas la sustancia de tantas obras que es difícil y costoso adquirir, y popularizando las doctrinas que encierran (...) esperamos que las naciones y los gobiernos americanos patrocinarán la redacción de un periódico, que saliendo en lo posible del tormentoso piélago de las pasiones contemporáneas, ni propenda a alimentar rencorosas memorias de lo pasado, ni a suscitar reyertas en lo presente: de un periódico que remontándose por el contrario a la tranquila y pura atmósfera de la razón y de la luz, con teorías y nociones de utilidad jeneral y duradera, llene lenta y pacíficamente la sima de la revolución y las lagunas de nuestro estado social...”<sup>28</sup>

Esta declaración de principios enfatiza los ideales ilustrados del siglo XVIII: distribuir y popularizar las luces, los tesoros de los grandes ingenios, en una serie de campos establecidos del saber. Cuenta para ello con el apoyo de los estados que, como patronos clásicos, permitirán el funcionamiento de este espacio cultural. En esta declaración editorial nada parece aludir a nuevos géneros discursivos y aunque se intenta popularizar, se hace esto en un gesto de expansión universal, sin ningún grado aparente de especialización del público lector. Importante también, es cómo la diferente periodicidad del diario y del periódico o la revista hablan, en el caso de estos últimos, de una temporalidad social menos pegada al cuerpo de lo cotidiano y permiten, al menos en teoría, una lectura menos contingente, es decir menos determinada contextualmente; una lectura más reposada, es decir más reflexiva y lenta, mas conciente de su propia performatividad como ceremonia de producción cultural. La revista entonces como espacio de producción de discursos y sentidos sociales aparecía como una dimensión intermedia entre la contingencia del diario y la lectura humanista clásica. Este valor era igualmente apreciado por conservadores y liberales aunque por razones probablemente opuestas. Para los primeros, era un antídoto o un mal menor frente a la proliferación de escritos a bajo precio y al alcance de todos. Los conservadores bautizaron este último fenómeno con el nombre de

---

<sup>28</sup> *Museo de Ambas Américas*, 1842, p. 6 y 8.

‘diarismo’ y sobre él, como veremos enseguida, se vertieron luego ríos de tinta. Para los liberales, la revista significaba la posibilidad de desarrollar la especificidad burguesa de sus propios discursos. La novela, la poesía íntima, la crónica social, el artículo de conocimientos generales, la difusión científica, eran todos formatos y contenidos que transaban, a su manera, la distancia entre la cultura tradicional aristocrática y la nueva cultura urbana mesocrática que, si no siempre en la teoría, en la práctica al menos, democratizaba el acceso a la producción escritural y lectora de la discursividad social.

El espacio literario de la revista o, más bien, la revista literaria como espacio, podía también aparecer como una mediación inclusiva cuya característica principal era precisamente su capacidad de evitar ciertos temas que, además de producir airadas discusiones, parecían depender de un público tradicionalmente restringido y masculino. La *Revista Literaria* señalaba así en su ‘Prospecto’ de 1878:

“Nuestra publicación no entrará a ocuparse del enmarañado campo de la política, ni tampoco del campo aún mas difícil de la relijión. (...) Nuestra publicación será pura i esclusivamente literaria, armonizando con esta palabra las ciencias i las artes. Nadie se verá herido en sus creencias religiosas, nadie se verá atacado en sus doctrinas políticas. *La Revista Literaria* será un periódico que lo podrán leer tanto los viejos como los jóvenes, tanto las madres de familia como sus más pudorosas hijas”<sup>29</sup>

Reflejando ya claramente ideales decimonónicos que guardan directa relación con el mercado, concebido como espacio social de legitimación de la revista como producto cultural, *La Revista del Norte*, señalaba en setiembre de 1849:

“He aquí por qué en vez de un diario hemos publicado una Revista. Una Revista cuyas páginas, dilatándose todo lo posible, i prescindiendo de aquellas frivolas i aún odiosas de que suele ser víctima el diarismo, deje el tiempo i la extensión necesarios para la publicación de trabajos maduros i de obras de mérito.

<sup>29</sup> “Prospecto”, en *Revista Literaria*, Santiago, 1878, tomo I, p. 3.



Una miscelanea que contenga todo aquello que nos divierta, nos distraiga, nos instruya, sin agriarnos por el excesivo calor de las cosas del momento. Literatura, ciencias, bellas artes, política, industria, educación, intereses materiales, todo tendrá su lugar en nuestras páginas, i aun nuestro bello sexo hallará también hojeando nuestra publicación algunos renglones que le interesen i que ocupen su imaginación, ya compadeciendo a una heroína desgraciada de romance, o ya charlando sobre algunos artículos de modas i novedades que daremos con oportunidad<sup>30</sup>

Hay aquí también la misma aspiración a separarse de la política demasiado quemante de lo contingente. Pero lo que es expelido por una puerta retorna por la otra en la forma de una nueva forma de cotidianidad de lo político o mejor, de una nueva politicidad de lo cotidiano. Aunque todavía no sea el principal objeto de esta publicación, ha aparecido un nuevo público digno de ser considerado a la hora de conceptualizar los lectores potenciales del objeto discursivo que se intenta producir. Y aun cuando todavía el trato es en extremo condescendiente, revela ya la capacidad lectora de las mujeres, su fuerte identificación en la conciencia masculina tradicional con las novelas, y la emergencia de un espacio cultural nuevo: la moda.

En el Prospecto de *El Mosaico*, número 1, 14 de junio de 1846, los editores podían ya señalar:

“Contamos con la protección de la belleza de la capital y por ella haremos cuantos sacrificios son imaginables. Las modas, las poesías, las novelas, y todo lo que puede ser agradable al bello sexo, tendrá su lugar escogido en nuestro periódico, sin que nos olvidemos de regalarles un figurín en cada estación del año. Tendremos también ocasión de dar algunos artículos serios y de lato interés nacional”

“Recibiremos comunicados sobre todo lo que tenga interés público inmediato (...) dando un lugar preferente a los que hablen del teatro y de su mejora y adelantamiento.”<sup>31</sup>

<sup>30</sup> *Revista del Norte*, Setiembre, 1849, sin paginación.

<sup>31</sup> “Prospecto”, *El Mosaico*, número 1, 14 de junio de 1846, pp. 1-2.

Como se aprecia, el grado de identificación entre ciertos géneros discursivos (poesía, ya veremos luego de qué tipo, novela, comentario de modas y de teatro, etc) y sus nuevas lectoras (“la belleza de la capital”, es decir, las mujeres de la burguesía urbana) era, ya en 1846, suficientemente marcado como para alentar la esperanza de sostener una publicación especializada en aquellos y dirigida a ellas.

*El Alegre. Repertorio de sonrisas, risas y carcajadas*, declaraba en su número inicial de 1846 en Valparaíso:

“Mui advertida andaba ya por estos mundos la necesidad de una publicación periódica y hebdomadaria, (semanal podríamos decir, pero sería demasiado claro) que separándose de la clásica y común opinión de Horacio, dejara a un lado lo útil y se contrajese a lo dulce (...) No se estrañará entre personas civilizadas como lo son nuestros lectores, que *El Alegre* no publique nada original. *El Alegre* será como algunos trajes de carnaval, compuesto de retazos heterogéneos, que le hagan no visible sino risueño.

Hablando formalmente, tenemos el más profundo respeto por el público y la mejor idea de su gusto. Las columnas de *El Alegre* no contendrán sino gracias comedidas, epigramas agudos pero inocentes, cuentos que puncen sin herir, etc, etc, resultando de todo la formación de una biblioteca amena, que, consultada en un momento de tedio, disipe los vapores del enfado”<sup>32</sup>

La articulación de esta nueva sensibilidad lectora (nuevos públicos, nuevos intereses, nuevas formas de lectura) dependía del relieve que le proporcionaba el contraste con la dominante cultural tradicional. Frente al lenguaje selecto y difícil (“publicación periódica y hebdomadaria”) de la retórica pública de antaño, la revista proponía, algo irónicamente todavía, el lenguaje tal vez excesivamente claro de la cotidianidad (“semanal podríamos decir...”); frente al *prodesse* horaciano la concentración en el *delectare*; frente a la seriedad del aprendizaje clásico, la liviandad de la lectura como una

---

<sup>32</sup> *El Alegre*, número 1, 1846, pp. 1-2.

forma de ocio para evadir el tedio; frente, finalmente, a la unicidad de la voz y el estilo del gran autor clásico, la multiplicidad de lo heterogéneo y heteroglósico.

Esta Revista utilizó, además, técnicas de publicidad más modernas, estableciendo una lista de potenciales suscriptores a quienes se les enviaron los primeros números gratis con la advertencia de que quien no los devolviese antes del quinto “está prevenido que serán contadas entre nuestros suscriptores”.<sup>33</sup> Estas técnicas deben haber surtido efecto pues la revista duró por lo menos hasta el número 52 creando un volumen de más de cuatrocientas páginas en total, lo que considerando la efímera temporalidad de muchas revistas en el Chile de la época (y en el de mucho más tarde, lamentablemente) era todo un éxito.

La Revista entonces, se vislumbra aquí como un espacio textual y como una propuesta comunicativa que busca y depende de la existencia de nuevos lectores/as que traen consigo nuevas lecturas y exigen nuevas formas de escritura. El reto, entonces, era simultáneamente comercial y discursivo. De ello nos hablan los editores de *La Estrella del Progreso* en 1876 en su ‘Prospecto’:

“Difícil tarea es en la actualidad i en las presentes circunstancias la fundación de un periódico literario que, a lo ameno de su contenido, reuna lo agradable i lo instructivo, al propio tiempo que por su precio reducido esté al alcance de todos.”<sup>34</sup>

A partir de mediados del siglo proliferarán las revistas que, dirigidas a un público concretamente concebido, compartirán, además de su dominante precariedad, el esfuerzo por hacer una propuesta de lectura que identifique a esta actividad cultural como una de los rasgos característicos de la modernidad urbana.

El llamado ‘diarismo’, es decir la democratización y la multiplicación, sin precedentes en la cultura tradicional, de las voces sociales legitimadas por su registro escrito, puede proporcionar otra ven-

<sup>33</sup> *El Alegre*, p. 25.

<sup>34</sup> *La Estrella del Progreso*, Valparaíso, septiembre 1 de 1876.

tana para apreciar el impacto de esta ampliación real y potencial del público lector y de los objetos textuales a su alcance. Estudiaremos el ‘diarismo’ aquí, indirectamente a través de la reacción conservadora a este fenómeno.

## El Diarismo y sus peligros

En 1872 se publicó en Santiago, el opúsculo *Los Malos periódicos* del sacerdote catalán Felix Sardá y Salvany. Se trataba de una serie de artículos periodísticos reunidos para su edición en un volumen. Aunque se originaron en España, estos artículos, republicados en Santiago por la Imprenta Chilena, permiten hoy, desde su catolicidad, vislumbrar una suerte de fenomenología de la percepción conservadora del periódico como instrumento de comunicación en un mundo hasta entonces tradicional.<sup>35</sup> El texto comienza así:

“Creo lector, que, si Satanás hubiese de encarnarse en algo digno de su perversidad i de su odio a Dios i al jénero humano, encarnaríase en un mal periódico. (...) nada encuentro tan diabólicamente corruptor como un periódico impío”<sup>36</sup>

La cita deja ya claro que el laico era de suyo un mal periódico, pero distingue luego entre dos clases de malos periódicos: “la de los descarados i [la de] los hipócritas”. Los primeros son aquellos que “sin rebozo manifiestan el plan de combatir la Relijión i las buenas costumbres.” El hipócrita, “el periódico malo por excelencia”, en cambio:

“...es una celada, un lazo constantemente tendido a la jente de

<sup>35</sup> Después de todo, si los liberales se alimentaban de la prensa francesa e inglesa y frecuentemente reproducían, con mayor o menor reconocimiento de las fuentes, esas ideas en sus discursos; los conservadores chilenos hacían lo propio con las ideas de conservadores católicos españoles y franceses, como el padre Sardá y Salvany.

<sup>36</sup> Sardá y Salvany, Felix. *Los Malos periódicos*, Imprenta Chilena, 1872, p. 1. De aquí en más, las referencias entre paréntesis al final de las citas corresponden a este texto de Sardá y Salvany.

bien; es una emboscada perfida escondida al abrigo de frases moderadas, i quizas devotas i compunjidas; es un arma cargada con pólvora sorda que hiere i mata sin ruido, sin que la víctima haya podido muchas veces precaverse, i, lo que es peor, sin que frecuentemente ella misma se aperciba del daño recibido” (9)

Como el diablo, entonces, el periódico realmente peligroso es aquel que adopta las formas amables de la tentación no sospechada, de aquella que parece nacer del adentro de la subjetividad del lector o la lectora. Como trampa para el católico tradicional y, sobre todo, para el católico pobre o la mujer creyente, es de un nuevo tipo en su masificación y alcance y, especialmente, en su naturaleza discursiva. Es decir, al menos en la superficie, no se trata de acciones o situaciones pecaminosas, sino de ideas implantadas con tal cuidado que quien termina pensándolas cree hacerlo con plena libertad y sin interferencia externa. Esta celada es entonces particularmente efectiva por su carácter suavemente seductor. ¿Cuáles son sus efectos concretos?:

“El desdichado que de buena fe traga diariamente la toma funesta que cautelosamente le va administrando desde su redacción un enemigo sagaz, siente entibiarse insensiblemente sus creencias; el fervor de otros días va pareciendole exajeración mujeril; los jenerosos arranques del alma cristiana parecenle ya rasgos de grosera intolerancia. El mísero envenenado no acierta a ver la mano infame que va apagando en su corazón todo el fuego de las convicciones arraigadas, para darle en su lugar cierta condescendencia (hoi mui en boga) con todas las opiniones, que así empieza a llamar él a las creencias.” (9-10)

Lo que en el espacio sacralizado tradicional había sido una creencia sentida al nivel del corazón (“convicciones arraigadas”) se transformaba, en este diagnóstico al menos, en una suerte de enfriamiento (“apagando en su corazón todo el fuego”), un entibiarse del cuerpo y del catolicismo *como pasión*. Al final del proceso, lo que eran creencias devenían opiniones. Frente a este tipo de indoctrinación ideológica *de la mente* y no del *alma*, hacía falta un nuevo tipo de entrenamiento creyente del cual este opúsculo era parte. Para ello Sardá y

Salvany se creía en la obligación de denunciar la manifestación léxica y gramatical, (“una palabrita que es la clave de todas sus operaciones”) de aquel espíritu diabólico con que había empezado:

“Esta palabra dulce, blanda, acomodaticia, es la gran palabra de hoy, la gran palabra del siglo, la palabra compendio de todo el sistema filosófico de ciertas jentes. Esta palabra no es nombre, ni es verbo, es una simple conjunción (...) Esta palabra mágica es el *pero*. (...) Con un buen *pero* se unen cosas al parecer perpetuamente irreconciliables, como son el espíritu católico i el espíritu revolucionario. (...) Se puede decir, (...) la Iglesia ha sido la gran civilización del mundo, *pero* en el siglo actual no debiera oponerse a la corriente de las ideas. (...) ¿Qué es un catolicismo con *peros* sino un catolicismo mutilado, sino un catolicismo falso.” (17-18)

Lo que se denunciaba aquí era, pues, el modo discursivo específico de las nuevas doctrinas y de su funcionamiento. El *pero* introducía así en la certeza de la convicción católica de antaño, una duda sistemática que se manifestaba en su constitutiva conectividad, en su afán conjuntivo de discursos heterogéneos. Esa especificidad incluía otro rasgo del nuevo discurrir, su dimensión estética:

“I si el periódico, con ser moralmente perverso, sabe presentarse con los atavíos del buen decir i con el atractivo del gracejo, es entonces gota de veneno azucarada que tragarán no sólo con facilidad, sino hasta con delicia, cuantos en el mundo suelen no guiarse por otro criterio que el del paladar, que son innumerables.” (3)

Esta dimensión tomaba muchas formas que se expresaban en la variedad genérica del lenguaje y la gramática periodísticas:

“Predicará, en fin, [el mal periódico] lo que le diere la gana en verso o en prosa; en gacetillas lijeras, o en graves artículos, en cuento, en historia i aun en anuncios, que el diablo es tan sagaz que hasta de eso sabe sacar provecho el maldito.” (2)

A la singularidad y unicidad, a la solidez monolítica del Cristianismo tradicional se oponía ahora la multiplicación de los discursos al alcance del lector que exigían de su parte algún tipo de síntesis semiótica, una nueva gramática de la decodificación y de la producción del sentido. Donde había creencias arraigadas y cerradas reinaba ahora una cierta pluralidad y apertura. Antes, una institución, la Iglesia, podía proporcionar no sólo un discurso cuya coherencia y profundidad permitía explicar todos los avatares de la vida –desde la justicia de la desigualdad social en el plan divino a la correspondiente necesidad de aceptar el orden social existente– sino también un grupo de intérpretes profesionales de dicho discurso, los sacerdotes, capaces de expandir o restringir sus límites semióticos según lo requiriese la situación.

Aparecía así una falange nueva de productores/intérpretes de discursos especialmente nocivos por la similitud que su *modus operandi* tenía con las labores de los religiosos: convencían con la palabra (ahora escrita), podían activar o controlar las pasiones, se dirigían a sus lectores con el mismo celo proselitista con que el predicador encaraba a su audiencia desde el púlpito. Allí donde el cura hablaba de amor, sin embargo, acotaba Sardá y Salvany, estos “apóstoles del socialismo” enseñaban a aborrecer:

“Aborrecer a Dios, porque refrena mi fiero antojo, aborrecer a la Iglesia, porque me habla de Dios, aborrecer a la autoridad, porque me obliga a obedecer la ley; aborrecer a los ricos porque no he sabido o no he podido hacerme del número de ellos. (...) ¡I eso a título de dignidad, de emancipación social i de no se cuantas otras cosas! ¡I con esto se pretende educar al pueblo, ilustrarle, ennoblecerle, redimirle, emanciparle! ¡Falsos apóstoles!” (7-8)

La acción destructora del periódico, sin embargo, tornábase especialmente contundente en un segundo sentido. En tanto la dosis era diaria o al menos regular, es decir, en cuanto se incorporaba a las rutinas de la cotidianidad que por lo mismo pasan inadvertidas y se realizan como operaciones *in-corporadas*, amenazaba en su inmediatez el producto de la labor multiseccular de la Iglesia sobre la sub-

jetividad.<sup>37</sup> Para ello el periódico realizaba dos operaciones interconectadas de internalización o penetración: del hogar del creyente, por un lado; de su subjetividad por el otro.

“El periódico es, pues, un huésped, que admites todos los días en tu casa (...) para que con él mismo conversen *familiar e íntimamente*, tu mujer, tus hijos i tus dependientes. Es un desconocido a quien abres cada día la puerta para que una vez *dentro de tu habitación* diga lo que se antojare, enseñe lo que convenga o no convenga, instruya o desmoralice” “I no sólo le has abierto la puerta, sino que le has invitado, i le has dado dinero encima para que viniese a ejercer entre los tuyos su negro oficio de corromper.”<sup>38</sup>

Allí donde los sacerdotes habían con su presencia alegrado y legitimado muchas de las reuniones sociales de la naciente burguesía, el periódico mediaba ahora “*dentro de tu habitación*”, “*familiar e íntimamente*” las relaciones entre el padre y su familia, el marido y la esposa, el patrón y el criado. Minaba así la autoridad del patriarcado burgués justo allí donde supuestamente su fuerza y su prestigio encontraban su poderoso origen: el hogar y la familia nuclear. Pero no se detenía en ello la labor subversiva del periódico. De hecho, afectaba la subjetividad del lector, las formas de autopercepción del sujeto y la comprensión de su posicionamiento en la estructura de la autoridad social. Advirtiendo al incauto patriarca, Sardá y Salvany declaraba:

“I ¡no adivinarás de dónde le vino a tu hijo aquel arranque de insubordinación o aquella máxima perversa que le oiste, o a tu hija aquella desenvoltura i lijereza de cascos que la van volviendo tan desemejante a su madre!” (2-3)

<sup>37</sup> “...el periódico ruin es una gota también, pero una gota de veneno corrosivo, capaz de hacer mella en los corazones de mejor temple. (...) es una gota, pero gota que cae sin cesar cada día, cada día, sabiendo que la constancia, así en el bien como en el mal, obra prodijios.”, Sardá y Salvany, *Los Malos periódicos*, p. 3.

<sup>38</sup> *Los Malos periódicos*, p. 2 y 4 respectivamente. Los subrayados son míos.



Este trabajo del “enemigo doméstico”, del “silencioso autor de la mayor parte de los desastres morales que lamentamos en la patria i en la familia” iba, sin embargo, mucho más allá de la simple indocctrinación intelectual. Por sobre el mundo de las ideas y de aquel presunto enfriamiento de las pasiones, el periódico, con toda su variedad de géneros discursivos, creaba, confirmaba y proponía nuevas pasiones o, mejor dicho, nuevas maneras individuales de concebir las pasiones. Frente a la pasión religiosa de las creencias y las convicciones proponía no sólo ideas e ideologías, sino también deseos y pasiones alternativas. Ante todo, el deseo y la pasión por la lectura misma. Por sobre la aparente oposición cuerpo/razón, alma/inteligencia, creencias/opiniones, entonces, había un punto de encuentro o mediación en el cual participaban tanto el periódico mismo en su materialidad, como el tipo de actividad que su uso requería por parte del sujeto lector/a. La cotidianidad de “esas cuatro páginas de mal papel que cautelosamente se te introducen por debajo de la puerta” proporcionaba los discursos y la superficie sobre la cual y en la cual los criados y artesanos (“tres, cuatro o cinco mil hijos del pueblo”), los jóvenes lectores y, en especial las lectoras podían proyectar y descubrir una subjetividad secularizada en el ejercicio de una práctica para ellos nueva: la lectura.

A lo largo del texto de Sardá y Salvany se describe, de hecho, toda una topografía de la lectura. Abundan las formas de apóstrofe que adjetivan variadamente al sujeto receptor: “mi buen lector”, “lector curioso”, “lector curiosísimo”, “crédulos lectores.” Más allá de la curiosidad que, como tropo retórico y como impulso personal, parece mediar entre su “buen lector” ideal y aquellos “crédulos lectores” entre los que el periódico encontraba sus víctimas, podemos preguntarnos qué los distinguía y separaba. El buen lector o lector modelo era aquí, antes que nada, un hombre, un padre, un jefe de familia y un burgués. Era además capaz de seguir cuidadosamente tanto la argumentación de Sardá y Salvany como sus reglas para descubrir en la superficie de objetos textuales seductores a los malos periódicos. Era pues, un lector que leía o debía leer con mucha atención. Su cuidado se oponía a la lectura que los malos periódicos propiciaban y que Sardá y Salvany llamaba “lectura al vapor”:

“Al vapor se escriben los periódicos, i al vapor me los venden o me los dan en plazas i paseos, i léolos yo al vapor, sin tener tiempo de meterme en profundas investigaciones. I luego si el veneno anda allí tan desleido o tan azucarado, ¿quien diablos se libra de él como no tenga mui fino paladar i olfato?” (11)

El problema con este veneno, entonces, era que andaba *desleido*, que era imposible captarlo, aún con la modalidad de aprehensión comunicativa que el mismo alimentaba y exigía. Es decir, más que educar, el periódico seducía. La lectura al vapor, es decir rápida y extensiva, no permitía *leerlo* como se leían las “profundas investigaciones”, detallada e intensivamente:

“[Los malos periódicos del tipo descarado] no escriben para la discusión, ni siquiera para la lectura sosegada, sino para producir la impresión del momento, o para deshogar la bilis largo tiempo comprimida” (7)

Entre estas impresiones seductoras y ambiguas (“He *paseado* mis ojos con horror por estas producciones”, “¿Quién no los ha leído con verdadero *estremecimiento* (...)?”<sup>39</sup>) la lectura del periódico —rápida, pero no menos intensa que la tradicional— alentaba la expresión y la descarga de pasiones “largo tiempo comprimidas” en los cuerpos de sus lectoras/es. Esta “lectura subversiva” podía tener insospechadas consecuencias ya no sólo en el orden patriarcal de la familia, la paternidad y el matrimonio sino asimismo, en el orden macrosocial: “...pájinas venenosas en que se enseña el desprecio de todo lo respetable, desde la suprema autoridad de Dios hasta la de sus últimos delegados en la tierra!” (4) Hablando de Francia, Sardá y Salvany concluía:

“¡Mirad a esa nación y a ese pueblo, sin Dios i sin lei, desgarrándose a si mismos las entrañas en el ciego delirio de la desesperación provocada por ochenta años de lectura subversiva! I el arie-

<sup>39</sup> *Los Malos periódicos*, p. 7. Mis subrayados.

te que ha logrado conmover hasta los cimientos de aquel poderoso edificio, no lo dudeis, es en primer lugar el periódico ruin.<sup>40</sup>”

No hace falta estar ideológicamente de acuerdo con Sardá y Salvany para concurrir en la apreciación del alcance y la profundidad del impacto cultural del periódico sobre las nuevas subjetividades lectoras y, en el largo plazo, sobre aspectos importantes de “aquel poderoso edificio.” La batalla sobre diarios y revistas sería, como era de esperarse, larga e intensa, como lo prueba esta carta, con el título de “Algo sobre Periodismo”, publicada en *La Lira Chilena* en 1901 por don A. Mauret Caamaño:

“Nadie ignora que en el hogar predomina el gusto femenino (...) Siendo ellas en el hogar árbitros del buen gusto, el medio artístico que respiran se encuentra viciado por la absoluta falta de educación artística. No ha mucho preguntaba a una hermosa dama mui dada a la pintura i a los *bonitos versos*, si había leído la novela de Henrik Sinkiewicz, grandioso monumento de arte; a su respuesta negativa, agregó que no lo hacía por consejos de su confesor, que la consideraba dañina a la moral<sup>41</sup>”

Para contrarrestar esta prédica eclesiástica contra la novela y las publicaciones periódicas que las hacían circular y así, alimentar el florecimiento de la literatura en Chile, Caamaño recomendaba “las revistas de bellas letras”:

“...las revistas de bellas letras, cumplen un noble cometido tanto por su trascendental eficacia literaria, cuanto por el grado de educación estética que llevan al pueblo<sup>42</sup>”

Para ello sin embargo, seguía Caamaño, no bastaba con las efímeras revistas que aparecían un día para morir al siguiente (“como

<sup>40</sup> *Los Malos periódicos*, p. 8.

<sup>41</sup> Caamaño Mauret, A. “Algo sobre periodismo”, *La Lira Chilena*, número 6, año IV, 10 de febrero de 1901, p. 82-83.

<sup>42</sup> Caamaño Mauret, “Algo sobre periodismo”, p. 83.

las pálidas rosas del celebrado poeta francés”), ni con las más establecidas revistas literarias que, por su precio, estaban fuera del alcance de quienes más las necesitaban:

“A las costosas revistas de lujo deben suceder las que, por su módico precio de venta, estén al alcance de todos. Centuplíquense las hojas periodísticas como *El Correo Literario* i *El Porvenir Intelectual* de Buenos Aires i *Los Lunes* de Santiago i se llevará a las masas del pueblo, sin grandes esfuerzos, el hábito de las lecturas sanas i recreativas. I entonces, a la vuelta de algunos años, habrá un público intelijente que no dejará apollillarse en las librerías los frutos del ingenio nacional”<sup>43</sup>

Estas nuevas revistas populares, situadas entre la prédica eclesiástica contra novelas y periódicos y los nuevos vehículos discursivos de la intelectualidad liberal nacionalista y las clases más pudientes de la sociedad chilena, habrían de crecer en circulación y popularidad con el siglo que empezaba. Con ellas se iniciaba una historia progresiva de verdadera masificación de la lectura que, de ser explorada aquí, nos llevaría desde *La Lira Chilena* hasta los minilibros de la editorial Quimantú durante el gobierno de Salvador Allende. Este proceso habría de transformar radicalmente la cultura nacional chilena y plantearía una serie de cuestiones similares a las aquí exploradas. Cuestiones de acceso, estilo, vehículos discursivos y objetos textuales, formas de lectura-consumo, etc. Un siglo antes, la crónica se insinuaba ya como otro formato discursivo digno de atención.

## La Crónica

En 1873 Fanor Velasco publica en la *Revista de Santiago* un interesante artículo sobre el periodismo nacional: “La Prensa diaria. Lo que es i lo que debiera ser” El texto corresponde a una conferencia dictada en la Academia de Bellas Letras que en abril de 1873 José

---

<sup>43</sup> Caamaño Mauret, “Algo sobre periodismo”, p. 83.

Victorino Lastarria había fundado para promover “...el cultivo del arte literario, como expresión de la verdad filosófica.”<sup>44</sup>

Velasco comienza distinguiendo los dos aspectos de su tema que le interesan:

“Como institución permanente i como empresa mercantil, la prensa diaria no tiene en Chile mas de doce o quince años de existencia. Bajo estos dos solos aspectos nos proponemos examinarla.”<sup>45</sup>

Ya en su origen, entonces, el texto de Velasco manifiesta dos matrices culturales —la de la cultura tradicional de la lectura en un Salón literario y la del mercado económico de bienes culturales para un público más amplio— entre las cuales media constantemente.<sup>46</sup> En este sentido, dicho sea de paso, la misma Academia de Lastarria representaba también un lugar intermedio o de transición entre el exclusivismo del salón intelectual tradicional y una cierta masividad e inclusividad incipiente del campo cultural chileno. La Academia la fundan más de cincuenta “hombres de letras” (y participan en ella al menos dos mujeres, Rosario Orrego y Lucrecia Undurraga.) Ya en su segundo año de funcionamiento Lastarria podía enorgullecerse al reportar:

“La Academia, sobre todo, puede congratularse de haber estimulado el cultivo de las letras, aun cuando todavía no haya podido emplear el eficaz resorte de las conferencias y lecciones públicas, pues sus sesiones, aun privadas, han reunido siempre un número de concurrentes que, en término medio, ha sido de sesenta.”<sup>47</sup>

<sup>44</sup> Lastarria, *Recuerdos Literarios*, p. 393.

<sup>45</sup> Velasco, Fanor. “La Prensa diaria. Lo que es i lo que debiera ser”, *Revista de Santiago*, tomo III, 1873, p. 457.

<sup>46</sup> Para las relaciones antagónicas entre el concepto de cultura mismo y el mercado como fenómeno social, véase Williams, Raymond. *Culture and Society 1780-1950*, New York: Columbia University Press, p. 35 y ss.

<sup>47</sup> Lastarria, *Recuerdos Literarios*, p. 410. Para entender cuan importante era para Lastarria la masificación relativa de las enseñanzas de la Academia, véase su Discurso de Inauguración de la Academia de Bellas Letras en la sesión del 23 de abril de 1873, *Recuerdos Literarios*, pp. 398 y ss.

Aquellos dos criterios, cívico y mercantil, nos hablan respectivamente de dos maneras de concebir los productos periodísticos, su producción, circulación y consumo y, también, de las tensiones entre ellas y los diversos espacios sociales (aristocrático /tradicional y burgués/moderno) que representan.

El concepto ilustrado y patriótico de las letras tradicionales, lo que con Julio Ramos podemos llamar, la República de las Letras<sup>48</sup>, se manifiesta de inmediato en el texto de Velasco:

“Para decir una verdad vulgar pero indispensable, la prensa ejerce sobre el público una influencia casi decisiva. La inmensa mayoría de las jentes se esfuerza, aunque sin sentirlo, por ahorrarse el trabajo de pensar. El periodismo piensa por ella, i más tarde o más temprano su opinión acaba por prevalecer. De aquí la fuerza del periodismo, pero de aquí también su responsabilidad.”<sup>49</sup>

En este ámbito, la prensa tiene por misión iluminar al pueblo con la propiedad, el rigor, los contenidos y también, el estilo, de sus producciones. Lejos de ser un espejo del pueblo, la tarea del periódico es construirle a aquel una imagen en que se re-conozca a sí mismo. Su labor, de este modo, no es puramente la difusión, sino la conformación de las opiniones:

“Error común es creer que la misión de la prensa consiste en reflejar la opinión pública. (...) Lo que constituye la respetabilidad del escritor es precisamente su independencia para juzgar a los gobiernos i a los pueblos. (...) Su ventana ha de estar abierta, pero para decir a la multitud: vais bien, cuando va bien; vais mal, cuando va mal. Conduce, no se hace conducir.”<sup>50</sup>

En el segundo nivel de su análisis, Velasco se propone demostrar que no es que en Chile falten lectores (potenciales) sino que

---

<sup>48</sup> Véase Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1989.

<sup>49</sup> Velasco, “La Prensa diaria”, p. 457-458.

<sup>50</sup> Velasco, “La Prensa diaria”, p. 458.

falta lectura. En efecto, sigue Velasco, Santiago representa una anomalía cultural en el contexto de otras capitales latinoamericanas. Un total de “cerca de medio millón de habitantes” (“200.000” en Santiago y el resto en las provincias inmediatamente circundantes) constituyen un mercado inmensamente superior al que explota la prensa de las cuatro capitales [“Rio Janeiro”, Montevideo, Buenos Aires y Lima] que más arriba hemos mencionado.”<sup>51</sup>

Dadas pues las condiciones materiales, es decir, dada la existencia de un mercado potencial, el magro desarrollo real del periodismo chileno<sup>52</sup>, sólo podía explicarse por las deficiencias del producto: “no faltan en Chile los lectores, (...) lo que falta en Chile es la lectura” La enumeración que hace Velasco de los problemas del diario en Chile, nos permitirá revisar su variedad discursiva y temática, así como aludir a los diferentes tipos de públicos que se pueden inferir a partir de dicha variedad.

En términos analíticos más globales conviene empezar diciendo que para Velasco pareciera haber ciertas tensiones constitutivas pero irresolutas que estructuran la condición contemporánea de la prensa diaria en Chile. Ellas tienen que ver con tres niveles interrelacionados de problemas. En primer lugar, el nivel de las tensiones entre lo local, lo nacional y lo extranjero; luego, el nivel de la separación entre lo privado y lo público, es decir, lo que tiene un interés general y lo que es sólo de un interés particular; finalmente, el nivel de la distinción entre lo relevante y lo irrelevante, o mejor dicho lo que es efectivo y lo que no lo es, lo que tiene interés y lo que no, según si es capaz de captar la atención y el gusto de los lectores.

El primer tipo de tensión se expresa en el diario de al menos

<sup>51</sup> Velasco, “La Prensa diaria”, p. 460.

<sup>52</sup> “En Santiago se publican tres diarios solamente [El Ferrocarril, El Independiente y La República]. Estos tres diarios juntos no alcanzan a hacer una edición de nueve mil ejemplares, i de estos nueve mil ejemplares no alcanzan a consumirse cinco mil en la capital de la República” Velasco, “La Prensa diaria”, p. 461. Estos nueve mil ejemplares debían contrastarse, según Velasco, con los 42.000 para 350.000 habitantes en Rio, 18.000 para 160.000 personas en Montevideo o las 38.000 unidades para una población de 200.000 en Buenos Aires.

dos maneras: la “redacción de tijera” y las malas traducciones. El redactor de tijera recorta impunemente de la prensa hispanoamericana todo aquello que, sin más costo que el del uso de las tijeras, le parece puede ser reproducido:

“Se empuñan las tijeras, se toma la ESTRELLA de Panamá gratuitamente recibida, i a una misma hora en las tres imprentas de Santiago se cortan de sus columnas con una exactitud matemática, los mismos párrafos i los mismos telegramas. (...) Después los diarios de Perú son puestos a contribución.”<sup>53</sup>

El diario local reproduce así al nivel nacional, discursos y noticias que habían sido seleccionados desde otras localizaciones, para otros contextos nacionales siguiendo diferentes pautas de relevancia. De este modo se materializaba el dictamen de Velasco: “...nuestros diarios son una sustancia que engorda a los que la venden i no alimenta a los que la compran”.<sup>54</sup> En vez de producir localmente se rellenaba el espacio impreso con extractos supuestamente irrelevantes que permitían al editor vender avisos comerciales y el mismo diario. Este hecho en sí, es decir, el que los diarios se vendieran a pesar de las prácticas de la redacción de tijeras, recortes y pegoteos, nos habla, por el contrario, de un público para quien la conexión internacional era importante; lectores para quienes, cabe especular, tal vez la idea misma de estar recibiendo noticias de lugares comercialmente importantes pero remotos, era un signo de modernidad y desarrollo. Ello nos indicaría que tal vez debamos considerar la redacción de tijera más que como una aberración, como una primera y todavía bastante rústica manifestación de las formas de transacción entre una escritura nacional y su comunidad de lectores y aquellas foráneas que le ofrecían modelos de discursividad y funcionamiento.

El segundo nivel de problemas, el nivel de la separación entre lo privado y lo público, nos habla de los “remitidos” y de la crónica.

<sup>53</sup> Velasco, “La Prensa diaria”, p. 462.

<sup>54</sup> Velasco, “La Prensa diaria”, p. 471.



Los “remitidos” corresponden a lo que hoy llamaríamos inserciones, es decir, comunicados públicos que hace una persona privada que paga al diario por la publicación de su escrito:

“O el comunicado es de interés público, i entonces el diario debe acogerlo, patrocinarlo i darle el prestigio de su nombre, o es de interés personal i debe rechazarlo. (...) Cuando se da cabida a un comunicado de interés exclusivamente personal, los suscriptores pierden el espacio que ocupa este comunicado, i lo que es una pérdida para el suscriptor es una ganancia para la caja de la imprenta. El suscriptor tiene menos que leer pero el diario ha cobrado...”<sup>55</sup>

Importa destacar aquí el despliegue de la ambigüedad de la expresión “interés público.” Ambigüedad que nos devuelve a los dos planos, cívico y mercantil, en que se mueve el texto de Velasco. De este modo, el interés público se mide simultáneamente por su valor para la sociedad civil como por su atractivo para el público consumidor. En esta difícil transacción es donde debe negociarse la distancia entre lo que tiene un interés general y lo que es sólo de un interés particular. La solución, como pronto intuye Velasco, no es tan fácil como su primera declaración hacía esperar.

La contradicción entre lo público y lo privado en el lenguaje cívico, cuyo límite es el de los intereses personales y las influencias, las reputaciones y las difamaciones, se manifiesta aun más claramente, ahora convertida a la lógica del mercado, en el espacio de la crónica. En efecto, allí la cuestión pasa a ser la relevancia/irrelevancia para un público lector exigente que se expresa por la vía del ejercicio de su poder comprador. La expresión concreta de la variedad de intereses lectores que debían ser satisfechos por la crónica, revela también la especificidad de este discurso y su rango temático: noticias “sociales” (muertes, nacimientos, fiestas, etc), noticias políticas y administrativas (sesiones municipales, parlamentarias), noticias policiales (crímenes grandes y pequeños contra la propiedad

---

<sup>55</sup> Velasco, “La Prensa diaria”, p. 467.

económica y la moral). Junto a ellas se hallaban la revista bibliográfica y la teatral. Sobre esta última conviene destacar, porque volveremos sobre ello en el capítulo siguiente, que el teatro santiaguino incorporaba como espacio performativo una serie mucho más amplia de espectáculos que aquellos que normalmente asociamos con él.<sup>56</sup>

“El cronista tiene que copiar las defunciones, las compra-ventas, los decretos del intendente de la provincia, las sesiones municipales i el movimiento administrativo. (...) El parte de policía es la gran fuente de sus inspiraciones. El público sabe con una precisión invariable cuántos hombres se embriagaron el día anterior, cuántos maridos golpearon a sus mujeres i cuántas mujeres hicieron aprehender a sus maridos. Cuando el parte está mui pobre i el ingenio mui despierto se levanta una calumnia a los cocheros o se inventa un robo imaginario...”<sup>57</sup>

Para el cronista entonces el problema del interés general/particular se manifiesta como un problema narrativo que afecta en parte la distinción entre la ficción y la realidad. Ni tan concreta como el parte policial ni tan literaria como la novela, la crónica apareció siempre como un espacio de negociación y representación de la discursividad nacional, allí donde esta emergió en la práctica escrituraria del siglo XIX, es decir, en el periódico. Había en la crónica, por definición, un germen de literariedad:

No hai en los diarios nada más leído ni nada más descuidado que la crónica. Todos los lectores, frívolos i serios, la recorren con curiosidad. Saber qué pasa es uno de los más ardientes deseos que experimenta el público. (...) *El diario está en la obligación de darnos noticias que ignoramos i de repetirnos noticias que*

<sup>56</sup> “El cronista es juez obligado de las funciones públicas, i las revistas de teatro son una de las grandes especialidades de nuestra prensa. Los ratones industriosos, los perros i monos sabios, los caballos de Chiarini, los títeres de Balnetti, los acróbatas americanos (...) la ópera italiana, las compañías de Jarques i Villalonga, [etc]...” p. 463.

<sup>57</sup> Velasco, “La Prensa diaria”, p. 463.

*sabemos. Mientras mejor conocemos el hecho que se nos narra, con más interés leemos su descripción.* Es lo que pasa con una comedia de costumbres por ejemplo; pero, como en este caso, exigimos en aquel que una chispa de inteligencia disminuya la opacidad de las cosas que han llegado a sernos familiares.<sup>58</sup>

La clave narrativa de la crónica era entonces la mediación: tanto entre tipos diferentes de lectores como, a través de “esa chispa de inteligencia”, entre la falta de relevancia de lo foráneo y la excesiva familiaridad de lo conocido. Desfamiliarizar lo familiar para –sin volverlo irreconocible– tornarlo atractivo para *todo* tipo de lectores, recrear con estilo lo real sin distorsionarlo, eran algunos de los desafíos específicos de la narratividad cronística. Aquella chispa, sin embargo, sólo podía brotar, para ser efectiva en el contexto local y nacional, de autores nacionales que conocieran la historia, las condiciones y los intereses de la sociedad chilena.

La solución de Velasco al problema de la prensa chilena tenía dos aspectos: encontrar el punto justo entre la cantidad y la calidad de la información y contratar para las noticias del extranjero corresponsales chilenos que viviesen en Europa.

El problema de la relación cantidad/calidad revelaba que en el diario chileno no se trataba simplemente de la concurrencia de dos formas diversas de periodismo, uno cívico y el otro comercial, sino de la manera en que mucho del aparente contenido ilustrado, patriótico y cívico del diario había sido ya subsumido por la lógica del mercado.

“A la literatura oficial, que no es seguramente un modelo de buen gusto se conceden entre nosotros los honores de la publicación *in integrum*”<sup>59</sup>

<sup>58</sup> Fanor Velasco, “La Prensa diaria”, p. 471. El subrayado es mío. El espacio profesional por excelencia para muchos escritores modernos latinoamericanos sería, años después, la crónica de alto nivel, como han estudiado Ramos (1989) y Rama (1970). Aníbal González, por su parte, ha propuesto que el periodismo sensacionalista de las “crime stories” es el modelo discursivo principal del *Facundo* de Sarmiento. Véase, González (1993, 60).

<sup>59</sup> Velasco, “La Prensa diaria”, p. 469.

En efecto, a menudo este predominio de las noticias oficiales (la transcripción del discurso del Estado) no era hacia 1873 más que el reflejo de un determinado estadio del desarrollo de la prensa comercial en Chile y de sus limitaciones productivas.

“Con [su] (...) limitadísimo número de empleados [cuatro en promedio] i con este escasísimo desembolso, los diarios no sabrían cómo llenar sus columnas sino fuera por los documentos oficiales a los que ya nos hemos referido i por la abundancia de comunicados.”<sup>60</sup>

Por otro lado estaba el tema de la nacionalización de la prosa periodística nacional y, por consiguiente, de la nacionalización de su lectura:

“Encargando a individuos que nunca han pisado nuestro suelo la tarea de mirar por nosotros la marcha de la Europa, hacemos como el miope que por ahorrarse la molestia de ir a buscar personalmente sus anteojos los enviara a comprar con un tercero. (...) Necesitamos corresponsales que lleven allá nuestro criterio, (...) necesitamos correspondencias con cierto sabor local que nos las haga apetecibles, con indicaciones estudiosas e inteligentes que nos permitan aprovechar los progresos incesantes de la Europa”<sup>61</sup>

Entre Europa y Chile, entre el allá exterior y el aquí local, entre lo apetecible y lo que educa, entre el estudio y la entretención, reconocemos claramente la localización de la crónica, y con ella, el primer esbozo y el sustento material y discursivo del programa de la novela de costumbres nacionales que Alberto Blest Gana elaboró contemporáneamente. No sorprende entonces que muchos de sus primeros escritos desarrollen, en la forma de crónicas de la vida cotidiana nacional ( “Un baile en Santiago”, “Algunos matrimonios”,

<sup>60</sup> Velasco, “La Prensa diaria”, p. 475.

<sup>61</sup> Velasco, “La Prensa diaria”, p. 472.

“Los Placeres de Santiago”, etc.), varios de los aspectos y tensiones mencionados.<sup>62</sup>

De este modo, la crónica y los diarios nacionales contribuyeron, a través de la confluencia de factores de raíz ilustrada y mercantil, es decir a través de la negociación entre programas autoriales y necesidades y demandas lectoras, al desarrollo de cierta literatura nacional. Proporcionaron entonces, el sustrato lingüístico-cultural que le permitiría a ésta intentar reflejar y producir una perspectiva y un lenguaje nacionales que, de este modo, estuvieran en condición de interesar y satisfacer a un público cada vez más amplio y más diverso. Importa destacar, sin embargo, que la consideración de los periódicos en el siglo XIX no debe caer en el teleologismo que considera a su escritura y, mucho menos frecuentemente, a su lectura, sólo en tanto preparan el camino a la novela nacional. Muy por el contrario, y aún admitiendo lo que, como acabamos de demostrar hay de cierto en ello, es crucial entender que la lectura y la escritura de diarios fueron *en sí mismas* las formas de mediación entre una cultura de orientación tradicional y la formación burguesa y nacional que la sucedió. Su consumo masivo representó así en el siglo XIX, una particular ceremonia de construcción de la nación. Ceremonia a veces privada y otras, colectiva, pero siempre pública en sus efectos culturales.

---

<sup>62</sup> Véase Blest Gana, Alberto. *El Jefe de la familia y otras páginas*, Santiago: Zig-Zag, 1956.



## CAPÍTULO 4

### ROSARIO ORREGO Y CARLOS LATHROP: LA CULTURA DE LOS AUTORES Y LECTORES FEMENINOS Y POPULARES

#### **Autoría**

Es evidente en el Chile de la segunda mitad del siglo XIX que la literatura, y especialmente la novela, en tanto circuito comunicativo que supone identidades claras de autor, mensaje y receptores, está todavía en proceso de consolidación. Con el caso de Alberto Blest Gana vimos ya el intento por definir -y ésta es la novedad que más nos interesa destacar ahora pues separa la comunicación literaria de la segunda mitad del siglo de aquella de la primera- una posición autorial que fuera simultáneamente una posición validada en el mercado económico de los discursos circulantes y una figura socialmente legitimada de autor, una autoría autorizada tanto por los pares intelectuales como por los lectores. Ese intento de definición exigía determinaciones paralelas de la naturaleza del mensaje (su género, sus objetivos estético-morales y políticos, sus lenguajes, sus modos de representación) y de los receptores deseados/buscados. En suma, para ser viable, dicho proyecto de autoría nacional requería un contrato productivo en que cada parte asumiera una identidad estable o, al menos, un rol aceptado y aceptable.

Rosario Orrego y Carlos Lathrop -de quienes nos ocuparemos ahora para acceder a través de sus trayectorias al universo comunicativo de mujeres y artesanos- compartieron con Blest Gana la búsqueda de aquel contrato y de un cierto concepto de autoría. Los tres buscaron legitimar sus producciones textuales en las necesidades descriptivas y narrativas de un mundo nuevo: el del Chile de la segunda mitad del siglo XIX. Dicho mundo incorporaba actores, situaciones y acciones que el antiguo repertorio de la retórica y la poética clásica en sus versiones escolástica o dieciochesca española,

no cubría. Este mundo social nuevo y su renovado público de lectores exigía la satisfacción de sus necesidades de entretención, comparaba las producciones nacionales con las extranjeras y, finalmente, votaba con sus actos de consumo y preferencia por una u otra. La emergencia de este público lector, activo como agente y fermento cultural, significó posibilidades nuevas de enunciación, proyectos narrativos, poéticos y dramáticos que intentaron satisfacer la estructura de la demanda con nuevas formas de autoría que Blest Gana, Rosario Orrego y Carlos Lathrop exploraron.

Como sabemos, la autoría estuvo originalmente ligada a la autoridad de los autores clásicos que el trivium y el cuadrivium medieval habían privilegiado.<sup>1</sup> Cuando la noción de autor se independizó en Europa del comentario de las autoridades existentes (algo que según Sarmiento, como vimos, aun no había acabado de hacer en la escolástica cordobesa en la Argentina de la primera mitad del siglo XIX) lo hizo, en parte, aprovechando la oportunidad que el Nuevo Mundo americano le proporcionaba. Las nuevas realidades que los antiguos habían desconocido requerían nuevas formas y vocabularios que fueran capaces de transmitir su novedad. Se refuncionalizaron así las crónicas, las historias y las relaciones para narrar ese Nuevo Mundo. De manera semejante, si se nos permite el rápido salto de varios siglos, Blest Gana, Orrego y Lathrop, cada uno a su manera y dentro de sus posibilidades, aspiraron a narrar una sociedad percibida como nueva para un público chileno de nuevo cuño. De este modo, la idea de cambio epocal y su especificidad histórica en Chile, validó una posición local respecto a los nuevos autores importantes (ahora franceses e ingleses) y permitió así una posición de (relativamente autorizada) autoría nacional.

Como señala abundantemente la bibliografía crítica, el desarrollo pleno de relaciones sociales mediadas por el capitalismo tiende a afectar fuertemente la familia como institución y con ella, a las identidades sociales que, en la época, encuentran allí su espacio más directo de determinación: las mujeres en general y sus roles como

---

<sup>1</sup> Pease, Donald. "Author" p. 264 en Burke, Sean. *Authorship. From Plato to the Postmodern. A Reader*, Edimburgh: Edimburgh University Press, 1995.



madres, esposas o hijas, en particular. El tipo y el nivel de desempeño requerido para su funcionamiento adecuado en y a los nuevos tiempos, exige una constante reevaluación de sus formas de entrenamiento social. Lo mismo ocurría con las relaciones entre los artesanos y entre ellos y el resto de los componentes de la formación social chilena.

La literatura, o más ampliamente el discurso escrito, como ya mencionamos en los capítulos primero y segundo, fue precisamente uno de esos espacios discursivos en donde se debatió y produjo la naturaleza y alcances de esta reeducación de los hábitos sociales. Se aunaban en ella varias condiciones que la hacían especialmente apta para convertirse, al menos parcialmente, en el soporte material de esta disputa social sobre el cambio de las costumbres y de la sociedad. La lectura de toda clase de nuevos tipos de publicaciones afectaba de manera directa, y evidentemente efectiva, a sectores antes sometidos a una cautela patriarcal sin trizaduras. Las mujeres y los artesanos, los jóvenes de ambos sexos, todos aquellos considerados como sujetos inmaduros por el patriarcado nacional, se hallaban ahora expuestos al contagio con ideas peligrosas y, por tanto, ‘necesitados’ de la protección benigna que aquel patriarcado decía proporcionar. De este modo, mujeres y artesanos se habrían de convertir en significantes flotantes cuya definición, disputada en términos de roles deseados o esperados, sería uno de los puntos de articulación más importantes tanto de las propuestas de desarrollo liberales como de las conservadoras.

En 1862, *La Estrella de Chile*, uno de los baluartes del catolicismo tradicional en el Chile del siglo XIX, señalaba, por ejemplo:

“La religión cuenta con dos apoyos principales y absolutamente necesarios, y son el sacerdote y la religión. Sin sacerdote no hay religión (...) Viene en seguida la mujer, que como madre, hermana o esposa, es el foco de la fe y la piedad en las familias y quien más contribuye a la educación religiosa y moral de las jentes”<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> *La Estrella de Chile*, Año I, número 30, 26 de diciembre de 1862, p. 1.

Lamentaba luego que “Aprovechando la ciega exaltación producida por el vértigo del dolor, se ha[ya] intentado minar esos dos muros, difamando primero al sacerdote y en seguida a la mujer” La ocasión la había proporcionado el gigantesco incendio de la iglesia de la Compañía en el corazón de la ciudad de Santiago en diciembre de 1863, en el cual perecieron centenares de mujeres de la alta y media sociedad chilena y sus respectivas criadas. Con posterioridad al incendio, la prensa liberal había cuestionado la moralidad de los sacerdotes, la inconveniencia de que las iglesias permanecieran abiertas las veinticuatro horas del día, y los verdaderos destinos de los grupos de mujeres que con el “pretexto de asistir a las funciones nocturnas de la iglesia” se encaminaban, supuestamente, hacia rumbos desconocidos. De hecho, aunque no pueda revisarse aquí, la discusión sobre esta catástrofe es uno de los momentos críticos para entender el lugar social crucial que las mujeres tenían en la re/producción social tanto para el discurso católico conservador como para el liberal que, aprovechando la ocasión, intentaba ganar espacio para la secularización de la sociedad chilena. Los roles y conductas atribuidos en esta discusión a las mujeres (de la alta y baja sociedad santiaguina) revelan aquel carácter de significante maleable pero central de las mujeres en la semiosis epocal. Lo mismo ocurría con los predicados normalmente atribuidos por ambos tipos de discursos a los artesanos y obreros y, especialmente, a su acceso a diferentes formas de ocio, incluidas la lectura de periódicos y hojas sueltas, la asistencia a espectáculos teatrales, los salones del picholeo y las chinganas, entre otras formas de diversión.

En el mismo periódico se lamentó con insistencia “la lectura de los malos libros” que la juventud de la época realizaba. Para combatir esta tendencia se recomendaba, por ejemplo, la censura:

“...una requisición sobre los libros que se ponen a la venta, fijando particularmente su atención sobre los folletines que de tiempo en tiempo aparecen en nuestros diarios, para tirarse luego por millares y circular entre todas las clases de la sociedad, como un tósigo corruptor de las buenas costumbres”<sup>3</sup>

<sup>3</sup> “La lectura de los malos libros”, *La Estrella de Chile*, Año I, número 4, 27 de junio de 1863, p. 1.

De particular interés era para *La Estrella de Chile*, el nocivo efecto, multiplicador e indiscriminado, que la lectura de los ‘malos’ textos tenía para el resto de la sociedad. A través de las mujeres de las familias de elite, esas publicaciones tenían acceso a “leyentes” de todas las edades, los géneros y las condiciones sociales:

“Así no es extraño ver a una joven que a la exactitud de sus deberes relijiosos, une una conducta ejemplar, tomar una novela, tanto por gusto como por pasatiempo, en cuya lectura parece encontrar todas sus delicias: ya sabemos todos cual es la moral de los novelistas del día. Además si el padre está suscrito a alguno de nuestros diarios, esto basta para que la madre, las hijas (aun las de menor edad) y aun los mismos criados se tomen el derecho de leerlos (princiando por el folletín) con preferencia tal vez a otros deberes de la casa.”<sup>4</sup>

“Ya lo hemos dicho, se falta a a toda lójica cuando se retacea y se corrije una composición dramática que se considera inmoral, sin cuyo requisito no se permite dar a la escena, y se dejan circular en los diarios y en ediciones sueltas novelas tanto o más inmorales que esos dramas”<sup>5</sup>

La circulación temida, supuesta y efectiva de textos impresos transmitida por nuevos canales y a nuevos sectores supuso entonces, además de la emergencia de nuevos agentes sociales, un desafío a los esfuerzos de la sociedad patriarcal por controlar dichos flujos y actores. En lo que sigue entonces, nos ocuparemos primero de la cultura femenina de la época de Rosario Orrego y de su específica forma de autoría; para pasar, luego de unas breves consideraciones sobre la educación popular del último tercio del siglo XIX, a Carlos Lathrop y la emergente cultura popular y mesocrática.

---

<sup>4</sup> “Precauciones a las familias”, *La Estrella de Chile*, Año I, número 44, 2 de abril de 1864, p. 1.

<sup>5</sup> “Censura de libros”, *La Estrella de Chile*, Año I, número 9, 1 de agosto de 1863, p. 1.

## Educación de la mujer

En 1864 en carta a los editores de *La Mariposa*, titulada “La Mujer de Chile”, los firmantes, “unos extranjeros americanos” establecían su apreciación del nivel cultural de las chilenas. Reaccionando a un artículo de un autor español que había sido publicado recientemente, los autores señalaban:

“Comparando a las chilenas con sus paisanas [españolas], dice el señor de la Espada que *no aprenden mas jeografía que la de su casa, mas historia que la de su familia, más lengua que la balbuciente de sus hijos, etc.*

Algunos años atrás podría decirse esto sin temor de equivocarse, pero en el día no. Permítanos pues el señor de la Espada, decirle que las chilenas, no sólo las porteñas y santiaguinas que él conoce, sino las del sur y norte de la República, no sólo entre la clase aristocrática sino entre la menos acomodada, todas aprenden más jeografía que la de su casa, más historia que la de su familia...”<sup>6</sup>

Daban como prueba de su aserto la existencia, si no incomprendible, de “tantos y tan acreditados colejos” y de “centenares [de] (...) escuelas para niñas”

“Si las chilenas en su trato común [continuaban] no manifiestan haber aprendido, es decir, saber lo que se cree ignoran, es porque no entra en sus ideas de cultura y buen gusto el hacer alarde de *leidas y sabidas* como las francesas; es porque en este sentido se abstienen por caracter de dar a conocer sus méritos”

Se confirmaban aquí, de este modo, dos coordenadas que habían organizado y habrían de organizar muchas de las discusiones que, a partir de mediados del siglo XIX, se producirían en Chile a propósito de cuál era la educación adecuada para la mujer en los

---

<sup>6</sup> *La Mariposa*, número 17, 20 de enero de 1864, p. 136.

tiempos modernos<sup>7</sup>. Había, por un lado, la oposición de la domesticidad y lo social (“no aprenden mas jeografía que la de su casa”) y, por otro, el repliegue o despliegue que de su educación podía o debía apropiadamente hacer la mujer (“se abstienen por caracter de dar a conocer sus méritos”). En ambos casos se trataba en rigor, al menos para muchas de las opiniones, no de antinomias absolutas sino de encontrar las formas adecuadas de mediación entre esos espacios y actitudes antitéticas. Para explorar el tema, dedicaremos las páginas que siguen al texto *Educación de la mujer por Eduvijis Casanova de Polanco, Directora de la Escuela Superior de Valparaíso. Obra aprobada por la Universidad y mandada adoptar por el Supremo Gobierno como testo de lectura en las escuelas primarias de niñas*.<sup>8</sup>

Casanova de Polanco realiza en efecto dos distinciones análogas para demarcar el terreno en que desarrollará su exposición:

“[La misión de la mujer es:] hacer amar la virtud en sus propios atractivos. Pero como está destinada a vivir en una doble existencia, es decir, en la vida de familia i en la de sociedad, pudiendo en ambas ejercer su influencia activa o pasivamente según que sea hija, esposa, madre o amiga del hombre, debemos considerar la misión de la mujer bajo dos aspectos: en jeneral i en particular.” (p. 4)

La misión general de la mujer, “hacer amable la virtud”, se extiende desde el interior del espacio familiar a la sociabilidad de los salones. Su misión particular se restringe, en cambio, al espacio propiamente doméstico en su condición de madre y esposa. Por otro lado, Casanova de Polanco deja muy en claro que su interés no es simplemente producir un manual de conducta para las futuras señoritas sino un tratado que piense y argumente la condición de la mujer en la sociedad contemporánea. De allí la presencia de al menos dos tonos en su escrito: en el primero, se dirige a las mujeres

<sup>7</sup> Como veremos luego estas polémicas eran, no casualmente, paralelas a las que discutían la educación popular.

<sup>8</sup> Casanova de Polanco, Eduvijis. *Educación de la mujer*. Valparaíso: Imprenta de la Patria, 1871.

adultas (“me atrevo a ofrecer este pequeño trabajo a las madres de familia i directoras de colejo”) para hacerlas partícipes de su propia reflexión con un lenguaje que las niñas de las escuelas primarias de la época no habrían podido comprender:

“Los capítulos de la misión e instrucción de la mujer, tienen más bien por objeto departir sobre nuestros deberes con aquellas que están dedicadas a la educación, que enseñar a las educandas...” (p. IV)

En el segundo tono, el “didáctico”, Casanova de Polanco adopta el lenguaje de los manuales de conducta escolares, apostrofando directamente a las niñas con preceptos y máximas desarrollados a menudo por la vía del ejemplo.

La presencia de ambos tonos en el texto de Casanova de Polanco, el filosófico y el escolar -el reflexivo, que busca mover las mentes y, el del manual que persigue dominar los cuerpos, las conductas y los corazones- revela ya la presencia de una doble voluntad de acatamiento y expansión de los espacios y los roles que la sociedad patriarcal imponía a la mujer. Acatamiento, porque se habla el lenguaje de la práctica, porque se acepta la estructuración primaria del espacio social en la forma de la división público/privado y se desarrollan consecuentemente los deberes de la mujer. Subversión, porque se teoriza, porque en dicha división se privilegia el aspecto y el origen social de dichos deberes y se expande su sentido hasta que estos devienen derechos de la mujer. De este modo, Casanova se permite la siguiente clarificación, que sorprende en un texto escolar destinado al uso de las alumnas primarias:

“Hai todavía otras virtudes i cualidades de que debe adornarse la mujer para que sirvan de realce a las que se han asignado a su misión, tanto jeneral como particular; tales como el buen gobierno de la casa, economía, aseo, prudencia, buen orden en todos sus quehaceres i perfecto arreglo del interior de cada familia, las cuales me abstengo de describir en este opúsculo porque el estudio de esas materias pertenece a la economía doméstica”<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Casanova de Polanco, *Educación de la mujer*, p. 16.

Con ello aclaraba que aun aquello que en su texto parecía más práctico y aplicado, más doméstico y cotidiano, debía ser pensado fuera de ese espacio y como parte de una reflexión no confinada por el género de la pragmática y los manuales. En la economía discursiva de su obra entonces, lo doméstico no podía ser entendido sino como parte de una misión social que la mujer debía y podía no sólo ejercer sino también expandir, como performativamente lo hacía ya su propio texto.

Como Casanova de Polanco, la mujer debía usar de las múltiples tretas del débil para hacer hablar y contar como armas y estrategias retóricas de su discurso, no sólo las palabras y las expansiones sino asimismo los silencios y las contenciones.<sup>10</sup> Así debe leerse su enunciación completa de la “misión de la mujer”:

“La misión de la mujer se reduce, en jeneral, a hacer amable la virtud, siendo el ángel tutelar de la familia i el ornato de la sociedad; en particular, a iluminar al que se estravía para volverlo al recto sendero del bien, a formar de sus hijos ciudadanos virtuosos e ilustrados i a hacer triunfar la causa de la Relijión i de la Moral”<sup>11</sup>

En efecto, recogiendo el discurso conservador sobre la responsabilidad que las mujeres tenían en la defensa de la fe cristiana frente a lo que desde ese punto de vista se percibía como el ataque inmoral y secularizador del liberalismo, Casanova de Polanco lo adaptaba para hacer de él el fundamento de la necesidad de la educación de la mujer y de su esencial igualdad frente al hombre:

“Dando por sentado que las facultades intelectuales de la mujer se despiertan i desarrollan con tanta facilidad como las del hom-

---

<sup>10</sup> Sobre la expresión “tretas del débil” en el contexto del feminismo latinoamericano, véase por supuesto el trabajo clásico de Josefina Ludmer, “Las Tretas del débil”, en Gonzalez, Patricia Elena y Eliana Ortega (editoras) *La sartén por el mango: Encuentro de escritoras latinoamericanas*. Río Piedras: Huracán, 1984.

<sup>11</sup> Casanova de Polanco, *Educación de la mujer*, p. 3. De aquí en más, las referencias de página sin otra atribución, corresponden a este texto de Casanova de Polanco.

bre, no me detendré a examinar la oportunidad [es decir, la in/conveniencia] de enseñar a las niñas todos aquellos conocimientos que les granjean la consideración i el aprecio de las personas sensatas” (p. II)

Distinguía así tres aspectos de dicha educación que eran imprescindibles para que ella fuera completa. En una primera versión los jerarquizaba así:

“Tomando la palabra educación en su verdadera acepción, podemos dividirla en tres partes: moral, instrucción i urbanidad. La moral debe entrar como base, la instrucción como elementos componentes i la urbanidad como complemento.” (pp. II-III)

Luego los presentaba en una reordenación mas afin al verdadero espíritu de su texto:

“La educación para ser completa, debe constar de una instrucción vasta, de principios morales bien fundados e inculcados en el corazón desde los primeros años, de religiosidad i urbanidad” (p. 5)

En cualquier caso, cada uno de estos aspectos era crucial para que la educación produjese sujetos femeninos debidamente balanceados. De no ser así se corría el riesgo de caer en cualquiera de los varios extremos que amenazaban el destino social de la mujer. Para nuestros efectos aquí son particularmente relevantes los peligros que se relacionan con el uso del discurso hablado y las formas elegantes de la sociabilidad urbana. Si la mujer debidamente educada sabía encontrar siempre el justo medio, la que erraba podía convertirse, en cambio, en uno de dos estereotipos fuertemente extendidos en la segunda mitad del siglo XIX chileno: la coqueta, es decir la mujer demasiado liberal afectada por un exceso de discurso, y la beata, o sea la demasiado religiosa que sufría de dos males: falta de discurso y/o uso del discurso equivocado.

“Tanto fastidia el estúpido laconismo de aquellas que no tienen más respuesta a las interpelaciones que se les dirijen o conversa-



ciones que se les promueven, que un simple adverbio de afirmación o de negación, o una aseveración del estado de la atmósfera, como la insoportable charla sobre asuntos de tocador, modas i otras fruslerías por el estilo con que suelen aturdir a los oyentes sensatos ciertas mujeres que tienen tan vacío el espíritu como el corazón.” (p. 5)

Entre el “estúpido laconismo” y la “insoportable charla”, entre la hipo y la hiperdiscursividad, había un grado perfecto de control de la dialéctica repliegue/despliegue que debía presidir la conducta verbal de la mujer en sociedad. Ese grado sólo se alcanzaba con la educación apropiada. En el otro extremo se hallaba la beata:

“Tomemos por segundo ejemplo a otra que, educada exclusivamente en los sentimientos religiosos, haya llegado a formarse un gran fondo de piedad; pero que carezca del discernimiento que da la instrucción. Esta no sabrá distinguir cuáles virtudes se adaptan a sus deberes ni menos sabrá propagarlas (...) A más, no teniendo el barniz de la urbanidad o buen trato social, que hace suaves los modales, amables, medidas i atentas las acciones i palabras, adolecerá de cierta chocante rudeza, brusco comportamiento, dureza i acritud, que le harán pesada a la familia i del todo intolerable en sociedad...” (p. 6)

Esta caracterización de la mujer religiosa dejaba muy en claro sus insuficiencias como modelo pero a la vez recuperaba, reapropiándose, la visión conservadora de la mujer que le señalaba a ésta el deber de velar por la fe y la moral cristiana en una sociedad secularizante y liberal. Lo crucial era aquí que la “la educación” pasaba así a ser *conditio sine qua non* de la naturaleza y misión que Dios había asignado a la mujer en la tierra. De este modo, lo que era una forma de control y una carga en la versión conservadora de la mujer, devenía por la vía de su aceptación crítica, una propuesta transformadora y expansiva de dichos roles a la vez que una puerta de acceso a la educación formal.

La idea de la mujer que operaba más al nivel de la seducción que del raciocinio persistía, pero ahora transformada:

“No basta la educación moral por si sola para que la mujer cumpla esta parte de su misión; es preciso, como ya queda demostrado, que tenga el arte de hacer prevalecer sus principios, i esto se consigue sino por medio de la instrucción que, dando un lenguaje florido i conversación amena a la que la posee, la hace digna de ser oída con el mismo encanto que se oye una música suave i arrobadora” (p. 10)

Todavía había “música suave y arrobadora” en el discurso femenino pero ahora estaba al servicio de hacer prevalecer los “principios’ y las ideas de la mujer. El efecto de la transformación era revolucionario:

“...no todas las mujeres son lo que debieran ser, ... la ignorancia postra a muchas en un estado de abatimiento tal, que les quita la fuerza hasta para hacerse dignas i sacudirse el yugo de servilismo que les impone el orgullo de los hombres, cuando no sus estraviados deseos...” (p. 9)

No bastaba sin embargo, con “la educación” común. No cualquier barniz formal era suficiente. En su defensa de “una instrucción vasta” y del verdadero ideal de una mujer educada, Casanova de Polanco se refería además a la norma a la sazón imperante:

“Si hai quien diga que le fastidia una mujer por instruida (...) será quien tenga por mujer instruida a aquella que ha adquirido cierto manejo para tocar, sin gusto ni sentimiento, algunos trozos en el piano, que puede hablar tres o cuatro palabras de un idioma extranjero (...) o la que a fuerza de leer novelas se ha apoderado de cierto caudal de términos altisonantes i los prodiga sin discernimiento...” (pp. 22-23)

La descripción parece hecha para reflejar la diferencia que en parte separa a dos de los personajes femeninos secundarios de *Martín Rivas*. En efecto, en la novela de Blest Gana, doña Francisca quiere siempre dar a conocer sus opiniones en política, lo que la hace aparecer no sólo a los ojos de su algo ridículo marido sino, más

significativamente, a los del narrador, como una mujer interesante e independiente pero en lo esencial, fuera de (su) lugar. Esta dislocación debe contrastarse con la descripción de los hábitos lectores de novelas y folletines y las pautas de comportamiento que ellos engendraban en la mujer de clase media y baja. Para Alberto Blest Gana, por ejemplo, dichas lecturas si bien desarrollaban una cierta hipersensibilidad, ennoblecían o sublimaban las almas comunes haciéndolas moralmente capaces de acciones heroicas que permitían el progreso de la nación.<sup>12</sup>

Contrastando diferentes formas de dislocación, Casanova de Polanco concluía afirmando que no se trataba tanto de la impropiedad de la mujer en la esfera pública sino de cuáles formas de publicidad eran para ella nocivas o productivas. La modestia y la domesticidad de la mujer tenían así dos límites, dos aspectos que funcionaban o podían funcionar como aperturas del discurso femenino hacia espacios menos limitados que los que marcaba la cotidianidad del hogar. Si en el tono didáctico del manual de comportamiento ellos adquirirían la forma del consejo práctico —“Procurad que vuestra conversación no sea tan vulgar que no sepa salir de asuntos domésticos, anécdotas de vecindario, modas, etc.” (p. 61)— en el tono teórico del resto del texto, implicaban una reconsideración de la estructuración rígida de lo social de acuerdo a lineamientos que separaban lo público de lo privado de maneras análogas a la división masculino/femenino.

Había, por ejemplo, la publicidad errónea de la “mujer pública”:

“Y ya que la funesta celebridad de algunas mujeres, vergüenza de nuestro sexo; por sus defectos i excesos, se tolera en sociedad, esperemos que invocando esa tolerancia ya que no la justicia,

---

<sup>12</sup> Cualquiera fuera el valor final que se les asignase a estas formas contemporáneas y comunes de “literacy” y socialización femenina (producción de música, consumo de novelas), lo cierto es que tanto Blest Gana como Casanova de Polanco las reconocen primero, como fenómenos fuertemente extendidos en la época, y en segundo lugar, como espacios de formación de una cultura femenina nacional.

principie a desaparecer la malhadada preocupación que encadena a nuestro sexo.(1)” (p. 24)

Esta funesta preocupación era la que ligaba socialmente la publicidad con los hombres y la domesticidad con las mujeres de una manera exclusiva o esencialista:

“no hai lei alguna moral o civil que condene a la mujer a ocultar u oscurecer su nombre, reservando ese derecho al hombre como exclusivo poseedor del vasto campo de la inteligencia”

Nada había de intrínsecamente malo en la publicidad que brindaba la inteligencia femenina manifestada en las artes o la literatura. De hecho, la referencia a “la malhadada preocupación que encadena a nuestro sexo.(1)”, concluía con esta nota “(1)” que aludía en los siguientes términos a una publicidad femenina deseable y necesaria:

“Hemos tenido el gusto de ver publicadas en varios periódicos literarios, i entre ellos la *Revista del Pacífico* i la *Revista de Sud-América*, varias composiciones en prosa i verso que figuraban como dignas colaboradoras de ellos, doña Mercedes Marín del Solar, que ya no existe, i la señora Orrego de Uribe que escribía bajo el seudónimo de ‘una madre’” (p. 24, nota 1)

La propuesta teórico-práctica de Eduvijis Casanova de Polanco sobre la educación de las mujeres hacia 1871, se cerraba de este modo con una resemantización de los límites que los discursos religioso y social imperantes habían impuesto a la discursividad femenina, rescatando el derecho de la mujer a la autoridad de la letra y del discurso escrito y público.

La originalidad de la propuesta de Casanova de Polanco se aprecia aún mejor si se la contrasta, aunque más no sea brevemente, con, por ejemplo, la del político conservador Carlos Walker Martínez. Este señalaba, criticando la labor educativa del gobierno del liberal Domingo Santa María (1881-1886):

“El Estado, en las escuelas de niñas, crea un vanidad tan necia

con su detestable sistema de estudios a las pobres educandas, que de esas infelices la mayor parte se forma una condición de vida artificial e imposible: consecuencia, la triste emigración que hace por toda la costa del Pacífico desde Chiloé a Panamá ejerciendo oficio infame. El Estado de la instrucción media saca tinterillos no hombres de trabajo. (...) Las escuelas particulares en cambio, hacen más práctica la educación; a las pobres niñas les enseñan lo que a su modesta posición conviene y [lo mismo hacen] a los muchachos del pueblo...”<sup>13</sup>

Allí donde Casanova afirmaba la importancia de las escuelas públicas para la educación de las mujeres, Walker Martínez veía el origen de esa forma de publicidad perversa que era para ambos la prostitución. Si la educación para aquella debía ser una forma productiva y provechosa de dislocación de los límites del género, para Walker Martínez era, idealmente, un sistema seguro para la reproducción de los espacios y los posicionamientos sociales (clasistas y genéricos). Obviamente Walker veía a las mujeres no sólo en su pertenencia al género femenino sino en su diferenciación de clase. Su oposición a las escuelas públicas para mujeres se extendía también a aquellas para varones. Mientras las primeras, al educar a las mujeres del pueblo (pues las mujeres de elite no eran parte de la clientela de los servicios de educación estatal) producían mujeres públicas, o sea prostitutas; las segundas, generaban tinterillos o sea empleados públicos que Walker veía como esencialmente improductivos. En ambos casos la educación brindada a los sectores populares era considerada inapropiada y contrastaba con la propiedad con que las escuelas particulares, es decir de beneficencia y religiosas, reproducían, al menos supuestamente, el status quo.

---

<sup>13</sup> Citado por Hernán Ramírez Necochea, “Panorama de la vida chilena en la época de la fundación del Instituto Pedagógico” en *Instituto Pedagógico, LXXV Aniversario de su fundación, 1889-1964*, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Educación, p 56.

## Rosario Orrego y la cultura femenina

Aunque poco conocida hoy, Rosario Orrego de Uribe (1834-1879) desarrolló una extensa labor cultural y literaria que merece ser recuperada y que le reportó en su época un amplio reconocimiento. Colaboradora en múltiples publicaciones, fue novelista y poeta, fundadora y redactora de la *Revista de Valparaíso* y, junto a lo más selecto de la intelectualidad (masculina) chilena, miembro de la Academia de Bellas Letras en 1873.<sup>14</sup>

En su *Plutarco de la joven americana. Rasgos biográficos de mujeres célebres de América. Escritos traducidos i extractados para uso de las jóvenes por José Bernardo Suarez alumno del primer curso de la Normal de Preceptores*, Suarez señala:

“La literatura chilena tiene mucho todavía que esperar de la consagración i del indisputable talento de la eminente poetisa sudamericana, honor del país que la vio nacer. No olvide la señora Orrego de Uribe que ella es la única joya que hoy puede ostentar con orgullo la nación más pobre de literatas de la América del Sur”<sup>15</sup>

Las palabras y el texto de Suarez nos hablan, respectivamente, de la singularidad de la posición de Orrego en el firmamento literario chileno en tanto productora literaria y de la existencia creciente de un público de lectoras femeninas a quienes va dirigido el volumen y que son las que, al fin y al cabo, lo justifican como publicación. Persuadido Suarez de que los libros para jóvenes debían ser baratos, se decidió a dividir su libro original *Rasgos biográficos de mujeres célebres de Europa i América* en dos mitades:

<sup>14</sup> Véase Vera Lamperein (1994, 48-51). Este gesto de recuperación ha sido continuado por Eugenia Brito (1995).

<sup>15</sup> *Plutarco de la joven americana. Rasgos biográficos de mujeres célebres de América. Escritos traducidos i extractados para uso de las jóvenes por José Bernardo Suarez alumno del primer curso de la Normal de Preceptores*, Santiago Imprenta Chilena, 1871, p. 156.

“Así la niña pobre i de escasos recursos puede obtener esta segunda parte, que trata de las mujeres célebres de América, por el ínfimo precio de cuarenta centavos; en tanto que la que goce de mayor comodidad, puede comprar las dos partes que valen el doble de la segunda”<sup>16</sup>

Suarez percibía y reconocía así, no sólo la existencia de este público de mujeres sino un grado de diferenciación que exigía productos debidamente orientados a satisfacer las demandas que el o los nuevos sujetos lectores femeninos planteaban en sus diversos segmentos: “En el siglo de ilustración en que vivimos, su utilidad [se refiere a la del libro] es incuestionable para los dos sexos como para todas las clases de la sociedad”

Sus palabras nos permiten entonces destacar la percepción de que ya hacia 1871 se debían y se podían publicar textos orientados hacia lectores femeninos y de clases sociales diversas.<sup>17</sup> Más de diez años antes Rosario Orrego había llegado a la misma conclusión respecto a las lectoras, comenzando un extenso periplo personal por las publicaciones periódicas chilenas.

Como señalamos anteriormente, Rosario Orrego presentó su novela *Alberto el jugador* al concurso auspiciado por la Universidad de Chile en 1860 que Alberto Blest Gana ganó con *La Aritmética en el amor*. Blest Gana se impuso a un autor anónimo y a Orrego de Uribe, quien firmó su texto con el pseudónimo de “una madre”. Apenas un mes después de su triunfo, el seis de diciembre de 1860 la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile nombró a Blest Gana para el cargo de miembro de número y le dio así un lugar autorizado en la cultura nacional. El texto de Orrego, en cam-

---

<sup>16</sup> *Plutarco de la joven americana*, p. 5.

<sup>17</sup> Debe destacarse también que Suarez, y en particular este texto, son un ejemplo de la emergencia de la creciente entidad y visibilidad de los niños como categoría segmentadora de lo social y del mercado. A partir de este momento, Suarez junto a otros destacados educadores desarrollaría una amplia labor en la producción de textos especializados en la satisfacción de las necesidades supuestas de la educación de niños y niñas. Sobre un aspecto de esta producción véase el último capítulo.

bio, no fue en rigor derrotado, pues presentado según el jurado, después de la fecha límite que le había sido especialmente concedida como prórroga,<sup>18</sup> fue descalificado. Su consideración estaba fuera de lugar en más de un sentido. Sobre la otra novela en competencia, *Judith* de autor anónimo, el jurado se extendió criticando las escasas descripciones de realidades chilenas y la concentración en una trama sentimental que podía acontecer en cualquier parte:

“La fábula de esta composición se halla mui lejos de ser esencialmente chilena. La ficción que la espresada obra nos refiere ha podido verificarse tanto en Alemania o Italia, como en el Perú o Chile. (...) esas [pocas] descripciones superpuestas a la narración i fáciles de ser cambiadas sin inconvenientes por otras relativas a países distintos del nuestro, no constituyen lo que se llama una novela de costumbres chilenas.”<sup>19</sup>

Con Alberto Blest Gana, como quedó establecido en el primer capítulo, la mediación fundamental entre autor, mensaje y público se produce por la coincidencia de un proyecto narrativo nacionalizante (la novela de costumbres nacionales definida por Blest Gana en tanto híbrido de novela histórica y costumbrista) con un público que se reconoce en la alianza nacionalizante de erótica y política propuesta por el autor de *Martín Rivas*. Su proyecto narrativo mismo, aparece autodefinido como mediación entre lo local y lo más general (la vida individual y la de la colectividad), Santiago y Chile, Chile y Francia (que ocupa, muy dédicimonicamente, el lugar de lo universal)

En Rosario Orrrego, el proyecto de mediación usará un prisma diferente. Si la novela de Blest Gana se define en la terceridad sociopolítica que busca y representa, en Orrrego el punto de identifica-

<sup>18</sup> A petición escrita de su futuro marido, Jacinto Chacón. Véase AUCH, agosto 1860, p. 786. También el dictamen del jurado compuesto por José Victorino Lastarria y Miguel Luis Amunátegui, “Literatura Chilena”, AUCH, noviembre 1860, p. 1001.

<sup>19</sup> José Victorino Lastarria y Miguel Luis Amunátegui, “Literatura Chilena”, AUCH, noviembre 1860, p. 1002.



ción del proyecto narrativo, su lugar constitutivo de enunciación y de autorización, serán la maternidad, el espacio familiar doméstico y, en general, la femineidad.

Continuando su juicio, los miembros del jurado añadían, en palabras que probablemente habrían aplicado a *Alberto el jugador*, de haberla leído:

“El autor de *Judith* se ha propuesto ofrecer a sus lectores la relación conmovedora de los sufrimientos de una joven hermosa, inteligente i buena, que se halla ligada a un marido indigno de ella, lo que lo ha conducido a inventar una ficción que puede ser cuanto se quiera pero que no es característica de la sociedad chilena” “...se advierte que la materia que escojida por el autor de *Judith* es la misma que han expuesto, en una innumerable variedad de formas i con un brillo deslumbrador i una riqueza de fantasía portentosa, algunos de los ingenios más sobresalientes de Francia.”<sup>20</sup>

Lo que Lastarria y Amunátegui reprobaban en *Judith*, habría sido en un cierto sentido aplicable a *Alberto el Jugador*. Los procesos macro descritos en la novela de Orrego son también parcialmente internacionales y correspondían a la emergencia de las burguesías nacionales en los países metropolitanos y periféricos: el capitalismo que avanzaba permeando cada vez con mayor fuerza los diferentes espacios y tiempos sociales, los espacios y tiempos de la cotidianidad, así como los del trabajo y el ocio. El dinero y la especulación financiera como mediaciones y estrategias cuasi-universales en un sector que históricamente se autoconcebía, por contraste, como transparente y estable. Todos estos cambios, como vimos en *Martín Rivas*, tornaban impredecibles los nombres, las identidades y los prestigios. Entre el viejo y el nuevo dinero, entre los de estirpe aristocrática y los neoburgueses, todos se esforzaban en este ambiente enrarecido por mantener el control y afirmar la fuerza de sus identidades sociales. En este sentido, es evidente que los procesos que Orrego descri-

---

<sup>20</sup> “Literatura Chilena”, AUCH, noviembre 1860, p. 1001-2.

be son parcialmente internacionales; comunes al menos a las naciones latinoamericanas de la época. Pero allí mismo radica parte de su carácter nacional más profundo, en tanto marcas que sitúan los procesos nacionales de urbanización y aburguesamiento de la vida familiar y del matrimonio en el contexto más global de las macroestructuras históricas a las que pertenecen. Así lo declara Orrego, en su artículo “El Lujó y la moda” en donde la condenatoria de ambos fenómenos procede de “Las observaciones que hemos hecho en los últimos tiempos, los ejemplos palpitantes que a la vista tenemos, los estudios de costumbres que hemos dedicado...”<sup>21</sup> Además de fustigar a las mujeres que intentan aparentar, por la vía de sus vestidos y joyas, más de lo que son socialmente, agrega: “...de aquí en unos esa fiebre de lucro a toda costa (...) de aquí en otros esas quiebras fraudulentas, espatriaciones forzosas, incendios misteriosos, etc, etc.”<sup>22</sup>. Orrego se refería así a algunos de los efectos secundarios, pero cruciales, de la modernización de la capital. Ya mencionamos la inauguración del paseo del Cerro Santa Lucía por el Intendente Benjamín Vicuña Mackenna en 1874. A ello podemos agregar ahora, una serie de cambios urbanos importantes: el crecimiento mismo de la superficie de la ciudad, la construcción e inauguración del Teatro Municipal (1853-1857), de la Estación Central (1856), del Club de La Unión (1864); la inauguración del servicio de alumbrado público a gas (1857), de Telégrafos (1851), de Correos (1852 y 1858), de luz eléctrica un poco más tarde (1982). Debe mencionarse también en este contexto, la proliferación relativa de hoteles, cafés y restaurantes (39 hacia 1875), de teatros, de visitantes e inversores tanto de las provincias, cuyas élites comenzaban a desplazarse a la capital, como del extranjero.<sup>23</sup>

Es evidente que parte del genio y del éxito de Blest Gana dependió de su capacidad para aclimatar, domesticando, la novela rea-

---

<sup>21</sup> Orrego, Rosario. “El Lujó y la moda”, *Revista de Valparaiso*, Tomo I, 1873, p. 413-414.

<sup>22</sup> Orrego. “El Lujó y la moda”, p. 415.

<sup>23</sup> Véase Ramón, Armando de. *Santiago de Chile (1541-1992) Historia de una sociedad urbana*, Madrid: MAPFRE, 1992, pp. 174 y ss.

lista francesa e inglesa en el país. Sin embargo, aunque en él esta domesticación incluya lo doméstico y familiar, no depende de ellos. Al contrario, domesticar, hacer doméstico, quiere decir para Blest Gana fundamentalmente nacionalizar. Lo chileno urbano, o más precisamente, lo santiaguino urbano es lo que tiene en mente. Sus familias son representantes de ese nivel de supra-localidad. El foco es siempre de alcance macrosocial. En Orrego, en cambio, la domesticación quiere decir literalmente, lo doméstico familiar y, más específicamente, la forma en que fuerzas externas ajenas interfieren, intervienen o interrumpen el espacio del hogar. En este otro sentido, que me importa destacar ahora, el discurso narrativo, poético y social de Rosario Orrego es también nacional, pero lo es fundamentalmente en tanto se ocupa, desde el ángulo de la mediación doméstica, de los roles, nuevos y viejos, de las mujeres en la sociedad chilena.

Las novelas de Orrego, *Alberto el Jugador*, *Teresa*<sup>24</sup> y la aparentemente inconclusa *Los Busca Vida*<sup>25</sup> tienen siempre a mujeres como personajes centrales y se concentran en las esferas sociales y temáticas que la sociedad de la época les reservaba o imponía. Nada hay pues de sorprendente en que una novela como *Alberto el Jugador* repita los estereotipos y esquematismos de las novelas sentimentales donde los héroes son puros y buenos y los villanos, malos sin remedio; nada en que haya abundantes encapuchados y repentinos reconocimientos de parentescos e identidades. Tampoco sorprende el que al final triunfe el bien y el mal pierda la partida. Más que centrarnos en los clichés que Orrego reproduce, como hace con cierta

---

<sup>24</sup> *Teresa. Episodio de la época de la Independencia* publicada como folletín, al igual que las otras dos novelas de Orrego, en 1874 en la *Revista de Valparaíso*, Tomo 2, p. 161-171. (el mismo texto había sido publicado ya bajo el título *Patria i Amor*, al menos parcialmente, en 1864 en *La Mariposa*, año II, número 27 y 31.)

<sup>25</sup> Digo aparentemente pues sólo he encontrado las diez primeras entregas publicadas en la *Revista de Valparaíso* (1875), aunque Ruth Gonzalez-Vergara citando la publicación en *Revista de Sud-América* (1862) parece considerarla completa. Véase Gonzalez-Vergara, Ruth. *Nuestros escritores chilenos. Una historia por descifrar*, Tomo I, Santiago, 1993, pp. 86 y ss.

suficiencia patriarcal Raúl Silva Castro<sup>26</sup>, me interesa destacar el trabajo novedoso en el ámbito chileno que la narrativa y, especialmente, el resto de la producción de Orrego realizan.<sup>27</sup>

### De “Una Madre” a “Rosario Orrego de Uribe”: la emergencia de la autora

En 1860 Rosario Orrego se cree obligada a firmar su texto con el pseudónimo de “una madre.” De acuerdo a Marcela Prado Traverso, con él Orrego había de continuar presentando sus escritos hasta 1870 en que, a propósito de la publicación de su novella *Teresa*, habría comenzado a firmar su nombre completo.<sup>28</sup> Aunque la aseveración es incorrecta<sup>29</sup> —pues Orrego firmó ya en su 1860 varias composiciones con su nombre y en 1861 el prólogo de su primera novela declaraba abiertamente su identidad<sup>30</sup>— el paso de la figura socialmente construida de “una madre” al nombre propio que firma

<sup>26</sup> Véase, Silva Castro, Raúl. *Panorama literario de Chile*, Santiago: Editorial Universitaria, 1961, p. 208.

<sup>27</sup> Intento así analizar brevemente la producción de Rosario Orrego de Uribe en el contexto de la economía discursiva chilena de su época. Metodológicamente esto quiere decir que no se tratará aquí simplemente del rescate de su obra con el argumento de la exclusión patriarcal de que ha sido indudablemente víctima, sino más bien de usarla como centro de un acercamiento que busque desplazar la discusión de su núcleo puramente textual para llevarla al plano de la elaboración autorial, la lectura, la circulación y el consumo de textos, es decir al de las formas de producción, acceso, apropiación y resemantización de los discursos sociales (incluyendo los políticos y los literarios).

<sup>28</sup> Véase Prado Traverso, Marcela. *Novelistas Chilenas de la transición siglo XIX-XX: Rosario Orrego Carvallo, Inés Echeverría Bello, Mariana Cox Stüven*, Tesis doctoral, Stanford University, 1991.

<sup>29</sup> Aunque es correcto que Orrego publicó en 1874 (y no en 1870) una novela corta con el título de *Teresa*, el mismo texto había sido publicado ya al menos parcialmente y firmado con el nombre completo de Orrego (“Rosario Orrego de Uribe”) bajo el título *Patria i Amor*, en 1864 en *La Mariposa*, año II, número 27 y 31.

<sup>30</sup> Véase Palma, Ricardo. Prólogo sin título a *Alberto el jugador. Novela de costumbres por Una madre*, Valparaíso: Imprenta de Chile de A. Monticelli, 1861, p. III-IV: “La Sra. Da. Rosario Orrego de Uribe ensayó su pluma en la novela nacional (...) [con] *Alberto el jugador*, su primera producción...”

asumiendo tanto la responsabilidad como el prestigio, permite visualizar los dos polos de una importante trayectoria de desarrollo autorial. Entre ambas fechas hay una década en la que Rosario Orrego, moviéndose estratégicamente entre ambos extremos, explorará de maneras diversas el lugar posible de la mujer en el mundo de las letras nacionales. Desde este punto de vista, aun sus composiciones más aparentemente conservadoras que versan sobre la maternidad o la figura de la esposa, deben ser vistas bajo el prisma del espacio de autoría que exploran y expanden.

Rosario Orrego nació en Copiapó en 1834 y murió en Valparaíso en 1879 a los cuarenta y cinco años.<sup>31</sup> A los catorce años contrajo matrimonio, aunque casi con certeza la expresión debería ser fue casada, con Juan José Uribe, un minero enriquecido en Chañarillo, con quien pronto se mudó a Valparaíso. En el puerto había de transcurrir la mayor parte de su carrera literaria, pero no su debut que se produjo en las páginas de *La Semana*, el periódico santiaguino publicado por los hermanos Justo y Domingo Arteaga Alemparte y al cual también contribuyera Blest Gana. En 1861 Orrego publicó su primera novela, *Alberto el Jugador* a la que seguirían *Los Busca-Vida* (1862) y *Patria i Amor* (1864).<sup>32</sup> En las dos décadas que van de 1859 a su muerte en 1879, colaboró en numerosas revistas y publicaciones periódicas de Santiago y Valparaíso. Cabe mencionar entre ellas *La Revista del Pacífico*, *Sud-América*, *La Revista de Santiago*, *La Mariposa*, *La Revista de Valparaíso*. En ellas, y a menudo bajo su seudónimo maternal, Rosario Orrego publicó numerosos escritos que exploraron las formas de identificación femenina que su mundo social ponía a su alcance. En 1873, firmando con su nombre completo, Orrego aceptó su nombramiento como académico de la Academia de Bellas Artes que José Victorino Lastarria dirigía en Santiago, en el doble tono en que había de desempeñar toda su labor literaria. Junto a las consabidas y requeridas protestas de humildad (“Dispensadme favor, tomo la pluma (...) Nada se de artes

---

<sup>31</sup> 1834 es la fecha mas aceptada aunque hay autores que la dan por nacida en 1830 o 1831.

<sup>32</sup> Esta última fue, repito, republicada luego en 1874, con el título de *Teresa*.

ni de ciencias graves (...) No he arrancado a los libros su secreto”), escribía y publicaba orgullosa su aceptación del honor en una revista que ella misma dirigía. De este modo, aunque dijera “Y brotan versos cuando quiero prosa” y “Ahógase la voz en mi garganta”, esa voz resonaba firme, autoconciente y segura cuando continuaba: “Si llevara la luz en mis canciones/ Forma en la idea o elocuencia en labio,/ Con altivez pisara esos salones/ Que ilustra el genio y enaltece el sabio”<sup>33</sup>.

La hipótesis es, entonces, que Orrego se crea inicialmente un lugar como autora aprovechando los espacios que la economía discursiva de su época y el mercado literario en general le proporcionaban. Ello implicó utilizar principalmente la figura de la madre, la de la esposa, la de la anfitriona de veladas y salones literarios que le brindaban una autoridad socialmente reconocida y abierta al ejercicio de su autoría. Como su seudónimo, la poesía “femenina” de Orrego, esconde y, simultáneamente, permite una forma de autoría nacional. Ya en 1859, Blest Gana había utilizado una imagen relacionada para justificar la calidad de sus propios trabajos literarios frente a la superioridad de las novelas europeas:

“Pedir, por otra parte, a nuestra naciente literatura una completa originalidad, es exigir la agilidad del adulto al niño que empieza a dar sus primeros pasos apoyado en el brazo de su madre.”<sup>34</sup>

Blest Gana invocaba por esta vía su supuesta inmadurez creativa para recibir la benevolencia del público nacional y autorizar así sus escritos. Para una mujer, el brazo firme que podía permitir los primeros pasos no era otro que el suyo propio. Nadie más que ella misma en su desdoblada existencia como escritora y madre. Una madre autoengendrándose. Para Orrego, dicho esfuerzo involucró también el uso de aquellos vehículos discursivos que a la sazón se

<sup>33</sup> Orrego, “Contestación a la Academia de Bellas Letras con motivo de mi nombramiento de académico”, en *Revista de Valparaíso*, Tomo I, 1873, p. 23,24.

<sup>34</sup> Blest Gana, Alberto. “De los Trabajos literarios en Chile”, en *La Semana*, junio 11 de 1859, p. 52.

abrían en mayor o menor grado para la mujer: el album, las cartas públicas y privadas, los poemas en publicaciones periódicas y las novelas en folletín.

## El Album

Al igual que los cuadernos escolares que estudiaremos luego, el album funcionó para las jóvenes de la burguesía, simultáneamente como un espacio de expresión en el cual se archivaba una memoria personal y como un espacio de control social por el cual la mujer hacía visible y administrable su interioridad. En su album, la señorita de sociedad retenía la voz de aquellos a quienes pedía un poema u homenaje tanto como la de quienes se ofrecían gentilmente a dejar por escrito su interés en la propietaria. En constante proceso de conformación, por la vía de la intervención y la mirada narrativa de los otros, el album de las señoritas se construía así como un registro de la interacción y constitución del sujeto femenino en sociedad. Inscribía en su superficie tanto la mirada social, manifiesta en las formas de percepción que del sujeto hacían los contribuyentes, como la expresión más íntima de su deseo, el de ser reconocida y vista según un encuadre que el album mismo representaba.

De Rosario Orrego podría ser el artículo anónimo de 1859 en *El Comercio* de Valparaíso<sup>35</sup> que bajo el título “No es a humo de pajas”, declaraba: “Existe una moda local, que haríamos mejor en llamar jeneral, porque se estiende fuera de Valparaíso (...) Queremos decir la costumbre de que cada señorita tenga su Album”. Luego de declarar su intención de combatir la costumbre del album no tanto en sí misma, como “depositario de los recuerdos de tiernas afecciones, de amistades íntimas y bien probadas, de impresiones profundas y dolorosas”, sino en tanto objeto social lleno “de vulgaridades, de necedades, de vaciedades”, la autor/a proporcionaba una

---

<sup>35</sup> La suposición se funda en que el artículo se publica en la misma sección y en el mismo periódico en que ese mismo año Rosario Orrego colaboró, bajo el pseudónimo de “una madre”, con varios artículos sobre educación y la condición de la mujer.

descripción física del album que insistía en su carácter de superficie cultivable en que quedaba inscrita y se hacía desplegable una cierta forma de subjetivación y de subjetividad:

“Album es un libro en blanco con vistosas tapas, del cual no carece, o al menos, según la moda, no debe carecer ninguna niña que tenga pretensiones de pasar por elegante. Pero no basta poseerlo (...) Es preciso mostrarlo y ...¿cómo si todo él está en blanco? Como un terrenito destinado para el jardín de la señorita. Ya está la tierra abonada y preparada, ya están hechas las secciones en que se ha de plantar cada flor (...) Para llenar pronto cada una de sus distribuciones, a cada uno de los amigos o visitas de casa pidámosle que consagre un sólo día en obsequio de nuestro querido jardín.”<sup>36</sup>

En febrero de 1879, Eduardo Perez describía en su artículo “Las charlas literarias”, la naturaleza de esas reuniones:

“esas charlas espirituales i chispeantes en que se lanzan al campo de la conversación (...) en que la chispería del ingenio se entrecoca para crear juegos de colores; en que las improvisaciones salen espontáneas i sin esfuerzo, haciéndonos imaginar por ciertos momentos que el talento es un don, un privilegio que el Creador no ha concedido a todos”<sup>37</sup>

En dichas charlas, los hombres y las mujeres de la alta sociedad cultural se prodigaban mutuamente sus atenciones, seducían y se dejaban seducir por los “placeres intelectuales” que “son placeres sin rivales” Se abrían, desplegaban y elaboraban así mutuamente sus intimidades. No es casual entonces que Perez comparase dichos coloquios con los álbumes:

“Los pensamientos ingeniosos de estas charlas se asemejan a los que se escriben para los album. Una galantería, una gracia, una chispa. Sin embargo, la literatura de album propiamente ha-

---

<sup>36</sup> Anónimo, “No es a humo de pajas”, *El Comercio*, 8 de septiembre de 1859, p. 3.

<sup>37</sup> Perez, Eduardo. “Las charlas literarias”, p. 270



blando es de versos; pero como hai muchos hombres que no versifican, escriben prosa, orlada de poesía” (p. 270)

Las reuniones tenían lugar en los salones que, como los álbumes que conectaban prosa y poesía, servían de nexo y separación entre un interior privado y un exterior público. A los vastos espacios comunes para la representación de roles entre familia directa, extendida, criados y visitantes, característicos de la antigua casona tradicional, habían sucedido en la casa burguesa una clara separación entre el espacio privado de la familia directa, lo que hoy llamaríamos la sala, por un lado; y el salón que, más amplio, funcionaba como una suerte de bisagra que conectaba aquel espacio puramente privado de la familia patriarcal burguesa con otros elementos sociales que normalmente llamamos amistades, o, más apropiadamente, ‘relaciones’.<sup>38</sup> Pedro Pablo Figueroa describe bien el lugar de Rosario Orrego en este contexto en Chile:

“Su genial vehemencia la impelió a fundar en Chile la literatura de salón, que ha sido tan peculiar de la Francia. Sus salones se convirtieron en academias donde acudía el genio en ciernes, como el aquilatado, a revelar sus precisos dones. (...) Siendo la reina de estas reuniones (...) Rosario Orrego se presentó llena de encantos a la sociedad y a la juventud y se transformó en el ideal de la poesía caracterizada por una mujer de genio y de belleza incomparables.”<sup>39</sup>

En 1863, *La Mariposa. Periódico quincenal de modas, costumbres, música y amena literatura*, editado entre otros por Jacinto Chacón<sup>40</sup>, futuro esposo de Rosario Orrego, y en el cual también había

<sup>38</sup> Véase Habermas, Jürgen. *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Bourgeois Life*, Cambridge: MIT Press, 1989. Paradigmático de esta función social de los salones, es el salón de la casa de don Dámaso Encina en *Martín Rivas*, de Alberto Blest Gana.

<sup>39</sup> Figueroa, Pedro Pablo. “Rosario Orrego de Chacón”, en *Prosistas y Poetas de América Moderna*, Bogotá: Casa Editorial de J. J. Pérez, 1891, p. 211.

<sup>40</sup> Rosario Orrego y Jacinto Chacón tuvieron una larga relación amorosa que culminó en 1877 con su matrimonio formal. Véase, “Crónica Quincenal” en *La Estrella del Progreso*, número 13, 18 de agosto, 1877, p. 103.

ella de colaborar, señalaba en su “Prospecto” refiriéndose a su público femenino:

“Pero, a más de la misión civilisadora que acabamos de señalar, tiene la mujer otra (...) misión de consuelo cuyo dominio es el salón, el hogar, cuyos súbditos son sus amigos, su familia. Allí en ese pequeño recinto, a su lado, es donde viene el hombre a buscar el olvido de los sinsabores de la vida, allí es donde las pasiones turbulentas se calman para ceder puesto a emociones más dulces (...) allí es donde van a beber su inspiración el poeta y el artista. También es allí donde elejirá el hombre aquella en cuyas manos va a poner su felicidad futura”<sup>41</sup>

En este ambiente, en que hombres y mujeres desarrollaban una sociabilidad que se quería una isla en el mar de lo político y económico (una figura retórica que, como hemos visto, había servido ya para justificar múltiples empresas periodísticas y nuevas formas de discurso) y, simultáneamente, la plataforma en que se contactaban y contrataban los futuros esposos que daban el fundamento familiar a la sociedad; en ese lugar en que, según Eduardo Pérez, “la moda de los album se ha hecho casi jeneral”, el album funcionaba también como una superficie que ponía en contacto subjetividades genéricamente marcadas, formas discursivas específicas a esos géneros sexuales y espacios sociales públicos y privados.

El album operaba asimismo, como una suerte de cartografía de las relaciones sociales que su propietaria tenía. Se plasmaban en él su capacidad para obtener o despertar en los hombres más interesantes, ya fuera por su galanura, talento o posición, una escritura que retrataba a la propietaria en su exacto lugar social. De hecho, los álbumes de poemas y dedicatorias varias fueron, poco a poco, reemplazados por los álbumes de fotos que proporcionaban, con materiales alternativos, una cartografía igualmente construida. Como lo haría la fotografía mas tarde, el album de poemas había funcionado como un soporte material y una tecnología útiles para la inscripción

---

<sup>41</sup> En *La Mariposa*, Año I, número I, 1863, p. 1.

y registro de una aspiración y memoria en la que el sujeto elaboraba y veía elaborada sus formas de identificación social. Del mismo modo, fungía como una ventana hacia la intimidad del sujeto que era simultáneamente una bisagra entre dicha intimidad y su posicionamiento exterior.<sup>42</sup> De manera análoga, la prosa poética de Francisco Bilbao razonaba las relaciones entre el piano y la subjetividad femenina en los salones y reuniones del siglo XIX. Su texto titulado y escrito “En el Album de una amiga” decía:

“Abre tu piano, amiga, que es abrir el corazón i revelar las melodías intensas que vagamente nos ajitan. Desencadena esas voces que duermen misteriosas i que brotan de tus manos, cuando el espíritu golpea pidiendo luz, revelación i fuerza.”<sup>43</sup>

“En el album de la señora doña Rosario Orrego de Uribe” se titula, por otro lado, el poema que Ricardo Palma, el autor de las *Tradiciones Peruanas* exiliado en Valparaíso entre 1860 y 1863, le escribe, en su album por supuesto, a nuestra autora:

“Tu también, inspirada poetisa, /quieres del peregrino un pensamiento?/ Si ha huido de sus labios la sonrisa, Si es como el mar inmenso su tormento, ¿A qué de tu album en las blancas hojas/ reflejar sus congostas?”<sup>44</sup>

Al conseguir que Palma escribiese en su diario, Orrego lograba llenar el blanco de sus hojas en más de un sentido. Daba, evidente-

<sup>42</sup> En un artículo firmado en Nueva York, en enero de 1862 y reproducido por la *Revista de Sud-América* en la que mucho colaborara Rosario Orrego, Simon Camacho lamentaba con claro acento benjaminiano que junto a otros signos del amor tradicional, la modernidad hubiese también cuasi terminado con el album de poemas: “Quedaba el retrato y el álbum, y ya el prodigio de imágenes que produce la fotografía, ha venido para dar en tierra con el penúltimo encanto del amor. ¿Qué poeta escribirá más *A su retrato* si el retrato se encuentra por docenas en todas partes?” *Revista de Sud-América*, Tomo II, 1862, p. 566.

<sup>43</sup> Bilbao, Francisco. “En el Album de una amiga”, en *La Nueva Era*, año 1, número 5, agosto 16 de 1875, p. 62.

<sup>44</sup> En *La Mariposa*, Año I, 1863, p. 93.

mente, realce a su propio album de textos dedicados, pero, sobre todo, lograba que su propia personalidad literaria, la de la “inspirada poetisa” fuera reconocida por un vocero autorizado. No se trata simplemente de coquetería o de afán publicitario, sino de una exigencia del campo literario chileno de la época. Por ello, Rosario Orrego dio también a la imprenta muchos de los homenajes que en su album le hicieron diferentes poetas y escritores.<sup>45</sup> Se validaba en cada uno de ellos como musa, como escritora, como mujer y, finalmente, como nombre. El mismo Palma, en el prólogo que escribiera para *Alberto el jugador* felicitaba “a la joven escritora que despreciando las mezquinas prevenciones con que el egoísmo del hombre ha pretendido cerrar al bello sexo el templo de las letras, se arroja con la confianza del verdadero talento en un campo donde hay tantas espinas punzadoras y tan escasas flores”<sup>46</sup> La autoría era un largo proyecto que requería, como bien había visto Blest Gana, sostenidos esfuerzos de parte del aspirante nacional.

Hacia 1878, por ejemplo, Francisco A. Pinto podía todavía quejarse en su artículo “Consecuencias del indiferentismo literario”:

“Una sociedad que no lee, pue[s] permanece ociosa, indiferente es una sociedad pequeña en sentimientos, monótona en su vida i apegada a preocupaciones añejas i funestas. La mujer busca su distracción en la costura i en la tienda; el hombre en el club i casi siempre en la corrupción”

“ ¡Qué suerte tan triste es la de los literatos en nuestro país! Además de los muchos ociosos que no toman jamás un libro en sus manos, los que se dedican a la lectura en su mayor parte están dominados por ese espíritu de estranjerismo que obliga a nuestros pobres escritores a ocultar su nombre nacional para

---

<sup>45</sup> Véase por ejemplo, “A la Señora Rosario Orrego de Uribe” poema de J. A. Soffia, precedido de una nota en que Orrego declaraba: “Preferimos parecer poco modestas antes que ser descorteses con el inspirado y elegante poeta que nos ha obsequiado esa bella composición para nuestra REVISTA.”, en *Revista de Valparaíso*, Tomo I, 1873, p. 111.

<sup>46</sup> Palma, Prólogo a *Alberto el jugador. Novela de costumbres por Una madre*, Valparaíso: Imprenta de Chile de A. Monticelli, 1861, p. VI.

reemplazarlo por un seudónimo extranjero que a medida de ser más intrincado hace crecer aparentemente el mérito del libro. (...) El libro de un escritor nuestro que ve la luz pública va a vejetar empolvado en los rincones de la librería.  
¡No merece leerse el trabajo de un paisano!”<sup>47</sup>

Estas dificultades del escritor nacional afectaban doblemente a la mujer escritora. Pedro Pablo Figueroa diría en un ensayo sobre los pseudónimos literarios: “El pseudónimo nació en el espíritu de cada escritor, como una visión mágica que representaba doblemente su carácter.”<sup>48</sup> Entre la madre del seudónimo y la madre, mujer y esposa de sus múltiples escritos, Orrego desplegó lo que podríamos llamar una estrategia de autorización. Es decir, una forma de escritura que respondía simultáneamente a la necesidad de expandir los límites de la dicción y a la obligación de hacerlo en una forma que resultara, de una manera u otra, socialmente aceptable. Lo confirma Figueroa al referirse al caso específico de Orrego:

“Escritores hay que se han servido del pseudónimo para figurar con mayores facilidades en las letras. La señora Rosario Orrego de Chacón tuvo que usar el delicado pseudónimo de: *Una Madre*, en sus poesías y artículos publicados en *La Semana*, de los Arteaga Alemparte, para evitar el bochorno de la censura irrepetuosa.”<sup>49</sup>

## Poesía y trabajo editorial

El seudónimo de “Una madre” protejió inicialmente a Orrego de la censura que caía presurosa sobre la mujer hiperdiscursiva. Es en este contexto que deben leerse, por ejemplo, los numerosos poemas de Orrego que giran en torno a la maternidad. En ellos, una

<sup>47</sup> Pinto, Francisco A. “Consecuencias del indiferentismo literario”, p. 24-25.

<sup>48</sup> Figueroa, Pedro Pablo. “Los Pseudónimos”, en *Miscelánea Biográfica Americana. (Estudios históricos, críticos y literarios)*, Santiago: Imprenta de la Unión, 1888, p. 88.

<sup>49</sup> Figueroa, “Los Pseudónimos”, p. 91.

mujer que escribe y firma públicamente, lo hace escudada en su calidad de madre, esposa y tutora. En el poema “La Madre” exclama Orrego:

“¿No es venturoso, oh madre! Bendito ese momento/ En que recoje el alma sus fuerzas de mujer, / I entre el temor i el anhelo se escapa el gran lamento/ Que arranca de tu seno un ser como tu ser?”<sup>50</sup>

Ese momento entre “el temor i el anhelo” era también aquel en que la mujer lanzaba al mundo sus producciones más sentidas. De este modo, en la literatura, la maternidad se daba a luz a sí misma, se autogeneraba y se hacía posible con “sus fuerzas de mujer.” En un poema a la destacada educadora de mujeres de la alta sociedad santiaguina, “Señora Doña Manuela Cabezón de Rodríguez”, Orrego celebraba la formación y emergencia de “la mujer de la nueva era”, “La moderna mujer, culta y virtuosa, dando a la patria más preciados hijos”.<sup>51</sup> Esta mujer de nuevo cuño producía, sin embargo, tantos hijos como escritos.

En “A una poetisa”, desarrollaba Orrego una suerte de autobiografía espiritual que, como la de Sor Juana Inés de la Cruz siglos antes, rearticulaba los silencios y los decires en una performance poética que era en sí misma, una propuesta de sentido:

“Tu sientes dentro del pecho incógnitos sonidos/ Mil voces que tú, niña, no puedes comprender (...) Que valen las hojas del lauro engañoso/ Los sueños de gloria qué valen, qué son,/ Si encuentras un alma, si das a un esposo/ Amante i amado tu fiel corazón?/ Es cierto que es bella la rama sagrada/ que al jenio coronas le suele tejer,/ Que antes que ciña tu sien ya nevada,/ Mil copas de acíbar tendrás que beber.”<sup>52</sup>

<sup>50</sup> Orrego, Rosario. “La Madre”, en *Revista de Santiago*, Tomo I, 1872, p. 784-785.

<sup>51</sup> Orrego, Rosario. “A la Señora Doña Manuela Cabezón de Rodríguez”, *Revista de Valparaíso*, Tomo I, 1873, p. 193.

<sup>52</sup> Orrego, Rosario. “A una poetisa”, en *Revista de Santiago*, Tomo I, 1872, p. 340.

Como en Sor Juana, allí donde era mejor no hablar se podía al menos decir que no se podía hablar, para que se entendiese que el no decir era sólo el resultado de una cierta condición social y no, el no tener nada que decir. Como en la monja mexicana, por supuesto, se reescribía aquí aquello que el consejo literal recomendaba. El mismo hecho de dedicar este poema firmado por una mujer a una poetisa potencial que se constituía así en lectora ideal, desdecía lo que aparentemente aconsejaba. Como un performativo, la fuerza del decir estaba más en el acto mismo de decirlo que en aquello que se decía. Por ello, cuando Orrego concluía, “Escucha mi ruego, sirena inocente,/ Ahoga en tu pecho la voz virginal”, decía y hacía precisamente lo contrario y su lectora podía ya decodificar adecuadamente la sobredeterminación semántica del aviso. Los consejos a su hija Rejina, que habría de colaborar activamente en la labor editorial de Orrego, publicados en la *Revista de Valparaíso* bajo el título “A Rejina”, revelan la misma estrategia. Si por un lado le recomienda: “No busques la felicidad fuera de tu casa, cuida de educar tus deseos y que tus aspiraciones se encierren en el cumplimiento de tus deberes de niña” y también “Huye sobre todo de aquellos libros que, sin dejar provecho a la inteligencia, estravian el buen gusto y empañan insensiblemente la más pura imaginación”; por otro, le señala:

“Felizmente, hai novelas cuya lectura entretiene la imaginación, sin agitar el sistema nervioso, éstas pertenecen a la escuela realista y se distinguen por su estilo pulcro y elegante y por sus escenas llenas de naturalidad y sencillez. Entre éstas puedo citarte sin inconveniente las de Goldsmith. W. Scott, Disraeli, Bulwer, Dickens...”<sup>53</sup>

Como muchos de los conservadores católicos que recitaban largas diatribas contra la inmoralidad de las novelas ‘modernas’ recomendando la total abstinencia de dichas lecturas o, en el mejor de los casos, piadosas novelas religiosas para reemplazarlas, Orrego eva-

---

<sup>53</sup> Orrego, Rosario. “A Rejina”, *Revista de Valparaíso*, Tomo I, 1873, p. 450-451.

luaba negativamente la capacidad de muchas novelas para agitar a las “niñas dotadas de una imaginación ardiente” pero, a diferencia de aquellos, concluía valorando el realismo (romántico) y la lectura misma de novelas como un arma para la consecución de sus ideales educativos para la juventud femenina: “He principiado aconsejándote la sencillez y la naturalidad; en estas obras, que leerás en tus horas recreativas, vas a encontrar ejemplos palpitantes de sencillez, naturalidad y modestia.”<sup>54</sup>

Con el largo trabajo de más de una década de colaboraciones en distintas revistas nacionales, Rosario Orrego se atrevió en 1873 a lanzar su propia iniciativa periodística. *La Revista de Valparaíso*, que ella editó y dirigió durante 22 entregas de 32 páginas cada una, habría de mostrarla en todas las facetas de su verdadera complejidad como intelectual y autora.

En el “*Prospecto*” de la *Revista* aunque Orrego insiste en la idea de las letras como reflejo de la sociedad, encuentra un punto de comparación más adecuado en la mujer:

“Si a una hermosa mujer dotada por la naturaleza de todas las perfecciones físicas no la adornan las bellezas del alma, los encantos de la inteligencia, sería una bella estatua, pero sin calor, sin alma. Una estatua sin alma: eso sería un pueblo [como el de Valparaíso] que ha llegado al apoje de su desarrollo material sin más aspiraciones que el lucro, sin más placer que el que proporciona el buen éxito de empresas mercantiles”<sup>55</sup>

Quien esto afirmaba, sin embargo, era ahora una mujer empeñada en editar, publicar y comercializar una revista en la que habían de colaborar algunas de las inteligencias más destacadas de la época. En este sentido, Orrego daba vuelta el estereotipo de la mujer vacía para reclamarle a la sociedad porteña su propia vaciedad espiritual: “Si no hai un público que piense, que imagine, no habrá lectores; i si no hai lectores no habrá REVISTA” (p. 4)

<sup>54</sup> Orrego, “A Rejina”, p. 451.

<sup>55</sup> Orrego, Rosario. “Prospecto”, *Revista de Valparaíso*, Tomo I, 1873, p. 4.



Aunque el discurso de la *Revista* se autoconciera explícitamente *en la diferencia* con otros discursos sociales como el de la política, el mercantilismo, el lucro y la especulación, Orrego no esquivó del todo lo político y supo desarrollar su propia forma de intervención en los asuntos del día. Para ello elaboró una doble estrategia: por un lado, se refirió selectivamente a cuestiones directamente políticas que le interesaban y, por otro, supo también encontrarle la politicidad a asuntos de la vida diaria (como la moda, los paseos, la asistencia al teatro) que desde una perspectiva más elitista y masculina podrían haber parecido irrelevantes o impropios de una revista literaria. Así por ejemplo, se refirió con cautela a la separación de la Iglesia y el Estado, la censura teatral y el voto acumulativo en el Congreso. Mas importante, sin embargo, resultan sus gestos de rescate de la cotidianidad de las mujeres de su clase. En este ámbito su revista tuvo una activa participación en la discusión de asuntos que las novelas de Orrego, por ejemplo, habían retomado insistentemente: el honor femenino y el lugar de la mujer en una sociedad cuyas normas cambiaban rápidamente, la relación entre moda, lujo y costumbres sociales. En sus veintidos entregas, la *Revista de Valparaíso* incluyó artículos como “Educación física de la mujer”, “El Lujo” (escrito por Lucrecia Undurraga), “El Lujo y la moda” (escrito por Orrego), “La Mujer”, “Rubias y morenas”, “Las Violetas” (sobre la virtud femenina), “Aspiraciones y deberes de la mujer en la vida íntima y social” (traducido del inglés por Carlos Segundo Lathrop), etc.

Un vehículo igualmente importante para el desarrollo de esta agenda femenina que revisa los roles socialmente asignados a las mujeres fue la crónica misma que con cada número de la *Revista*, es decir quincenalmente, preparaba Orrego.

“Un célebre escritor de nuestros días ha dicho: las composiciones dramáticas son difíciles bagatelas. Otro tanto puede decirse por las revistas destinadas a dar cuenta y a trazar con sus verdaderos colores las novedades ya serias, ya frívolas que acontecen en el recinto de una quincena. Es este un género de literatura que debe tener por condiciones la verdad unida a la discreción,

la elocuencia a la sencillez, debe ser amena, lijera y al mismo tiempo fiel e instructiva”<sup>56</sup>

Este “jénero de literatura” de la difícil bagatela, es decir del discurso que es capaz de juntar los opuestos de lo frívolo y lo serio y oximorónicamente expresar la verdad discreta, la elocuente sencillez y la amena instrucción, representa muy bien tanto el programa de la escritura de las crónicas quincenales de Orrego como la textura de sus tres textos novelescos. En una de estas crónicas, Orrego va de la revista del teatro a la crónica social, de allí a las referencias a la separación Iglesia y Estado para rematar con una consideración de fondo sobre la educación de los pobres, pasando por el clima de la ciudad (“La temperatura se ha mostrado galante...”) y el microdesarrollo de una historia que había escuchado en su Copiapó natal (“Era el mes de enero, época en que las familias de Copiapó...”) Esta constante negociación, a la cual ya nos hemos referido, entre la cotidianidad y su politicidad, entre lo macro y lo microsocioal, estos límites porosos entre lo propio y lo inapropiado y entre la realidad y la ficción que caracterizan el discurso de la crónica, a medio camino entre el periodismo y la literatura, encuentran una poderosa manifestación en el discurso que Orrego elaboró para su *Revista*.

En otra de sus crónicas Orrego declaraba:

“Mas si no tenemos teatro ni literatura de qué ocuparnos, y al decir esto queremos hablar de autores y actores nacionales y de un público capaz de juzgar lo propio y lo extraño, nos ocuparemos a la lijera de una hermosa cuanto modesta fiesta que ha tenido por teatro el humilde asilo de San José”<sup>57</sup>

Junto con repetir la queja habitual que le permitía al cronista nacional llenar parte del espacio asignado apelando a la compren-

<sup>56</sup> Orrego, Rosario. “Revista de la Quincena”, *Revista de Valparaíso*, Tomo II, 1874, p. 264.

<sup>57</sup> Orrego, Rosario. “Revista de la Quincena”, *Revista de Valparaíso*, Tomo I, 1873, p. 398.

sión de sus lectores y entendiendo la distancia entre la gran vida urbana de metrópolis europeas como París y la de una ciudad “mercantilista” y relativamente más pequeña como Valparaíso, Orrego responde a la falta con una afirmación programática: se ocupará “a la lijera” de lo local-local para tratar de encontrar allí su relevancia y narratividad. En este mismo contexto deben entenderse las historias de mujeres que sus tres novelas cuentan. Todos estos textos, como su *Revista* misma en donde colaboran su hija, su esposo, sus amigos y amigas, investigan a su manera y con sus recursos, el mundo de las mujeres chilenas de su clase social y se proponen como lectura adecuada para un público femenino nacional emergente. En cada uno de estos escritos se manifiesta la visión programática de la intervención cultural que Rosario Orrego realizó en las letras chilenas de su época: mediar entre la literatura y la realidad nacional usando consistentemente el prisma de lo doméstico, las relaciones cortas y la familia para desarrollar un estilo y una estrategia narrativa propias.

En un poema titulado “Instrucción de la mujer” y apropiándose de uno de los fundamentos del discurso liberal sobre la educación de la mujer, Orrego podía primero recomendar: “Instruid a la mujer, vereis a Chile/ Elevarse felice, soberano (...) en el modesto hogar dulce, amorosa/ Crea un mundo a su imagen la mujer” Hacía suya así, estratégicamente, la teoría de que la mujer era el espejo y el crisol en el cual se reflejaba y reproducía el estado de una sociedad. En segundo lugar, fundando sus razones en el progreso material y espiritual de Chile (“Hoi Chile no es la patria del pasado/ Ya el telégrafo cruza nuestro suelo”) podía reclamar a esa sociedad nacional en desarrollo, el descuido de la instrucción femenina:

“I en medio de este májico concierto/  
Que eleva nuestra patria a  
su apojeo/ Quedará la mujer, débil pigmeo/  
Sin levantar la mente  
a otra región?/ La fuente del saber le fue vedada?  
No recibió de Dios la inteligencia?”<sup>58</sup>

---

<sup>58</sup> Orrego, Rosario. “Instrucción de la mujer”, en *Revista de Instrucción Primaria*, Tomo I, 1876, p. 48.

Que el poema se reprodujese en uno de los primeros números de la *Revista de Instrucción Primaria. Periódico quincenal propagador de la educación popular*, no hacía sino reflejar el lugar crucial que la educación de las mujeres había alcanzado en dicho discurso liberal y la forma en que se lo asociaba, junto a la educación popular, al posible desarrollo del país.

### Educación Popular: la cuestión social y la economía moral

Paralela a la discusión sobre la adecuada educación de las mujeres, se desarrolló otra que tuvo como centro la necesidad o inconveniencia de educar al pueblo. A la discusión explícita que alcanza los honores de la publicación, deben agregarse los desarrollos educativos chilenos que aunque modestos si se los mira desde nuestra contemporaneidad, representaron en la época, como vimos en el primer capítulo, la emergencia evidente de nuevos actores/lectores. Mi objetivo ahora no es exponer el desarrollo histórico de la educación popular en Chile, (un trabajo que, por lo demás, aun está por hacerse<sup>59</sup>). Me interesa más bien, a través de algunas consideraciones generales sobre alfabetización y educación popular, crear el contexto para entender —por medio de ejemplos de la trayectoria literaria de Carlos Segundo Lathrop— cómo surgen otros espacios de autoría que reclaman y dependen de nuevos públicos lectores y de sus formas transicionales de *literacy*.

La expansión de la *literacy*<sup>60</sup> en Chile, como consecuencia de los esfuerzos estatales y privados por extender la educación, debe ser considerada un aspecto fundamental en el desarrollo y organización

---

<sup>59</sup> Véase ahora, sin embargo, Egaña, María Loreto. *La Educación primaria popular en el siglo XIX en Chile: Una práctica de política estatal*, Santiago: Dibam, 2000.

<sup>60</sup> He decidido, repito, conservar la palabra inglesa “literacy” para aludir así simultáneamente no sólo a la “alfabetización” que normalmente la traduce en español, sino también a los aspectos de competencia cultural socialmente establecida y variable que integran asimismo el campo semántico de la expresión inglesa.

de los sectores populares. Sin embargo, durante todo el siglo XIX será precisamente ese mismo requisito de la *literacy* apropiada el que, en parte, establecerá la distancia entre las posibilidades democratizantes de la concepción burguesa de ciudadanía y su práctica efectiva por la mayoría. Será la distancia entre dicha concepción de ciudadanía, como un derecho propio de todo hombre (el género no es casual), y su contrapartida elitista que lo identificará con lo que sólo es propio y apropiado en aquellos que tienen una propiedad básica. La educación debía, en los proyectos ideológicos dominantes, inculcar el conocimiento y el respeto de la propiedad. Esto significó —aun en las versiones más liberales (visto que en las más conservadoras las desigualdades eran simplemente indiscutibles como expresión manifiesta de la voluntad de Dios— hacer que el ciudadano legal popular comprendiese que la propiedad de que gozaban los propietarios era legítima y que ella reflejaba a la vez que se expresaba en la propiedad con que apropiadamente usaban del lenguaje. Incluso en el más progresista de los casos, ello significaba hacer que ese ciudadano legal aceptase medirse a sí mismo y frente a los demás, con el rasero aparentemente democrático de la promoción social fundada sólo en la educación formal (es decir, solamente en la distribución supuestamente equitativa y democrática de los medios de producción cultural); que reconociera, en fin, la impropiedad de cualquier aspiración a la propiedad que no pasase por la admisión de su radical legitimidad.<sup>61</sup>

---

<sup>61</sup> El mecanismo es descrito muy bien por Máximo Arguelles en su “Discurso de incorporación a la Universidad de Chile” en 1853: “Antes hemos reconocido que tanta virtud tanta ilustración tanta honradez y patriotismo de parte de cada uno de los habitantes de un país, no es sino una jenerosa ilusión (...) más para asegurar el bienestar i prosperidad de un país basta solo que estas cualidades sean patrimonio de la mayoría de sus habitantes, i, si aun esto no fuere asequible, para alcanzar el mismo fin queda todavía el arbitrio de restringir el ejercicio de los derechos políticos sólo a los ciudadanos que los posean, por reducido que sea su número, con tal que facilitemos a todo individuo los medios de obtenerlas; porque reconocido el principio de que el pueblo es soberano i que todos los ciudadanos son iguales ante la lei forzoso es reconocer que todos tienen igual opción a porción igual de derechos políticos. La lei de la conveniencia pública puede sin embargo fijar las condiciones que deba

Este efecto de distinción, o sea de diferenciación clasista basada en el capital cultural, se fundaba en la postulación y/o existencia de una esfera hegemonizada y única de lo público que era, al menos ideológicamente, hacia donde se dirigía como resultado del proceso de modernización, la polis chilena. Por ello, dichos efectos serían primero visibles en los centros urbanos donde comenzaban a convivir en incómoda unidad, poblaciones cada vez más numerosas y heterogéneas. La supuesta igualdad jurídica de todos sería acompañada por el intento unificante y uniformante de imponer una sola forma de sociabilidad aceptada y legítima, de una alta jerarquización. Por otro lado, la existencia y desarrollo de contraesferas subalternas resultaría, en la práctica, en la apertura de otros espacios posibles de contestación de los efectos hegemonizantes de una sola esfera pública. Estos ámbitos habrían de ser también los espacios en donde una subjetividad alternativa podría especificar sus necesidades, objetivos y estrategias.<sup>62</sup>

El poder pastoral de la Iglesia y la gubernamentalidad estatal, junto a sus múltiples puntos de cruce, fueron los otros dos actores principales de aquel proceso formativo.<sup>63</sup> Frente a la heterogenei-

---

reunir un ciudadano para entrar en posesión del ejercicio de estos derechos; pero esa lei sería manifiestamente injusta si se le despojase absolutamente de ellos, si estableciendo condiciones restrictivas para obtener su goce no le ofreciese al mismo tiempo facilidades de allanarlas. De aquí la obligación del estado de abrir los puertos de la educación a todos sus hijos..." en *Anales de la Universidad de Chile*, tomo X, 1853. De aquí en más uso la abreviatura AUCH, para referirme a estos *Anales*.

<sup>62</sup> En el capítulo dos, vimos un ejemplo de ellos en la Sociedad de la Igualdad que Alberto Blest Gana narrativizó en *Martín Rivas* desde el punto de vista liberal.

<sup>63</sup> La expresión 'gubernamentalidad' es un concepto foucaultiano que él mismo define así: "The ensemble formed by the institutions, procedures, analyses and reflections, the calculations and tactics that allow the exercise of this very specific albeit complex form of power, which has as its target population, as its principal form of knowledge political economy, and as its essential technical means apparatuses of security.", en Foucault, Michel. "Governmentality", en Graham Burchell, Colin Gordon y Peter Miller (editores), *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*, Chicago: The University of Chicago Press, 1991, p. 102-103.

dad y pluralidad reales de *los públicos*, Iglesia y Estado –al comienzo en colaboración y luego, separadamente– buscarían siempre formar *un público* homogéneo y singular de fieles y ciudadanos en cuyo interior se definiere *lo público*. Sus instrumentos serían los de la educación religiosa y los de la educación humanista laica, pero por sobre todo, la mutua interpenetración de estas dos esferas que generaría ese híbrido de religión secular que podríamos llamar nacionalismo cultural. La moral ciudadana habría de ser el espacio de conjunción y mutua determinación de las prácticas y de las instituciones encargadas de producir al nuevo sujeto a través del trabajo educacional. Producción y represión, positividad y negatividad, irían a menudo de la mano en un proceso siempre ambiguo y contradictorio.

En un primer momento, debido a las limitaciones de recursos y a la política de expansión limitada del Estado sobre los espacios de la sociedad civil, el Estado chileno concentró sus esfuerzos en la preparación de los cuerpos de élite que conformarían la creciente maquinaria burocrática y comercial chilena.<sup>64</sup> En tanto el objetivo último de su esfuerzo educacional no era la transformación del orden social sino su reproducción de manera más eficiente y controlada, el Estado se podía permitir, sobre todo en el momento inicial, delegar la educación primaria en manos de la Iglesia, permitiendo así un alto grado de continuidad entre la tradición educacional colonial y la republicana en ese nivel. Como señala Sol Serrano, este

---

<sup>64</sup> Para el crecimiento de la burocracia chilena véase, Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel, *Un siglo de historia económica de Chile. 1830-1930*, Santiago: Editorial Universitaria, 1991, p. 141. Allí se registra que el número de funcionarios públicos crece de 1.165 en 1845 a 13.119 en 1900. El mayor aumento se concentra entre 1880 (3.048 funcionarios) y 1900. En 1836, Diego Portales, ministro del Interior, comentaba a propósito de la Ley Orgánica de Ministerios (aprobada en 1837): “Una vez que el Estado proporciona a la juventud chilena medios abundantes de instrucción, parece ya tiempo que sean preferidos para servir los destinos públicos los candidatos que a las circunstancias morales necesarias reúnan el conocimiento de las ciencias legales y políticas, la posesión de la lengua patria y la de los idiomas extranjeros que se enseñan en el Instituto Nacional” Citado en Serrano, Sol. *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX*, Santiago: Editorial Universitaria, 1994, p. 153.

estado de cosas se prolongaría, por lo menos, hasta fines de la década de 1830.<sup>65</sup>

Aunque hoy podamos percibir la comunidad esencial y las formas de interpenetración de los dos procesos complementarios de subjetivación que llevarían a cabo tanto la Iglesia como el Estado chilenos; cuando la alianza pragmática entre estos macro-actores se quiebre —debido al juego de factores como un aumento de los recursos fiscales, la presencia de una voluntad política y la disponibilidad de profesores formados en las Escuelas Normales del Estado, entre otros— dichas estrategias aparecerán, al menos en la percepción de los protagonistas, como radicalmente diferentes. La Iglesia chilena, en un proceso que ha sido muy bien documentado por Ricardo Krebs<sup>66</sup>, terminará por aceptar la separación de aguas con el Estado y por tomar ventaja del amplio campo que dicha separación le abriría en el espacio de la educación popular primaria (tanto infantil como de adultos), secundaria y superior, como una forma de responder a los desafíos que a su conservación y hegemonía le presentaba la laicización del Estado chileno. Este, por su parte, completaría poco a poco lo que podríamos llamar el proceso de nacionalización y estandarización de mecanismos y objetivos disciplinarios que antes había

---

<sup>65</sup> Serrano, *Universidad y nación*, p. 53 y ss. Esta es una de las razones, dicho sea de paso, por las cuales es importante comprender la participación de la Iglesia en el desarrollo nacional chileno del siglo en cuestión, no simplemente como un resabio contra el cual la modernización lucharía (que sería la visión historiográfica liberal clásica) sino como una parte y un actor integral de la forma que la modernidad y la modernización adquieren en Chile. La tesis, desde un ángulo conservador, ha sido defendida por Ricardo Krebs en su excelente estudio “El Pensamiento de la Iglesia frente a la laicización del Estado en Chile” en Ricardo Krebs et al, *Catolicismo y laicismo, seis estudios*, Santiago, Ediciones Nueva Universidad, 1981. María Angélica Apey en “La Instrucción rural en Chile durante el siglo XIX” en *Dimensión histórica de Chile* 6/7, 1989/1990, relativiza la importancia de las escuelas conventuales en relación a las fiscales, aunque valoriza, por otro lado, la labor de algunas congregaciones en la llamada “pacificación de la Araucanía”. “La Instrucción rural en Chile”, p. 82-87.

<sup>66</sup> Krebs, Ricardo. “El Pensamiento de la Iglesia frente a la laicización del Estado en Chile” en Ricardo Krebs et al, *Catolicismo y laicismo, seis estudios*, Santiago, Ediciones Nueva Universidad, 1981.



desarrollado en conjunto y casi indistinguiblemente con el poder pastoral de la Iglesia en el área educacional. Se trataba de una laicización de los contenidos de procedimientos cuya práctica por parte tanto de las escuelas primarias parroquiales como de los colegios estatales, el Estado ya había supervisado desde 1837.<sup>67</sup>

Más que el clásico problema de la legitimidad de la acción estatal sobre la sociedad civil, el que ocupó las mentes de los estadistas de Chile durante la segunda parte del siglo XIX, fue el de la gobernabilidad, es decir, el problema de cómo gobernar lo social o, para decirlo en el lenguaje finisecular decimonónico chileno: la solución requerida por la “cuestión social.”<sup>68</sup>

---

<sup>67</sup> Año en que se crea el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública como una cartera independiente. Véase Amanda Labarca, *Historia de la enseñanza en Chile*, Santiago: Imprenta Universitaria, 1939, p. 92; y Fernando Campos Harriett, *Desarrollo educacional 1810-1860*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1960. Nótese de paso el grado de interdependencia entre moral, religión y educación que la esfera de competencia del ministerio reproduce y reconoce.

<sup>68</sup> La postulación del concepto de lo “social” o del espacio así denominado en la teorización foucaultiana, se puede entender mejor si se la compara con la distinción entre lo social y lo político como ejes constitutivos de la acción política moderna según lo ha propuesto Ernesto Laclau. “Lo social” en Foucault, intenta esconder bajo la forma de una práctica concreta y ‘necesaria’ de la gubernamentalidad la conflictividad de las relaciones políticas entre el sector dominante de la sociedad (civil) y el resto de la población. De manera similar, aunque a un nivel mayor de abstracción, Laclau establece lo que llama “la primacía de lo político”, es decir la primacía de la conflictividad de opciones diferentes en luchas de y/o por el Poder, por sobre ‘lo social’, entendiendo por lo social aquellas formas sedimentadas de la historia de lo político en un contexto témporo-espacial determinado. Dichas formas sedimentadas tienden precisamente a oscurecer su fondo y su origen político (o sea conflictivo) bajo la apariencia de lo que es real o dado. En otras palabras, lo que Foucault llama para el siglo XIX la acción de la gubernamentalidad, es la práctica social a través de la cual este proceso de naturalización de “lo político” en la forma de “lo social”, se produce. Véanse Laclau, *New Reflections on The Revolution Of Our Time*, London, Verso, 1992; y Poblete, Juan. “Governmentality and the Social Question”, en Trigo, Benigno (editor). *Foucault and Latin America*, New York-London: Routledge, 2002. Como veremos, la solución de la cuestión social en Chile, pasará según sea el discurso, de las respuestas sociales o basadas en la sociabilidad a aquellas que cuestionarán la estructura productiva en lo económico y cultural.

La llamada “cuestión social” en Chile generó respuestas de los sectores conservadores/ católicos y soluciones reformistas liberales. Luis Alberto Romero, por ejemplo, ha clasificado la percepción elitaria del Otro popular en el Santiago de la segunda mitad del siglo XIX en tres miradas: la mirada horrorizada (el hacinamiento, el contagio, la enfermedad, el vicio); la mirada calculadora (especulación inmobiliaria con las viviendas populares) y la mirada moralizadora.<sup>69</sup>

Yo agregaría que, en general, en esta última línea se recetaron tres tipos de remedios, muchas veces en forma combinada, otras en oposición de alguno contra los otros. Se trataba de una moralización de la sociabilidad popular fundada ya fuera en el trabajo, en el ahorro y/o en la educación. Como ya hemos señalado, el grado de interpenetración discursiva entre los argumentos conservadores y liberales fue alto, usándose muchas veces, en una argumentación progresista muchos de los clichés conservadores. Fernando Santa María, en su “Ojeada sobre la condición del obrero y medios de mejorarla” (1874) señalaba que “...el obrero vive generalmente aislado, piensa solo, y se reúne únicamente para el juego o la bebida.”<sup>70</sup> Es decir, desarrollaba un tipo desviado o patológico de sociabilidad. Sus formas de asociación voluntaria requerían de un trabajo de reencauzamiento o de total transformación que las ordenase a los dictados de una racionalidad menos espontánea. La solución, para Santa María, era la escuela:

“Como base, pues, de la reforma está la libertad de obrar, de creer, de pensar y juzgar. La atmósfera que necesita el que trabaja es la libertad (...) En este campo y sólo en este campo de la libertad, crece y se levanta ese templo donde la oración es el murmullo de los que aprenden, donde el sacerdote es el libro (...) Es la escuela pues, y la biblioteca la que salva al obrero, radica la familia; es ella la que está llamada a operar la revolu-

<sup>69</sup> Romero, Luis Alberto. “¿Cómo son los pobres? Miradas de la elite e identidad popular en Santiago hacia 1870”, *Opciones*, 16, mayo-agosto, 1989.

<sup>70</sup> En Grez, *La Cuestión social*, p. 249.

ción moral, herencia de los héroes, a cimentar la libertad y dar personalidad, vida propia al obrero, es la escuela la que enseñando el deber, trae el ahorro, la unión, el estudio, es ella la que moraliza al hombre, levanta a la mujer y salva a los hijos porque hace seres morales y concientes.”<sup>71</sup>

Uno de los aspectos que parece más notable de este párrafo, es la insistencia de Santa María en la necesidad de fomentar una subjetividad que aunque haya aprendido la lección o mejor, porque ha aprendido la lección, se puede considerar libre y soberana. Debe destacarse que el artículo de Santa María se inscribe en un liberalismo racionalista (aunque no laico) en el cual dicha libertad es clave:

“En fin, es menester reformar al hombre llevándolo a la escuela, enseñándole a pensar libremente, a creer, a que viva y obre por sí solo, a que crea porque así su razón le enseña, a que luche y trabaje porque ésa es la ley que une a los hombres, y a que viva del amor porque ésa también es la ley.”<sup>72</sup>

Se trata de la explicitación de un mecanismo al cual ya nos hemos referido. El sujeto es siempre, entre otras cosas, el sujeto *de y a sí mismo*, es decir, sujeto de y a los efectos de subjetivación socialmente producidos que confluyen en la determinación de su identidad. Ese es precisamente, parece decir Santa María, el trabajo de la escuela y no, al menos no principalmente, el de la religión.

En 1877 Marcial González, por su parte, invierte la causalidad y propone en vez de escuelas, un aprendizaje práctico fundado en lo que llama “La Moral del ahorro.” La razón es similar a la de Cood. No es suficiente aprender una cierta cantidad de conocimientos abstractos o abtrusos por muy buena que sea su orientación:

“No basta enseñar a leer y a escribir ni aprender de memoria el catecismo: es preciso educar, sobre todo, el corazón a la vez que el espíritu del hombre y de la mujer del pueblo (...) Antes que recomendar la educación elemental y que plantear escuelas para

---

<sup>71</sup> “Ojeada sobre la condición del obrero y medios de mejorarla”, p. 251.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 253.

que queden desiertas como las de los campos, mucho mejor nos parece recomendar a los pobres la economía, que constituye su verdadera educación moral, porque realmente la economía es el mejor preservativo contra las tentaciones de todo género que disipan al trabajador y lo apartan de sus deberes.<sup>73</sup>

González se refiere a una economía moral, ejercitada en la práctica de la vida diaria y no aprendida en un espacio ad hoc, una economía de la energía mental y física del sujeto. En palabras que anuncian las descripciones de la metapsicología civilizatoria de Freud y que en realidad hacen eco de un discurso religioso protestante y católico de larga tradición, González concluye su artículo señalando:

“...meditemos siempre en la santa moral del ahorro y tratemos de aconsejarlo y de practicarlo en todas las esferas sociales y principalmente en las de abajo! No olvidemos nunca que sólo es hombre civilizado el que se hace capaz de imponerse la privación de ciertos goces inmediatos...”<sup>74</sup>

---

<sup>73</sup> En Grez, *La Cuestión social*, p. 305.

<sup>74</sup> “La Moral del ahorro”, p. 307. A esta conclusión había concurrido Fernando Santa María unos años antes: “Otro error aún y es el creer que el premio del trabajo es el ocio. Idea fatal y perniciosa que creída por muchos y practicada por muchos más, tiene por vísperas los sábados y los domingos y por fiesta el San lunes, idea que conduce al derroche y a la pérdida del salario...”, “Ojeada sobre la condición del obrero y medios de mejorarla” p. 252. Lo cómodo y conveniente que este discurso resultaba para los partidarios del orden, queda de manifiesto en la insistencia de Gonzalez sobre la naturaleza socio-moral y no económica del problema de las clases populares en Chile: “Ahora bien. Supongamos que cada uno de esos obreros urbanos o rurales, trabajando por su propia cuenta o por la de sus patrones, de la suma de sus ganancias del día, de la semana, del mes o del año, sólo consagren una cuarta parte al bodegón o a la chingana, a los licores o al juego. Y esto es lo menos que puede calcularse atendida su disipación inveterada, pues todos sabemos que el aumento de los salarios más les daña que les aprovecha, que cuanto más ganan más derrochan y que en tal caso no sólo hacen ‘San lunes’ sino ‘San martes’” Si así hicieran, concluye González, se podrían procurar con el correr de los años “una verdadera fortuna que lo[s] pondría para siempre al abrigo de la necesidad y de la miseria”, “La Moral del ahorro”, p. 306.

Para algunos la solución pasaba más bien por una decisiva intervención del Estado que pusiera al alcance de las clases populares el acceso al crédito que era la base del desarrollo capitalista extendido que tan exitosamente parecían estar demostrando los Estados Unidos, según había percibido unos años antes Domingo Faustino Sarmiento. Suyo podría ser el siguiente artículo anónimo de 1850 en que se apunta la necesidad de un crédito justo frente a la usura de los “prenderos”:

“Ahora bien, pues, ¿sería racional creer ha pensado siquiera el gobierno por un momento en mejorar la condición de los desheredados, cuando no ha colocado frente a frente del usurero los montes de piedad? (...) Cuando no ha pensado en organizar convenientes las cajas de ahorros.”<sup>75</sup>

Moral pues del control para muchos conservadores y del capital y el ahorro para algunos liberales; para todos, moral del ahorro de algún tipo de energía que estaba siendo dilapidada sin ningún control por los sectores populares caracterizados, en esta visión consensual, por su “disipación” y su incapacidad para comportarse en todos los niveles de sus vidas con la propiedad que sólo el interés internalizado por lo propio podía generar. El modelo, entonces, seguía siendo siempre el de las clases acomodadas, como si dicha propiedad no descansase sobre la explotación de unos por los otros o estuviera, en el orden imperante, realmente al alcance de todos. El problema, en suma, estaba reducido a una reforma o transformación de la sociabilidad chilena. Había que activar a los que muchas veces se llamaba “vagos” flojos” y “mal entretenidos”, sin que ello significara incidir en activaciones de capacidades indeseadas o peli-

---

<sup>75</sup> “Condición de los obreros”, en *La Cuestión social en Chile*, p. 121. La medida que impone el consenso es transparente en la conclusión: “¿Y que no podríamos ascender a las causas por las cuales el gobierno se muestra indiferente, y repetir todo eso veinte veces por día en las sociedades de artesanos? No lo hemos hecho, porque nos parece preferible tratar al pueblo como el médico a las naturalezas extenuadas, sin darles a grandes dosis los remedios heroicos. No queremos indignarlo, anhelamos civilizarlo.” *Ibid.* p. 122.

grosas. Una solución conservadora radical, promovida tanto por sectores ideológicamente liberales como conservadores, fue la de la inmigración masiva europea auspiciada por el Estado. Se trataba de traer a los sujetos correctos ya dotados de las costumbres correctas para que funcionaran como modelos de los bárbaros locales o, en el extremo, para que los reemplazaran.

Si me he detenido en la discusión algo más detallada de lo que en el capítulo segundo llamamos “economía moral de la sociabilidad” ha sido, entre otras cosas, porque ella pone de manifiesto algunos de los parámetros en que se empezaba a conceptualizar la distribución más o menos masiva de materiales impresos que, cada vez más, la prensa diaria y periódica ponía al alcance de sectores siempre crecientes de la población chilena. Ocio, disipación, libertinaje, corrupción, defensa y transformación de las costumbres, trabajo y recreación, son algunos de los temas que habían empezado a ocupar a las élites del país embarcadas en el esfuerzo por “desarrollar” la economía nacional sin perder las riendas del control social. Temas, asimismo, que empezarían a ser discutidos a propósito de la lectura y de las prácticas de la cotidianeidad en el contexto del ocio urbano como vimos en el capítulo primero, sobre Blest Gana y la lectura de la novela nacional.

### **Carlos Lathrop y la cultura mesocrática y popular**

Hacia 1929, en “Algo pasado de moda. Conferencia dada en el Club de Señoras por la señora María Mercedes Vial de Ugarte”, la autora, junto a las alabanzas a la “aristocracia cristiana” que, según ella, había benignamente imperado en Chile en los viejos tiempos, prodigaba los lamentos sobre los cambios sociales en el Chile en que le había tocado envejecer. A partir de la siguiente interrogación: “Si señoras, hemos evolucionado... Hemos caminado muy ligero, pero ¿hemos ganado?”, Vial de Ugarte se quejaba de que “Ahora se encuentran un tanto cursi las maneras delicadas que nos enseñaron nuestras madres. Modernismos que antes no se conocían porque a las niñas no las educaban ni las institutrices, ni las profesoras de liceo” sino sus madres. Continuaba: “No eran antes las niñas flores

gallardas expuestas a las miradas de todos, sino botones apenas entreabiertos que era preciso ir a cortar de su rosal, para aspirar su fresco y delicado aroma”<sup>76</sup>

Destacaba así Vial de Ugarte la obsolescencia de una forma de sociabilidad fundada exclusivamente en el espacio social privado del hogar y del salón en que las mujeres apenas entreabrían sus álbumes y con ellos sus emociones a la escritura masculina que las cortejaba con insistencia para por fin cortarlas de este privado jardín e instalarlas en otro por la vía del matrimonio. Si el hogar patriarcal había sido alguna vez este tipo de jardín ordenado y vigilado, ¿qué podía decirse ahora de los nuevos paseos en que las mujeres exhibían, “flores gallardas expuestas a las miradas de todos”, sus nuevas conductas y saberes recientemente adquiridos?:

“Ahora el hogar es una palabra puramente literaria, como no existe tampoco esa sociabilidad sencilla y afable que no se precia del lujo, ni de las apariencias” (p. 59) “En el movimiento vertiginoso de la vida moderna, ¿qué muchacha no sale a todas horas de su casa? ¿Cómo podrá así leer o digerir lo que lee? Ahora se estudian muchas cosas que antes no se estudiaban; pero ¿se aprenden bien? (...) No hay ramo del saber que no se estudie; pero todo se estudia a vapor; y así tiene que evaporarse el cerebro. Antes se estudiaban pocas cosas; pero toda mujer culta estudiaba bien la historia y la religión; y se le formaba el criterio para que pudiera dirigir la mente de sus hijos” (p. 58-59)<sup>77</sup>

Lo que realmente parecía haberse terminado de evaporar era aquel mundo que ella tanto añoraba. Los ritmos, las sociabilidades, los roles y las funciones sociales habían todos cambiado bajo el impulso de eso que Vial de Ugarte llamaba “modernismos”. Sobre estos mismos “modernismos”, pero ahora vistos desde otra óptica y en sus inicios se había explayado más de medio siglo antes, Carlos Se-

---

<sup>76</sup> Vial de Ugarte, María Mercedes. “Algo pasado de moda. Conferencia dada en el Club de Señoras por la señora María Mercedes Vial de Ugarte”, Santiago: Club de Señoras, sin fecha (hacia 1929), p. 57.

<sup>77</sup> Vial de Ugarte, María Mercedes. “Algo pasado de moda”, pp. 58-59.

gundo Lathrop (1853-?) en *Las Santiaguinas* (1883)<sup>78</sup>. Aunque no puedo analizarlo a fondo aquí, me interesa destacar al pasar este texto que revela, además, la existencia de un público lector interesado en ese tipo de publicaciones y manifiesta la irrupción de la mujer de clase alta y media en los espacios públicos. Dedicado “A la distinguida poetisa chilena señora Rosario Orrego de Chacón”<sup>79</sup> *Las Santiaguinas* —que se publicó primero serializado y, luego, con el subtítulo de *Estudio Social*, como volumen separado en 1883— se ocupa de la “difícil tarea de estudiar a las Santiaguinas en sus diversas escenas sociales” (p. 3). Para Lathrop ellas son: “Las Santiaguinas en visita” (capítulo I); “Las Santiaguinas en los paseos públicos” (capítulo II: en el Portal [o galería], en las tiendas, en la Alameda, en la Santa Lucía, en la Plaza de Armas, en el Parque, en los Teatros); “Las Santiaguinas en el hogar” (capítulo III: juego de prendas, otros juegos); “Las Santiaguinas en los bailes” (capítulo IV); y “Las Santiaguinas en las tertulias” (capítulo V). Para ello, Lathrop desarrolla una mezcla de etnografía de la vida cotidiana y manual de conducta. Esta amalgama puede haberle parecido necesaria a la luz de los abundantes cambios que afectaban la localización e identidad de las mujeres en la sociedad capitalina. Lathrop los resume con un comentario notable:

“De algunos años a esta parte, eran las ceremonias religiosas la única ocupación de nuestra sociedad, por ahora, sin descuidar la religión, nuestras bellas se entregan a otro jénero de vida más comfortable; en nuestros salones se habla de literatura, se cantan trozos de Bellini o del festivo Offembach, se toca en el piano inspiradas armonías alemanas i románticos trozos de ópera italiana, i por último, el baile es el recurso obligado de nuestras santiaguinas.” (p. 68)

<sup>78</sup> Lathrop, Carlos Segundo. *Las Santiaguinas. Estudio Social. 1872-1878, Segunda edición, notablemente corregida i aumentada*, Santiago: Imprenta de la Librería Americana, 1883.

<sup>79</sup> Lathrop y Rosario Orrego se habían conocido en Valparaíso en donde el primero colaboró en varias de las revistas del grupo de Rosario Orrego, su esposa Jacinto Chacón y el Círculo de Amigos de las Letras.



*Las Santiaguinas* es, en varios sentidos, un libro de transición: lo es, como acabamos de ver, porque describe un cambio epocal en la conducta y lugar social de las mujeres de Santiago. Lo es también porque mezcla varios formatos textuales contemporáneos a la sazón en proceso de estabilización: los almanaques, los manuales de conducta, el libro de crónicas sociales. Es un libro de transición, finalmente, porque desarrolla una conciencia ambigua sobre los sectores populares y elitarios y refleja así la emergencia de una sensibilidad mesocrática parcialmente identificada con ambos.

Importante para el argumento que desarrollo es el tipo de discurso que *Las Santiaguinas* encarna y las formas de autoría mesocrática que supone. Desde muy temprano, el texto de Lathrop desarrolla su propia discursividad como una estrategia para superar obstáculos y acceder a privilegios normalmente reservados a otros más afortunados:

“Dichosos los favorecidos de la fortuna que pueden diariamente frecuentar este paraíso de indefinibles atractivos i sitio favorito de nuestras bellas... ¿por qué no habremos nacido ricos? ... Debemos en tanto conformarnos i aguardar mejores tiempos. Pueda que un día, no lejano, la rueda de la fortuna nos favorezca i entonces podremos, bellas santiaguinas, estudiaros poco mas de cerca i nuestros escritos estarán también entonces a la altura de vuestros atractivos” (p. 44-45)

A la riqueza pecuniaria debería seguir, al menos en la imaginación escrituraria de Lathrop, una riqueza estilística equivalente. El discurso es aquí, al mismo tiempo, el reflejo y el arma para conquistar esa posición económica y lograr profitar de los beneficios simbólicos que la autoría produce. Si el esfuerzo por captar una audiencia femenina y los sueños de éxito y prosperidad fundados en la escritura nos resultan ahora familiares, es porque fueron las mismas esperanzas e ilusiones que animaron el proyecto narrativo de *Blest Gana*. En este esfuerzo poco distingue a Lathrop de la imaginación de *Blest Gana*. Poco salvo el talento, claro.

En la estrategia de Lathrop se mezclan por lo menos dos mode-

los retóricos que no hacen más que destacar la ansiedad de su autor ante la (falta de) legitimidad de su discurso. Ya en la primera página declara: “aunque sin los conocimientos suficientes”, “la primera impresión que recibe un provinciano”. Luego añade, “prevenimos de antemano a nuestros lectores, que nuestro trabajo es sólo un bosquejo del gran cuadro, que otros con mejor pincel podrán mas tarde trazar”(p. 19).<sup>80</sup> Por un lado, se alude simultáneamente al modelo del provinciano en Santiago y al del sagaz extranjero, ambos con largas prosapias retóricas, que permiten situar la voz narrativa en la posición del *outsider* que observa con deslumbrados ojos y, al mismo tiempo, con la perspectiva crítica que la distancia y la pretendida ignorancia permiten. Por otro, estas protestas de inexperiencia e ignorancia –aunque caben también, y este es el segundo modelo, en la retórica de la modestia– son, al igual que el uso del primer modelo, otras tantas formas de autorizar un discurso que se sabe nuevo y postula, algo temeroso, la existencia de su público. La entidad de este público es más sospechada que conocida y de allí se deriva su ambigua identidad como destinatario del escrito. Lathrop oscila, por ejemplo, entre la apelación a “nuestros lectores” y aquella a las “simpáticas lectoras.”

De este modo, en *Las Santiaguinas* se mezclan ideas u objetivos distintos y contradictorios respecto al lector modelo. Por un lado, Lathrop escribe con un lector implícito en mente, a quien, sin embargo, nunca realmente se dirige explícitamente. Era este lector ideal popular quien podía sentirse atraído por la descripción detallada de la alta sociedad y sus costumbres. En este sentido, su libro funciona como manual de conducta y como ventana indiscreta sobre una sociedad capitalina que la emergencia de clases hacía ‘deseable’ (es decir objeto del deseo) para las clases populares y las gentes de provincia.<sup>81</sup> Luis Alberto Romero se ha referido al fuerte grado de iden-

<sup>80</sup> Estas declaraciones abundan: “pidiendo indulgencia a nuestros lectores, porque este es el primer ensayo que hacemos sobre costumbres i nuestro estilo acaso no sea del todo correcto i nuestras disgresiones talvez poco adecuadas...” p. 16.

<sup>81</sup> Sobre la mimesis social en la base de la sociabilidad santiaguina, véase el capítulo 2.

tificación que el sector popular tuvo respecto a las representaciones elitarias escritas del “otro” plebeyo. Según Romero, de una situación en que la plebe, a mediados del siglo XIX, suele aceptar esa representación elitaria de su lugar e imagen, se pasa en la segunda mitad del siglo a una identificación autogenerada en mayor grado y que tiene un sustrato mucho más autoconciente y fundado en las realidades de la clase trabajadora emergente.<sup>82</sup> Localizado en el medio de este proceso de transición, allí donde las representaciones elitarias de sí y del Otro popular se encuentran con las formas que el pueblo produce y consume (tanto de sí mismo como de los otros), el libro de Lathrop intentaba también, por otro lado, gratificar la autopercepción que la sociedad alta tenía de sí misma y reflejaba su propio asombro ante las nuevas dinámicas. En este contexto de doble direccionalidad, se explican los ambiguos posicionamientos de la voz narrativa. Se incluye, por ejemplo, una diatriba a los criados que trabajaban en las casa de la élite:

“Si hai algo desagradable en el hogar, ello siempre es ocasionado por los domésticos que son representados en Santiago por jente rastrera i estúpida, difícil de manejar. I la razón es lójica pues nada hai más atrevido que la ignorancia...” (p. 57)

Estos requiebros de Lathrop hacia sus lectoras/es de clase alta deben, sin embargo, ser contrastados con su compasión por las penurias del comerciante y tendero frente a la arbitrariedad del comprador/cliente. Lathrop había introducido su texto en esa misma economía incierta del servicio (bien o mal) prestado, siempre temiendo la reacción impredecible y a menudo aparentemente arbitraria del lector/a/cliente ante un producto de identidad incierta, a medio camino entre varias formas textuales. Por ello cuando pregunta: “¿Quereis lectores, ver en escena a un comerciante del portal?” (p. 20) debemos leer simultáneamente varios aspectos de la forma de autoría que él encarna y de su propia forma de inscripción en el mercado. Unas pocas páginas más adelante señala:

---

<sup>82</sup> Romero, Luis Alberto. “Como son los pobres”, p. 57.

“No serían las limitadas páginas que dedicamos a este estudio suficientes para contener la diversidad de diálogos que diariamente sorprendemos en las tiendas. No hai un solo dependiente de tienda que no tenga material para llenar un libro, contando las curiosas contestaciones, los enojos i los conocidos argumentos de regateo que nuestras bellas adoptan...” (p. 24)

Lathrop, que había escrito y publicado su texto y lo vendía en su Librería Americana, evidenciaba así su larga experiencia como comerciante, no de paños y vestidos, pero si de libros, papeles, novenas, cuadernos y almanaques. A lo largo de esta experiencia había de usar, con gran imaginación, novedosas técnicas de mercadeo. Ya hemos visto como los almanaques que editó con su hermano Federico, utilizaban abundantemente las mezclas de ficción y comercio que caracterizan hoy los modernos insertos publicitarios en las revistas contemporáneas. Por ello cuando exclama “/Pobres dependientes i dueños de tiendas!” (p. 25) hemos de leer allí sus propias ansiedades de autor/editor sometido, con un producto textual en proceso de definición, a los vaivenes de un mercado aun en formación. Para conquistarlo y, en ese esfuerzo, promover incansablemente tanto sus propios escritos como aquellos de otros autores que su Librería publicaba, Lathrop recurrió insistentemente, no sólo a la autopublicación y autodistribución, sino también a la autopropaganda, incluyendo en sus periódicos las cartas de elogio o crítica que le llegaban, respondiendo a ellas con diatribas virulentas o azucarados agradecimientos. Si el seudónimo de “una madre” le había permitido a una mujer contemporánea el ejercicio de la pluma literaria, múltiples seudónimos habían de autorizar a este impresor el desarrollo de variados estilos escriturarios. Estos estilos frecuentemente combinaban, con mayor o menor creatividad, las pautas formales de los tonos más altos y más bajos de lo escrito para producir una voz mesocrática y popular.

Entre el criado y el tendero, la autoría de Lathrop se (auto) posicionó en el espacio mesocrático del pequeño comerciante y autor que tiene acceso simultáneo a los salones intelectuales de una familia como la de Rosario Orrego y al contacto diario con el pue-

blo que compraba sus numerosas publicaciones y productos. Su labor sería —como en Blest Gana, pero con suerte diversa— la producción de una forma de discurso intermedio que negociara la distancia entre formas de *literacy* e intereses diferentes. Para ello, Lathrop ensayó todos los géneros a su alcance. Escribió poesías elegantes y satíricas, populares y clásicas; crónicas sociales y descripciones de la geografía urbana que aparecieron en decenas de publicaciones periódicas que publicó a lo largo de más de treinta años de carrera.<sup>83</sup>

En *Las Santiaguinas*, la crónica social se sitúa a medio camino entre lo popular y lo culto, entre las señoras de la alta burguesía y las lectoras populares que corteja y describe. Alberto Blest Gana, quien había realizado ya la mediación entre lo nacional y la ficción con su género transaccional de la novela de costumbres nacionales, había también logrado encontrar un público ideal y real y la forma de discurso para atraparlo, en el doble sentido de captarlo como lectores y de describirlo y representarlo en su conjunto social. De la semificcionalización de la crónica periodística que cultivó abundantemente en sus inicios<sup>84</sup>, Blest Gana había pasado así a la novela, en un trayecto que se consolidaría materialmente cuando esas producciones ficcionales comenzaran a aparecer tan ampliamente en el registro del diario como en el soporte material del libro (proto) masivo. Lathrop habría de intentar también hacer lo propio con dos formas escriturales: el teatro y la novela.

En el teatro popular Lathrop encontró un medio, un vehículo

---

<sup>83</sup> Publicó entre otras muchas, las siguientes obras: Teatro: *Glorias peruanas. Comedia bufa en un acto i en verso*. Valparaíso-Santiago: Librería Americana de Lathrop Hermanos, 1879; *La Toma de Calama. Comedia en tres actos i en verso*, Santiago: Imprenta de la Librería Americana, 1885. *Sara Bell. Drama de actualidad en un acto i en verso i en cuatro cuadros inspirado en el crimen de la calle de Fontecilla*. Santiago: Imprenta Albión, 1896; *La Lei del embudo. Sainete epílogo del Drama Sara Bell*. Santiago: Imprenta Albión, 1897. Novela: *El Cofrecito de Evano. Noebla Social*, Santiago: Imprenta de la Librería Americana, 1881. *Los Saqueadores de 1891 o Premio i Castigo*, Santiago: Centro Editorial, 1897; *Sara Bell o Una víctima de la aristocracia*, Santiago: Centro Editorial, 1897. Publicó además, bajo múltiples seudónimos, abundante poesía.

<sup>84</sup> Véase Blest Gana, Alberto. *El Jefe de la familia y otras páginas*, Santiago: Zig-Zag, 1956.

y una forma de representación discursivas que se adecuaban perfectamente a su entrenamiento y capacidades intelectuales. Es en este ámbito donde su labor creativa recabó mayor reconocimiento y éxito popular y crítico. Fue autor de numerosas obras, muchas de las cuales, como sus autoediciones no se cansaban de repetir, gozaron de múltiples representaciones “en diferentes teatros”. Algunas de ellas, por ejemplo, apelaban y aprovechaban en el lenguaje clásico de la comedia bufa española los sentimientos patrióticos de la población nacional con motivo de la Guerra del Pacífico.<sup>85</sup> Aquí, la rapidez con que Lathrop podía producir en cuasi perfecta (si bien mecánica) rima los versos de una obra (velocidad que más de alguna vez le fuera recriminada como la marca de su distancia respecto a un autor literario verdadero) se tornaba una ventaja para captar la sensibilidad y el interés del momento. Es que el vehículo de la comedia popular, con su intento de nacionalizar un lenguaje y un público populares, era un esfuerzo ya probado y completamente codificado desde los tiempos de Lope de Vega y su *Arte Nuevo de hacer comedias*. Allí, diferentes recursos para captar la atención y representar (ideológicamente, por cierto) las dinámicas sociales del público real, desde los encapuchados a los apartes cómicos de los criados, habían sido ensayados y probados una y otra vez. No sorprende demasiado entonces, el que por la vía de esos recursos y esa forma teatral ya probada, Lathrop fuera mucho más exitoso en sus esfuerzos por “traducir” la realidad nacional a una forma artística, tanto en su llegada al público como en sus maneras de representarlo. En este punto, en que la “popularidad” adquiere en la cultura nacional chilena la doble connotación de pertenencia a las formas culturales del pueblo y de difusión comercial protomasiva; es decir, en este momento de protoemergencia del consumo popular, la obra teatral de Lathrop, así como la de varios de sus contemporáneos en el drama nacional, inaugura y anuncia una nueva configuración cultural de tendencias mesocráticas. Sólo en este ámbito la producción de Lathrop ha me-

---

<sup>85</sup> Véase, por ejemplo, Lathrop, Carlos. *Glorias peruanas. Comedia bufa en un acto i en verso*. Valparaíso-Santiago: Librería Americana de Lathrop Hermanos, 1879.

recido algún comentario ocasional que lo rescata como un autor de segundo orden aunque de cierta popularidad en la historia del teatro chileno.

La novela en cambio, más útil aquí para el contraste con Blest Gana y Orrego, era un medio diferente y para el cual la formación clásica española de Lathrop lo había preparado mucho más deficitariamente. Aquí, nada le resultó fácil ni cómodo a nuestro autor. Sus obras revelan, de hecho, ese proceso no concluido y, en verdad, apenas iniciado de búsqueda de una forma y un discurso en sintonía con un público real. Lo que parece crucial aquí, sin embargo, es entender que esto no era sólo, aunque también lo fuera parcialmente, el resultado de la formación personal de Lathrop, sino la consecuencia de un proceso social de formación de públicos lectores mesocráticos y populares y de la industria editorial que había de servirlos, que, en ambos casos, el país recién comenzaba a desarrollar.

Las novelas de Lathrop, y en particular su *Sara Bell o una víctima de la aristocracia*, manifiestan dicho proceso mejor que otras novelas de la época, más acabadas y estéticamente más atractivas. Este texto está basado en un gran escándalo y sonado caso policial que generó asimismo otras respuestas discursivas, incluso del mismo Lathrop que escribió dos piezas teatrales para vehicular de otra manera su indignación y conectar así con la sensibilidad y el público populares.

El 23 de octubre de 1896 en su cuarto de la calle Fontecilla 30 de Santiago, Sara Bell fue asesinada, casi con toda seguridad, por Luis Matta Perez un abogado de la alta sociedad santiaguina. Bell, una mujer de clase media abandonada por su primer marido, había sido amante de Matta durante poco más de dos años, en los cuales había dado a luz a un hijo (de paternidad dudosa). En su sección de crónica policial *La Nueva República*, un diario de la capital, dio la alerta sobre el crimen y pidió, sin nombrar culpables, que se acelerara una investigación en un caso que la justicia se disponía a tratar lentamente (para ayudar al acusado a escapar) y en el mayor sigilo (para evitar un escándalo que manchase su nombre). Dos hechos resultaron de esta investigación: una mujer de baja posición social y, según Lathrop, con severos trastornos mentales, fue inculpada por

el juez por el envenamiento de Sara. En segundo lugar, como hombre de gran posición y contactos, Matta se las arregló, con la complicidad del mismo juez, amigo y compañero de parrandas, para abandonar el país y escapar así al reticente brazo de la justicia santiaguina.

Además de la novela, como ya dijimos, Lathrop, productor fe-raz y hábil comerciante, publicó al menos dos obras de teatro sobre el tema: *Sara Bell. Drama de actualidad en un acto i en verso i en cuatro cuadros inspirado en el crimen de la calle de Fontecilla* y *La Lei del embudo. Sainete epílogo del Drama Sara Bell*.<sup>86</sup> Junto a Lathrop se lanzaron a la satisfacción de la demanda popular sobre caso tan sensacional, numerosos poetas populares y, también, Daniel Castro Hurtado, “Teniente de pesquisas, encargado de la investigación [policial]” quien “con la colaboración literaria de José María Solano” y tras haber sido removido de su cargo, produjo uno de esos libros reportaje a los que nos tienen acostumbrados los medios masivos contemporáneos.<sup>87</sup> Esta colaboración entre Hurtado y Solano nos señala ya una pista sobre los medios discursivos, los cruces de lógicas culturales y las alianzas necesarias para llevar a cabo un texto que intentaba, directamente, explorar y explotar la existencia de un público ávido y dispuesto. Dicho público leía sobre todo hojas volantes, panfletos, periódicos y diarios. Pero podía, si el caso le interesaba, abocarse ocasional y cada vez más frecuentemente, a la lectura de crónicas sensacionales en la forma de libros como los de Hurtado y Lathrop. Los varios encabezados del título de la novela *Sara Bell* permiten especificar mejor algunas de estas transacciones: “*Crónica criminal chilena. Sara Bell o Una Víctima de la aristocracia chilena por Oscar Hall-Port* [anagrama de Carlos Lathrop] *Novela histórica nacional, ilustrada con cien grabados, representando los episodios más*

---

<sup>86</sup> Lathrop, Carlos. *Sara Bell. Drama de actualidad en un acto i en verso i en cuatro cuadros inspirado en el crimen de la calle de Fontecilla*. Santiago: Imprenta Albión, 1896; y Lathrop, *La Lei del embudo. Sainete epílogo del Drama Sara Bell*. Santiago: Imprenta Albión, 1897.

<sup>87</sup> Castro Hurtado, Daniel. *El Asesinato de Sara Bell*, Santiago: Imprenta de La Lei, 1897.



*culminantes de la obra i profusión de vistas de la República de Chile*". "Crónica criminal chilena" alude a esas historias melodramáticas de una alta polarización moral a las cuales, especialmente cuando involucran actores y hechos reales, tuvo y tiene tanta afición el público popular y que andando los años serían la base de la mal llamada prensa amarilla y masiva y de su crónica roja. La oposición de la pobre mujer envenenada y el criminal aristocrático insiste en esa polarización y apela a la identificación y a la amplia experiencia popular de las injusticias sociales. Pocas de esas experiencias han tenido históricamente un mayor poder de convocatoria que la de la injusticia que afecta a lo popular ante la ley que se dice igualitaria, revelando así el carácter ilusorio de dicha igualdad. "Novela histórica nacional" refiere al formato discursivo en el cual quiere, con muchas dificultades, inscribirse el texto y afirma tanto el carácter chileno como la veracidad de lo relatado para apelar así a dos de las constantes semánticas de esta matriz popular: lo cercano y lo real, lo concreto y lo verídico. Las ilustraciones nos hablan de una *literacy* popular que incluye en sus competencias las formas de la imagen periodística y de las hojas sueltas para atraer a un público que, a menudo, poseía una forma de alfabetización que usaba y requería el refuerzo gráfico para la adecuada intelección del texto. Más que simplemente un deficit histórico o una alfabetización a medias, esta interacción entre el texto y la gráfica en el discurso popular (en el doble sentido de masivo y popular) es una constante prolongada hasta nuestros días por la vía de fotonovelas, comics, telenovelas y sitios en la internet. El hecho de que las imágenes prometidas sean no sólo las que refieren al caso específico del crimen en cuestión, sino también "vistas de la República de Chile" nos indica que, hacia el fin de siglo, las nuevas ilustraciones permitidas por desarrollos técnicos para la reproducción masiva de grabados, dibujos, retratos y fotografías, aun poseían, en sí mismas, un carácter de novedad para el público popular y mesocrático chileno.

Ya en el "Prólogo-Prospecto" de *Sara Bell*, aclara Lathrop la multiplicidad de funciones autoriales y aspectos productivos involucrados en su escritura. Con fuerte autoconciencia de su posición autorial ambigua señala: "Al ofrecer al público la presente novela,

me creo en el deber de manifestar los móviles que me han guiado para emprender su publicación. Pienso que deben siempre en el mundo corregirse los vicios”. Luego agrega: “Si el autor de la presente novela, que la dedica al pueblo, consigue merecer su apoyo, se habrán llenado sus aspiraciones, que antes que las del lucro son las de hacer bien a la mayoría de los chilenos oprimidos hoy por una minoría.” (p. 5-6)

En el contexto político que la guerra civil de 1891 había instalado en el país, Lathrop, que había sido un buen balmacedista y sufrió por ello las consecuencias de la furia de los vencedores, apelaba a la polarización rápida y esquemática del mundo social: los ricos y los pobres, los injustos y las víctimas, para agregar su propia autoría a la lista de dicotomías: no el lucro sino la justicia y el deber. El tiempo había de demostrar en la historia cultural chilena, cómo lo que en el anverso podía ser la mercantilización lucrativa y populista de la política, podía, en el reverso, ser simultáneamente la politización del mercado de las publicaciones populares, es decir, la fuerza política de una aspiración a lo escrito y a la comunicación con formas propias.<sup>88</sup>

La multiplicidad de móviles se manifiesta también en Lathrop a la hora de caracterizar su propia actividad: “El *novelista* que ha tomado a su cargo la narración histórica de los acontecimientos” comparte la escena con el “*editor* de esta novela, eminentemente popular”. Ambos confluyen, por último, en “*el autor* de la presente novela” (p. 6) y en su afán de hacer compatibles el lucro y la denuncia, la justicia y la ganancia, la escritura y lo popular, por la vía de utilizar un formato y unos discursos que aspiran a ser “eminentemente” populares. La palabra “editor” activa aquí su doble sentido: Lathrop es quien imprime y publica la novela y es también, como alguna vez expresara Augusto Roa Bastos, aquel ‘compilador’ de lenguajes y narraciones de diversa índole y estilo que constituyen la materialidad de su texto. En el tejido de *Sara Bell* esos diferentes

---

<sup>88</sup> Véase sobre el particular el excelente trabajo pionero de Osvaldo Sunkel, *Razón y pasión en la prensa popular*. Santiago: Ilet, 1985.

hilos textuales se muestran ya en las primeras páginas. Allí Lathrop usa, casi literalmente, la prosa de sus *Almanaques* para describir “Santiago, ciudad importante de Sud-América” y emplea, también, la temática de muchos de sus artículos periodísticos, para quejarse de la falta de “protección que se le otorga a las empresas teatrales, a escepción de las que por tres o cuatro meses actúan cada año en el Municipal” (p. 7, tomo primero). Entre los almanaques y el periodismo, la novela, que se extiende por dos voluminosos tomos y cerca de mil páginas, incluirá las ya mencionadas ilustraciones, y reciclará además, omnívoramente, abundantes artículos periodísticos de la prensa santiaguina, testimonios judiciales del caso reproducidos en su integridad, copiosos errores de ortografía, descripciones y protestas como la siguiente que, en la última página del primer volumen, quería algo crudamente combinar las lógicas políticas y comerciales para aumentar el suspenso y el interés comercial del segundo tomo:

“...hemos tenido razón para titular el último capítulo del primer tomo:

/El principio del crimen!

¿Cómo se desarrolló éste?

Tenemos gran acopio de documentos para esponer el infamante hecho a la faz de la aristocracia para que sirva de estigma de oprobio [sic] a una sociedad que se llama aristocrática....”

(p. 426, Tomo primero)

He querido ocuparme con cierta detención de esta novela para destacar cómo lo que interesaba en ella era la búsqueda –algo torpe sí, pero búsqueda al fin– de una fusión de formas discursivas que pertenecían a ámbitos culturales diversos pero ansiaban, insistentemente, una suerte de unificación en el espacio de la producción escrita. Importante es aquí la difuminación de la autoría personal como acto individual, creativo, original y auto-suficiente y la emergencia de la figura del autor-editor cuyo pulso late más cerca del mercado que de las musas. De alguna forma, la autoría se expande aquí para dar cuenta de la influencia real que el mercado, la circulación y los públicos lectores tienen ya no sólo sobre la interpretación

del texto, sino también sobre su propia constitución heteroglósica.

Para Lathrop estaba en juego, primero, su forma personal de autoría y autoridad literaria. En el homenaje que su periódico (*El Hijo del Pueblo*) le hacía al popular novelista Ramón Pacheco, Lathrop declaraba:

“Sí amigo, los que batallamos en la vida con nuestra pluma, sin tener fortuna, tenemos que esperar que una capa de indiferentismo cubra nuestra modesta tumba. I, entre tanto, los aristócratas cuya vida sólo refleja corrupción, entes sin alma (..) vampiros del pueblo, mueren tranquilos...”<sup>89</sup>

Lathrop se veía aquí, junto a Pacheco —a quien llamaba uno de “nuestros compañeros de ideas i principios” en “la magna idea de levantar al pueblo, abriéndole los ojos”— como un trabajador de la cultura, uno de esos esforzados obreros que habían de construir las verdaderas letras nacionales. Esta era una retórica que desde su propio posicionamiento de nacionalismo burgués, había usado veinte años antes Alberto Blest Gana para defender tanto su autoría como sus novelas. Frente a la prensa oficial que, como en el caso del crimen de la calle Fontecilla, optaba por no registrar el suceso de la muerte de Pacheco, Lathrop insistía: “rendimos un tributo de admiración al patriótico escritor que afanoso ilustró a las muchedumbres con sus libros, i dejemos establecido que el pueblo (...) no olvida a sus nobles apóstoles que lo redimen con la sangre de su jenio”<sup>90</sup>

Por otro lado, en juego estaba también el desarrollo de una forma narrativa que hiciera justicia a las necesidades de la representación de ese pueblo y de lo social popular y mesocrático en general. Para ello, como el *bricoleur* de Levy Strauss y Michel de Certeau, Lathrop intentó hacer su propio uso de varios de los registros discursivos que conocía. Si la obra resultante no fue de la calidad espe-

<sup>89</sup> Lathrop, Carlos. “In memoriam”, en *El Hijo del Pueblo*, número 82, 28 de mayo de 1888, p. 2.

<sup>90</sup> Lathrop, Carlos. “Nuestra ofrenda”, en *El Hijo del Pueblo*, número 82, 28 de mayo de 1888, p. 1.

rada, ello no afectó el proceso fundamental de negociación entre autoría y públicos lectores que su texto encarnaba.

Los géneros operan, según Jesús Martín Barbero, como “articuladores de las prácticas de recepción con las lógicas de la producción, estrategias de anticipación de las expectativas y ‘pacto simbólico’ entre la industria y los públicos”. El género, agrega Martín Barbero, es no tanto una propiedad del texto, algo que le pasa al texto sino algo que pasa por el texto, menos una cuestión de estructura y combinatorias que de competencia. “Un género es ante todo una estrategia de comunicabilidad, y es como marcas de esa comunicabilidad que un género se hace presente y analizable en el texto”<sup>91</sup>. La autodescripción de la novela de Lathrop como una “Crónica criminal chilena” habla, precisamente, de esa búsqueda genérica que quiere especificar la narración de lo concreto-popular.

De este modo, lo que Lathrop recogía en su novela era la multiplicidad de una experiencia popular/mesocrática sobre, en este caso, el crimen de la calle Fontecilla. Esta experiencia, a la vez popular y populista, es decir, resultado tanto del sensacionalismo comercial como de la genuina indignación y el interés popular, se manifestaba en los varios discursos que se entrelazan en el texto y reflejaba, también, una complejización de los discursos socialmente circulantes. Aquel pacto simbólico entre autores y públicos, estaba aun en proceso de constitución y lo mismo podría decirse de algunas de las formas genéricas que habrían de vehicular dicho contrato. Desde una perspectiva lukacksiana, podríamos añadir que lo que le faltaba a esta narración mixta y fallida para ser realmente una novela, era la conciencia de una experiencia individual que proporcionara el crisol integrador de lo múltiple. Más que lamentar la ausencia de esta conciencia unificadora, sin embargo, interesaba aquí aprovechar esa falta para destacar los hilos textuales y sociales que el narrador más experimentado esconde en la textualidad más acabada de su obra. Si lo que caracteriza a la novela clásica, en la opinión de D. A. Miller, es esa capacidad panóptica para controlar todos los detalles, pene-

---

<sup>91</sup> Martín Barbero, Jesús. *De los Medios a las mediaciones*, p. 241.

trar todas las voces y juntar todas las hebras en una perspectiva<sup>92</sup>, lo que distingue a las obras de Lathrop es la posibilidad que brindan de asistir a los bastidores históricos de la novela en Chile y de ver el revés de la trama:

“La novela histórica vive más que la fantástica i cuando se presentan vicios i costumbres sociales en un estilo realista o mejor dicho franco i espontáneo el público toma mayor interés por el asunto que se explota. Escribir la historia en la forma seca i ruda en que jeneralmente se hace no llena el objeto que se propone el historiador: que se lean sus escritos.” (p. 548. Tomo Segundo).

La obra narrativa de Lathrop puede ser vista, desde este ángulo, como una suerte de proyecto alternativo de literatura nacional, un *deseo de forma nacional* que busca ‘malamente’ (al menos desde una perspectiva estética tradicional) expresarse en sus textos para, de modo “franco i espontaneo”, “explotar” comercial y literariamente el asunto. Dichos textos evidenciarían así esa ansiedad por comunicar el mundo de lo escrito con el de la oralidad, el de los autores mesocráticos con un público no segmentado y heterogeneo, el universo de lo popular con lo masivo, el de la ‘cultura’ con el del ‘mercado’.<sup>93</sup>

Esfuerzo paralelo fue el de los autores populares que cubrieron, desde su propia perspectiva y con sus propios recursos el crimen de la calle Fontecilla. Ya Lathrop había señalado esa repercusión social más amplia. Primero en la sociedad elegante a la cual pertenecía uno de los actores principales:

<sup>92</sup> Miller, D. A. *The Novel and the Police*, Berkeley: University of California Press, 1988.

<sup>93</sup> En este sentido y como ya hemos señalado, Lathrop, que había sido aprendiz de Santos Tornero, fue un pionero en el medio nacional, desarrollando numerosos formatos periodísticos y diversas publicaciones periódicas que exploraban las formulas justas de mezcla entre ‘cultura’ y ‘mercado’. Entre ellas, *El Americano. Boletín bibliográfico de la Librería Americana*, un “Periódico literario-mercantil” que, según Lathrop, era un “Semi-diario Mercantil-Literario i Político” que “aparece martes, jueves i sábado” y era el “Unico periódico gratis en Chile” y, por serlo, era también “El mejor órgano para los avisadores”

“Durante una semana no se habló en Santiago de otra cosa que del *Crimen de la calle de Fontecilla*.

Nuestra sociedad es impresionista i anda ávida de acontecimientos para barullos i escándalos en salones, paseos i restaurants” (p. 525, Tomo segundo)

Luego, en la prensa popular donde el pueblo reclamaba la figura de la desamparada mujer de clase media maltratada y asesinada por el irresponsable aristócrata:

“La excitación pública iba en aumento. En los corrillos se hablaba a toda hora del crimen de la calle de Fontecilla. Periódicos de caricaturas como *‘El Píllito’* i *‘Don Quijote’* le exhibieron grabados en que se presentaba a Sara en la escena final del crimen. I entretanto sólo se mantenía en prisión a María i a su hermano Pablo Requena... Tal es la justicia en Chile cuando se trata de castigar a algún caballero.” (p. 561, Tomo segundo)

La tragedia de Sara Bell contenía todos los elementos de una buena historia (potencialmente) popular. Matta, por ejemplo, declaró en su testimonio judicial:

“de estas conferencias nació que mantuvimos relaciones ilícitas, sin que esas tuvieran la importancia necesaria para que pudiera calificarla como mi querida, dándole a esta palabra la significación que tiene entre la jente educada.” (p. 531, Tomo segundo)

Se reúnen aquí el amor ilícito y la polarización del mundo narrado, la mujer de clase social inferior abusada por su ingrato, desdenoso y aristocrático amante (“Tuvimos [dice Matta] el altercado a que me he referido, que fue violento i que terminó con haberle dado de golpes, después de lo cual nos tranquilizamos” [p. 540, Tomo segundo]), la muerte violenta de la querida/concubina, los conventillos sórdidos, el hijo ‘huacho’, la injusticia del sistema contra la víctima, el descaro y la impunidad, (“Es caballero relacionado señorita, i en Chile la justicia se ha hecho solamente para los *rotos*” [p. 558 Tomo segundo]), los chismes de los vecinos, el doble amante

(pues Matta tenía también relaciones con una mujer acaudalada que lo favorecía, además, con sus negocios), etc. Dada esta estructura y el fuerte interés que era capaz de despertar, no resulta extraño entonces, que poetas populares como, por ejemplo, Rosa Aravena tomaran la historia como material narrable y poetizable: “Un día la joven Sara/quiso pleitear al marido/no faltó un comedado/que donde Matta la echara/así se halló cara a cara/con el que fue su ángel malo/con argucias i regalo/sedujo a la joven bella/i entró en amores con ella/este hombre cara de palo”. En este poema-noticia, titulado “El Crimen de la calle Fontecilla. Matta Perez y Sara Bell. Detalles Completos” y en otros similares<sup>94</sup>, se reproducen además del texto de la noticia en verso, grabados en que se representa muy expresivamente a la víctima y a su amante. Con estas hojas sueltas en que la cultura popular chilena recuperaba una larga tradición iberoamericana para el cultivo, la circulación y la representación de una mirada popular sobre la realidad nacional, se hacía manifiesta la existencia y vitalidad de una matriz cultural popular y masiva que empezaba a hacerse presente en las ciudades del país. En algún punto, en alguna intersección entre esa matriz y la dominante literaria de élite, Carlos Lathrop había querido escribir y publicar sus textos, a medio camino entre la sensibilidad de la crónica periodística, la novela de costumbres y el teatro clásico español para el mayor goce e iluminación de un público popular protomasivo.<sup>95</sup>

El tipo de autogestión que la labor de Lathrop representa, tanto en el trabajo editorial como en la (auto)afirmación de una autoidentidad discursiva personal, conecta muy directamente con los esfuer-

<sup>94</sup> Véase, por ejemplo, en la colección de microfichas de “hojas sueltas” de fines del siglo XIX de la Biblioteca Nacional de Chile, de donde se cita la hoja de Aravena, esta otra titulada “El gran crimen de la calle Fontecilla. El Envenenamiento de la calle Fontecilla. Muerte trágica de Sara Bell”.

<sup>95</sup> La mención algo superficial de las hojas sueltas en este capítulo no quiere sino reconocer su existencia e importancia como uno de los productos editoriales y formatos discursivos cruciales del fin de siglo chileno. En un trabajo futuro, sobre la especificidad de la lectura popular, espero poder dedicarles la atención que se merecen y que ya encuentran en la obra de investigadores como Micaela Navarrete y su grupo de trabajo en la Biblioteca Nacional.



zos de Rosario Orrego ya analizados, y nos hablan de la pluralidad de posiciones y estrategias autoriales que el naciente mercado editorial chileno abría a los creadores dispuestos a intentar capturar el interés creciente de públicos diversos en vías de relativa masificación

Conciente de lo que estaba en juego, el Estado chileno había de acometer también la tarea de educar nacionalmente a un público todavía culturalmente heterogéneo y, en la visión gubernamental, necesitado de un lenguaje común. El llamado “Castellano”, que el próximo capítulo estudia, sería una eficiente herramienta disciplinaria en este esfuerzo por ‘expresar la realidad nacional’.



## CAPÍTULO 5

### EL CASTELLANO: LA NUEVA DISCIPLINA NACIONAL

Me interesa estudiar ahora el Latín y el Castellano como disciplinas para acercarme a la descripción de un tipo de experiencia y a un análisis de las formas y condiciones socio-históricas que la hicieron posible. En pocas palabras, esta experiencia que persigo es la del sujeto nacional; y lo que me interesa en este capítulo, entonces, es mirar históricamente al Latín y al Castellano en Chile dentro de este marco global de la formación de la experiencia de lo nacional cultural.

La experiencia del sujeto nacional, como la de la sexualidad para Foucault, se deriva o como mínimo ocurre en la conjunción de por lo menos tres variables; un dominio de conocimiento, una cierta normatividad social que entre otras cosas regula este dominio o espacio disciplinario; y, por último, un modo de relación del yo consigo mismo.<sup>1</sup> En este capítulo tendremos amplias oportuni-

---

<sup>1</sup> En el prefacio a la *Historia de la Sexualidad*, volumen I, Foucault reseña parte de su trabajo describiendo su objetivo como el estudio de la sexualidad en tanto forma particular de experiencia. El valor constitutivo de aquellos tres elementos mencionados, con respecto a la experiencia de lo nacional queda de manifiesto si se piensa en la conexión que Foucault establece entre los metatérminos “experiencia”, “pensamiento” y “práctica” para describir su proyecto. El pensamiento es lo que constituye al sujeto social, al sujeto jurídico y al sujeto ético, es lo que los hace posibles en la interacción de la línea que separa lo verdadero y lo falso con las posibilidades y restricciones implicadas en la aceptación de normas sociales, jurídicas y éticas. Este pensamiento es la “forma misma de la acción”; en otras palabras, es lo que hace posible e informa la acción social o “práctica”. La experiencia se puede estudiar en el análisis de prácticas en tanto estas prácticas están *informadas* por el “pensamiento”. De este modo la experiencia de la libertad del sujeto nacional puede verificarse en el juego de sistemas de representación, instituciones y prácticas que lo conforman como tal al relacionarlo con el saber y la verdad, con los otros y, finalmente, consigo mismo. Véase, Michel Foucault, prefacio a *The History of Sexuality*, volumen I, New York: Pantheon, 1978.

des de explorar estos tres aspectos de la cuestión y algunas de las prácticas que ellos involucraron. En segundo lugar, convendría aclarar que, al estudiar el Latín y el Castellano como prácticas pedagógicas y como disciplinas, no me propongo discutir en términos absolutos, si existiera tal cosa, las bondades del Latín o del Castellano, ni sus posibles obsolescencias como prácticas para la formación de sujetos humanistas y/o de sujetos modernos. Es decir no me interesa discutir la *verdad* de los ataques o de las defensas del Latín y del Castellano que constituirán el cuerpo de este capítulo. Lo que me propongo en cambio, es concebirlos como prácticas disciplinarias en donde una determinada racionalidad, específica a la práctica misma, puede desplegarse en la forma de distinciones entre lo verdadero y lo falso, lo propio y lo impropio, la pertinencia y la impertinencia, lo que resulta visible y lo que se torna invisible.

Me propongo, además, analizar el Latín y el Castellano como “tecnologías de subjetivación” o sea, como la formalización disciplinaria de algunas de las técnicas que los seres humanos usan socialmente para comprenderse a sí mismos como individuos y como colectividades. En tanto son parte de la gubernamentalidad que organiza y permite la consolidación del Estado en Chile, el Latín primero y luego el Castellano pueden y, tal vez, deben ser vistos como tecnologías activas en la formación de subjetividades en el espacio social chileno de los siglos diecinueve y veinte.<sup>2</sup>

Si esto parece determinista hay que repetir con Foucault que la historia de la libertad es al mismo tiempo la historia de la sujeción. Porque, como ya dijimos, no hay libertad sin un sujeto que la expe-

---

<sup>2</sup> A estas técnicas—concebidas como la manifestación práctica de los “juegos de verdad” o ciencias—Foucault las llamó “tecnologías” y distinguió cuatro tipos: de producción, de significación, de poder y del yo. Aunque cada una de estas tecnologías se relaciona con un cierto tipo específico de dominación, Foucault destacó también que rara vez dichas tecnologías funcionan por separado. De hecho una de las definiciones de gubernamentalidad en *Technologies of the Self*; corresponde al contacto entre las tecnologías de poder (sobre los otros) y aquellas del yo (poder sobre uno mismo). Véase, Michel Foucault, *Technologies of the Self: a seminar with Michel Foucault*, Amherst: University of Massachusetts Press, 1988.

rimente, y no hay experiencia sin una forma específica de subjetividad.<sup>3</sup> Este doble carácter de la subjetivación, que es a la vez limitante y posibilitador, define también, como veremos, la naturaleza más esencial de la educación, o, para ser más precisos, de la educación como parte de un proceso institucionalizado de prácticas.

Como herencia de la tradición escolástica y de la práctica religioso-educativa de la Colonia que pervive largamente en el período post-Independencia, el Latín adquiere en el sistema educativo nacional chileno de una larga primera mitad del siglo XIX, un lugar *ideológicamente* central. Esta centralidad aparece a los contemporáneos con la solidez de lo incuestionado e incuestionable. Los tempranos ataques de, por ejemplo, José Miguel Infante demuestran, sin embargo, la posibilidad de una conexión que terminará siendo fatal para el Latín escolar en Chile. Poco a poco se lo identificó, cada vez más estrechamente, con una de las muchas prácticas sociales posibles, es decir, con el hacer social de un grupo determinado: los discursos y las prácticas religiosas y la ideología cultural conservadora. Simultáneamente, el desarrollo científico europeo y su difusión en la América Hispana hacían cada vez más claramente obsoleto el saber “científico” expresado en Latín. De ese modo, éste pareció cada vez más sospechoso políticamente.

Este proceso de críticas constituye la primera parte del capítulo. En la segunda veremos la emergencia del Castellano. Una nueva disciplina escolar que estaría destinada a llenar el vacío dejado por el desplazamiento del Latín y a cumplir algunas de sus funciones de

---

<sup>3</sup> Véase “What is Enlightenment?” en Paul Rabinow (editor), *The Foucault Reader*, New York, Pantheon, 1984. En este sentido, Foucault es fundamental para una comprensión marxista o de inspiración marxista de la historia y sus avatares. Junto a las formas de la determinación económica, es decir a lo que antes se llamaba determinación estructural, hay una relación entre la libertad y la sujeción que pasa por las formas históricas de la subjetividad. La conexión la proporcionan las maneras variadas y variables en que el Poder y el Saber se interrelacionan en configuraciones históricas específicas. Esta conexión entre poder y saber es una suerte de límite trascendental de la subjetividad, sus formas de articulación pueden y de hecho varían históricamente, pero su carácter constitutivo de la subjetividad es insoslayable.

reproducción cultural en un contexto político-cultural diferente.<sup>4</sup> El Latín como espacio discursivo y disciplinario había perdido su capacidad de permitir articulaciones políticamente productivas con otras formas de práctica social, y debió ceder su lugar y su importancia educativa, política y cultural, al recién creado Castellano.

Sostengo, además, que la lucha por la im-pertinencia del Latín, pone de manifiesto el fundamento político de un espacio y una institución cultural hoy en día, o al menos hasta hace no mucho tiempo, reconocida en toda su profesional asepsia: el Castellano. Afirmaré pues que los ataques al Latín no pueden ni deben ser separados de las luchas políticas por secularizar la sociedad chilena y por afirmar el poder del estado por sobre el de la institución eclesiástica. Del mismo modo, cabe sostener que la defensa del Latín fue, por lo menos, tanto un asunto político como pedagógico y educativo. Recíprocamente se podría afirmar que las luchas por la definición de la cultura literaria y de su in/deseabilibilidad en el currículum escolar del siglo XXI, son también parte de una batalla que es mejor reconocer como directamente política en su discusión. En este sentido es que habría una conexión fuerte y no simplemente metafórica entre el desarrollo del Estado chileno y el Castellano como materia escolar. El Castellano sería, en última instancia, una muestra palpable del triunfo de la razón de Estado, de la independencia de una racionalidad política que habla su propio lenguaje por sobre el de cualquier otra institución preexistente. Aquí residiría un uso político de la literatura que no tiene nada que ver, directamente al menos, con su nivel ideológico o representacional. Por supuesto esto no quiere decir que el Castellano no fuera a tener en este último nivel un impacto ideológico posterior. Ello requirió sin embargo, la efectiva nacionalización del canon escolar que no se produjo sino hasta

---

<sup>4</sup> Sobre esta continuidad entre Latin y Castellano en el medio de un proceso de secularización conviene recordar, por ejemplo, que Alexis de Tocqueville ya se había referido a las conexiones funcionales que existían entre las nuevas formas y valores revolucionarios en Francia y las antiguas prácticas y vivencias religiosas. Véase Roger Chartier, *The Cultural Origins of the French Revolution*, Durham, Duke University Press, 1991, p. 92-93.

después del período estudiado en este libro. Dicho de otra manera: el triunfo y la implantación del Castellano como metadisciplina que agrupa los restos útiles de varias otras consideradas ahora residuales, no hace sino manifestar performativamente, en sí mismo y con independencia de los contenidos literarios del currículum, el triunfo del Estado, de su racionalidad y de la lengua estandarizada en que dicha racionalidad decide expresarse.

Si en un momento la pelea pareció darse entre los filólogos profesionales y los humanistas diletantes y aristocráticos, fue porque en rigor formaba parte de un proceso más general de modernización económica incipiente, con sus consiguientes corolarios de desarrollo de las fuerzas productivas, especialización de la labor intelectual y complejización de las funciones burocráticas. Este espacio protomoderno, en el que empiezan a apuntar una clase media y proletaria mejor definidas, exhibe de hecho, un grado infinitamente más complejo que el que habían tenido las “ciudades patricias”, para usar nuevamente la expresión de José Luis Romero. Esta mayor diferenciación hizo evidente el comienzo del quiebre de lo que antes pasaba por consenso político y cultural nacional en la clase dirigente.

La crisis de las Humanidades en el fin del siglo XIX chileno tiene pues directa relación con aquellos procesos socioculturales y, en el estudio de la micropráctica al nivel educativo podemos apreciar uno de los espacios en que se hacen posibles.

Estamos aquí en la intersección de tres niveles del análisis: el del discurso pedagógico, el de la modernización y el desarrollo económico que generan sus propias demandas; y, finalmente, el político coyuntural donde, aunque participando de la orientación general hacia la secularización y racionalización de todas las prácticas estatales, las decisiones respecto a lo que es táctica y estratégicamente importante tienen, como en cada una de las esferas anteriores, una lógica propia.

Como sólo voy a ocuparme en detalle de uno de estos tres niveles, el pedagógico, convendría dejar entonces muy bien establecido que las llamadas cuestiones eclesiásticas, o sea las que enfrentaban al clero y al Estado en Chile en el último cuarto del siglo XIX, y de las

cuales el Latín fue por largo tiempo parte, estaban directamente sobredeterminadas por los actores políticos que a propósito de ellas se enfrentaban. Sergio Villalobos ha propuesto así que las cuestiones teológicas fueron un instrumento de la política liberal chilena que, a la sazón en el poder y carente del lema de las libertades que había sido uno de sus motores históricos, necesitaba algún punto doctrinario que sirviera como unificador de las diferentes facciones.<sup>5</sup> En efecto, tanto los liberales doctrinarios como los radicales que se les habían unido al término de la fusión liberal-conservadora, encontraron un objetivo común en su oposición a los sectores conservadores, hegemonizados ahora por los católicos más militantes, en la serie de cuestiones teológicas que la historia chilena suele reducir a la cuestión de la sucesión del Arzobispo.

Esta sobredeterminación de lo disciplinario (el Latín, la Literatura, el Castellano) por la política no es por supuesto, en el contexto de este trabajo, sorpresa alguna. Valentín Letelier expresa muy bien este reconocimiento cuando señala en *La Lucha por la Cultura*:

“Por eso en todos los tiempos se han hecho reiterados esfuerzos para fundar el Gobierno de los pueblos en algún sistema de educación, propio a crear la indispensable converjencia de voluntades.”<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> Véase Villalobos, *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1993, p. 694. Por su parte, Allen Woll, historiando la formación del discurso histórico chileno en el siglo XIX, señala: “The new history of the 19th century became functional, designed for use. Although facts might be critically documented and the sources remain above reproach, historians often chose their topics of discussion and assembled their facts with an eye to current social, political, and personal problems. Thus the past became contemporary with the present as politicians and historians, often one and the same, used history in their debates on constitutional issues, Church-state relations, foreign diplomacy and educational reform in order to support their arguments.” Véase, Allen Woll, *A Functional Past, The Uses of History in Nineteenth Century Chile*, Baton Rouge and London, Louisiana State University Press, 1982, p. 190.

<sup>6</sup> Valentín Letelier, *La Lucha por la Cultura*, Santiago: Imprenta i encuadernación Barcelona, 1895, p. 47.



Aunque la función política de la educación no era nueva, sí lo era la ambición de llevar su organización y contenidos al plano de lo científico, el impulso de estudiarla como se estudian los recursos naturales para su mejor explotación. Lo novedoso en Chile era, entonces, el deseo sistemático de reordenar científicamente la educación nacional. La tarea no fue antaño ni es hoy fácil como lo sugieren muy bien el título del libro de Letelier y el Informe sobre la Modernización de la Educación Chilena en el fin de siglo recién pasado.<sup>7</sup>

### **El Latín y el capital cultural tradicional. Crisis de un modelo de conocimiento y normatividad social**

Habría que empezar precisando que si hablo de primera nacionalización de la *literacy* en el fin de siglo, me refiero sobre todo a la definitiva puesta de la educación (especialmente secundaria pero también primaria) al servicio de la razón gubernamental. La cabal nacionalización del currículum no ocurrirá sino en la década de 1920-1930. En ese momento deberá ya reconocerse oficialmente, además, que el Estado espera alcanzar e influir las vidas de todos los ciudadanos sin excepción y que la educación primaria obligatoria es por ello, tanto un derecho como un deber de todo ciudadano. Así pues, la ley orgánica del 26 de agosto de 1920 establecerá la obligatoriedad de la enseñanza primaria, para ambos sexos y por un período de cuatro años. En 1925 la nueva Constitución incorporó en su texto esta formulación.<sup>8</sup> En el mismo año, Samuel Lillo se convierte en el primer profesor de la cátedra de literatura chilena recientemente creada.<sup>9</sup>

---

<sup>7</sup> Véase *Los Desafíos de la educación chilena frente al siglo XXI*, Comité técnico asesor del diálogo nacional sobre la modernización de la educación chilena designado por S.E. el Presidente de la República, Santiago, Editorial Universitaria, 1994.

<sup>8</sup> Véase Fernando Campos Harriet, *Desarrollo educacional. 1810-1960*, p. 36.

<sup>9</sup> Este proceso de incorporación de la literatura chilena al ámbito de la educación universitaria, es el objeto de un trabajo en preparación.

La nacionalización de 1893, que será el objeto de nuestro estudio, corresponde más bien a la laicización de una de las disciplinas escolares centrales, el Latín, y su transformación en y reemplazo por lo que se llamó Castellano. Es en este sentido preciso que puede hablarse de una nacionalización. Convendría más, entonces, referirse tal vez a una estatización de la disciplina escolar y a la disciplina estatizadora como educación nacional. Este nuevo Castellano sin embargo, representó también un primer e importante esfuerzo por parte del Estado y de los sectores políticos radicales y liberales con él identificados, de apropiarse de un terreno que históricamente la gubernamentalidad le había cedido (o impuesto) a la Iglesia: la educación primaria. Hasta entonces como hemos ya destacado, el Estado había preferido concentrar sus recursos en la educación de las élites, dejando que la Iglesia y su infraestructura educacional ya existente se encargara de los estudiantes más humildes. Con el paulatino crecimiento de los sectores populares que participaban activamente de la vida productiva y que empezaban a adquirir así cierta importancia política, el Estado, al igual que los sectores políticos dominantes, no podían ya permanecer indiferentes frente a la formación (o deformación si se usan los términos liberales) que las masas (y una parte importante de la élite) recibían de las escuelas congregacionistas, conventuales y de primeras letras.<sup>10</sup>

El mismo impulso de extender masivamente la escolaridad a sectores cada vez más vastos de la población, incluyendo también a las mujeres, exigía de parte del Estado el desarrollo de un acerca-

---

<sup>10</sup> Mi trabajo quiere así, repito, utilizar un doble impulso por comprender la articulación específica con la política nacional que la discusión sobre el Latín y el Castellano como disciplinas pedagógicas tiene, y a la vez inscribir dicha comprensión en el marco más amplio de la modernización, como conjunto de procesos macrosociales y macroculturales a nivel global. De este modo intento superar o hacer más productiva la dicotomía que según Carlos Ruiz se ha producido en los últimos estudios sobre el siglo XIX chileno donde o se enfatiza el ámbito nacional y por consiguiente la pelea política entre liberales y conservadores o bien se destaca el proceso general de modernización societal. Véase Carlos Ruiz, "Escuela, política y democracia. El caso de Chile en el siglo XIX" *Realidad Universitaria*, Santiago, 7, 1989.

miento sistemático y hegemónico a la educación nacional

Quisiera ahora reseñar en la primera parte de este capítulo la historia del Latín como espacio disciplinario (es decir como discurso y como práctica pedagógica). En rigor, me concentraré en el comentario del largo proceso de ataques y defensas del Latín<sup>11</sup> que, en mi opinión, culmina con la institucionalización del Castellano. En la parte final del capítulo, me ocuparé de este último.

La crisis del Latín y la emergencia del Castellano tienen que ver, como insistiremos luego, con un cambio en las necesidades sociales de la distribución del saber. Si antes había un acceso definitivamente desigual a la cultura (la diferencia entre gente decente o culta y el resto), hacia el fin de siglo con la expansión relativa de la educación primaria y secundaria, pareció necesario recurrir a una distribución progresiva pero diferencial de los medios de producción cultural. Parte importante de las disputas en torno al Latín fue la determinación de cuáles eran, en el contexto de un país nuevo, precisamente aquellos medios, además de por qué, para qué y para quiénes eran relevantes. Lo que aquí debe entenderse, entonces, son los efectos que el desplazamiento cultural del Latín tuvo en esa estructura cultural. Para ello hay que sopesar debidamente su efectiva centralidad ideológica en la cultura tradicional, lugar éste que se relaciona también directamente con el de la Iglesia en la textura de la vida política y cotidiana de la élite y por añadidura, del resto de la población. Hemos visto ya cómo la masificación de las novelas y en general de los textos impresos, encontró una sostenida resistencia de parte de los conservadores y de la Iglesia como institución. Podemos agregar ahora, que en el contexto político y epocal chileno de la secularización y de la modernización, el Latín tenía en su contra el hecho de que era una lengua cuyo dominio y reproducción dependían muy directamente de sus más asiduos y extendidos cultores: los sacerdotes. La preservación del Latín y, sobre todo, de su hegemonía

---

<sup>11</sup> He tratado de usar consistentemente la expresión “Latín”, con mayúsculas, cuando me refiero a la forma histórica específica del latín escolar, es decir, del Latín como disciplina formal. Reservo la expresión “latín”, con minúsculas, para la lengua latina en abstracto.

formal en el sistema escolar nacional significaba a la vez y por extensión, la persistencia del rol social mediador que los sacerdotes habían tenido hasta entonces. El latín había sido por siglos la lengua en que mejor podía expresarse lo que valía culturalmente la pena preservar. Por él pasaban aunque de modo indirecto, todavía en el siglo XIX chileno, varios de los mecanismos y de las posibilidades de acumulación de un capital cultural con efectos simbólicos reconocidos y legitimantes. De este modo y en ese grado, los religiosos que, supuestamente, lo practicaban y enseñaban más y mejor que ningún otro sector social, seguían siendo la puerta de acceso y los árbitros de los sentidos socialmente producidos y circulantes. Esta capacidad de cementar, aglutinar y asegurar una estructuración social, como sugerimos en los capítulos anteriores, había sido un argumento repetidas veces utilizado para defender el lugar de la religión en el currículum escolar y en la vida nacional en general. Mientras hubiere religión, se decía, habría paz para el país y tranquilidad en el hogar para los ciudadanos (decentes.) Pero, sorpresivamente para la lógica conservadora, el argumento podía ser extendido. Mientras la semiosis social estuviere controlada por el estrato eclesiástico, podría sostenerse y de hecho se sostuvo, el proceso de separación del Estado y de la Iglesia en que los sectores liberales chilenos pusieron tantos esfuerzos, estaría siempre destinado a un éxito limitado y parcial. Cuando esta convicción alcanzó la suficiente extensión como para ser formulada explícitamente cada vez con más insistencia, comenzaron a apreciarse los sucesivos y cada vez más poderosos ataques a la centralidad del Latín en el currículum escolar chileno (para no decir nada del lugar de la Iglesia en la vida nacional.) Al desaparecer el centro de las Humanidades clásicas, se dijo como reacción, todo parecía quedar en el aire, carente del sustento y la base histórica que había permitido su reproducción secular. Desde el punto de vista opuesto, en cambio, ello significaba que todo parecía discutible, defendible y apropiable. La jerarquía se desmoronaba, la religión era el objeto de la mirada descreída de quienes la identificaban, cada vez con más encono, con su estructura institucional y mundana. Los efectos de este proceso, se harían notar no sólo en el macronivel social sino que invadirían los mi-

croespacios de la vida individual. Nuevas formas de pensar, discutir y argumentar irían poco a poco ganando un espacio. No sólo se trataba de la caída del Latín sino también de sus efectos formalizadores y metodológicos menos visibles pero no menos efectivos. Aunque volveremos sobre el punto, podemos destacar ahora que con este proceso caerían también algunas de las formas de producción discursivas más características del siglo XIX.

Las referencias analógicas a los ejemplos clásicos que permitan darle densidad a cualquier presentación; el funcionamiento estructural de los modelos en la construcción discursiva (por ejemplo, la acumulación de citas extranjeras autorizadas y autorizantes); la función moral de los paradigmas; en suma, lo que podríamos llamar la paradigmática discursiva del siglo XIX, se vio de pronto tambaleante ante nuevas formas de establecer las relevancias y las significaciones. Las nuevas formas del pensar filológico y científico, siempre a la búsqueda de los orígenes históricos concretos de las formas culturales del presente<sup>12</sup>, dejaban poco espacio a las propuestas dogmáticas de la religión y de las verdades reveladas. La deducción aparecerá, al menos por un tiempo, como una forma de pensamiento esencialmente autoritaria identificada con el Dogma y el dogmatismo religioso. La inducción, por contraste, se identificará a partir del modelo de las ciencias naturales, con un proceso individual que requiere la subjetividad del individuo capaz de cuestionar la verdad recibida y de formular sus propias leyes. El producto histórico de estos desarrollos será, al menos en parte del sector conservador, una forma mixta de racionalidad. Así en el ámbito de la lengua, se dirá por ejemplo, que ante la ausencia de criterios realmente objetivos hay que recurrir por necesidad a una concepción valórica y jerárquica que permita dirigir los procesos socio-lingüísticos. Esta parece haber sido la inteligente y precursora posición filológico-normativa de Andrés Bello quien había definido a priori la gramática de una lengua como “el arte de hablarla correctamente, esto es, conforme al buen uso, que es el de la gente educada.”<sup>13</sup> Por otro lado, la ciencia

<sup>12</sup> Véase más adelante.

<sup>13</sup> Bello Andrés. *Gramática de la lengua castellana. Destinada al uso de los americanos*. Estudio y edición de Ramón Trujillo, Arco/Libros, 1988.

experimental ganaba espacios y se erigía poco a poco en la forma hegemónica de racionalidad. Ella era la que autorizaba socialmente la explicación del cambio y del movimiento de la historia social y natural. La aparición, consolidación y/o formalización más o menos simultánea de disciplinas científicas como la filología, la pedagogía, la administración escolar, la estadística, y la psicología así lo indican.

Las justificaciones del Latín habían escondido siempre una doble naturaleza algo contradictoria: había que aprender latín porque era imprescindible, pero casi nadie lo manejaba realmente. Andrés Bello la enunciaba muy bien cuando a la par que defendía el estudio del Latín por su importancia para algunas de las altas profesiones (leyes, medicina) y el sacerdocio, por cuanto buena parte del saber acumulado en esas áreas se hallaba en esa lengua; reconocía que “el latín de las aulas, inevitablemente incorrecto y bárbaro, no es una adquisición envidiable, o que serviría de mucho para la inteligencia de las grandes producciones de [l] genio romano; y lo segundo porque las obras elementales de historia que corren escritas en idioma latino, son ya anticuadas, y no están la nivel de la ciencia, cual se cultiva hoy en las naciones cultas de Europa.”<sup>14</sup> Si el latín de las aulas en las clases de filosofía era malo, también lo sería, podía argumentarse, en las de leyes. Si no bastaba el curso regular de latín, con más horas que las de cualquier otro ramo escolar, para hacer de los alumnos buenos lectores del latín refinado, éste parecía para siempre destinado a ser insuficiente. Podríamos preguntarnos entonces ¿Qué se buscaba con su estudio?

La respuesta más frecuente tendió a desplazarse hacia dos terrenos: en primer lugar, lo que podríamos llamar el razonamiento etimológico y, en segundo, la gimnasia mental que supuestamente proporcionaba su estudio y su práctica. Ambos argumentos, como

---

<sup>14</sup> Obras Completas, Caracas, La Casa de Bello, 1984, Tomo I, p. 286. El primer punto, al que refiere Bello, es por qué la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile ha creído inconveniente hacer en latín el estudio de las clases de filosofía y el segundo, por qué tampoco se lo usa en las clases de ciencias.

veremos, contribuyeron a la proposición de un cierto tipo de modelo de reproducción cultural.

El razonamiento etimológico en su versión clásica –que, como veremos luego, debe distinguirse de su posterior transformación filológica– suponía que detrás de muchas de las formas discursivas (lexicales, sintácticas y semánticas) del presente, debía hallarse y de hecho se hallaba, una conexión con alguna expresión en lengua clásica, y, en especial, en latín. A diferencia del modelo filológico que Rudolf Lenz consolidaría luego en Chile, esta etimología funcionaba más como una deducción que como una inducción. No era tanto el resultado de una observación lingüística como la derivación autorizada de un modelo. Este modelo funcionaba tanto al nivel del contenido como al de la forma de la expresión. El modelo autorizado del Latín legitimaba su extendido uso paradigmático para la explicación de lo presente.<sup>15</sup> La derivación etimológica, el hecho de que siempre y de alguna manera se pudiera relacionar este fenómeno contemporáneo con un pasaje clásico, no hacía sino reforzar la autoridad del modelo desde el cual fluía toda autoridad, cerrando un círculo de autorizaciones sucesivas, todas procedentes del mismo espacio clásico, es decir, tradicional. Esta conexión posible entre tradición o tradicionalismo y Latín a través de la derivación etimológica como modelo discursivo, es lo que ya tempranamente inquietó a José Miguel Infante. Desde el periódico *El Valdiviano Federal*, Infante (un federal en medio de un gobierno centralista y dictatorial) atacó en 1834 un plan de estudios que reinstauraba en Chile el estudio del Derecho Romano. Más allá de la justicia o injusticia de su ataque lo que me importa destacar, es su tono. Empezaba con un sarcasmo que recuerda su escepticismo ante la llegada de Andrés Bello a Chile en 1829:

“¡Bello plan para una República! Se oye nuevamente en las escuelas de derecho repetir, como en tiempo de la servidumbre [el

---

<sup>15</sup> Es lo que Andrés Bello le reprochaba a la Gramática de la Academia, véase, por ejemplo, “Gramática castellana” en *Obras Completas*, volumen 5, p. 178-179.

dominio español] que tienen fuerza de ley las Respuestas de los Prudentes, los edictos de los Pretores, la voluntad del Príncipe (...) i otra multitud de disposiciones semejantes (...) que hoy como antes se obliga a los alumnos a aprender de memoria. ¿Se pretende acaso que revivan? Si no es así, ¿para qué imbuir a la juventud en lecciones de despotismo?”<sup>16</sup>

Aunque Infante criticara un plan de la carrera de Leyes, aludía a un fenómeno más amplio que vale la pena anotar. Me refiero a la conexión percibida entre tradición, tradicionalismo, memorización y despotismo político. No es difícil entender que el argumento oponía el Latín y la memorización obediente a la crítica racional y en igualdad de condiciones (es decir, en castellano) de los preceptos tradicionales que el maestro presentaba al alumno. La memorización de preceptos mal aprendidos no podía, en opinión de quienes pensaban como Infante, sino producir sujetos acríticos y sumisos, continuadores del pasado e incapaces de pensar sin modelos autorizados y autoritarios. Generaba súbditos, no ciudadanos. Esto era particularmente grave en una clase de Derecho. En este contexto, la memorización aparecía como la negación de la voluntad individual, el cierre de la capacidad de razonar y la penetración del cuerpo y la razón del sujeto por parte de un cuerpo y una razón extraños.

La posición de Bello es lo suficientemente compleja para merecer un trabajo aparte. En éste, me limitaré a señalar los rasgos generales de esa complejidad y sobre todo, a destacar luego lo que, en el contexto inmediato, parece más relevante, es decir, el uso que de la gramática de Bello y sobre todo de su “ejemplo” se hizo posteriormente.

Demás está repetirlo, Bello fue un extraordinario conocedor del latín y de la gramática castellana y un pionero de la filología

---

<sup>16</sup> José Miguel Infante, *El Valdiviano Federal*, número 75, 20 de enero de 1834. Reproducido por Domingo Amunátegui Solar, *Los Primeros años del Instituto Nacional 1813-1835*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1889, p. 567. El 15 de noviembre del mismo año, Infante agregaba: “Horroriza contemplar que (...) se renueva en Chile la bárbara educación española” *Ibid.* p. 573.



histórica en América Latina, como lo demuestran, por ejemplo, sus interesantes estudios sobre el Poema del Cid.<sup>17</sup> En lo fundamental debe decirse que la posición de Bello es compleja porque defendió con tanto entusiasmo el estudio del Latín y su centralidad en el currículum escolar como la necesidad imperiosa de estudiar la gramática de la lengua patria y de incorporar su estudio sistemático al plan de estudios. Para hacer lo primero, destacó, entre otros, lo que arriba llamamos el argumento etimológico. Para hacer lo último, atacó a quienes despreciaban los estudios de la lengua nacional fundándose en la preeminencia del latín.<sup>18</sup>

Por su parte, Gregorio Víctor Amunátegui representa en 1857 un primer momento académico de la pérdida cabal si no de legitimidad al menos de conveniencia del latín. A diferencia de lo que ocurrirá luego, hacia fines del siglo, con lo que hemos llamado la primera nacionalización del Castellano en Chile, en 1857 Amuná-

---

<sup>17</sup> Así pues, en sus *Obras Completas*, hay varios volúmenes de “Estudios Gramaticales”, “Gramática”, “Estudios Filológicos” y “Gramática Latina”

<sup>18</sup> “Primeramente, es difícil hablar con propiedad el castellano, si no se posee la lengua madre, de que se derivan casi todos los vocablos y frases, ya que en la construcción y el genio se asemeja tanto. ¿De qué proviene el mal uso que se hace entre nosotros de multitud de voces, y los solecismos que se cometen a menudo hablando y escribiendo? Se dirá con razón que proceden de no estudiarse el castellano; pero es preciso añadir que una de las cosas que hacen más fácil su estudio y nos llevan con más brevedad y seguridad al uso legítimo de sus vocablos y frases, es el conocimiento de la lengua latina. Es un error creer que se aprende la propiedad del castellano con sólo estudiar la gramática de la Academia u otra alguna.” A este argumento agrega Bello que el latín es muy útil en el aprendizaje de las otras lenguas y literaturas modernas, que “la lengua latina es la lengua de la religión que profesamos” y que es vital para al menos ciertas ciencias: teología, leyes y medicina. Compárese esta cita con la siguiente: “Otros [que minusvaloran el estudio de la “lengua patria”] alegan que para los jóvenes que aprenden el latín no es necesario un aprendizaje particular del castellano, porque, en conociendo la gramática de aquella lengua, se sabe ya también la del idioma patrio. El que haya aprendido el latín mucho mejor de lo que generalmente se aprende entre nosotros, sabrá el latín; (...) pero no sabrá por eso la gramática del castellano; porque cada lengua tiene sus reglas peculiares, su indole propia, sus genialidades por decirlo así...” La primera cita de 1834 en *Obras Completas*, volumen 8, p. 490-491. La segunda de 1832, en *Obras Completas*, volumen 5, p. 176.

teguí todavía no conectaba directamente la lengua y la gramática con la vida diaria al nivel personal y subjetivo de los educandos sino simplemente con el del nivel general de la vida moderna en el país. Insistía todavía en una metodología para la enseñanza de las lenguas que ponía todo el peso en la lectura de los modelos apropiados e incluso en su imitación. No obstante, su argumento, que insistía en el privilegio de los clásicos, los redefinía al nacionalizarlos según las diferentes tradiciones lingüísticas. En el caso del castellano, por ejemplo, la familiaridad con los clásicos de la lengua es lo que permitiría la imitación de sus bellezas de expresión. Por otro lado, en el caso del inglés, francés y alemán el aprendizaje de su lengua permitiría a los chilenos la imitación de sus adelantos.

Sin embargo y más allá de cualquier otra limitación, con su discurso pronunciado en el seno de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile, Amunátegui cuestionó la autoridad de la lengua clásica y de todo el saber latino en tanto saber clásico. No fue el menor de sus atrevimientos el explicitar, es decir, el declarar públicamente aquel secreto constitutivo de la práctica del Latín en Chile al que aludimos más arriba:

“Si se sometiera a los literatos chilenos a una prueba semejante, ¿creis [sic] que habría muchos que como Garat, Arnault i Fourier, supieran traducir los versos de Lucano siquiera lenta i embarazadamente? Los conoceis a todos, señores; estais en relación con todos ellos. ¿creis, decidlo con toda franqueza, que pasarían de seis los que pudieran salir airosos de esa prueba?, i sobre todo, ¿creis que haya más de seis a quienes alguna vez se les haya ocurrido leer la Farsalia en el orijinal? La misma esperiencia podría repetirse con respecto a la mayor parte de las obras latinas con la seguridad de obtener idéntico resultado.”<sup>19</sup>

Puede imaginarse el efecto de las palabras de Amunátegui sobre su audiencia en la Universidad de Chile. Había nombrado lo

---

<sup>19</sup> Gregorio Víctor Amunátegui, “Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía i Humanidades de la Universidad de Chile”, AUCH, 1857, p. 127.

innombrable, había roto el tabú y descubierto, al menos desde su perspectiva, el fundamento enclenque de todo un sistema de legitimación cultural basado en la aceptación acrítica de una situación hipócrita. Había relativizado la validez entera de un capital cultural autorizado y puesto así en peligro la continuidad de sus efectos simbólicos. De este modo, había devuelto a la esfera de lo discutible un área que parecía a veces hallarse más allá del bien del y del mal, fuera del alcance de la política y de lo contingente.<sup>20</sup>

Podemos, además, anotar de paso que Amunátegui citó en su apoyo al ministro francés Fortoul que hablaba de la necesidad de aplicar en las escuelas francesas la *explicación de textos* a los textos nacionales franceses. Se trataba de demostrar que no porque los textos estuvieran escritos en la lengua materna eran entendidos por todos de la misma manera. Había que hacer evidentes la selección del vocabulario la trabazón de las ideas, la organización estructural de los párrafos, etc<sup>21</sup>. Esta aplicación de un método formal y con pretensiones científicas, es lo que, como veremos pronto, Rudolf Lenz empezaría a hacer con los textos vernáculos.

En su propuesta, Amunátegui privilegiaba, asimismo, a la literatura por sobre la gramática como vía de acceso a lo que era preciso aprender en las lenguas. Este sería un movimiento luego reproducido tanto por algunos de los defensores del Latín que convergieron en los valores intelectuales de la educación literaria proporcionada por el estudio de la lengua de Virgilio, como por algunos de sus impugnadores que preferían destacar los modelos de la lengua patria (castellano). En ambos casos, el elemento común sería la dependencia respecto al modo paradigmático de producción cultural, es decir, el uso de modelos considerados clásicos y por lo tanto dignos de imitación.

Para llegar a ese momento es necesario pasar al segundo aspecto

---

<sup>20</sup> Ya hemos citado la crítica pionera, aunque menos elaborada, de José Miguel Infante en 1834.

<sup>21</sup> Para los efectos de esta innovación en el contexto francés, véanse Renée Balibar y Dominique Laporte, *Burguesía y lengua nacional*, Barcelona, Avance, 1976; y, para el caso chileno, más adelante.

general de las defensas del Latín. Insistían éstas en el carácter de gimnasia mental incomparable que el estudio concienzudo del latín proporcionaba al educando. Un ejemplo temprano de esta argumentación lo proporciona Vicente Fidel López en 1845 en su discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. López describe allí la estructura enigmática de la frase latina que se plantea como un acertijo a ser descifrado por el lector-alumno.<sup>22</sup> Como resultado de un esfuerzo sostenido éste logra desentrañar el problema de la significación. El aspecto más formativo de semejante trabajo para el niño es que “produce una sensación placentera, llena de un deleite íntimo i tanto más útil cuanto que está esencialmente unido al trabajo mental” Es decir interioriza el valor del trabajo a través de una actualización del *prodesse et delectare* de Horacio:

“El sentimiento inteligente del estilo, la conciencia avisada del arte de escribir, se naturalizan, por decirlo así, en su alma; de la misma manera con que la robustez i la fuerza se naturalizan en los miembros del cuerpo por efecto de la educación gimnástica que se les quiera dar.”<sup>23</sup>

Es pues una auténtica gimnasia del espíritu que desarrolla “por decirlo así”, o sea a través del estilo y de la forma por un lado, y a

---

<sup>22</sup> “La frase latina es, a primera vista, un misterio: la primera palabra nada dice; nada dicen la segunda ni la tercera; i sin embargo, la atención pasa con una alarma creciente de palabra en palabra, trata de no olvidar ninguna de las que [sic] deja atrás, ejecuta comparaciones rápidas i momentáneas sin detener un solo instante su movimiento progresivo; la alarma i la curiosidad se aumentan de punto por punto; se busca la idea i el pensamiento del autor como si en un momento crítico se buscara un recurso infalible de salvación; al fin, señores, se da con una palabra, con una coma, con un signo insignificante; i todo aquel largo misterio, todo aquel encadenamiento de voces, alarmantes, que aguzaban la curiosidad i que nada se decían, se abre como por encanto (...) El alma se llena de placer i de alegría, descansa i concibe al mismo tiempo, se recrea i recoge el fruto de sus desvelos.” en “Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía i Humanidades de la Universidad de Chile”, AUCH, 1845, pp. 103-104.

<sup>23</sup> López, “Discurso”, p. 104.

través del esfuerzo mental exigido, por otro, una sólida conciencia artística y moral en el sujeto. La perspectiva del estudiante nos la brinda Ramón Subercaseaux Vicuña quien recordando sus años de estudiante, apuntaba:

“Lo difícil eran los malditos versos de la gramática de Nebrija, de sentido impenetrable, rudos para la memoria a la cual servían de ejercicio gimnástico como las palanquetas de veinte kilogramos para los músculos del brazo.”<sup>24</sup>

Tal vez uno de los esfuerzos más sistemáticos en defensa del Latín haya sido el que en 1863 realizó el canónigo Joaquín Larraín Gandarillas al incorporarse a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile. Aunque, por supuesto, Larraín también utilizaba el argumento de la gimnasia intelectual, su caso interesa aquí, sobre todo, en cuanto pone de manifiesto el aspecto disciplinante, es decir, el lado del ejercicio del poder político y a veces físico que la práctica del Latín escolar en Chile suponía. Dos de sus argumentos abren la puerta a lo que acabaría siendo la sentencia de muerte del Latín escolar en Chile. Se trata de los aspectos y efectos aristocratizantes y autoritarios de su práctica.

Larraín sostiene que el Latín debe conservarse en las escuelas del Estado como centro de la educación intelectual, por sobre las lenguas modernas, por tres razones: es una lengua fija, es la lengua madre del castellano y es una lengua clásica.<sup>25</sup> Sobre su fijeza, que es lo que aquí me importa destacar, señala:

“I esa fijeza i perfección que ha alcanzado es lo que la hace maravillosamente apta para la cultura intelectual de la juventud. Pues que su inmutabilidad ha permitido asentar las reglas de la Gramática i de la Literatura sobre bases sólidas, uniformar i per-

<sup>24</sup> Ramón Subercaseaux Vicuña, *Memorias de 50 años*, Santiago, 1908. Citado por Walter Hanisch, *El Latín en Chile*, Santiago, Biblioteca Nacional, 1991, p. 124.

<sup>25</sup> Joaquín Larraín Gandarillas, “Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile”, AUCH, 1863, p. 626.

feccionar los métodos... [Por el contrario las lenguas modernas, vivas] aun las más perfectas están sujetas a las alteraciones i caprichos que introducen el tiempo i la moda. <sup>26</sup>

Lo que Larraín expresa con casi insuperable concisión, es el sustrato ideológico que alimentaba en Chile la práctica escolar del Latín. Lo que lo hacía irremplazable para los conservadores era su capacidad de proyectar una imagen estable, casi diríamos congelada, de la cultura. En dicha imagen las palabras claves eran el respeto a las reglas ya establecidas, la filiación por imitación del pasado, y la conservación de la propiedad y el patrimonio. Fuera del tiempo y de las modas, alejado por fin de los vaivenes impredecibles y peligrosos de la Historia, el Latín transmitía un modelo jerárquico y autoritario de reproducción cultural, afirmaba la continuidad de valores universales e inalterables y tendía a premiar sólo las inversiones de capital cultural a largo plazo. Con ello se limitaba de hecho el acceso a la cultura como una forma de promoción social en la medida en que sólo quien poseía los recursos económicos para esperar y diferir largamente los retornos culturales y simbólicos de la inversión, podía gozar de sus verdaderos frutos.<sup>27</sup>

Como muy bien notó Benjamín Vicuña Mackenna en su respuesta al trabajo de Larraín, lo que éste celebrababa abiertamente era el carácter aristocrático y clasista de las Humanidades. Si el Latín era y debía ser el centro de las Humanidades en Chile, si era imprescindible para la formación de los sujetos nacionales por qué reco-

<sup>26</sup> Larraín Gandarillas, "Discurso", p. 626.

<sup>27</sup> La siguiente cita resume muy bien esta situación. En ella se deplora en 1876 la declaración del Latín como ramo optativo de la educación secundaria: "Desaparecerá el elemento más poderoso para obtener el gradual desenvolvimiento de las facultades intelectuales y se dará mayor pábulo a la superficialidad, que es el mal endémico de la Ilustración de nuestro siglo. El Latín es odiado precisamente por lo que tiene de útil. Esto es, porque exige contracción, estudio y perseverancia, porque impone algunos costosos sacrificios a la desidia de nuestros escolares que quieren marchar a vapor y llegar a la meta sin que les cueste la jornada una gota de sudor." *El Estandarte Católico*, 1876. Citado en Eduardo Solar Correa, *La Muerte del Humanismo en Chile*, Santiago, 1934, p. 46.

mendar, como hacía Larraín la enseñanza restringida de esas Humanidades. Decía Larraín:

“Las haría obligatorias como preparación para las carreras científicas (...) No las haría mui accesibles a las clases bajas de la sociedad. ¿Qué gana el país con que los hijos de los campesinos i de los artesanos abandonen la condición en que los ha colocado la Providencia, para convertirlos las más veces en ociosos pedantes que se avergüenzan de sus padres, que aborrecen su honesto trabajo, i que colocados en una posición falsa, terminan por aborrecer la sociedad? Buena, excelente cosa es la instrucción del pueblo; pero cada cosa ha de estar en su lugar.”<sup>28</sup>

El segundo aspecto importante de la presentación de Larraín en relación al Latín como disciplina escolar, era su carácter autoritario. Benjamín Vicuña Mackenna lo percibía muy bien en su comentario:

“La divisa antigua del saber era: la letra con sangre entra! El emblema moderno es mucho más sencillo i está concretado en una sola palabra: Libertad! Ahora bien, la inmensa distancia que separa esos dos lemas es la revolución intelectual que está llamada a operar en nuestro sistema de educación pública, la razón i el progreso bien entendido lo que acaso no tardará en suceder cuando estas arduas cuestiones que afectan a toda la nación sean sacadas del inflexible escolasticismo de los cuerpos docentes de la enseñanza, para debatirse en la tribuna de los altos poderes lejisladores”<sup>29</sup>

Vicuña Mackenna realiza así el servicio inapreciable de juntar dos esferas que se pretendían separadas: la educación y la política, la enseñanza de la lengua y la literatura y la discusión macrosocial. Lo que Vicuña reclamaba era pues, explícitamente, una repolitización de la esfera cultural, una discusión abierta de los contenidos y obje-

---

<sup>28</sup> Larraín Gandarillas, “Discurso”, p. 645.

<sup>29</sup> Vicuña Mackenna, “Discurso”, p. 476.

tivos del plan de educación, una reformulación democrática.

Augusto Orrego Luco, autor en 1880 de tres importantes artículos –que, según Eduardo Solar Correa, decidieron probablemente la suerte del latín en Chile– resume la polarización político-ideológica que la discusión del latín produjo en el país:

“Las cuestiones de instrucción pública tienen ahora una doble solución, como todas las cuestiones políticas: la solución liberal y la solución conservadora; la solución de los que quieren dar a las sociedades como base el criterio racional y someter a ese criterio todos los principios e intereses, y la solución de los que quieren basar las sociedades en el criterio de la autoridad y de la tradición.”<sup>30</sup>

Orrego Luco refuerza pues en estos artículos, la conexión directa entre educación y política y, de especial interés para nuestro trabajo, destaca cómo la supuesta orientación general de una disciplina escolar puede tener efectos macrosociales a través de sus formas prácticas de operación escolar al micronivel cotidiano. Si se concede que el Latín es efectivamente un cierto tipo de gimnasia mental, parece razonar Orrego Luco, debe reconocerse que está ejercitando los músculos equivocados o peor que sólo está desarrollando sus capacidades menos activas y productivas.

De este modo, tanto el argumento etimológico como el de la gimnasia mental convergían, en el fondo, en una misma orientación ideológica general: el tradicionalismo de la ley y el orden. Es decir, de la ley y el orden fundados en la preservación de una tradición supuestamente ya existente y cabalmente configurada. Vicente Fidel López agregaba en su Discurso:

“Según esto es claro, señores, que si los americanos aspiramos a crear una literatura seria i verdaderamente social, debemos dejar estas ridículas pretensiones de orijinalidad, que no son más que un sueño teórico que jamás veremos realizado. Por tradiciones i por situación pertenecemos, señores, al clasicismo, es decir, al espí-

<sup>30</sup> Citado en *La Muerte del Humanismo*, p. 65.



ritu de las naciones que an nacido de Roma: i nuestra civilización así como nuestra sociedad y nuestra cultura, no podrán jamás divorciarse de las tradiciones del gusto i de la filosofía antigua.”<sup>31</sup>

López añadía que a la escuela moderna le correspondía sobre todo: “enriquecer el inmenso caudal que a tenido la fortuna de eredar.” y concluía:

“Yo señores, pido progresos i no interrupciones; pido armonía i no lucha; pido adopciones, i no quiero esos tristes repudios que sólo pueden imajinar la ignorancia i la mediocridad”<sup>32</sup>

Esto tenía varias ventajas. No era la menor el que permitiera resolver uno de los problemas más acuciantes del Chile independiente, especialmente en la larga primera mitad del siglo XIX: la construcción de una historia, la autocomprensión de la nación y, por lo tanto, la comprensión de las necesidades del presente y la configuración de un futuro deseado. Dotaba al nuevo país postcolonial de una filiación prestigiosa y milenaria. Los modelos, parecía argumentarse, estaban dados, los paradigmas establecidos, la función de la cultura era simplemente la administración juiciosa de semejante patrimonio.

Gregorio Víctor Amunátegui tenía, en cambio, una idea diferente del desarrollo nacional y del lugar de la Facultad de Humanidades en él: “su objeto es la formación no de juriconsultos o de teólogos o de ingenieros, sino de ciudadanos.” Idea que aclaraba al apuntar:

“En la actualidad el latín conduce a la erudición, pero no a la ciencia. Es indispensable para los anticuarios, pero no para los ciudadanos ilustrados e industriosos de una república moderna”<sup>33</sup>

---

<sup>31</sup> López, “Discurso”, p. 106.

<sup>32</sup> López, “Discurso”, p. 106.

<sup>33</sup> Amunátegui, “Discurso”, p. 124.

Pero no se trataba sólo de un asunto de modernidad científica, comercial o industrial general sino también de una cuestión política crucial en los años que seguirían y en los cuales sería denominada como el problema del “Estado docente”: “creo que el estado debe proponerse educar al pueblo, i no esmerarse en el cultivo de unos pocos, descuidando el de los demás”<sup>34</sup>

De la reinterpretación práctica de la cláusula de la constitución de 1830 que declaraba la educación una “atención preferente del estado”, dependería luego no sólo el futuro del Latín sino el lugar de las Humanidades en el sistema escolar nacional. Allí pasó a tener un rol esencial una nueva disciplina que recibiría el nombre de Castellano y que acabaría por reemplazar al Latín como núcleo de dichas Humanidades. La historia del Latín en el currículum escolar había contado entre sus hitos los ataques de José Miguel Infante en 1834, la posición ambigua y compleja de Andrés Bello, la ofensiva de Gregorio Víctor Amunátegui y Benjamín Vicuña Mackenna en 1857 y 1865 respectivamente, y el decreto de Miguel Luis Amunátegui en 1876 que declaraba al Latín un ramo escolar optativo. Finalmente, en 1901 “se le dio el golpe de gracia. Con fecha 28 de mayo se decretó la supresión de las tesis latinas en el bachillerato de Humanidades y su reemplazo por otras de inglés, francés o alemán.”<sup>35</sup>

### El Castellano: hacia una nueva disciplina

El 29 de abril de 1889 fue decretada en Santiago la existencia del Instituto Pedagógico. Con su creación se pretendía atender a una necesidad ya manifestada por Ignacio Domeyko medio siglo antes (1843): la formación de los profesores de enseñanza secundaria. Originado en el Ministerio de Educación, el nuevo organismo encontró resistencias en el seno de la Facultad de Filosofía y Humanidades bajo cuya tutela debía quedar. Esta última estaba integrada en su mayoría, como bien anota Valentín Letelier, por académicos

---

<sup>34</sup> Amunátegui, “Discurso”, p. 129.

<sup>35</sup> Solar Correa, *La Muerte del Humanismo*, p. 84.

que carecían de la preparación científica que se esperaba inculcar a los futuros profesores.<sup>36</sup> Para dotar de profesores al nuevo Instituto el representante chileno en Alemania contrató a un grupo de docentes alemanes. Ellos enseñarían Ciencias Naturales, Historia y Geografía, Filosofía y Pedagogía, Matemáticas, Filología y Lenguas Modernas. Estos últimos dos nombramientos recayeron en Federico Hanssen y Heinrich Robert Rudolf Lenz. A ellos se sumaron dos profesores chilenos: Enrique Nercasseau i Morán, para la clase de literatura española y Domingo Amunátegui Solar que pronto devino Director del Instituto.<sup>37</sup> Lo que la historia chilena ha conocido como “la reforma alemana” de la educación nacional había comenzado con las extensas visitas que Claudio Matte, Valentín Letelier (en 1881) y José Abelardo Nuñez (1879) hicieron a Alemania. Nuñez habría de transformarse en el impulsor de la reforma de inspiración germana de la educación primaria en Chile. Lo propio haría Valentín Letelier en el ámbito secundario.

De la variada producción de estos profesores he decidido concentrarme en quien creo, tuvo de entre ellos el mayor impacto sobre la enseñanza del castellano en Chile: Rudolf Lenz. Hay varias razones posibles que ayudarían a explicar la importancia que llegó a tener Lenz. Como profesor de lenguas modernas, por ejemplo, no sólo estaba familiarizado con las metodologías modernas de su enseñanza sino que poseía ideas muy desarrolladas respecto a la labor de la filología y de la clase de lengua nacional.

Defendiendo el que Lenz hubiese sido luego nombrado profesor de Castellano, Letelier señalaba: “si hai quizás unos pocos chilenos (...) que conozcan el castellano tan a fondo como Lenz, no hai hasta ahora ninguno, absolutamente ninguno que pueda competir

---

<sup>36</sup> Valentín Letelier se preguntaba: “Pues bien en nuestra Universidad, único instituto superior que hemos tenido, no se ha enseñado nunca la pedagogía ni como arte ni como ciencia. ¿Dónde habríamos encontrado un personal idóneo para rejentar el Intituto Pedagógico?” en *La Lucha por la cultura*, p. 397.

<sup>37</sup> Véase Amanda Labarca, *Historia de la Enseñanza en Chile*, p. 195 y, para una visión más completa, William Sywak, *Values in Nineteenth-Century Chilean Education: the Germanic Reform of Chilean Public Education 1885-1910*, tesis de doctorado, Universidad de California, Los Angeles, 1977, p. 197 y ss.

con él en la metodología de su enseñanza”<sup>38</sup> Estos pergaminos debían contrastarse con las inclinaciones naturales de Hanssen —la otra persona que por su cátedra podría haber tenido un impacto similar— de quien Letelier apuntaba (aún intentando defenderlo) que “se puede decir que conoce mucho mejor la antigüedad que el presente”<sup>39</sup>

El caso del profesor Rudolf Lenz, nos ayudará, además, a no perder de vista que las racionalidades que confluyen en la aparición del Castellano no son simplemente las del Estado y de la Iglesia en otro avatar más de su problemática relación en la América Latina moderna. O, más bien, a recordar que dicho conflicto se inscribe en el proceso de modernización y de ingreso a la modernidad que supone la presencia de otras fuerzas tales como el cientificismo (a menudo, positivista), el colonialismo y el neocolonialismo (pero también los nuevos discursos sociales internacionales como el marxismo y el anarquismo) y las formas de inserción que a un país periférico le cabían en dichos conflictos.<sup>40</sup> Como veremos, el surgimiento de la

---

<sup>38</sup> En *La Lucha por la cultura*, p. 403-404. Letelier se vio obligado a defender a los profesores alemanes ante la insistente crítica nacionalista (de todos los signos) a que fueron expuestos. Las críticas a los profesores alemanes y más en general, a lo que se llamó luego “la reforma alemana” de la educación chilena, fueron muchas y variadas. El Dr. J. Valdés Cange apuntaba a una de las más comunes, cuando señalaba:

“A los defectos naturales del profesor chileno agregaron la cobardía i doblez propia de los pueblos gobernados por una autoridad férrea, cualidades de que sólo logran desprenderse los caracteres bien templados.” en Dr. J. Valdés Cange (pseudónimo de Alejandro Venegas), *Sinceridad. Chile Intimo en 1910*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1910, p. 74.

Véase también, Eduardo de la Barra, *El Embrujamiento alemán*, Santiago, Establecimiento Poligráfico Roma, 1889.

<sup>39</sup> Letelier, *La Lucha por la cultura*, p. 405.

<sup>40</sup> Un ejemplo interesante de esta nueva forma epocal de racionalidad global, en el medio de la cual se sitúa la cultura nacional, lo da el anónimo autor del texto “Conviene que estudiemos” de 1885: “La necesidad del estudio se impone como indispensable hoy que la preocupación contra los libros ha desaparecido y que se estudia en ellos la más rudimentaria y práctica de las industrias humanas, la Agricultura. En los países de cultivo adelantado, nadie pretendería dirigir una explotación agrícola sin haberse preparado por los estudios espe-

configuración escolar post 1893 (año de la “reforma alemana” a nivel oficial) es, entre otras cosas, claramente, el resultado de una suerte de equilibrio local precario de las fuerzas que se disputaban la hegemonía en el contexto global. En la articulación chilena, que da origen a los cambios que se suceden a partir de 1893, hay tanto germanismo como latinismo francés e hispanismo residual. Nadie ejemplifica mejor que don Rudolf Lenz las formas históricas locales que en un momento específico estas confluencias globales pueden producir. Este docente alemán, contratado originalmente como profesor de francés, acabó siendo una de las figuras claves del resurgimiento de lo nacional y del nacionalismo cultural chileno a través de sus propuestas de reforma del Castellano y de creación e institucionalización de los estudios folklóricos en Chile.

En el contexto mundial de estas décadas, se observaba una Prusia triunfante en su guerra contra Francia y ascendente en el marco geopolítico de los poderes con alcance global. El resultado en el ámbito cultural fue un creciente germanismo que se extendió por el mundo para alcanzar más o menos simultáneamente países como Chile o los Estados Unidos.<sup>41</sup> De manera para nada casual, el gobierno chileno, a su vez preocupado de mantener su lugar y peso en la región del Pacífico sur —lugar recientemente conquistado en la Guerra del Pacífico contra Perú y Bolivia (1879-1884)— se ocupó también de traer de Alemania una serie de asesores para la renova-

---

ciales de la ciencia agronómica; entre nosotros mismos se ha comenzado a reconocer la necesidad de esta clase de conocimientos y se han abierto cursos del ramo en diversas partes de la República” En *Revista de Artes y Letras*, tomo V, 1885, p. 174. En efecto, la idea misma del desarrollo de una racionalidad moderna y metódica, había derivado analógicamente sus imágenes y conceptos representativos (cultura, cultivo, cultivado) del ámbito agrícola. El punto de máxima racionalización se alcanzó, entonces, cuando la cultura metódica y fundada en el libro fue capaz de retornar sobre sus orígenes para sistematizar científicamente el suelo que le había dado nombre. Para las raíces etimológicas de la palabra “cultura”, véase Raymond Williams, *Keywords*, New York, Oxford University Press, (revised edition), 1983.

<sup>41</sup> Sobre el impacto alemán en la Universidad norteamericana, en particular en los estudios literarios, véase Michael Warner y Gerald Graff, *Origins of Literary Studies in America. An Anthology*, New York, Routledge, 1989.

ción y profesionalización del ejército chileno. La tarea le correspondió dirigirla al coronel alemán Emil Körner.<sup>42</sup>

Frente a este germanismo creciente se alzó la reacción francesa que como se sabe, comenzó a desarrollar una fuerte política cultural destinada a contrarrestar la influencia y el poder germano. En el ámbito americano eso significó, por ejemplo, la promoción de la latinidad común.<sup>43</sup> En una carta dirigida a Valentín Letelier, el profesor francés André Bellesort le reprochaba que hubiese fomentado esa germanización de la enseñanza en Chile. Frente a ello sostenía:

“Et pourtant, français, italiens, espagnols, hispano-américains, nous désirons tous à ce que la race latine progresse et triomphe. Nos intérêts sont communs”<sup>44</sup>

En su respuesta, Letelier intentaba elaborar una suerte de defensa de los no alineados, para usar un lenguaje extemporáneo, defensa basada en lo que había venido a caracterizar la autocomprensión de los pueblos americanos, es decir, la mezcla racial y cultural: “En las viejas naciones de Europa donde es tan ruda la lucha por la vida, las cuestiones de razas, vanas a la luz de la historia, son bajo el respecto internacional, cuestiones de preponderancia...” En el reclamo de latinidad de Bellesort, Letelier percibía muy bien el intento de hegemonía de la intelectualidad francesa y respondía:

“Un pueblo nuevo i débil como Chile no puede pedir a una sola gran nación toda la ayuda que ha menester sin que peligre el carácter i quizá la independencia de su nacionalidad. Todos los hombres que nos traigan algún contingente de inteligencia (...) son bienvenidos. Pedimos a cada nación lo mejor que tiene, i

---

<sup>42</sup> Sobre el efecto de Körner en la política y en el ejército chileno, véase Brian Loveman, *Chile. The Legacy of Hispanic Capitalism*, New York, Oxford University Press, 1988, p. 175 y 186-187.

<sup>43</sup> Para una visión concisa de este fenómeno, véase Lily Litvak, “Panlatinismo y fraternidad hispánica en España y Latinoamérica a finales del siglo XIX”, *In-sula*, números 549-550, septiembre-octubre, 1992.

<sup>44</sup> Letelier incluyó la carta íntegra y en su idioma original en *la Lucha por la cultura*. La cita en p. 430.

aceptamos la ayuda de parte de quien quiera prestárnosla. En cuanto a las rivalidades de raza, nosotros no las conocemos, i casi no las comprendemos: los americanos nos preciamos de ser hijos de todas las razas.<sup>45</sup>

Muy pronto Lenz se encontraría en Chile con los límites de esta complaciente autocomprensión criolla. Estos se manifestarían en las constantes oposiciones ya no sólo a su nacionalidad germana, sino también a sus propuestas sobre la relación entre el pueblo (que incluía a los mapuches) y la élite en la sociedad nacional concretadas tanto en sus estudios filológicos como pedagógicos.

### Una escena pedagógica

El ingreso de los adolescentes chilenos al espacio normativo de la subjetividad moderna (por oposición a la subjetividad del humanismo clásico) abrió las puertas a su posterior nacionalización cabal. Aquel es el espacio de la expresión libre de la propia subjetividad, que es precisamente lo que la abre a la mirada normalizadora y vigilante de la nueva figura del preceptor y del profesor profesional especializados en la psicología y en la didáctica.

El proceso de cientificación del conocimiento pedagógico, que es en lo que consiste la ‘reforma alemana’ de 1893 en Chile, establece la necesidad de cambiar los métodos consuetudinarios de enseñanza, por otros que, considerando la psicología de los educandos, puedan obtener una optimización de los resultados. Domingo Amunátegui Solar, primer rector del Instituto Pedagógico, le escribe en 1892 al Ministro de Instrucción Pública con el declarado propósito de justificar la existencia del Instituto que dirige. Refiriéndose al cambio que su recién creada institución representa, señala:

“Para comprender bien la diferencia esencial entre la educación moderna y la educación antigua, basta comparar la diferencia que existe entre los medios de que se valía el maestro de ayer y

---

<sup>45</sup> Letelier, *La Lucha por la cultura*, p. 440.

los que emplea el maestro de hoy para mantener la disciplina entre los alumnos. El látigo ha sido reemplazado por la palabra persuasiva.”<sup>46</sup>

Declarando que el “fin primordial de la pedagogía es educar el espíritu, [y] sistematizar el conocimiento”, Amunátegui Solar sostiene que:

“Para conseguir ese objeto, el maestro no debe descuidar ninguno de los elementos materiales ni morales que se hallan a su alcance. La extensión de la sala, la distribución de la luz, la colocación de los bancos, han sido objetos de largos estudios entre los pedagogos. De igual manera, la edad y la preparación de los alumnos de una misma clase no deben presentar grandes diferencias, para que así la palabra del profesor sea comprendida por todos ellos.”<sup>47</sup>

A mayor libertad corresponde un mayor grado de penetración del conocimiento científico sobre las subjetividades en formación de los alumnos. La “palabra persuasiva” es la de la ciencia aliada a los recursos de un estado interesado en optimizar su inversión educativa. Mientras menos se castiga, más se controla. Mientras más libre es el alumno más se inscribe en la red disciplinaria que el pedagogo amable le tiende. El grado de supervisión aumenta, entonces, considerablemente. O como lo expresa Amunátegui:

“La escuela moderna, no sólo se halla destinada a nutrir la inteligencia, sino también a educar la voluntad y a fortificar el cuerpo. La pedagogía enseña a todos aquellos que desean consagrarse a la carrera del profesorado, el noble y difícil arte de formar hombres”<sup>48</sup>

La novedad del aumento de la esfera de competencia escolar,

---

<sup>46</sup> Domingo Amunátegui Solar, “La Doctrina ideal sobre el Instituto Pedagógico en 1892” en, *Homenaje a Domingo Amunátegui Solar*, AUCH, p. 214.

<sup>47</sup> Amunátegui Solar, “La Doctrina ideal sobre el Instituto Pedagógico” p. 215.

<sup>48</sup> Amunátegui Solar, “La Doctrina ideal sobre el Instituto Pedagógico” p. 215.



que incluye ahora ya no sólo el control persuasivo del espíritu sino también el del cuerpo<sup>49</sup>, no logra esconder lo que las palabras de Amunátegui insinúan: el profesorado es como una vocación religiosa a la cual se “consagran” los maestros para formar los ciudadanos del futuro con el mismo celo (y, como veremos, con algunas de las mismas técnicas) con que los sacerdotes-profesores de antaño se abocaron a la noble tarea de formar a los educandos de élite.

Al terminar su escrito, Amunátegui Solar comenta la existencia de un Liceo de Aplicación, anexo al Instituto Pedagógico y en el cual los alumnos de éste pueden poner en práctica lo que están aprendiendo, mediante su aplicación a sujetos realmente existentes. En el Liceo de Aplicación, el futuro maestro debía pasar por una ‘experiencia’ que Amunátegui llama “las conferencias prácticas con críticas.” En ellas el alumno del Instituto recibía de su profesor de pedagogía, con ocho días de antelación, un tema determinado que debía desarrollar. Tras recibir los primeros comentarios sobre el borrador de la lección y cumplido el plazo, el alumno debía enseñar la clase a los alumnos adolescentes del Liceo de Aplicación. En la sala se hallaban los compañeros del profesor novicio, uno de los cuales había sido encargado de desempeñar el rol de “crítico” oficial de la lección. Además se encontraban presentes el profesor de la asignatura enseñada (Castellano, matemáticas, etc), y el profesor de pedagogía. En este contexto los alumnos del Liceo, debían recibir la clase bajo la mirada adicional del profesor que se iniciaba. La familiaridad que el escenario presenta para quienes nos hemos acostumbrado a recibir la crítica constructiva de superiores encargados de nuestra supervisión profesional, no debe impedirnos percibir la novedad, en el contexto chileno del siglo XIX, de la multiplicación de los espacios científicamente diseñados para dicha supervisión del sujeto. De hecho, al terminar la clase, “el alumno que ha servido de maestro hace notar él mismo, los defectos principales en que cree haber incurri-

---

<sup>49</sup> Novedad relativa por supuesto, en tanto se trata, en efecto, de un retorno a algunos de los ideales educativos de la cultura griega. Sobre el tema véase el clásico libro de Werner Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, México: Fondo de Cultura Económica, 1980.

do.” Para ser constructiva, la experiencia debe empezar por la libre expresión de la autocrítica. Luego es el turno del alumno cuya tarea era precisamente criticar. Después el profesor de pedagogía, “ofrece la palabra a los demás alumnos del Instituto” para que estos también ‘libremente’ se explayen sobre los problemas percibidos. Tras ellos le toca al o a los profesores de la asignatura enseñada. Finalmente, el profesor de pedagogía termina *su* clase “con el análisis minucioso de la clase [del aprendiz] y de las críticas hechas por los alumnos.” De la autodisciplina, se pasa al disciplinamiento por los pares, que por este mismo acto se exponen al disciplinamiento del profesor. Luego los profesores de las materias enseñadas ofrecen su propia visión disciplinaria. Por sobre todos y como una suerte de director general, el pedagogo versado tanto en la práctica como en la teoría del objeto en estudio (tanto la materia pedagógica como el sujeto de la acción de aprendizaje), ofrece el último marco disciplinario, que por su alcance los envuelve a todos. Allá lejos, al interior de cada uno de estos círculos concéntricos de observación, se hallaban los alumnos del Liceo, de cuya *libre expresión* se nutría toda la escena. El caso descrito sirve pues para comprender la naturaleza de aquella libertad en este pequeño ejemplo de panopticon escolar. Pero lo que más importa destacar ahora, es que, muy posiblemente, el aprendizaje así adquirido representaba, en comparación con los métodos antiguos, un avance importante para los sujetos en proceso de educación. Dotados de una mayor libertad para expresarse, podían libremente desplegar sus subjetividades. Al mismo tiempo, la mirada disciplinaria y disciplinante del experto científicamente entrenado para ello, se las devolvía en la forma de conocimiento. El saber y el poder se muestran entonces aquí en sus facetas más relevantes y productivas. Ambos surgen como los espacios constitutivos de la libertad, es decir, como los espacios sin cuyas superficies de representación la subjetividad misma no puede constituirse y mucho menos expresarse. Este es, en general, el lugar de la educación en la modernidad y, en particular, el lugar de la escuela en la nación. Es allí donde la ley sin ley que atraviesa al sujeto nacional, encuentra el espacio de su realización productiva. Es allí donde se produce, finalmente, la sociabilidad nacionalizada de que nos hablaban Sar-

miento y Alberdi. Para entender cómo esta macro-lógica epocal y educacional operaba concretamente al micro-nivel de la práctica escolar del Castellano, paso ahora a analizar dos textos de Rudolf Lenz.

### Para qué estudiamos gramática (1912): los modelos literarios

En el breve espacio de unos seis o siete años, Rudolf Lenz se erigió como autor de programas, textos de estudio y pautas metodológicas no tan sólo en el área de los idiomas modernos extranjeros, que era aquello para lo que había sido contratado, sino también en la del castellano.<sup>50</sup> El mismo había sido uno de los inspiradores de la creación del ramo escolar que llevaba ese nombre. En efecto, en 1893 se aprobó el nuevo plan de estudios de la enseñanza secundaria que introducía dos novedades de peso. De una parte, el sistema concéntrico y, de otra, una nueva disciplina escolar llamada Castellano. Domingo Amunátegui Solar, Director del Instituto Pedagógico, proporciona en 1892 una buena visión sintética de lo que se llamó el sistema concéntrico:

“El sistema concéntrico de los estudios consiste en el aprendizaje simultáneo de las diversas ramas principales del saber en todos los años de que se compone el curso de humanidades. (...) [En] El método concéntrico (...) cada una de las ramas principales de los conocimientos humanos, debe enseñarse, desde los primeros años del curso hasta el último, en círculos concéntricos, que al principio sólo abrazan las nociones fundamentales, pero que van ensanchándose paulatinamente, hasta que por fin

<sup>50</sup> Lenz elaboró los varios programas escolares de francés, alemán e inglés en 1893, 1901 y 1907, publicó varios textos de metodología de la enseñanza del francés (1895) y del inglés (1906). Junto a ello fue autor del “programa para el estudio científico de la lengua” (segundo año del curso de Castellano, 1895); de una “memoria sobre las tendencias de la enseñanza del idioma patrio en Chile” (1899); un “proyecto de programa de Castellano” (1899); etc. Véase “Bibliografía de las publicaciones científicas y pedagógicas del doctor Rodolfo Lenz” en *Homenaje a la memoria del doctor Rodolfo Lenz*, Anales de la Facultad de Filosofía y Educación. Sección de Filología. Tomo II, cuaderno número 1, Santiago, 1937-1938, p. 160-169.

llegan al desenvolvimiento completo de la materia. La concentración de los estudios, se refiere al enlazamiento que tienen entre sí las diferentes ciencias y que debe también ligar a todas las asignaturas del curso completo de humanidades.”<sup>51</sup>

La distinción entre el sistema, el método y la concentración que el sistema concéntrico general suponía, es útil en tanto le permite a Amunátegui, tempranamente, verificar que aunque el sistema concéntrico se había impuesto más o menos regularmente, la práctica había sido más resistente a las innovaciones metodológicas y de interrelación de las varias disciplinas. Es precisamente en esta área de la metodología donde Lenz tuvo el mayor impacto.

El plan de estudios creó también lo que Lenz, en 1912 en su conferencia “¿Para qué estudiamos gramática?”, valora retrospectivamente como la única innovación de contenido del nuevo programa de 1893:

“el señor rector de la Universidad, don Diego Barros Arana dijo en la Introducción (paj. IX): ‘la reforma iniciada es solo de método’ i explicó que la novedad estaba en sustituir el sistema de enseñar ramos sueltos por el sistema concéntrico i que las materias enseñadas quedaban esencialmente las mismas. Así sucedió efectivamente en todos los ramos, aunque con una escepción. Se fundó una clase nueva con el título de ‘Castellano’ en vez de las dos clases de ‘Gramática castellana’ i ‘Literatura’”<sup>52</sup>

Si se tratara de resumir ahora el aporte principal de Lenz a la cultura chilena del cambio de siglo, habría que decir que se refiere a dos aspectos centrales e interdependientes. De un lado, su reconceptualización de la gramática y de las relaciones de ésta con la literatura y el lenguaje de la élite y del pueblo. Del otro, los efectos y consecuencias producidos por tal reconceptualización. Sobre éstos

<sup>51</sup> Amunátegui Solar, “La Doctrina ideal sobre el Instituto Pedagógico en 1892”, p. 216.

<sup>52</sup> Rudolf Lenz, “Para qué estudiamos gramática” en AUCH, 1912, p. 242. De aquí en más, las referencias que señalo entre paréntesis, corresponden a este texto de Lenz.

el propio Lenz fue muy claro: no hay más autoridad que la de la ciencia y la razón.

Lenz empieza, desde el título de su conferencia, con un gesto radical. Formula una pregunta para la cual la sociedad chilena tradicional creía haber encontrado una respuesta que hacía innecesaria la reformulación de la pregunta: ¿para qué estudiamos gramática?

Para establecer tanto la pertinencia de la pregunta como la de su respuesta, Lenz elabora una estrategia retórica que sutilmente conecta al Latín y la gramática con la autoridad y el poder. Haciendo la historia de la gramática, Lenz declara que en la Edad Media: “por supuesto que a nadie se le ocurrió estudiar la gramática de las lenguas vulgares. El nombre de gramática se refería sólo a la latina” (242) Todavía en el período del Humanismo clásico:

“A nadie se le ocurre (...) en ese tiempo que el estudio de la gramática del idioma patrio sea necesario para adquirir el dominio práctico sobre esa lengua. Ideas de esta índole comienzan a prevalecer en Francia durante el siglo XVII cuando los literatos empiezan a buscar concientemente la forma más conveniente para la lengua literaria francesa” (p. 246)

De esta doble dependencia respecto al latín y a la lengua literaria que se mantiene según Lenz hasta el siglo XIX, los estudios gramaticales en Chile se recuperan, parcialmente, con la intervención de Andrés Bello, quien en 1835 separa los estudios de gramática castellana de los de la latina. Pero Bello, que había comprendido tan bien que “cada lengua tiene su teoría particular, su gramática” [y] (...) ‘que la única autoridad irrecusable en lo tocante a una lengua es la lengua misma’<sup>53</sup> fue, según Lenz, la causa de dos errores graves. Uno fue de su propia responsabilidad, el otro de la de sus seguidores dogmáticos.

Aunque un poco extensamente, conviene citar a Lenz con precisión:

<sup>53</sup> Lenz está citando el prólogo de Andrés Bello a su *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, en “Para qué estudiamos gramática”, p. 250.

“resumiré mi juicio en la afirmación siguiente: Toda la obra de Bello, por buena que sea, es debida a un profundo error. (...) ¿Qué error? El de la definición de la gramática que Bello aceptó de sus antecesores ‘gramática de una lengua es el arte de hablarla correctamente’ de la que se deduce que es necesario saber gramática para hablar correctamente.” (p. 252)

La objeción de Lenz es muy lógica. Entre los pueblos llamados primitivos, razona, no hay gente culta en el sentido gramatical del término, pero nadie negará que esas lenguas tiene su propia gramática y que todos los adultos en esos grupos hablan su lengua correctamente “pues hablan de un modo más o menos uniforme i mutuamente inteligible. ¿Qué sería correcto sino esto?” (253) Llevando su razonamiento un paso más allá, añade:

“I dentro la esfera de las lenguas literarias también existen lenguas naturales, los dialectos vulgares. Sabemos hoi que esos dialectos no son de ninguna manera corrupciones de las lenguas literarias, sino que, al contrario, las lenguas literarias representan el estado anormal de un cultivo artificial” (p. 253)

Este es un corolario revolucionario en el ámbito chileno pues invierte o al menos cuestiona toda una estructura jerárquica de la cultura y de la sociedad. Lenz se pregunta una vez más: “¿De dónde proviene entonces la estraña idea de que para hablar bien la lengua patria sea necesario estudiar sus reglas gramaticales”, y responde: “Esas razones hai que buscarlas en la oposición entre el lenguaje literario i el vulgar” (458) Aquí es donde Lenz diagnostica con mayor claridad aquel funcionamiento cultural, aclarando que la distribución diferencial del dominio de la lengua no tiene nada que ver con la gramática misma de la lengua sino con la estructura social y la división del trabajo. Si se quiere entonces que los alumnos de las clases superiores del Liceo ( a los cuales Lenz recomienda circunscribir el estudio formal de la gramática de la lengua patria y “de los cuales se reclutan los estudiantes universitarios i así los hombres dirigentes del país en todas las esferas intelectuales” (472)) aprendan mejor cómo funciona su lengua hay que enseñarles científicamente

no sólo la lógica sino también su historia lingüística. Pero no se puede pretender a partir de allí que estos alumnos son los depositarios de la verdadera y correcta naturaleza nacional.

Para producir esta transformación, para promover este cambio general de la racionalidad que alienta al sistema de educación lingüística, Lenz propone:

“Es indispensable en fin que se deje de transformar la clase de gramática en un simple *iurare in verba magistri* i hai que desterrar por completo el modo escolástico de considerar la regla i la fórmula gramatical como lo primero i el lenguaje como lo segundo. (...) El profesor no debe olvidar que todo el lenguaje efectivamente usado por una comunidad étnica dentro de su esfera tiene su derecho de existir i es correcto” (469)

Ahora bien, no debe creerse que Lenz era partidario de una anarquía lingüística. Como veremos luego, él asignaba un lugar muy importante a los modelos literarios y de la gente culta en el proceso de educación, pero por su formación y perspectiva científica, no podía tolerar que se le diera connotaciones morales y valores político-represivos y negativos (“vicios”, “desviaciones”, etc) a lo que eran, en su opinión, manifestaciones naturales de procesos orgánicos y sanos en el desarrollo y cambio de la lengua. No es pues casual que en este contexto, Lenz use las palabras “comunidad” y “derecho” y que deplora el uso de frases como “vicios de lenguaje.”<sup>54</sup> En la cita, entonces, detectamos el otro error al que, en opinión de Lenz, Andrés Bello había dado origen. En lo que podríamos calificar de clara oposición a su propia práctica de pensamiento científico y probablemente por influencia de sus convicciones políticas y culturales relativamente autoritarias, Andrés Bello había permitido, sino estimulado, que su palabra y figura se convirtieran en valores indiscutidos e indiscutibles de la formación cultural chilena. Y es este un

---

<sup>54</sup> “...son debidos a juicios falsos denominaciones como ‘vicios de lenguaje’ i otros.” en “Para que estudiamos gramática”, p. 469.

segundo error que a Lenz, quien se mueve con cautela en estas tormentosas aguas, le parece tan perjudicial como el primero:

“Sin embargo esa superioridad indiscutible de la obra [de Bello] sobre las gramáticas de sus predecesores, en particular sobre la Gramática de la Academia, tuvo también un resultado funesto. Erijó a su autor en autoridad absoluta, infalible. Bello había declarado que la única autoridad en materia de lenguaje es la lengua misma; pero sus discípulos dijeron ‘la autoridad es Don Andrés Bello’ como otros dicen ‘la autoridad es la Real Academia Española’ (...) A nadie se le ocurrió que Bello con todo su jenio, no era más que un mortal, espuesto al error como lo están todos los mortales” (250-251)

Es un error, parece decir Lenz quien detuvo aquí sus conclusiones, porque estimuló un tipo de práctica pedagógica autoritaria y deductiva en donde la memorización de reglas sustituye a la verdadera observación y comprensión de los fenómenos naturales. Es un error porque tiñe a muchos de éstos con el color de lo bueno y lo malo, y los divide entre lo autorizado y lo que hay que extirpar y combatir. Es un error, por último, porque no produce intelectuales sino seguidores y creyentes. De esta doble valencia del legado y de la práctica de Bello dan abundante prueba, como ya hemos señalado, los *Recuerdos Literarios* de José Victorino Lastarria.<sup>55</sup>

En 1914 Miguel Luis Amunátegui i Reyes, le responde más o menos directamente a Lenz, en su artículo “Enseñanza de la gramática” que comienza con el subtítulo: “¿La gramática es una ciencia o un arte? (recuérdese que Lenz había dicho que era una ciencia (objetiva) y no un arte (de la gente culta) como creía Bello):

“Por desgracia desde hace tiempo se viene haciendo propaganda contra los estudios gramaticales, i mui principalmente contra el texto elaborado por don Andrés Bello. Se ha llegado hasta decir

<sup>55</sup> Véase Lastarria, José Victorino. *Recuerdos Literarios*, Santiago: Zig-Zag, 1967.



que este ilustre sabio no supo siquiera definir la gramática, i que por tanto, escribió sobre algo que no comprendía.”<sup>56</sup>

Importa detenerse un poco en esta respuesta para preguntarnos qué está realmente en juego en la diferencia entre ciencia y arte con respecto a la gramática. Como puede adivinarse, como podía ya adivinarse en la discusión pedagógica que en 1829 sostuvieron Andrés Bello y José Joaquín Mora<sup>57</sup>, lo que está en juego es mucho más de lo que las reglas del juego quieren admitir. La importancia de la discusión radica en que lo discutido es nada menos que el mecanismo rector de la reproducción cultural en la nación. Se disputa sobre definiciones y metodologías pero, en última instancia, se discuten conceptos de sociedad y de participación cultural y democrática.

Amunátegui i Reyes confirma la sugerencia, cuando aclara:

“Por tanto, la expresión *jente educada* de que se valió don Andrés Bello, refleja perfectamente la idea que él quiso significar. El lenguaje de esas personas que hablan i escriben de un modo más uniforme, es el que debe fijar las reglas de una gramática, si no queremos exponernos a que el idioma dejenera en un verdadero guirigai. Nadie niega la posibilidad de hablar una lengua sin estudiar gramática. (...) Pero la gramática nos enseña algo más, puesto que nos hace saber el lenguaje correcto i nos pone en guardia para rechazar lo que no lo es.”<sup>58</sup>

Muy de acuerdo con Amunátegui i Reyes, quisiera sostener que la gramática nos enseña un “algo más”. Nuestra discrepancia provendría muy posiblemente de la valoración que de ese suplemento hacemos. Por suplemento entiendo aquí lo que la gramática nos

---

<sup>56</sup> Miguel Luis Amunátegui i Reyes, “Enseñanza de la gramática”, AUCH, tomo 134, 1914, p. 100.

<sup>57</sup> En otro lugar me he referido a este “efecto Bello” tanto en el ámbito nacional como internacional y al paradigma encarnado y defendido en los estudios del Bellísimo institucionalizado. Véase Poblete, Juan. “Literatura, discurso y legitimidad. La Polémica de José Joaquín Mora y Andrés Bello”, *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, (Caracas) 14/15, 1999-2000.

<sup>58</sup> “Enseñanza”, p. 108.

enseña cuando, además, se nos enseña la gramática. Ese “algo más” que aprendemos cuando estudiamos la gramática en el contexto de una práctica pedagógica concreta, es parte del “algo más” que la clase de lengua y literatura en general nos brindan junto con su bagaje educativo y formador.

Nombrando el fundamento político de al menos una porción de este “algo más” históricamente constituido en Chile, Amunátegui i Reyes concluye:

“El lenguaje de la jente ignorante no es la útil o gallarda planta que debe cultivarse con esmero, sino la dañosa i despreciable maleza que debe arrancarse de cuajo.”<sup>59</sup>

El recurso gráfico a la imagen del cultivo agrícola, le devuelve a ésta parte de la violencia originaria que el bucolismo teórico-educacional de la cultura tiende a reprimir. Cultivar supone elegir lo cultivado y preparar el terreno mediante la eliminación de lo que allí habitaba. Es un proceso transformatorio e interventor en donde las opciones y los juicios de valor son inevitables, aunque a veces parezcan retroceder al espacio de lo dado. Habría que agregar que el cientificismo filológico de Lenz tampoco estaba exento de la misma obligación, en la medida en que el avance de la ciencia no es sino una de las caras de la modernización que va empujando a la extinción y/o afectando a muchas de esas variedades heterogéneas (lenguaje popular e indígena en el caso de Lenz) a las que, al mismo tiempo, con tanta paciencia se intenta describir y estudiar. De cualquier forma, convendría también recordar que aunque atrapados en la misma coyuntura, los caminos seguidos por Amunátegui i Reyes y por Lenz respectivamente, tenían efectos o potenciales políticos, sino opuestos, al menos, diferentes. Hoy en día no parece fácil decidir entre un progresismo científico paradójicamente arqueológico y nostálgico, de un lado, y un aristocratismo u oligarquismo intelectual y político, del otro. No obstante, uno se queda con la impresión de que cuan-

---

<sup>59</sup> “Enseñanza, p. 117.

do Amunátegui i Reyes habla de cortar de cuajo la mala hierba, está pensando en una política “ilustrada” similar a la usada por los gobiernos argentinos del siglo XIX respecto a las comunidades de indios en la Patagonia. Más que de civilizar y transformar se trata en esta política de la lengua, de segregar y en el extremo, exterminar, no tanto el hecho mismo de los “vicios” como la persona de los “viciosos”. Que en el caso de la lengua, esta política de exterminio del barbarismo, no conduzca en Chile al aniquilamiento físico de los “rotos” y el vulgo (aunque el caso de los indígenas sea menos claro), no debe hacernos olvidar que en su raíz, dicha propuesta es parte de una política más global –contra “barbaries” definidas ex profeso– en la cual la jerarquización cultural es la base para prácticas antidemocráticas y autoritarias.

Habiendo insistido suficientemente en las consecuencias todavía generales de la valoración de Lenz respecto al magisterio de Bello en Chile, convendría ahora descender al terreno de las consecuencias pedagógicas y metodológicas más concretas que Lenz derivó de su lección. A su implementación están dedicados buena parte de sus escritos y planes educacionales.

### **La Composición escolar en lengua patria: de los modelos a la expresión subjetiva (1924)**

En la última parte de “¿Para qué estudiamos gramática?” (1912) Lenz hacía el siguiente diagnóstico negativo de la enseñanza de la lengua en Chile antes de 1890:

“Puede decirse que a veces los alumnos han adquirido el dominio sobre su lengua literaria *a pesar* de las absurdas clases de gramática, que no traían más que un formulismo no comprendido. Cuando en clase de gramática castellana apenas se hacía lectura de buenos trozos (antes de 1890 en los liceos chilenos no se usó, si no me equivoco, ningún verdadero libro de lectura), cuando no se hacían casi nunca ejercicios de composición por escrito, cuando la enseñanza en historia i ciencias naturales se hacía en gran parte mecánicamente aprendiendo los niños de memoria las frases del testo...” (p. 255)

En la crítica leemos también el programa de lo que había que hacer. La base de todos los cambios era para Lenz el paso de lo deductivo, normativo y reglado a lo inductivo y empírico. En líneas generales, Lenz siguió, tanto en la pedagogía de la lengua materna como en la de las extranjeras, este programa que enfatizaba la práctica por sobre la memorización de reglas. Sin embargo, sus recomendaciones reflejan, en las tensiones que las atraviesan, la herencia de la época y del medio en que las formuló:

“...para enseñar la lengua literaria a los niños que hablan como lengua materna un lenguaje más o menos diferente, el único sistema es el de la continuada práctica, el constante ejercicio en la lectura de buenos modelos i su imitación en narraciones i descripciones referentes a temas que sean familiares a los niños i que sólo poco a poco aumenten el caudal de la lengua a la vez que la esfera de las ideas i del conocimiento”<sup>60</sup>

Ni la distinción entre el aprendizaje natural de la lengua natal y el estudio escolar de la lengua literaria, ni el énfasis en la práctica como medio esencial de aprendizaje, logran esconder la tensión que, al menos en este párrafo se manifiesta entre “la imitación de los buenos modelos” y “los temas que sean familiares a los niños”, es decir, entre la copia normada por parte de un sujeto supuestamente universal (el alumno de las Humanidades clásicas) y la expresión individual de la subjetividad localizada (el alumno localizado de las nuevas Humanidades.)

En efecto, Lenz llegaría a percibir sólo unos pocos años más tarde, como veremos, esta contradicción y a rectificar sus consejos metodológicos para la enseñanza del castellano escrito. Para explicar el cambio se pueden esgrimir varios argumentos. Es posible que en 1924, cuando publica *La Composición escolar en lengua patria* Lenz se haya sentido liberado de algunas de las presiones institucionales que por parte de la vieja guardia todavía en 1912 lo afectaban. Es posible que nuevas presiones nacionalistas y nacionalizantes lo ha-

---

<sup>60</sup> “Para qué estudiamos gramática”, p. 458.

yan obligado a resaltar el componente de originalidad de la escritura nacional aún en el espacio tradicionalmente clásico y universal de las humanidades. Aunque con seguridad estos elementos intervienen en el contenido de las nuevas propuestas de Lenz, es también posible comprenderlas como latentes ya desde muy temprano en la carrera chilena de su autor.

Lenz se movió siempre entre dos tipos de razones: la científica (filológica) y la política (nacionalista). A la primera se refiere cuando, tratando de explicar sus estudios de 1891 y 1892 sobre el habla popular de Chile, decía:

“Como noté luego que la gente culta, sobre todo los profesores de castellano, no tenían ningún interés por el estudio de la ‘jerigonza corrompida de la plebe’, que simplemente despreciaban porque no comprendían que el estudio de los dialectos vulgares da los materiales más interesantes para comprender la evolución histórica del lenguaje humano, me resolví a publicar mis estudios fonéticos del dialecto chileno en revistas científicas alemanas.”<sup>61</sup>

Este es el espacio de la neutralidad científica, aunque se perciben las ironías sobre la “gente culta” y los “profesores de castellano” quienes demostraban su ignorancia, al menos con respecto al paradigma universal de la ciencia filológica, con su actitud hacia las formas lingüísticas populares. Sin contradecir esta lógica, el otro espacio, el de la razón nacionalista, se nutría tanto del componente nacionalista de la filología alemana como de lo que parecen haber sido las ideas políticas de Lenz y de su formación escolar germana marcadamente nacionalizante.<sup>62</sup>

Ambas razones parecen coincidir en sus “Ensayos filológicos americanos” publicados en los Anales en 1894:

<sup>61</sup> Lenz, “Dialectología Hispanoamericana” en Rudolf Lenz et al, *El Español en Chile*, Buenos Aires, 1940, p. 17.

<sup>62</sup> Véase la forma en que suele encabezar sus listas de avances científicos con nombres alemanes. Actitud esta por otro lado, comprensible si se tiene en cuenta el contexto político chileno en que le tocó actuar y a menudo defenderse.

“..en Chile [por oposición a lo que ocurría en Argentina] parece faltar por completo entre la jente ilustrada ese amor i cariño al pueblo bajo, el cual, sin embargo, como hemos dicho en otra parte, es la base eterna de la fuerza nacional. (...) Esperando que algún día se despierte el interés general de la jente ilustrada por el pueblo bajo, por su manera de hablar i de pensar, por su literatura i sus costumbres, apuntaremos en las páginas que siguen algunas indicaciones que pueden servir de guía a los que quieran dedicarse a este jénero de estudios”<sup>63</sup>

Por esta via Lenz encontró el camino que le permitió, a la larga, escaparse del paradigma tradicional de los modelos o de sus restos todavía manifiestos en la conferencia de 1912. En una serie de estudios que comienzan con sus “Chilenische Studien” publicados en Alemania en 1891-1892, pasando por sus textos sobre “Nacionalidad y lenguaje” (1893), “Volkpoesie von Santiago” (1895), “Estudios araucanos” (desde 1895) hasta llegar a su “Programa de la Sociedad de Folklore” (1905 y 1909), Lenz aplicó sus considerables conocimientos filológicos a la tarea de recolectar, describir, estudiar, analizar y publicar tanto la poesía popular urbana de Santiago como las formas de la literatura oral mapuche. Aunque hay algunos antecedentes, varios de ellos son trabajos hechos por extranjeros<sup>64</sup>, puede decirse que Lenz inauguró en Chile el estudio científico de estos materiales.<sup>65</sup>

En cada uno de estos trabajos Lenz aplicó nociones hasta entonces abrumadoramente reservadas a los estudios clásicos y legítimos, al ámbito mucho menos reconocido de la cultura popular chilena, tanto indígena como urbana. Gramática y literatura dejaban así de ser palabras reservadas para el estudio del Latín y del castellano normativo de España. Como puede apreciarse, habría sido rela-

---

<sup>63</sup> “Ensayos filológicos americanos”, AUCH, 1894, volumen 87, p. 358-359.

<sup>64</sup> Véase Guillermo Rojas Carrasco, *Filología chilena. Guía bibliográfica y crítica*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1940.

<sup>65</sup> Véase Juan Guillermo Prado Ocaranza y Juan Uribe Echevarría, *Síntesis histórica del folklore en Chile*, Santiago, Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Sección chilena, 1982, p. 77.

tivamente fácil desarrollar más activamente este lado folklórico de Rudolf Lenz, allí donde está más explícitamente cerca de la nacionalidad chilena tal cual ésta se expresa en el lenguaje literario. Aunque no quiero subestimar la necesidad de investigar con mayor detención la participación e influencia directa de Lenz en los orígenes de la folklórica chilena, he preferido concentrarme en el análisis de algunos de sus textos metodológicos. Lo he hecho en la convicción de que a lo largo de 40 años de labor pedagógica, Lenz puede haber tenido un impacto más difícilmente rastreado, pero tal vez tan decisivo y duradero en lo que a partir de 1925 podríamos llamar 'nacionalización propiamente dicha' del canon literario escolar chileno. En la micropáctica educativa (lingüística, gramatical y literaria) de generaciones de educadores chilenos, Lenz debe haber producido, quizás, su impacto más decidido, aunque menos evidente, en la formación cultural nacional. Esto implicó elaborar no sólo un nuevo concepto de gramática y de su estudio, sino una redefinición de lo literario y, también, una reformulación del espacio de la escritura y de la lectura escolar.

La redefinición de lo literario suponía establecer y reconocer una nueva jerarquía cultural:

“El espíritu nacional se manifiesta mil veces más por aquella literatura que sólo se transmite de boca en boca. (...) El mismo lenguaje dialéctico del bajo pueblo espresa mucho más fielmente la vida intelectual de la actualidad i de los siglos pasados de lo que lo hace el lenguaje artificial literario. (...) Los ‘escritores’ chilenos que siempre buscan, aunque sea con la ayuda del Diccionario de la Academia Española, la espresión más ‘castiza’ para sus ideas, olvidan completamente que con esto sustraen a sus producciones literarias uno de los encantos más bellos, el de ser ‘nacionales’”<sup>66</sup>

El abrir el espacio textual a la manifestación de las (diversas)

---

<sup>66</sup> Rudolf Lenz, “Ensayos filológicos americanos”, AUCH, 1894, volumen 87, p. 354-355.

subjetividades ciudadanas significó no la entrada en un espacio utópicamente igualitario, pero si al menos el abandono de algunas de las jerarquías más abiertamente anti-democráticas que habían dominado el área de los estudios literarios y gramaticales chilenos, durante buena parte del siglo XIX. Habiendo descrito, al menos someramente, el aporte de Lenz al estudio del folklore y lo popular nacional, veamos por fin en qué consisten aquellos micro-cambios educativos que completan su labor, mediante el análisis del trabajo que Lenz publicó en 1924: *La Composición escolar en lengua patria*.

Lenz se pregunta por qué después de seis años de instrucción primaria y aún después de otros varios de educación secundaria, los alumnos son incapaces de escribir una buena carta o de resumir un libro. Su diagnóstico es:

“El niño [en el sistema escolar] no escribe por impulso propio, sino para cumplir con la orden del profesor; no trata asuntos que lo interesan y, generalmente, no conoce siquiera bien el asunto sobre el cual debe escribir. La composición con tema obligatorio para toda la clase es por esto casi siempre un fracaso”<sup>67</sup>

Para proponer soluciones Lenz se apoya en el trabajo de dos profesores alemanes (Adolf Jensen y Wilhelm Lamszus) que habían publicado un par de estudios sobre el problema de la composición escolar. En Chile ya veinticinco años antes, Diego Barros Arana, gran historiador y educador liberal chileno, había elaborado su *Manual de composición literaria* para responder a la misma necesidad de reformar la clase de composición. Su libro representó un avance respecto a lo que se hacía previamente, en tanto trataba de encontrar un equilibrio entre la conducción y el control del maestro y la expresión de la imaginación de los estudiantes.<sup>68</sup> Sin embargo,

---

<sup>67</sup> Rudolf Lenz, *La Composición escolar en lengua patria*, Santiago, Ediciones de la Revista Cultura, 1924, p. 7 De aquí en más los números de página entre paréntesis al final de las citas corresponden a este escrito.

<sup>68</sup> Diego Barros Arana, *Manual de composición literaria*, Santiago, 1889 (segunda edición), p. 2-3. La edición original es de 1871.



pueden apreciarse los límites históricos del trabajo de Barros Arana en la siguiente cita:

“Los temas de composición que pueden darse a los jóvenes son por su naturaleza muy variados. Nosotros los hemos clasificado en doce grupos diferentes, comenzando por aquellos que nos parecen más sencillos para terminar por los que ofrecen mayores dificultades. Hélos aquí: 1) traducción al castellano de fragmentos escritos en un idioma extranjero. 2) Traslación a prosa de una composición escrita en verso castellano. 3) Traslación al lenguaje moderno de algunos fragmentos escritos en castellano antiguo...”<sup>69</sup>

Sólo en quinto lugar aparecían las “cartas familiares” y luego “narraciones”, “descripciones” y “retratos”. Aunque los “análisis literarios de buenos modelos” figuraban en el duodécimo lugar, es indiscutible que desde allí presidían y organizaban toda la escala jerárquica de Barros Arana.

Lenz, armado de similares buenas intenciones, parece haberse propuesto evitar caer en los mismos errores. Ello suponía reestructurar el balance entre la autoridad (de los modelos, de la gente culta y del profesor) y la expresión de los alumnos. Para hacerlo, no le parecía suficiente a Lenz recurrir a una innovación como la “composición con tema libre” en tanto ésta todavía parecía ser un ejercicio abiertamente impuesto al estudiante:

“Sin necesidad interior no habla sino el tonto, el charlatán y ... el niño que recita su lección. (...) Pero aún el ‘tema libre’ sólo excepcionalmente da buen resultado, [ello ocurre] cuando en vez de ser libre está ‘amarrado’ a la vida del niño.” (p. 7)

El problema era, entonces, cómo “amarrar” el tema al niño o, para decirlo de otra forma, cómo “amarrar” el niño al tema. El problema pedagógico tenía, entonces, dos caras: la psicológica y la disciplinaria. Se trataba de generar en el niño, dentro del niño, en su

---

<sup>69</sup> *Manual de composición literaria*, p. 14-15.

propia subjetividad, la necesidad de escribir y aprender. Para ello Lenz propone los consejos de Jensen y Lamszus:

“eduquemos a los niños a escribir sobre la vida real que los conmueve, a que ellos mismos vean lo que les interesa, que observen los detalles y nos presenten los resultados de su investigación como ellos mismos los sienten en su alma. Este es el camino que nos muestran los grandes escritores.” (p. 13)

Como puede percibirse, Lenz ha dado vuelta el argumento tradicional de que la manera correcta de aprender a escribir correctamente era la imitación literal de los grandes escritores. Lenz sugiere que esa es sólo la más superficial y la menos productiva de las interpretaciones del respeto a los grandes modelos. Lo que realmente había que aprender de ellos, era el entusiasmo por expresar el mundo y al hacerlo, expresarse a sí mismos. Imitar literalmente a los modelos y a las autoridades sólo producía charlatanes, palabras huecas, en suma, retórica:

“Hasta ahora el profesor soplabá al alumno no sólo el tema y, a menudo, la disposición, sino que le mostraba modelos y más modelos. Instigaba al niño a la imitación de los grandes maestros del estilo, pero jamás les mostró el camino que ha debido recorrer todo escritor y poeta antes de llegar a ser un gran maestro” (p. 19)<sup>70</sup>

En otras palabras, la configuración de la formación humanista tradicional, es decir, basada en la literatura clásica, educaba al alumno a reconocer a los modelos como tales, o sea como autoridades, y, en el mejor de los casos (el de las clases privilegiadas) les permitía apropiarse de la cita como arma útil en el manejo del capital simbólico. Lenz, en cambio, quiere entrar de lleno en el espacio escolar

---

<sup>70</sup> “Hay que prescindir completamente del tema impuesto por el profesor. El tema impuesto educa a los niños a hablar cuando no tienen nada que decir; los educa a la palabrería vacía, a la charlatanería. ¡Pobre resultado de tanto trabajo!” (13)

moderno. Aquel donde los aportes de una serie de ciencias –entre las cuales hemos mencionado la pedagogía, la psicología, y la administración escolar– configuran una superficie en la cual el alumno obedece, imita, aprende porque quiere, porque ha internalizado el objetivo disciplinario de la formación escolar. Lenz describe gozoso ese nuevo ambiente: uno de los alumnos narra oralmente lo que había percibido en su realidad cotidiana, los otros se entusiasman también:

“Se estimulan unos a otros. y la clase hace la crítica. Narraciones superficiales no caen en gracia. Ellos mismos forman las primeras reglas del estilo: Quien quiere narrar bien, debe fijarse en todos los detalles. (...) No se pide la composición de todos para día determinado, sino que cada uno trae lo que se le ofrece” (p. 15)

De la imitación sumisa y la deducción hemos pasado al campo de la inducción y la expresión. Es, claramente, el espacio de la experiencia escolar moderna. Pero ésta requiere, para ser efectiva, de una serie de condiciones que permitan la verdadera normalización, la educación cabal de los educandos. Necesita de superficies de expresión controlada. Ian Hunter ha propuesto que en la historia educativa británica, esta función la cumplen las estrictas regulaciones concernientes a la luz, dimensiones, mobiliario de la sala de clases y, sobre todo, del espacio del patio escolar.<sup>71</sup> En el caso chileno, ya hemos visto el énfasis, al menos teórico, de Domingo Amunátegui Solar en algunos de estos elementos. En el de Lenz, y a pesar de que por su formación corresponde más bien a un momento todavía transicional, puede apreciarse una cierta insistencia, lógica por cierto, en los libros o textos escolares y en los cuadernos de composición.

En su *Proyecto de programa de Castellano* de 1919, que es uno de sus esfuerzos más sistemáticos para la planeación de la ya entonces no tan nueva asignatura, Lenz dedica una sección completa de

---

<sup>71</sup> Véase Ian Hunter, *Culture and Government: the Emergence of Literary Education*, London, Macmillan, 1988.

su informe al “Material de enseñanza”. En ella se preocupa de enfatizar no sólo la importancia de que todos los alumnos tengan el mismo tipo de cuadernos y los mismos libros de texto, sino que también propone los medios burocráticos y administrativos para asegurar su distribución y compra a un precio uniforme.<sup>72</sup>

“Los trabajos por escrito tienen una importancia mui grande en el ramo de idiomas, patrio tanto como extranjeros, importancia que desconocen todavía muchos profesores, creyendo que los dictados i las composiciones en limpio se pueden sustituir por ejercicios en la pizarra”<sup>73</sup>

¿En qué radica esa importancia? Lenz dice que el ejercicio en la pizarra tiene el inconveniente de que es lento, pero sobre todo, agregaría yo, corresponde a una forma de disciplina y control ya superada. La verdadera importancia del cuaderno de composición uniforme y obligatorio es que:

“...el cuaderno en limpio tiene un propósito pedagógico general, a saber, de acostumbrar a los educandos a manejar papeles con limpieza i orden, i de conservarles hasta el sexto año la escritura caligráfica. Este último propósito se malogra por completo si se les permite usar como cuadernos unos papeluchos desaseados, apenas cosidos, sin tapa resistente”<sup>74</sup>

El cuaderno funciona aquí como una superficie externa en donde la subjetividad personal puede “manifestarse” de maneras diversas. Es, por un lado, el espacio en que el yo del alumno se escribe a sí mismo. Por otro, deviene una suerte de re-presentación material de esa interioridad. En tanto tal, el cuaderno de composición tiene la

---

<sup>72</sup> “Sólo con tales medidas será posible exigir que en todas partes los alumnos usen los mismos cuadernos i tengan los libros necesarios. Se podrá castigar entonces al alumno que no se procure los útiles...” Rudolf Lenz, *Proyecto de programa de Castellano*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1899, p. 21-22.

<sup>73</sup> *Proyecto de programa de Castellano*, p. 19.

<sup>74</sup> *Proyecto de programa de Castellano*, p. 20.

inapreciable ventaja de ser al mismo tiempo el lugar de la expresión libre de aquella subjetividad y el espacio en que ésta se hace controlable, estudiable y disciplinable.<sup>75</sup> Lo mismo ocurriría luego, al menos en parte, con la nacionalización parcial del currículum literario. El texto literario “chileno” funcionaría allí, del mismo modo que el cuaderno escolar en Lenz.

Como un beneficio añadido, aquellos “cuadernos en limpio” garantizaban que el profesor cumpliera con su función en el mecanismo disciplinario:

“Manejar cuadernos limpios i bien ordenados no sólo exige trabajo al alumno, sino en mayor grado al profesor que tiene que corregirlos. (...) La lei pareja no es dura.”<sup>76</sup>

Al hacerlo, es decir, al corregir los cuadernos, el profesor se expone a su vez a la mirada disciplinante superior. Es por ello que Lenz termina la introducción de su programa con estas palabras:

“La vijilancia superior de los trabajos escritos corresponde a los rectores según el proyecto de reglamento para los liceos que se presentará junto con el presente.”<sup>77</sup>

El cuaderno, entonces, liga al alumno con su subjetividad, le permite materializarla para su perfeccionamiento y control. Lo “amarrá” no sólo a un tema, sino más bien a un sistema. La letra ya no necesita entrar con sangre, pues ha devenido interioridad, *es* sangre. A la misma letra, queda “amarrado” el profesor. Sobre él, la ley se

---

<sup>75</sup> En 1859 Rosario Orrego, interviniendo en la disputa entre educación laica y educación religiosa, había ya señalado: “El corazón de un niño es como un libro en blanco, la mano que en él escriba no sólo debe ser diestra para que grave en él bellos caracteres, es preciso más, se necesita que esa mano a su vez sea dirigida por el corazón y que este sea bueno y elevado para que imprima indeleblemente en esas preciosas páginas elevados instintos, nobles sentimientos, y forme así para la patria grandes caracteres. “, en “Instituto para Valparaiso”, en *El Comercio* (Valparaiso), 1 de junio de 1859, p. 2.

<sup>76</sup> *Proyecto de programa de Castellano*, p. 22.

<sup>77</sup> *Proyecto de programa de Castellano*, p. 22.

encarna en el rector, a quien nombra el Ministerio....

Hunter ha propuesto que en Gran Bretaña el control científico y disciplinario de la configuración del “playground” se extendió luego al espacio del texto literario en donde el alumno podía expresar libremente su subjetividad reaccionando al texto, para así quedar y por el mismo movimiento, expuesto a la mirada disciplinante del profesor. Yo he querido sugerir que en el caso chileno de 1893-1925, indudablemente por razones de presupuesto, pero también debido a la preponderancia efectiva de un modelo tradicional de escritura escolar; aquella función, aquel espacio para la expresión y control de la subjetividad libre del estudiante, lo constituyó el cuaderno de composición.

Bastaría citar al propio Lenz. En el mismo *Proyecto* decía que aunque se permitirían en los años avanzados algunas composiciones de tema libre (previa autorización del profesor): “De todos modos quedan prohibidos los trabajos de pura imaginación, especialmente los novelescos, meditaciones sentimentales, misantrópicas i, por supuesto, las amorosas; temas todos estos a que muestran a veces inclinación los jóvenes de este curso”<sup>78</sup>

Es decir, que la libertad tiene sus límites, o más bien que es un espacio construido y reglado como cualquier otro. En definitiva Lenz nos demuestra que para superar el antiguo estado de la tradición y el orden, se requería de un nuevo espacio ordenado:

“reprímase sobre todo en las composiciones escritas de los alumnos con toda energía el menor indicio de afectación e hinchazón; el lenguaje de los jóvenes educandos debe ser natural i sencillo”<sup>79</sup>

Es evidente que Lenz está tratando de confrontar los restos visibles del antiguo régimen gramatical y literario, pero no es menos evidente que en el nuevo, la expresión de la libre subjetividad y la libertad misma se habían vuelto normativos. La naturalidad espon-

<sup>78</sup> Se refiere al penúltimo o quinto año de las Humanidades. *Proyecto de programa de Castellano*, p. 51-52.

<sup>79</sup> Proyecto de programa de Castellano, p. 36.

tánea era, paradójicamente, *el deber ser* de la subjetividad moderna. No es pues casualidad que en su trabajo “La Enseñanza del Castellano i la Reforma de la Gramática”, Lenz formulara su pensamiento con una frase como ésta: “el niño (...) aprende el verdadero uso libre de la lengua literaria por el ejercicio práctico”<sup>80</sup> Aludía así, algo oximorómicamente a la naturaleza doble de la literatura en el sistema escolar chileno moderno, que ha seguido siendo, en muchos aspectos, el resultado históricamente constituido del antiguo paradigma de los modelos literarios y del nuevo que vino a reemplazarlo en ese largo comienzo del siglo XX al que nos hemos referido.

## Conclusión

Rudolf Lenz había empezado su conferencia, distinguiendo entre el nuevo espíritu que tanto él como Federico Hanssen representaban, por una parte, y aquel espíritu de continuidad con la tradición antigua que, por otra, alguien como Nercasseau i Moran encarnaba:

“En realidad este segundo programa [el de Nercasseau presentado junto al de Hanssen en 1893] correspondía siempre en lo esencial al ideal antiguo, a aquella enseñanza de la gramática castellana que había venido desarrollándose en Chile desde los tiempos de don Andrés Bello, (...) Se ocultaba a muchas personas que los dos programas eran absolutamente incompatibles”<sup>81</sup>

Puede comprenderse mejor lo que dice Lenz respecto al lugar de Nercasseau a comienzos del Instituto Pedagógico, si se lee lo que Nercasseau señaló en 1877 en un artículo titulado “Sobre el estudio de nuestro idioma”:

“Derívase la importancia de los estudios gramaticales de la necesidad que tenemos de saber hablar con corrección, ya para ser

---

<sup>80</sup> Rudolf Lenz, *La Enseñanza del Castellano i la Reforma de la Gramática*, Santiago:1925.

<sup>81</sup> Lenz, “Para qué estudiamos gramática”, p. 243.

entendidos rectamente por nuestros semejantes, ya para establecer alguna separación entre nuestro lenguaje y el que usa la gente zafia e ignorante<sup>82</sup>

Vale la pena recalcar, si falta hubiere, la no muy sutil diferencia que Nercasseau establece entre una élite que reconoce como sus semejantes a los que hablan con corrección y la gente zafia e ignorante que, entre cosas, *por hablar de forma incorrecta y diferente*, no puede ser considerada como un igual. La diferencia con Lenz y lo que liga a Nercasseau con Amunátegui i Reyes, no es simplemente el resultado de un extremado purismo lingüístico, sino el efecto de una moralización reaccionaria de las propiedades humanísticas atribuidas a la enseñanza y a la práctica del idioma. Es decir, que la lengua había funcionado en el espacio de lo social, explícitamente en dos niveles: como una forma de comunicación entre pares ciudadanos y como un instrumento de diferenciación social y moral. Se derivan de aquí y de la propuesta de Lenz, como puede ahora verse con claridad, dos políticas de la lengua y dos lenguas de la política. Lo que es distintivo de la coyuntura histórica chilena de fines del siglo XIX es que esta transición hacia una concepción moderna del Castellano y de la enseñanza de la lengua y la literatura, se haya realizado en una combinación sui generis de tradicionalismo hispanista, pensamiento filológico moderno y nacionalismo populista. Es decir que, finalmente, Lenz se equivocaba al juzgar la capacidad de eclecticismo que la historia era capaz de generar en un país postcolonial. Los dos programas, las dos apuestas ideológicas, no sólo no eran “absolutamente incompatibles” como Lenz había afirmado, sino que se las arreglaron para sobrevivir en una convivencia obligada y sui generis por varias décadas de la historia chilena. A la doble orientación de la formación filológica de Lenz se unieron en este proceso tanto los nacionalistas de nuevo cuño como los tradicionalistas a la antigua. Por otro lado, entonces, estas diferentes posiciones ideológicas no

---

<sup>82</sup> Enrique Nercasseau y Moran, “Sobre el estudio de nuestro idioma”, La Estrella de Chile 23 de marzo de 1877, tomo XII. Reproducido en AUCH, año CIX, 1950, números 77 y 78, p. 141.



deben pensarse como discursos estáticos intrínsecamente progresistas o reaccionarios, pues su valencia política dependería, muchas veces, del contexto de su articulación histórica. Además hubo divisiones e interpretaciones diferentes de una misma raíz ideológica. Del nacionalismo resultó después muy fácil pasar al populismo político y de éste tanto al comunismo como al profascismo.<sup>83</sup> Ello era factible según se interpretare, de maneras diversas, la composición efectiva del *volk*, de la nación y de lo popular chilenos.

Habría pues que entender que en los casos vistos, es decir, tanto en el estudio de la composición en lengua patria como en el de las razones para el estudio de la gramática y en la supervigilancia disciplinaria, estaban en juego dos dimensiones diferentes de estas propuestas científicas y metodológicas. Por una parte, el fundamento en la vida cotidiana de los estudiantes, permitía (al menos potencialmente) derivar una lección políticamente progresista sobre la importancia y participación del pueblo chileno en la política nacional. Ello en la medida en que los objetivos escolares y disciplinarios coincidían con los de la racionalidad estatal que buscaba el anclaje de una experiencia profunda de lo nacional en cada uno de sus ciudadanos, y especialmente en los que, dado el caso, deberían participar en una guerra por la defensa de la patria y de su territorio: es decir, los sectores populares.<sup>84</sup> Por otro lado, el fundamentar la gramática en el habla de todos los días y no en las reglas del buen decir, permitía una conexión directa entre la lengua y la nacionalidad. Esto, a su vez, abría la puerta a dos articulaciones diferentes de estos elementos. Como en pocos años haría José Enrique Rodó en su *Ariel* (1900), parecía posible pensar las relaciones entre lengua y nacionalidad en una identificación de nivel más amplio fundada en la latinidad, a su vez basada en la lengua castellana (una lengua romance)

---

<sup>83</sup> Para una visión general de este proceso en Chile, véase Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, Editorial Universitaria, 1992.

<sup>84</sup> En 1889 se produjo la incorporación de los ejercicios militares en la rutina escolar. Véase, Sywak, *Values in Nineteenth-Century Chilean Education*, p. 169-170.

y en la religión católica.<sup>85</sup> Pero de esta tradición se podían hacer por lo menos dos lecturas.<sup>86</sup> Lenz privilegia la lectura para la cual la tradición nacional se define, especialmente, al nivel del folklore popular. En el caso estudiado, esto suponía la recuperación de la capacidad de producción de su historia por parte de todo el pueblo chileno. En esta producción –en donde se imbrican las culturas indígenas y criollas, las populares y las elitarias, las del campo y las urbanas– radica según Lenz, el alma nacional que le da su originalidad al pueblo chileno. Es de este modo, y no simplemente por la herencia hispánica conservada, que la cultura nacional podía participar de una nacionalidad de alcance mayor: la latinidad. Señala Lenz:

“Esperemos que las naciones latino americanas no olviden su común descendencia i, si ya no por el estudio del latín [cuya eliminación Lenz deplora<sup>87</sup>], se acuerden por el estudio del fo-

---

<sup>85</sup> Ilustrativas son las “Palabras de Agradecimiento” de Enrique Nercasseau en el acto en que la comunidad española residente en Chile le rendía homenaje el 7 de marzo de 1920: “Atacada un día la honra y la dignidad de España, no vacilé (...) en salir a defenderla... Fuera menester ser un hijo descastado para no velar por el nombre de la madre; y ¡qué madre, señores! Nosotros los americanos, como vosotros (...) nos gloriamos con ser hijos de esa España que trajo a estos países, por su esfuerzo descubiertos, la luz de la cristiana civilización y el tesoro inestimable de su lengua. (...) Y hoy que la Madre Patria revive (...) hoy que rige sus destinos un valeroso monarca que puede lograr que otra vez la bandera de la vieja Iberia, como en los pasados tiempos de sombra al sol; hoy, más que nunca, las jóvenes naciones de la América Latina pueden volver a ella sus ojos, como los hijos a los de su madre” Por si quedaren dudas respecto al contexto macroideológico en que esta cita se inscribe, debe recordarse que el “ignaro” crítico de España contra el cual reacciona Nercasseau, era el francés avecindado en Chile, Emilio Vaisse. Enrique Nercasseau i Moran, “Palabras de Agradecimiento” AUCH, año CIX, 1950, números 77 y 78, p. 115.

<sup>86</sup> Este es un fenómeno de mayor alcance en donde el hispanismo militante entraría en todo tipo de articulaciones históricas. Estas habían de permitir muchas conexiones diferentes, como además de Rodó lo demuestra, por ejemplo, el caso de José Vasconcelos en el contexto hispanoamericano.

<sup>87</sup> No es pequeña paradoja de la historia chilena, el que el profesor encargado de teorizar la secularización de la enseñanza de la lengua en el sistema educativo nacional con los efectos políticos y pedagógicos ya anotados, haya sido un fervoroso partidario del estudio científico del latín.

kllore de que el alma popular, manifestada en los cuentos, las leyendas, las danzas i sus cantos es una misma desde Nuevo Méjico, el actual estado de la gran República del Norte, hasta la tierra de la Nueva Estremadura.”<sup>88</sup>

Postulaba así, aunque de manera diferente a la de algunos de sus contemporáneos conservadores, la existencia de una raza latina o de un espíritu hispano de alcance continental:

“Fomentar el cultivo de la verdadera literatura popular hispano-americana al lado de la literatura artística de la lengua de Cervantes me parece tarea recomendable a la enseñanza pública de las Repúblicas latinas de América”<sup>89</sup>

Desde otro punto de vista, se aprecia, asimismo, cómo Lenz ha realizado dos operaciones claves en el panorama nacional chileno. Por un lado, ha abierto la puerta de la escuela a la realidad y la experiencia nacionales en su nivel de mayor cotidianidad. Ha desplazado así el dominio que sobre los temas dignos de consideración escolar tenían los clásicos y los libros religiosos, al agregar un suplemento que requiere por lo menos una consideración similar sino superior. Por otro lado, Lenz ha ampliado el alcance de la expresión literaria en el contexto chileno, para incluir expresiones más populares, antes casi totalmente excluidas del canon escolar y de la auto-comprensión de la tradición literaria chilena. En términos contemporáneos podríamos decir que ha ampliado el canon y ha abierto el corpus.<sup>90</sup>

En Alemania, dice Peter Uwe Hohendahl, el positivismo filológico fundado en un método científico tuvo un impacto distanciador de la actividad del profesor de crítica literaria con respecto a la

<sup>88</sup> Rudolf Lenz, “¿Para qué estudiamos gramática?, p. 473.

<sup>89</sup> “¿Para qué estudiamos gramática?, p. 473.

<sup>90</sup> Para una comprensión de estos términos en el ámbito de los estudios culturales latinoamericanos contemporáneos, véase Walter Mignolo, “Entre el canon y el corpus: alternativas para los estudios literarios y culturales en y sobre América Latina”, *Nuevo Texto Crítico*, volumen 7, números 14-15, julio 1994-junio 1995.

del público y al presente histórico. Arguyendo que el presente no permitía la distancia científica necesaria para alcanzar la objetividad, los nuevos filólogos universitarios alemanes se concentraron en el estudio del pasado nacional. En Alemania hasta 1850, en efecto, el crítico literario y el publicista (es decir, el que participaba en la discusión en la esfera pública de los periódicos y diarios) eran una sola persona. Esto habría permitido hasta ese momento, según Hohendahl, un grado mayor de cercanía entre la vida académica y la pública o política, que la profesionalización vino a separar.<sup>91</sup> De modo análogo pero invertido, el positivismo filológico de Rudolf Lenz adquirió precisamente el signo opuesto al alemán en términos de efecto político, con su rescate por muy asépticamente científico que éste fuera, de las tradiciones orales del bajo pueblo chileno y de los mapuches.<sup>92</sup> El efecto sobre el imaginario nacional, tuvo que ser distinto al alemán, pues las tradiciones que se rescataban, no eran las del *volk* reconocido en su continuidad de raza y de historia como era el caso alemán, sino el de un *volk* diferente, carente de reconocimiento como tal y sin embargo, todavía vivo como grupo productor de prácticas culturales.<sup>93</sup> Si bien es cierto que esta inclusión de la supuesta heterogeneidad racial mapuche (y de la efectiva heterogeneidad cultural del bajo pueblo) respecto a la autodefinición hasta ese entonces predominante del pueblo chileno, puede ser leída, en un nivel, como una apropiación nacionalista y homogeneizante; no es menos cierto, que en otro, abría la puerta hacia una posible comprensión multicultural de efectos potencialmente incalculables.<sup>94</sup>

---

<sup>91</sup> Peter Uwe Hohendahl, *The Institution of Criticism*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1982, p. 15-17.

<sup>92</sup> Para el caso de Lenz en Chile, podría incluso decirse que fue el carácter científico y profesional de su intervención lo que hizo posible sus efectos más amplios, al protegerla con el aura de la ciencia, al menos parcialmente, de las reacciones adversas.

<sup>93</sup> Es lo que podríamos llamar con Roberto Schwarz, una suerte de *ideas fora do lugar* con efectos democratizadores. Véase, Roberto Schwarz, *Misplaced Ideas. Essays on Brazilian Culture*, London, Verso, 1992.

<sup>94</sup> De este modo, la misma práctica disciplinaria, la filología, podía tener, según el marco de sus articulaciones históricas concretas metropolitanas o poscoloniales (Alemania o Chile), efectos al menos diversos sino opuestos.

## CONCLUSIÓN

Durante buena parte del siglo XIX, la Iglesia católica cifró, como hemos señalado, sus posibilidades de permamencia y justificación socio-política en el seno de los estados postcoloniales, en el control y adoctrinamiento tanto de la virtud de las mujeres como en la sumisión y acatamiento de los sectores populares. El Estado, como vimos también, desarrolló su propia agenda para capturar las voluntades y los cuerpos de esas crecientes masas de connacionales. Tanto si los concebían como fieles o si los consideraban (al menos potencialmente) ciudadanos, ambos macro-actores vieron en la (proto)masificación de los impresos y de la lectura, y en particular de la lectura de ficción, una suerte de desafío implícito o explícito a sus formas de gubernamentalidad.

Esos discursos y objetos de la ficción popular y femenina eran los mismos que, un siglo antes, habían ocupado también el fanatismo censorador y paradójico de Jean Jacques Rousseau. Estudiando el caso extraordinario del francés Jean Ranson, lector asiduo y fervoroso de la obra literaria de Rousseau, Robert Darnton ha enfrentado la tarea de analizar su lectura como práctica histórica. Darnton combina la discusión de las 47 cartas conservadas de las lecturas de este buen burgués provinciano –en muchos aspectos similar al nuevo público de lo que aquí hemos llamado la ficción nacional en América Latina– con los escritos de Rousseau, para llegar a conclusiones muy útiles en nuestro contexto.

La paradoja en el caso del autor de *Julie, o la Nouvelle Heloïse* era que él mismo había predicado ampliamente en contra de las novelas. ¿Cómo era posible que ahora escribiese una? “Rousseau’s reply in the preface is deceptively simple: ‘This novel is not a novel’”.<sup>1</sup> En efecto, Rousseau se proponía con *La Nouvelle Heloise* la

<sup>1</sup> Darnton, Robert. “Readers respond to Rousseau: the fabrication of romantic sensitivity” en *The Great Cat Massacre and other episodes in French cultural history*, New York: Vintage Books, 1985, p. 229.

creación de “another cultural form, an anti-literature literature, in which he could defend the cause of virtue by appealing directly to the unsophisticated”<sup>2</sup>

Mientras que en Rousseau esta era una reacción a lo que él consideraba la corrupción imperante en los salones literarios franceses que –aun en el caso de los filósofos enciclopedistas– no hacían, en su opinión, más que reproducir el elitismo y la decadencia moral propias del *Ancien Regime*; en América Latina surgirían proyectos liberales de una novela nacional que, en lo fundamental, intentarían responder al mismo problema. Cómo hacer una literatura que además de entretener a los lectores los educara con el tipo de conocimientos y disciplinas morales que las nuevas repúblicas requieran en la visión de sus adalides liberales.<sup>3</sup> Estos lectores, por supuesto, desarrollarían sus propias formas e intereses en el consumo de todo tipo de materiales impresos que constituirían una heterogénea práctica de lecturas intensivas y extensivas.

En la primera escena de su primera novela (llamada para mayor redundancia *Una Escena social* y publicada como folletín en 1853), Alberto Blest Gana había escrito:

Todo eso es falso, dije un día, cerrando indignado un tomo de ‘La Nueva Heloísa’. Detesto esas virtudes lacrimosas, tan recatadas en el sensualismo que lloran sobre una falta cometida hasta encontrar de nuevo la ocasión de cometerla. Y lleno de despecho contra el pacífico ciudadano de Ginebra [Rousseau], arrojé el libro hacia la extremidad opuesta de la mesa y apoyé mi frente sobre la mano izquierda, actitud en la cual suelo quedarme largos instantes en meditación. (Blest Gana, *La Fascinación*, 51)

Notable en esta cita es la dramatización de lo que yo llamaría

<sup>2</sup> Darnton, “Readers respond to Rousseau”, 231.

<sup>3</sup> Véase Poblete, Juan. “De la lectura como práctica histórica en América Latina: de la época colonial al siglo XIX” in Mario J. Valdés and Djelal Kadir (editores), *Latin American Literary Cultures: A Comparative History of Cultural Formations*, Oxford University Press, vol. I (por aparecer)

las condiciones históricas de la situación de lectura en el Chile de la segunda mitad del siglo XIX.

La cita comienza en un nivel claramente metarreflexivo. Esta es una novela que se *abre* con un lector que *cierra* indignado otra novela. La primera es una novela nacional chilena, la segunda una obra famosa de un autor francés. De este modo, por un lado, Blest Gana empieza su carrera literaria y su primera novela procediendo a cerrar una novela extranjera, mientras que por otro, la lectura de la obra nacional empieza cuando la lectura de la europea llega a su término. En esta ecuación, una cosa hace posible la otra. La apertura requiere un cierre, el comienzo un final. La pregunta, entonces, se nos impone: ¿dónde comienza la una y acaba la otra? Como ocurre con frecuencia, el límite pareciera unir las precisamente en el momento en que las separa. Porque inmediatamente después, el lector-personaje nacional se queda pensativo en un gesto perfectamente estereotipado de la literatura sentimental europea que el mismo Rousseau había impulsado y que el lector chileno que empezaba la obra de Blest Gana reconocería de inmediato en su filiación romántica.

En esta dramatización, entonces, el lector de *Una Escena Social* reproduce, en otro nivel, la paradoja del lector-personaje que se indigna ante “esas virtudes lacrimosas, tan recatadas en el sensualismo que lloran sobre una falta cometida hasta encontrar de nuevo la ocasión de cometerla.” El lector decimonónico de la obra del chileno se enfrenta de inmediato con su propia ambigüedad moral como lector de una novela. De hecho, se podría decir que la frase describe perfectamente el mecanismo seductor e irrepresible que los contemporáneos de Blest Gana, Orrego y Lathrop, desde diversas trincheras ideológicas, identificaron como característico de la explosión de narrativas impresas y, en particular, de la ficción novelesca. Empezar a leer es aquí, de manera paradójica, ingresar simultáneamente al espacio de la liberación de pulsiones libidinales y al de su censura y control. Apertura y cierre se dan allí la mano.

En el gesto hierático y altamente estilizado de este primer lector nacional se encerraba, además, el dilema al que la novela nacional chilena, al menos en la propuesta de Blest Gana, intentaría responder. En este momento congelado —en donde el modelo romántico

europeo era usado para, en el mismo gesto, ser descartado como impertinente— asistimos pues al nacimiento oficial de una literatura cuya originalidad y autonomía se fundan precisamente en la creativa dependencia y en la dependencia creativa respecto a modelos foráneos. Mas que una relación parasitaria, la escena reproduce a la perfección sus condiciones históricas de emergencia, en las cuales una masa creciente de lectores y lectoras accedía en el espacio del periódico y la revista, simultánea y frecuentemente, tanto a los esfuerzos primerizos de los autores nacionales como a los discursos más desarrollados de los autores extranjeros.

Blest Gana, como Rousseau antes que él, se propuso, entonces, desarrollar una novela que llamó “de costumbres nacionales” en la cual el lector nacional pudiese relacionar su propia vida como ciudadano chileno con el texto que leía, de una manera que resultara socialmente productiva y personalmente entretenida y transformadora. Es decir, hacer de la experiencia subjetiva de la lectura de ficción un acto de construcción de la nación. Esta transformación en la práctica de lectura, que intentaba combinar los antiguos ideales de edificación moral a través de la palabra escrita con las nuevas y modernas demandas del mundo editorial guiado fundamentalmente por la estimulación del consumo, nos ayuda también a comprender los otros dos casos explorados en este libro. Rosario Orrego de Uribe desarrolló, como vimos, su propia forma de autoría como una forma de enfrentar el mismo problema en la relación escritura-lectura. Para ella, sin embargo, el espacio de lo nacional en construcción era, preferentemente, el del hogar y el de las mujeres. Desde formatos y vehículos textuales que incluyeron el folletín, los poemas, el album y una vasta labor editorial en la producción de revistas, Orrego expandió los límites de la ‘realidad’ nacional y de aquello que resultaba susceptible y merecedor de una ficcionalización. Para hacerlo, Orrego trabajó incansablemente por ampliar los horizontes culturales de su público femenino, siempre conciente de la distancia entre formas literarias y discursivas y los niveles de literacy en el país.

Carlos Segundo Lathrop, por su parte, se propuso también, a su manera y, tal vez, con diferente éxito, salvar esa distancia entre



cultura nacional y mercado en la búsqueda, esta vez, de lectores y lectoras mesocráticos y populares. Su esfuerzo representa una tercera vía en el proceso de constitución de la autoría literaria nacional. Con él se valida una sensibilidad intermedia, basada en una sociabilidad también fronteriza, situada social y culturalmente entre las capas más altas y más bajas de la sociedad chilena.

Para enmarcar estos estudios propusimos usar, en primer lugar, la macrohipótesis de periodización que distingue entre lectura intensiva y extensiva en los estudios históricos de la lectura. En segundo lugar, aludimos a las transformaciones sociales y culturales propias de la segunda mitad del siglo XIX chileno, en que, como vimos, la urbanización y protomasificación de la vida social fue acompañada de un aumento significativo y crucial tanto en el número como en el tipo de publicaciones circulantes, y, por ende, tanto en el número como en el género de lectores y lectoras. Estos dos desarrollos –cambios en el número y calidad de las lecturas y lectores, por un lado, y transformaciones sociales en el proceso de urbanización, por el otro– se retroalimentan en una trayectoria compleja que ha caracterizado las revoluciones lectoras a lo largo de la historia.<sup>4</sup> Clave en esta moderada revolución lectora chilena, fue la explosión relativa de la producción novelística.

Benjamín Vicuña Mackenna –en un artículo crítico aparecido en 1864 para comentar la publicación de otra novela de Blest Gana, *El Ideal de un calavera*– decía, resumiendo la percepción letrada tradicional a la sazón todavía influyente:

“La novela se considera, pues, entre nosotros como una imperinencia, como un peligro, casi como un acto de mala educación, y en consecuencia los novelistas pasan por seres raros, mitad pecadores y mitad calaveras, que es preciso mirar con desconfianza, y cuyos libros no pueden leerse sino a hurtadillas, metiéndolos con astuto cuidado dentro de los sendos volúme-

---

<sup>4</sup> Véase la Introducción de Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier (editores), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus, 1998.

nes del Año cristiano para que no se enfade la mamá, ni murmure el capellán o la llavera.”<sup>5</sup>

La cita aclara varios puntos en nuestra discusión. Para empezar se comprende mejor que Blest Gana hubiese comenzado su primera novela con esa escena en que censura, placer y lectura se imbricaban aludiendo simultáneamente a los peligros y posibilidades que la cultura de la época asignaba al género novelesco. Luego, se percibe hasta qué punto las novelas de costumbres nacionales en Blest Gana o Rosario Orrego respondían y representaban directamente una de las costumbres chilenas que más preocupaban a la Iglesia de la época: la intromisión de la lectura individual y privada de ficciones en el espacio antes cuasi exclusivo de las lecturas piadosas. Los híbridos de Blest Gana y Orrego, mezclas de novela y de edificación, procedían entonces ‘con astuto cuidado’ a hacer posible la legitimación de un tipo de lectura que antes sólo se hacía “a hurtadillas”. Ponían pues en contacto, las funciones que la Iglesia y el Estado le habían asignado históricamente a los discursos escritos y a sus lecturas con un nuevo género literario y de lectores. En la propuesta mesocrática y popular de Lathrop, por otro lado, ese esfuerzo intentaba alcanzar, con un texto que mezclaba la apelación política y el gusto popular, a un sector nuevo de lectores y lectoras protomasivos de extracción más humilde.

Ya en 1856, como señalamos, Sarmiento había aludido a la función educacional y de progreso que cumplían o podían cumplir igualmente tanto la lectura intensiva de la Biblia como la lectura extensiva de novelas y folletines. Se refería así a sus planes por capitalizar el interés potencial de los lectores populares en la literatura de ficción en beneficio de la expansión masiva de la alfabetización. Como se sabe, esta expansión elemental de la cultura era para el argentino una de las precondiciones que habían hecho posible el extraordina-

---

<sup>5</sup> Vicuña Mackenna, Benjamín. “La Novela en Chile. El Ideal de un calavera”, aparecido el 4 de enero de 1864 en *El Mercurio*, reproducido en Raúl Silva Castro Silva Castro, *Alberto Blest Gana*, Santiago: Imprenta Universitaria, 1941, p. 239.

rio desarrollo de la industria y el comercio en la república modélica de los Estados Unidos:

“...el medio más poderoso para levantar el nivel intelectual de una nación, diseminando la educación en todas las clases sociales, es fomentar el hábito de la lectura hasta convertirlo en un rasgo distintivo del carácter o de las costumbres, como sucede en la Alemania y en los Estados Unidos.”<sup>6</sup>

Lo que Sarmiento tenía en mente cuando aspiraba a fomentar este hábito es lo que aquí hemos llamado la moralización de la sociabilidad. La adquisición y el triunfo ya fuera por la lectura de libros educativos o simplemente por la vía de la ficción recreacional de un disciplinamiento del cuerpo popular. Para la inculcación de una serie de hábitos de ahorro de tiempo, energías y dinero importaba menos qué se leía y mucho más el que se leyera. Esto nos conduce a reafirmar otra de nuestras orientaciones principales: los lectores fueron simultáneamente productores y productos de lo que hemos denominado la moderada revolución lectora que la segunda mitad del siglo XIX trajo a Chile. Esos lectores, ya fueran hombres o mujeres, de elite o artesanos, amplia o limitadamente cultivados, funcionaron como fuerzas y agentes para el desarrollo de un mercado editorial que comenzó desde temprano a desarrollar estrategias de comercialización para satisfacer una demanda preexistente. Al mismo tiempo, fueron, como lectores, el resultado de dichas estrategias comerciales y de aquellas que la Iglesia y el Estado, los políticos liberales y los conservadores, elaboraron para producir subjetividades adecuadas a sus programas de desarrollo nacional. Como resultado de este proceso doble —en que diversas formas de gubernamentalidad se encuentran con la gestión cultural de múltiples públicos consumidores— hacia el final del siglo, se crearon y consolidaron categorías como las del niño escolar, la dueña de casa y el sujeto popular que gradualmente se extendieron a toda la población. Ellas

---

<sup>6</sup> Sarmiento, Domingo Faustino. “Bibliotecas populares” en *Obras Completas*, tomo 30, Buenos Aires: Moreno, 1887-1900, p. 396.

habrían de reflejar tanto la emergencia de nuevos actores sociales como su inmediata macro-administración.

### La formación lectora contemporánea

A comienzos del siglo XXI, es muy fácil percibir en la discusión actual sobre el futuro de la literatura y los estudios literarios por lo menos dos problemas comunes que tienen, en mi opinión, directa relación con la herencia decimonónica que hemos aquí explorado. Por un lado, se tiende a *sobrevalorar* su importancia como lo único que nos queda de un Humanismo en cuyo código podría escribirse la respuesta a algunas de las encrucijadas más importantes del nuevo siglo. Se repiten así, en el lamento por la supuesta muerte de la lectura literaria, las quejas que los defensores del Latín entonaron hacia fines del siglo XIX. Por otro, se suele *subestimar* el alcance real de la literatura y su estudio y goce en el medio de una cultura cuyas formas de *literacy* y de reproducción social parecerían estar pasando por otros conductos. Es decir, o se cree que para salvar a la patria hay que educar al pueblo en la lectura de los clásicos nacionales y universales que garantizarían la reproducción de un cierto capital cultural burgués chileno, o bien se estima que ocuparse de la lectura y la literatura es inútil cuando la mayoría de los chilenos disfruta su ocio viendo sólo televisión o videos. En ambos casos, se olvida tanto la cantidad como la calidad de la lectura 'femenina', popular y mesocrática. Se olvidan los diarios, las revistas, los best-sellers, los libros de autoayuda, la psicología popular, los manuales, las revistas de comics. Este trabajo, investigando la literatura como el resultado de una serie de prácticas realizadas en espacios socio-históricos concretos, ha buscado insistir y destacar cómo las consecuencias de la discusión cultural sobre la literatura y las lecturas no afectan solamente, como solemos presuponer quienes estamos en el ámbito de los estudios literarios, el destino y los temas de nuestra actividad, sino que se conectan con procesos más vastos en la formación de sujetos en una época de culturas (proto)massmediatizadas. Además, influyen o podrían influir fuertemente en otras áreas y prácticas socio-institucionales cruciales para la reproducción y transformación so-

cial. Me refiero, por ejemplo, al establecimiento de los criterios de conservación cultural operantes en museos, bibliotecas, galerías, escuelas; al uso y abuso de dicho patrimonio, y de los valores así consagrados y (re)producidos, en el sistema educacional, etc.

Desde el punto de vista del análisis meta-institucional, por otro lado, uno de los pocos caminos viables hoy parecería ser el de abrirse metodológicamente a la posibilidad de que las funciones y calidades que uno le atribuye a la literatura y a la lectura formalizadas en instituciones sociales, no sean operativas, viables ni deseables hoy. Es decir, admitir que sólo a partir de una voluntad de cuestionamiento de las prerrogativas que históricamente han definido nuestra propia labor como estudiosos y profesores de la literatura, podemos intentar pensarla hoy. Esto no debería afectar, incluso si se demostrara la total irrelevancia actual de lo que tradicionalmente hemos concebido como literatura, la posibilidad y aun la necesidad de analizar la institución literaria tal cual existió en el pasado. Lo que sí debería resultar afectado son los criterios con los cuales nos acercamos a la realización de tal empresa.

A fines del siglo veinte, cuando el Estado en Chile y en Latinoamérica está siendo, si no desmantelado, al menos reestructurado; cuando los credos tradicionales, ya sean religiosos o nacionalistas, enfrentan el desafío y el embate que la globalización de las economías y culturas supone, parece imperativo preguntarse, desde una perspectiva cultural democratizada, por las relaciones entre Estado, Literatura y públicos, y entre ciudadanía y prácticas de consumo cultural.

El Estado y la praxis de los numerosos públicos nacionales surgen hoy, nuevamente, como lugares importantes para la constitución (posible) de formas de subjetivación realmente democráticas que, resistiendo a la vez las tentaciones gemelas de rendirse a las supuestas leyes del mercado o a las del totalitarismo nacionalista o internacionalista, se propongan intervenir activamente para crear un espacio social verdaderamente igualitario. En esta tarea, la administración del aparato educacional es tan valiosa como inevitable. No se trata pues de denunciar simplemente el sistema de educación como uno más de los que Althusser llamó aparatos ideológicos del

estado, para dejar que la “iniciativa privada” de quienes tienen el poder de definir lo que es “iniciativa” y lo que es “privado” o “legítimo”, se apodere de ellos para fines igualmente “privados”. Ese mismo sistema educacional es, *también*, uno de los espacios potencialmente más fructíferos para una intervención estatal democratizadora. Ello es particularmente evidente en un período en que ya se ha hecho común el afirmar la importancia del capital cultural educacional para las nuevas formas productivas del siglo XXI. A ese fin general se propone contribuir el presente trabajo.

El continuo enfrentamiento de la todavía vigente tradición conservadora de los estudios literarios con, entre otros, el emergente paradigma de los estudios culturales se inscribe en este contexto de la disolución aparente de la legitimidad de las fronteras entre prácticas culturales elitarias y masivas y en la necesidad de repensar el lugar de la textualidad “literaria” y de la educación que en ella se basa, en el medio de las transformaciones epocales normalmente subsumidas bajo el nombre de posmodernidad globalizada.

Mi inclinación hacia el estudio de las prácticas ha supuesto ir progresivamente percibiendo que si la literatura tiene una existencia social y por lo tanto algún tipo de relación con los contextos históricos específicos en que existe, entonces lo que los lectores realmente hagan y no hagan con los discursos literarios y de otras índoles que leen (o no leen), parecería ser una parte importante en la determinación de dicha existencia social. Ambos factores han implicado un regreso (post-moderno) al lector y a las prácticas de lectura, incluyendo aquí los formatos y objetos materiales que las hacen posibles, como una forma de contrarrestar la orientación casi exclusivamente productivo– autorial (moderna) que ha dominado los estudios literarios hegemónicos. Dicha hegemonía ha hecho, entonces, crisis en los Estudios Culturales que intentan establecer alguna conexión entre lo que la mayoría de la población hace en la práctica en el consumo cultural, en general, y con los libros y con su lectura, en particular<sup>7</sup>; y lo que el profesor, el estado, las iglesias, la familia y en

---

<sup>7</sup> Es decir, “voluntariamente”, fuera de los aparatos más directamente encargados de supervisar dichos usos. Las comillas en voluntariamente aluden a la

general, las diferentes instituciones socio-culturales fomentan, prescriben y prohíben. Mi trabajo pues, se ha autoconcebido como parte de los Estudios Culturales latinoamericanos, en tanto está organizado por la tensión permanente entre, por un lado, lo que los lectores y alumnos en los espacios del mercado y la clase de lengua y literatura, hacen en la práctica; y, por otro, lo que las instituciones sociales, especialmente las estatales, establecen como los bienes y las formas apropiadas para regimenter y dirigir ese consumo. Ambos polos son, en mi opinión, los factores constitutivos de la literatura en su verdadera existencia social. Los macroespacios sociales en que estos dos tipos de actores (sujetos ciudadanos e instituciones) se inscriben, es decir, la sociedad civil y el Estado, no se oponen, sin embargo, como la libertad al control, sino que establecen relaciones mutuamente determinantes y potencialmente provechosas en su constante interacción sobre la subjetividad de los ciudadanos. El valor progresista o reaccionario de cada uno de estos macroespacios y de las intervenciones culturales que permiten y fomentan, varía históricamente en la misma medida en que varía la correlación de fuerzas al interior de las articulaciones plurales entre sociedad civil y estado. Los actores son múltiples, las prácticas variadas. El análisis cultural debe intentar, al menos, alcanzar la adecuada caracterización histórica de cada uno de estos elementos, para comprender así sus relaciones y valencias. La discusión de las figuras autoriales de Alberto Blest Gana, Rosario Orrego y Carlos Lathrop en el contexto específico de los discursos sociales sobre el cambio cultural y social —representado aquí, fundamentalmente, por la heterogenización de los actores, formatos y objetos que activan el proceso de producción cultural en el ámbito de la lectura y escritura— ha querido ser un ejemplo útil para repensar, en su verdadera complejidad y materialidad, el nacionalismo cultural como categoría crítica crucial.

Más allá (o más acá) de sus ambiciones, el presente estudio

---

presencia permanente de otras formas de codificación de la práctica social, más allá o más acá de las que afectan directamente el consumo y producción 'cultural' formalizados.

—que nació hace ya varios años como un esfuerzo por construir para el siglo XIX chileno y latinoamericano una historia literaria diferente— ha debido, por fuerza, renunciar a la mayoría de sus pretensiones totalizantes. Al nivel chileno, el estado actual de las investigaciones y de las ediciones de lo que incluso suele incluirse en los acercamientos canónicos a la literatura del país, es por decir lo menos, insuficiente y precario. Hace falta una acumulación colectiva de esfuerzos que permitan establecer el marco mínimo para que un esfuerzo de reconceptualización teórica rinda sus frutos. Lejos pues de hacer lo que quería, he debido conformarme con hacer lo que podía. Espero que la lectora y el lector hayan visto en mi trabajo, aún en su estado presente, algunos aportes.



## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Agulhon, Maurice et al, *Formas de Sociabilidad en Chile 1840-1940*, Santiago: Editorial Vivaria, 1992.
- Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, en Jorge Mayer ed., *Las Bases de Alberdi. Edición crítica*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1969.
- *Obras Completas*, Buenos Aires: 1886.
- Alegría, Fernando. *La Poesía Chilena. Orígenes y desarrollo del siglo XVI al XIX*, México: Fondo de Cultura Económica, 1954.
- *Almanak chileno útil y curioso. 1843. XXXIV de nuestra libertad*, Santiago, Imprenta Liberal.
- *Almanak crítico y curioso para el año de 1832 XXIII de nuestra libertad*. Santiago.
- *Almanak o Calendario y diario de cuartos de luna según el meridiano de Santiago de Chile para el año de 1815. Compuesto por don José Camilo Gallardo*, Santiago Imprenta de Gobierno.
- *Almanak u ordenación del año de 1825. Décimo sexto de nuestra libertad*. Santiago.
- *Almanaque Chile Ilustrado para 1860*, Valparaíso: Nicasio Ezquerra.
- *Almanaque chileno. 1855*. Santiago: Imprenta de Julio Belin.
- *Almanaque Chileno Ilustrado para 1860*, Librería Española de Nicasio Ezquerra, Valparaíso.
- *Almanaque Chileno para el año 1849*, Santiago, Imprenta de la Sociedad.
- *Almanaque chileno para el año 1875 publicado por Nicasio Ezquerra*, Santiago: Librería Europea de Nicasio Ezquerra, 1874.
- *Almanaque del curioso cristiano para el año de gracia de 1865 revisado por la autoridad eclesiástica*. Santiago.
- *Almanaque de la Compañía de Gas de Santiago para 1886. Prima a los consumidores*, Santiago, Oficina Central, 1885.
- *Almanaque de la Imprenta Gutemberg para 1887*. Santiago.
- *Almanaque Divertido 1871*, publicado por Jacinto Nuñez, Santiago.
- *Almanaque Divertido 1878*, Jacinto Nuñez, Santiago.
- *Almanaque-Guía de obreros de Santiago para 1890 por Juan Crisóstomo Rojas*, Santiago: Imprenta del Progreso, 1889.

- *Almanaque literario de 'La Mujer' para el año 1899*, Curicó: Chile. Directora Propietaria Leonor Urzúa Cruzat.
- *Almanaque popular chileno para el año bisiesto de 1880, arreglado y publicado por Federico T. Lathrop*, Valparaíso, Librería Americana.
- *Almanaque popular chileno para el año de 1881 arreglado i publicado por la Librería Americana*, Valparaíso, Librería Americana.
- Alone (seudónimo de Hernán Díaz Arrieta). *Don Alberto Blest Gana. Biografía y crítica*, Santiago: Editorial Nascimento, 1940.
- Amunátegui, Miguel Luis. *Vida de don Andrés Bello*, Santiago: Publicaciones de la Embajada de Venezuela en Chile, 1962.
- *Don José Joaquín de Mora*, Santiago: Imprenta Nacional, 1888.
- Amunátegui Solar, Domingo. *Los Primeros años del Instituto Nacional. (1813-1835)*, Santiago: Imprenta Cervantes, 1889.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, London: Verso, segunda edición, 1991.
- Apey, María Angélica. "La Instrucción rural en Chile durante el siglo XIX" en *Dimensión histórica de Chile* 6/7, 1989/1990.
- Avila Martel, Alamiro de. *Mora y Bello en Chile*, Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1982.
- Auza, Néstor Tomás. *Sarmiento precursor del mercado latinoamericano del libro*, Buenos Aires: Marymar, 1988.
- Balibar, Renee y Dominique Laporte, *Burguesía y lengua nacional*, Barcelona, Avance, 1976.
- Barker, Francis et al, *Postmodernism and the Re-reading of Modernity*, Manchester: Manchester University Press, 1992.
- Barra, Eduardo de la. *El Embrujamiento alemán*, Santiago, Establecimiento Poligráfico Roma, 1889.
- Barrán, *Historia de la Sensibilidad en el Uruguay*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1989.
- Barros Arana, Diego. *Manual de composición literaria*, Santiago: 1889 (segunda edición.)
- Barros Lezaeta, Luis y Ximena Vergara Johnson, *El Modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*, Santiago: Ediciones Aconcagua, 1978.
- Barthes, Roland. "The Death of the Author" en Roland Barthes, *The Rustle of Language*, Oxford: Blackwell, 1986.
- Bell, Steve et al (editores) *Critical Theory, Cultural Politics and Latin American Narrative*, Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1993.

- Bello, Andrés. *Obras Completas*, Caracas: Fundación La Casa de Bello, segunda edición, 1984.
- *Antología de Discursos y Escritos*, José Vila Selma (editor), Madrid: Editora Nacional, 1976.
- Bennett, Tony. *Outside Literature*, London: Routledge, 1990.
- Bethell, Leslie. *Chile Since Independence*, Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
- Bilbao, Francisco. "Sociabilidad chilena" (1844): en Grez Toso, *Cuestión social*.
- Blest Gana, Alberto. *Martín Rivas*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- *Epistolario. Alberto Blest Gana, 1856-1903*, compilación de Sergio Fernández Larraín, Santiago: Editorial Universitaria, 1991.
- *El Jefe de la familia y otras páginas*, Santiago: Zig-Zag, 1956.
- "De los Trabajos literarios en Chile", en *La Semana*, junio 11 de 1859.
- "Literatura chilena. Algunas consideraciones sobre ella." Discurso leído por Alberto Blest Gana en su incorporación a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, el 3 de enero de 1861. Reproducido en Promis (1977)
- Blest Gana, Joaquín. "Tendencia del romance contemporáneo i estado de esta composición en Chile.", en *Revista de Santiago*, tomo I, 1848.
- Bourdieu, Pierre. *The Logic of Practice*. Stanford: Stanford University Press, 1990.
- Bove, Paul. "Discourse" en Frank Lentricchia y Thomas McLaughlin (editores) *Critical Terms for Literary Study*.
- Brito, Eugenia. "Teresa de Rosario Orrego: una lectura política del amor", *Revista de Crítica Cultural*, no.11, 1995.
- Brunner, José Joaquín y Guillermo Catalán. *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*, Santiago: FLACSO, 1985.
- Buisson, Inge et al (editores), *Problemas de la formación del estado y de la nación en Hispanoamérica*, Köln: Böhlau Verlag, 1984.
- Burchel, Graham. et al (editores), *The Foucault Effect, Studies in Governmentality*, London: Harvester Wheatsheaf, 1991.
- Calhoun, Craig. (editor.) *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge: MIT Press, 1992.
- Campos Harriett, Fernando. *Desarrollo educacional 1810-1860*, Santiago: Editorial Andrés Bello, 1960.
- Cánepa, Gina. "Folletines históricos del Chile independiente y su articulación con la novela naturalista", *Hispanérica*, 50, 1988.
- Cariola, Carmen y Osvaldo Sunkel, *Un siglo de historia económica de Chile*.

- 1830-1930, Santiago: Editorial Universitaria, 1991.
- Casanova de Polanco, Eduvijis. *Educación de la mujer*. Valparaíso: Imprenta de la patria, 1871.
- Catalán, Guillermo. "Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile" en José Joaquín Brunner y Guillermo Catalán, *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*, Santiago: Flacso, 1985.
- Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier (editores), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus, 1998.
- Certeau, Michel de. *The Practice of Everyday Life*, Berkeley: University of California Press, 1984.
- Cohen, Jean L. y Andrew Arato, *Civil Society and Political Theory*, Cambridge: The MIT Press, 1992.
- Collier, Simon. "Gobierno y sociedad en Chile durante la 'República Conservadora' 1830-1865" en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*, Tercera serie, número 1, primer semestre de 1989.
- *Ideas y Política de la Independencia Chilena*, Santiago: Editorial Andrés Bello, 1977.
- "The Historiography of the 'Portalian' Period (1830-1891) in Chile", *Hispanic American Historical Review*, volumen 57, número 4, 1977.
- Concha, Jaime. "Prólogo" a Alberto Blest Gana, *Martín Rivas*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- Contreras, Lidia. *Historia de las ideas ortográficas en Chile*, Santiago: Biblioteca Nacional, 1993.
- Cristoffanini, Pablo Rolando. *Dominación y legitimidad política en Hispanoamérica. Un Estudio de las historia de las ideas políticas en la experiencia colonial y la formación del estado nacional en Chile*, Aarhus University Press, 1991.
- Chartier, Roger. *The Order of Books*, Stanford: Stanford University Press, 1994.
- *The Cultural Origins of the French Revolution*, Durham: Duke University Press, 1991.
- (editor) *Pratiques de la Lecture*, Paris: Petite Bibliotheque Payot, 1993.
- Davidson, Cathy N., (editor). *Reading in America*, Baltimore and London: The John Hopkins University Press, 1989.
- Darnton, Robert. *The Kiss of Lamourette: Reflections on Cultural History*, London: Faber, 1990.
- Derrida, Jacques. *Limited Inc*, Evanston: Northwestern University Press, 1988.

- Donoso, Armando. *Bilbao y su tiempo*, Santiago: 1913.
- Donzelot, Jacques. *L'Invention du Social*, Paris: Fayard, 1984.
- Dyson, John P. *Evolución de las letras chilenas. 1810-1960*, Santiago: Editorial Andrés Bello, 1960.
- Eagleton, Terry. *The Ideology of the Aesthetic*, London, Basil and Blackwell, 1991.
- Eco, Umberto. *Lector in fabula: la cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Barcelona: Lumen, 1981.
- Edwards, Alberto. *La Fronda aristocrática*, Santiago: Editorial Universitaria, 1989.
- Egaña, María Loreto. *La Educación primaria popular en el siglo XIX en Chile: Una práctica de política estatal*, Santiago: Dibam, 2000.
- Eley, Geoff. "Nations, Publics and Political Cultures", en Craig Calhoun (editor), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge: MIT Press, 1992.
- Engelsing, Rolf. *Der Bürger als Leser: Lesergeschichte in Deutschland 1500-1800*, Stuttgart: 1974.
- Eyzaguirre, Jaime. *Historia de Chile, Génesis de la nacionalidad*, Santiago: Zig-Zag, 1965.
- Fabb, Nigel et al (editores) *The Linguistics of Writing*, Manchester: Manchester University Press, 1988.
- Feliu Cruz, Guillermo. "Los Primeros contactos de Bello con Chile" en Eugenio González Rojas et al. *Andrés Bello 1865-1965. Homenaje de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile*, Santiago: Universidad de Chile, 1966.
- Fernández Larraín, Sergio (editor). *Epistolario. Alberto Blest Gana, 1856-1903*, Santiago: Editorial Universitaria, 1991.
- Fish, Stanley. *Is There a Text in this Class? The Authority of Interpretative Communities*, Cambridge: Harvard University Press, 1980.
- Figuroa, Pedro Pablo. *Diccionario biográfico de Chile*, Santiago: Imprenta Victoria, 1888, segunda edición.
- "Rosario Orrego de Chacón", en *Prosistas y Poetas de América Moderna*, Bogotá: Casa Editorial de J. J. Pérez, 1891.
- "Los Pseudónimos", en *Miscelánea Biográfica Americana. (Estudios históricos, críticos y literarios)*, Santiago: Imprenta de la Unión.
- Foucault, Michel. *La Vida de los Hombres Infames*, Madrid: Ediciones de la Piqueta, 1990.
- "Omnes et Singulatim: hacia una crítica de la razón política", en *La Vida de los Hombres Infames*.

- “What is an Author” en *The Foucault Reader*, Paul Rabinow, ed., New York: Pantheon Books, 1984.
- *Technologies of the Self: a seminar with Michel Foucault*, Amherst: University of Massachusetts Press, 1988.
- *The History of Sexuality, Volume I: An Introduction*, New York: Random House Inc, 1978.
- *Vigilar y Castigar*, Mexico: Siglo XXI, 1976.
- *The Archeology of Knowledge*, New York: Harper, Colophon, 1972.
- Franco, Jean. “The Nation as Imagined Community”, en H. Aran Vesser (editor) *The New Historicism*, New York: Routledge, 1989.
- Fraser, Nancy. “Rethinking the Public Sphere: a contribution to the critique of actually existing democracy”, en Francis Barker et al, *Postmodernism and the Re-reading of Modernity*.
- Garrels, Elizabeth. “El Facundo como folletín” en *Revista Iberoamericana*, Número especial dedicado a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), volumen LIV, abril-junio de 1988, número 143.
- Gellner, Ernst. *Nations and Nationalism*, Ithaca: Cornell University Press, 1983.
- Gilmont, Jean François. “Reformas protestantes y lectura” en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (editores), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus, 1998.
- Godoy Urzúa, Hernán. “Los intelectuales de Peñalolén” en *Apuntes sobre la cultura en Chile*, Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1982.
- Godzich, Wlad y Nicholas Spadaccini. *The Institutionalization of Literature in Spain*, Minneapolis: The Prisma Institute, 1987.
- Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago: Editorial Universitaria, 1986.
- González, Aníbal. *Journalism and the Development of Spanish American Narrative*, Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
- González Rojas, Eugenio et al. *Andrés Bello 1865-1965. Homenaje de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile*, Santiago: Universidad de Chile, 1966.
- González Stephan, Beatriz. “Escritura y modernización: la domesticación de la barbarie” en *Revista Iberoamericana*, número 166-167, enero-junio de 1994.
- *La Historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, La Habana: Casa de las Américas, 1987.

- Gonzalez-Vergara, Ruth. *Nuestras escritoras chilenas. Una historia por descubrir*, Tomo I, Santiago: 1993.
- Gordon, Colin. "Governmental Rationality: An Introduction", en Graham Burchell et al (editores), *The Foucault Effect, Studies in Governmentality*.
- Grez Toso, Sergio. *De la "Regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago: Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, 1997.
- ed., *La Cuestión social en Chile. Ideas y debates precursores*, Santiago: Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, 1995.
- Habermas, Jürgen. *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Bourgeois Life*, Cambridge: The MIT Press, 1989.
- Hegel, Georg Friedrich. *Philosophy of Right*, Oxford: Oxford University Press, 1967.
- Heise, Julio. *Años de formación y aprendizaje políticos 1810-1833*, Santiago: Editorial Universitaria, 1978.
- Henríquez, Camilo. "De la influencia de los escritos luminosos sobre la suerte de la humanidad", en José Promis, *Testimonios y documentos de la literatura chilena. 1842-1975*.
- Hernández Ponce, Roberto. "Bachillerato y títulos profesionales para mujeres. Ideas y pasiones de hace cien años." *Revista de Educación* número 63, julio-agosto de 1977.
- Hohendhal, Peter Uwe. *Building a National Literature*, Ithaca and London: Cornell University Press, 1989.
- *The Institution Of Criticism*, Ithaca and London: Cornell University Press, 1982.
- Holub, Robert C. *Reception Theory. A Critical Introduction*, London and New York: Routledge, 1984.
- Homenaje a la memoria del doctor Rodolfo Lenz*, Anales de la Facultad de Filosofía y Educación. Sección de Filología. Tomo II, cuaderno número 1, Santiago, 1937-1938.
- Hughes, Linda K. y Michael Lund, "Textual/sexual pleasures and serial publication", en John O. Jordan et al. *Literature in the Marketplace*.
- Huneus Gana, Jorge. *Cuadro Histórico de la producción intelectual de Chile*, Santiago: Biblioteca de Escritores de Chile, 1910.
- Hunter, Ian. *Culture and Government: the Emergence of Literary Education*, London: Macmillan, 1988.

- Huyssen, Andreas. *After the Great Divide*, Bloomington: Indiana University Press, 1986.
- Iser, Wolfgang. *The Implied Reader*, Baltimore and London: John Hopkins University Press, 1974.
- Jaksic, Iván. *Academic Rebels in Chile. The Role of Philosophy in Higher Education and Politics*. New York: State University of New York Press, 1989.
- Jauss, Hans Robert. *Towards an Aesthetic of Reception*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1982.
- Jocelyn-Holt Letelier, Alfredo. *La Independencia de Chile*, Madrid: MAPFRE, 1992.
- Jordan, John O. et al. *Literature in the Marketplace*, Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- Krebs, Ricardo. "El Pensamiento de la Iglesia frente a la laicización del Estado en Chile" en Ricardo Krebs et al, *Catolicismo y laicismo, seis estudios*.
- "Orígenes de la conciencia nacional chilena" en Inge Buisson et al (editores), *Problemas de la formación del estado y de la nación en Hispanoamérica*
- et al, *Catolicismo y laicismo, seis estudios*, Santiago: Ediciones Nueva Universidad, 1981.
- y Cristián Gazmuri (editores), *La Revolución francesa y Chile*, Santiago: Editorial Universitaria, 1990.
- König, Hans-Joachim. "Símbolos nacionales y retórica política" en Inge Buisson et al (editores), *Problemas de la formación del estado y de la nación en Hispanoamérica*,
- Kossock, Manfred. "Revolución Estado y nación en la Independencia" en Inge Buisson et al (editores), *Problemas de la formación del estado y de la nación en Hispanoamérica*.
- Labarca, Amanda. *Historia de la Enseñanza en Chile*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1939.
- Laclau, Ernesto. *New Reflections on The Revolution Of Our Time*, London: Verso, 1992.
- Lastarria, José Victorino. *Obras Completas*, 14 tomos, Santiago: 1906-1934.
- *Recuerdos Literarios*, Santiago: Zig-Zag, 1967.
- Lathrop, Carlos Segundo. [Crónica:] *Las Santiaguinas. Estudio Social. 1872-1878, Segunda edición, notablemente corregida i aumentada*, Santiago: Imprenta de la Librería Americana, 1883.



## [Teatro]

- *Glorias peruanas. Comedia bufá en un acto i en verso*. Valparaiso-Santiago: Librería Americana de Lathrop Hermanos, 1879.
- *La Toma de Calama. Comedia en tres actos i en verso*, Santiago: Imprenta de la Librería Americana, 1885.
- *Sara Bell. Drama de actualidad en un acto i en verso i en cuatro cuadros inspirado en el crimen de la calle de Fontecilla*. Santiago: Imprenta Albión, 1896.
- *La Lei del embudo. Sainete epílogo del Drama Sara Bell*. Santiago: Imprenta Albión, 1897.

## [Novela]

- *El Cofrecito de Evano. Noevla Social*, Santiago: Imprenta de la Librería Americana, 1881.
- *Los Saqueadores de 1891 o Premio i Castigo*, Santiago: Centro Editorial, 1897.
- *Sara Bell o Una víctima de la aristocracia*, Santiago: Centro Editorial, 1897.
- Lentricchia, Frank y Thomas McLaughlin (editores). *Critical Terms for Literary Study*, Chicago and London: The University of Chicago Press, 1990.
- Lenz, Rudolf. *La Composición escolar en lengua patria*, Santiago: Ediciones de la Revista Cultura, 1924.
- *La Enseñanza del Castellano i la Reforma de la Gramática*, Santiago: 1920.
- “Para qué estudiamos gramática” en AUCH, Tomo CXXXI, 1912.
- *Proyecto de programa de Castellano*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1899.
- “Ensayos filológicos americanos”, AUCH, 1894, volumen 87.
- et al, *El Español en Chile*, Buenos Aires: 1940.
- Letelier, Valentín. *La Lucha por la Cultura*, Santiago: Imprenta i encuadernación Barcelona, 1895.
- Loveman, Brian. *Chile. The Legacy of Hispanic Capitalism*, New York: Oxford University Press, 1988.
- Ludmer, Josefina. “Las Tretas del débil”, en Gonzalez, Patricia Elena y Eliana Ortega (editoras) *La sartén por el mango: Encuentro de escritoras latinoamericanas*. Rio Piedras: Huracán, 1984.

- Lynch, John. *The Spanish American Revolutions 1808-1826*, New York: W. W. Norton, second edition, 1986.
- Mamalakis, Markos J. *Historical Statistics of Chile*, Westport: Greenwood Press, 1980, volumen I Demography and Labor Force.
- Martín Barbero, Jesús. *De los Medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*, México: Gustavo Gili, 1987.
- Marx, Karl. *Selected Writings*, Oxford: Oxford University Press, 1984, editado por David McLellan.
- Masiello, Francine. *Between Civilization and Barbarism. Women, Nation and Literary Culture in Modern Argentina*, Lincoln: University of Nebraska Press, 1992.
- Mayer, Jorge ed., *Las Bases de Alberdi. Edición crítica*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1969.
- Mignolo, Walter. "Entre el canon y el corpus: alternativas para los estudios literarios y culturales en y sobre América Latina", *Nuevo Texto Crítico*, volumen 7, números 14-15, julio 1994-junio 1995.
- Miller, D. A. *The Novel and the Police*, Berkeley: University of California Press, 1988.
- Murillo Rubiera, Fernando. *Andrés Bello: historia de una vida y de una obra*, Caracas: La Casa de Bello, 1986 (Anexo I a las *Obras Completas de Andrés Bello*).
- Ortega, Julio et al. *Conquista y contraconquista: la escritura del nuevo mundo*, México: El Colegio de México-Brown University, 1994.
- Orrego, Rosario. *Alberto el jugador. Novela de costumbres por Una madre*, Valparaíso: Imprenta de Chile de A. Monticelli, 1861.
- *Patria i Amor*, en *La Mariposa*, año II, número 27 y 31, 1864. (publicada luego en 1874 en *Revista de Valparaíso*, Tomo II, número 17, con el título de *Teresa. Episodio de la época de la Independencia*).
- "Contestación a la Academia de Bellas Letras con motivo de mi nombramiento de académico", en *Revista de Valparaíso*, Tomo I, 1873.
- "El Lujo y la moda", *Revista de Valparaíso*, Tomo I, 1873.
- *Los Busca-Vida*, *Revista de Valparaíso*, Tomo III, 1875 (novela incompleta publicada originalmente, según Ruth Gonzalez Vergara (*Nuestras escritoras chilenas*), en *Revista de Sud-América*, en 1862).
- Palma, Ricardo. Prólogo sin título a *Alberto el jugador. Novela de costumbres por Una madre*, Valparaíso: Imprenta de Chile de A. Monticelli, 1861.
- Pease, Donald. "Author", en Burke, Sean. *Authorship. From Plato to the Postmodern. A Reader*, Edimburgh: Edimburgh University Press, 1995.

- Poblete, Juan. "Governmentality and the Social Question", en Trigo, Benigno (editor). *Foucault and Latin America*, London and New York: Routledge, 2002.
- "El Castellano: la nueva disciplina y el texto nacional en el fin de siglo chileno", *Revista de Crítica Cultural*, 15, 1997.
- "Homogeneización y heterogeneización en el debate sobre la modernidad y la pos/modernidad", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, número 42, 1995.
- Prado Ocaranza, Juan Guillermo y Juan Uribe Echevarría, *Síntesis histórica del folklore en Chile*, Santiago, Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Sección chilena, 1982.
- Prado Traverso, Marcela. *Novelistas Chilenas de la transición siglo XIX-XX: Rosario Orrego Carvallo, Inés Echeverría Bello, Mariana Cox Stuenen*, Tesis doctoral, Stanford University, 1991.
- Pratt, Mary Louise. "Criticism in the Contact Zone: Decentering Community and Nation" en Steve Bell et al (editores) *Critical Theory, Cultural Politics and Latin American Narrative*
- "Las Mujeres y el imaginario nacional en el siglo XIX", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XIX, 38, segundo semestre de 1993.
- "Linguistic Utopias" en Nigel Fabb et al (editores) *The Linguistics of Writing*,
- "Women Literature and National Brotherhood" en Seminar on Feminism and Culture in Latin America, *Women, Culture and Politics in Latin America*.
- Promis, José. *Testimonios y documentos de la literatura chilena. 1842-1975*, Santiago: Editorial Nascimento, 1977.
- Radway, Janice. *Reading the Romance: Women, Patriarchy and Popular Culture*, London: Verso, 1987.
- Rama, Angel. *La Ciudad Letrada*, Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- *Rubén Darío y el Modernismo*, Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1970.
- Ramírez Necochea, Hernán. *Historia del movimiento obrero en Chile. Siglo XIX*, Santiago: 1956.
- "Panorama de la vida chilena en la época de la fundación del Instituto Pedagógico" en *Instituto Pedagógico, LXXV Aniversario de su fundación, 1889-1964*, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Educación.

- Ramón, Armando de. *Santiago de Chile (1541-1992) Historia de una sociedad urbana*, Madrid: Editorial MAPFRE, 1992.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Robbins, Bruce. (editor) *The Phantom Public Sphere*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993.
- Rodríguez, Simón. *Sociedades Americanas*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990.
- Rojas Carrasco, Guillermo. *Filología chilena. Guía bibliográfica y crítica*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1940.
- Romero, Luis Alberto. "¿Cómo son los pobres? Miradas de la elite e identidad popular en Santiago hacia 1870", *Opciones*, 16, mayo-agosto, 1989.
- "Los Sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: la cuestión de la identidad", *Desarrollo Económico*, volumen 27, número 106, julio-septiembre, 1987.
- *La Sociedad de la Igualdad. Los artesanos de Santiago de Chile y sus primeras experiencias políticas, 1820-1851*, Buenos Aires: Instituto Torcuato di Tella, 1978.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1976.
- Ruiz, Carlos. "Escuela, política y democracia. El caso de Chile en el siglo XIX.", *Realidad Universitaria*, Santiago, 7, 1989.
- Sábato, Hilda. "Citizenship, Political Participation and the Formation of the Public Sphere in Buenos Aires 1850s-1880s.", *Past and Present*, number 136, August 1992.
- Salazar, Gabriel. *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Santiago: Ediciones Sur, segunda edición, 1989.
- Sardá y Salvany, Felix. *Los Malos periódicos*, Santiago: Imprenta Chilena, 1872.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Obras Completas*, Buenos Aires: Felix La-jouane editor, 1887 en adelante.
- Schwarz, Roberto. *Misplaced Ideas. Essays on Brazilian Culture*, London, New York: Verso, 1992.
- Seminar on Feminism and Culture in Latin America (University of California-Stanford University.) *Women, Culture and Politics in Latin America*, Berkeley: University of California Press, 1990.

- Serrano, Sol. *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX*, Santiago: Editorial Universitaria, 1994.
- Silva Castro, Raúl. *Panorama de la novela chilena (1843-1954)*, México: Fondo de Cultura Económica, 1955.
- *Alberto Blest Gana*, Santiago: Imprenta Universitaria, 1941.
- (editor) *Literatura crítica de Chile. Antología*, Santiago: Editorial Andrés Bello, 1969.
- Solar Correa, Eduardo. *La Muerte del humanismo en Chile*, Santiago, 1934.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*, Berkeley: University of California Press, 1991.
- Spadaccini, Nicholas y Wlad Godzich: *Literature among Discourses*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1986.
- *The Crisis of Institutionalized Literature in Spain*, Minneapolis: The Prisma Institute, 1988.
- Stuardo Ortiz, Carlos. *El Liceo de Chile 1828-1831. Antecedentes para su historia*, Santiago: 1950.
- Subercaseaux, Bernardo. *Historia del libro en Chile (cuerpo y alma)*, Santiago: Editorial Andrés Bello, 1993.
- *Fin de siglo. La Epoca de Balmaceda. Modernización y cultura en Chile*, Santiago: Editorial Aconcagua, 1988.
- *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria, ideología y literatura*, Santiago: Editorial Aconcagua, 1981.
- Sunkel, Osvaldo. *Razón y pasión en la prensa popular*. Santiago: Ilet, 1985.
- Sywak, William. *Values in Nineteenth-Century Chilean Education: the Germanic Reform of Chilean Public Education 1885-1910*, tesis de doctorado, Universidad de California, Los Angeles, 1977.
- Tompkins, Jane P. (editor) *Reader-Response Criticism. From Formalism to Post-Structuralism*, Baltimore and London: The John Hopkins University Press, 1980.
- Urzúa Valenzuela, Germán. *Historia política de Chile y su evolución electoral (desde 1810 a 1992)*, Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1992.
- Valdés Cange, Dr. J. (pseudónimo de Alejandro Venegas), *Sinceridad. Chile Intimo en 1910*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1910.
- Vesser, H. Aran. (editor) *The New Historicism*, New York: Routledge, 1989.
- Vial de Ugarte, María Mercedes. "Algo pasado de moda. Conferencia dada en el Club de Señoras por la señora María Mercedes Vial de Ugarte", Santiago: Club de Señoras, sin fecha (hacia 1929).
- Villalobos, Sergio. *Portales; una falsificación histórica*, Santiago: Editorial Universitaria, 1989.

- et al. *Historia de Chile*, Santiago: Editorial Universitaria, 1993.
- Warner, Michael. "The Mass Public and the Mass Subject" en Bruce Robbins (editor) *The Phantom Public Sphere*.
- *The Letters of the Republic*, Cambridge: Harvard University Press, 1990.
- y Gerald Graff (editores), *Origins of Literary Studies in America. An Anthology*, New York, Routledge, 1989.
- Williams, Raymond. *Keywords. A Vocabulary of Culture and Society*, New York: Oxford University Press, (revised edition), 1983.
- Woll, Allen. *A Functional Past: The Uses of History in Nineteenth Century Chile*, Baton Rouge and London: Louisiana University Press, 1982.
- Zapiola, José. *La Sociedad de la Igualdad i sus enemigos*, Santiago: Guillermo E. Miranda editor, 1902.



